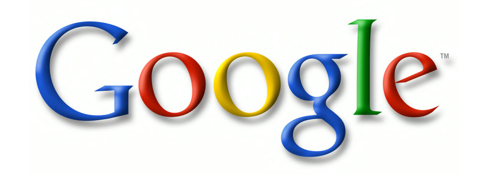
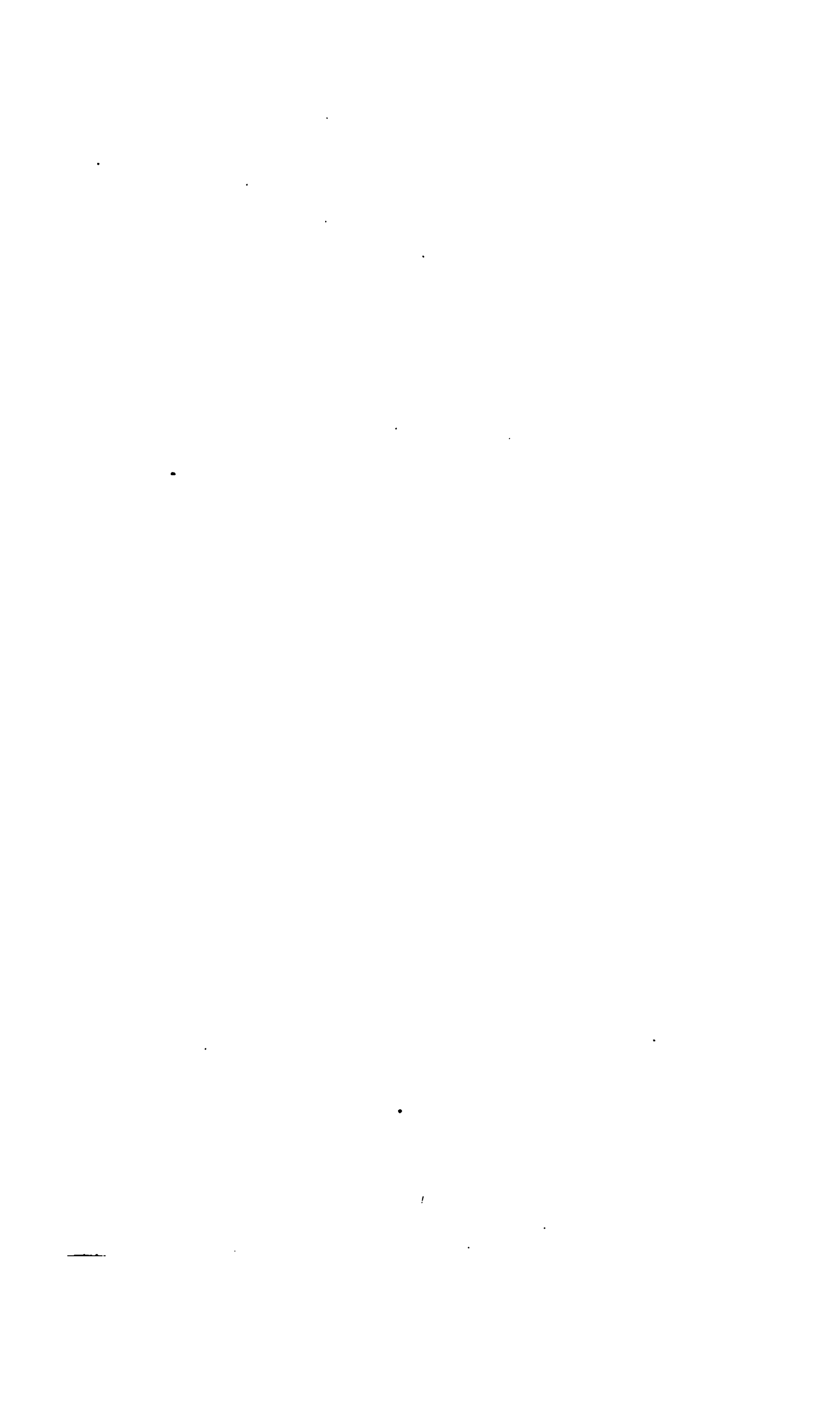

Google





BIBLIOTECA INSTRUCTIVA.

HISTORIA DE LAS MISIONES

EN EL

JAPON Y PARAGUAY,

escrita en inglés.

CORRESPONDIENTE Á LA BIBLIOTECA CATÓLICA, DIRIGIDA EN LONDRES POR SU EMINENCIA

el Cardenal Wiseman.

Traducida directamente del inglés al castellano.

Y DEDICADA

AL EXCMO. É ILMO. SR. ARZOBISPO DE CUBA.

D. ANTONIO MARIA CLARET.



MADRID.—1858.

LIBRERÍA DE S. SANCHEZ RUBIO, EDITOR.

calle de Carretas, núm. 31, (frente á la Imprenta Nacional.)

suits and Jesuitism, Japan.
" " " , Paraguay.
issions (Foreign), Japan. - Catholic Church (Rom
Jesuit
" ("), Paraguay. - " " (Roman), Ja

HISTORIA DE LAS MISIONES

EN EL

JAPON Y PARAGUAY.

BIBLIOTECA INSTRUCTIVA.

HISTORIA DE LAS MISIONES

EN EL

JAPON Y PARAGUAY,

escrita en inglés

por C.ª M.ª Cadell.

traducida directamente

POR D. CASIMIRO PEDREGAL.

DEDICADA AL EXCMO. É ILMO. SR. ARZOBISPO DE CUBA,

D. ANTONIO MARÍA CLARET.

SEGUNDA EDICION.

MADRID.
LIBRERÍA DE SALVADOR SANCHEZ RUBIO, EDITOR.
Calle de Carretas, núm. 31 (frente á la Imprenta Nacional).

1857.

IMPRENTA DE MANUEL MINUESA,
Valverde, núm. 5.

AL EXCMO. É ILMO. SEÑOR

D. ANTONIO MARÍA CLARET,

ARZOBISPO DE CUBA

Y CONFESOR DE S. M. LA REINA.

EXCMO. SEÑOR:

Tengo el honor de dedicar á V. E. la traduccion de la Historia de las Misiones en el Japon y Paraguay, *que escribió en inglés C. Mary Cadell, y que pertenece á la Biblioteca Católica que con tanta aceptacion dirige en Lóndres el ilustrado Cardenal Wiseman.*

Espero que V. E. acogerá con agrado esta prueba de la veneracion y aprecio que le profesa

EL EDITOR,

Salvador Sanchez Rubio.

PRÓLOGO.

La historia de la breve existencia del Cristianismo en el Japon, y de la persecucion terrible por la que fué completamente estirpado en esta isla, es á un tiempo un melancólico y un glorioso episodio en los anales de la Iglesia. En los Japoneses vemos la raza de dotes mas eminentes entre las Asiáticas de los tiempos modernos, para recibir el Evangelio con una alegría y fervor que nos recuerda los primeros siglos; cuando miles en un solo dia corrian al divino llamamiento para llenar las redes apostólicas, y cuando la multitud de los fieles, sirviendo á Dios con un corazon y un alma, parecian mas bien los pocos escogidos, que en posteriores tiempos han dejado el

bullicio del mundo para seguir mas elevada senda de perfeccion evangélica, que la masa de ordinarios creyentes. Pero si los Japoneses escitan nuestro asombro en su espontánea recepcion de la verdad del Evangelio, y su fervor y obediencia á sus preceptos y consejos, no menos, ó mejor dicho, aun mas exaltados son los sentimientos con que debemos mirar el espíritu en que esperaron la terrible prueba que vino sobre ellos. Nunca en los tiempos de las antiguas persecuciones paganas hubo un espectáculo mas glorioso exhibido por hombres, mujeres y niños, precipitándose á reclamar la palma del martirio, y buscando dolores y tormentos como otros buscan honores y placeres.

Aun la historia tiene su melancólica página, y tanto mas oscura y tétrica considerada la gloria que ha precedido. En esta hermosa y prometida tierra, la Iglesia ha dejado de existir tan completamente como si la Cruz no hubiera sido plantada jamás en sus riberas; no, el caso es aun mas triste; porque no es sola la ignorancia pagana, sino el mas amargo perjuicio y aborrecimiento, lo que ahora cierra las puertas á la buena nueva de salvacion; y los cristianos no pueden poner siquiera un pie en su suelo sin negar la fé, pisando el signo de la redencion.

Es, podemos decir, casi un ejemplo escepcional en la historia del Cristianismo, ver una Iglesia floreciente, estirpada enteramente del suelo donde habian dado flor y se habian criado tan ricos y dorados frutos. Cierto es que Iglesias algun dia dichosas han cambiado en desolacion, como ha sucedido en varias ciudades, y aun en todas las regiones del Asia Menor; pero allí la corrupcion, la indiferencia, la degeneracion y el espíritu de heregía y cisma ha precedido á la tormenta; y cuando llegó el dia de prueba y el rayo de la persecucion quedó suelto, cayó el árbol, porque fué desarraigado hasta el corazon. Esto escita en nosotros, por consiguiente, mas tristeza que asombro, cuando ya no vemos aquellas Iglesias de Oriente, algun dia quemando luminarias, que el amado discípulo preparaba con acentos de solemne amonestacion. Su candelero está removido, Dios amenazado, y El há cumplido la promesa. Pero muy diferente es el caso del Japon. La Iglesia espiró en el fervor de su primer amor; y en este, tal vez el solo ejemplo, parece que buscamos en vano por el cumplimiento del proverbio, que la sangre de los mártires es la semilla de la Iglesia. El secreto de esta dispensacion divina está con Dios. Humanamente hablando, sin embargo, nos parece ver una causa de tan triste caida en la dilacion en formar un clero indígena. Ha sido costumbre de la Igle-

sia, desde los tiempos apostólicos, proceder á la institucion de un clero nativo donde quiera y tan pronto como fuera posible y prudente su creacion. La esperiencia ha confirmado grandemente esta medida, y ninguna Iglesia se ha fundado con aquella fuerza inherente, que es la sola á garantir su permanencia, entretanto que fué servida por pastores estranjeros. Alcese una persecucion suficientemente severa y contínua para espeler y aniquilar á los misioneros (tal fué la política observada con éxito por el gobierno japonés), y su infeliz y desamparado rebaño, aunque celoso y de gran número, abandonado á sí mismo, ó mas bien en las manos de los crueles enemigos de su fé, puede, es cierto, padecer y marchitarse en las primeras generaciones; pero se habrá reducido á la nada en las segundas. Sin sacramentos, salvo el que inicia el rito; sin ministros, sin maestros, solamente puede ser cuestion de tiempo la completa estincion de la luz de la fé.

Sin duda los heróicos Padres que plantaron el Evangelio vieron ó juzgaron ver razones para la dilacion, cuyas consecuencias fueron desastrosas. Debemos ser parcos en censurar á hombres santos que sellaron su mision con tormentos y su sangre; sin embargo, séanos permitido el sentimiento de que algun obstáculo habrá mediado real ó en apariencia,

suficientemente grande para detenerse en el camino de tan importante objeto. La inteligencia y disposiciones del carácter japonés, y el fervor y celo desplegados por un número crecido de convertidos en ejecutar todos los oficios cristianos, inducen á creer que con solo que se les hubiera concedido participacion en el ministerio, habria resultado gran facilidad en la formacion de un clero nativo. «En los primeros siglos del Cristianismo (citamos un historiador moderno de la Iglesia), en las edades apostólicas, los hombres hubieran compelido aquellos buenos señores japoneses á hacerse sacerdotes y aun obispos, y á ser los pastores de aquellos á quienes han mandado en concepto de régulos ó reyes, como en el caso de San Dionisio Areopagita, Sinesio de Ptolemaida, San Ambrosio de Milan y San Germano de Auxerre.» En otro pasage hace observar que, «el Cristianismo ha florecido en el Japon por treinta y tres años, habiendo tomado una posicion dominante en varias provincias y reinos. Los japoneses cristianos dieron pruebas de admirable inteligencia y virtud. Además, conforme al Concilio de Trento, hubiera sido fácil en el espacio de treinta y tres años, haber establecido algunos seminarios para arrastrar al sacerdocio aquellos admirables niños á quienes hemos visto aparecer los apóstoles de sus familias y correr al martirio como á un festin.» Cierto es que

aparece de una arenga de algunos embajadores japoneses enviados á Roma, que la fundacion de seminarios era el proyecto y el deseo del gran Pontífice Gregorio XIII, como tambien hablan de ellos en el concepto de hallarse ya fundados. Sin embargo, no podemos actualmente descubrir huellas existentes de ningun seminario, escepto de algunos de secular carácter para los nobles. Un corto número de sacerdotes japoneses se ordenaron antes de la ruinosa persecucion que estirpó los Padres misioneros, y preservaron por algun tiempo los últimos destellos de la fé en la sombra y el silencio; pero no teniendo este clero nativo obispos, fueron inhábiles de perpetuarse por nuevas órdenes, y los veteranos del sacerdocio murieron sin sucesores.

En el año de 1709, un sacerdote italiano, Dr. Sidotti, fué desde Manila á desembarcar en la costa japonesa; hizo muchos prosélitos y sufrió una muerte cruel despues de una prision prolongada. Otros misioneros heróicos, posiblemente españoles de las Filipinas, han pisado la misma gloriosa senda, y encontraron la corona del apostolado sin otros testigos que Dios y sus Angeles. Sea como quiera, los Coreanos que frecuentan los mares del Japon afirman que aun la tradicion de la fé se guarda sagradamente entre el pueblo, como un tesoro oculto en los se-

cretos retiros de la tierra. ¡Ojalá que las oraciones de este abandonado rebaño se eleven al Gran Pastor de las almas, mezcladas con las intercesoras voces de los mártires sin cuento del Japon y los devotos hijos de San Ignacio, quienes con la palabra como con el ejemplo los enseñaron á morir por la fé! ¡Qué no se podrá esperar de una tierra que posee los descendientes de tantos héroes de la Crúz, cuya sangre abogará tan poderosamente ante el trono de misericordia por su patria infeliz!

Hasta el presente no hubo mudanza en la condicion religiosa del Japon; las leyes, escluyendo los estranjeros, están aun en riguroso vigor. Pero han surgido recientemente circunstancias que parecen probar una disposicion de parte de los japoneses á deponer su desprecio hácia Europa. Se cuenta que sus príncipes aprenden el lenguaje holandés para buscar informes sobre nuestras artes y ciencias. Tal vez esta misma curiosidad los conduzca á tomar conocimiento de aquella religion que yace en los fundamentos de la civilizacion europea. No aparecerá esta conjetura improbable, cuando se dice, que en el año 1820 se presentaron en Batavia ciertos japoneses con el propósito de comprar libros devotos y de teología católica. Pero de cualquiera manera que sea, el inhospitalario esclusivismo de esta gran na-

cion no puede precaver que sus pescadores tengan comunicacion con las costas vecinas; y el Cristianismo llevado á Roma por un pescador, seguramente que no debe desconfiar de volver á penetrar en Nangasaki y Miako.

Dos medios de acceso hay abiertos: uno es la costa de Corea, aquella tierra que tan recientemente ha sido regada con la sangre de gloriosos mártires, cuyos catequistas tal vez antes de mucho tiempo lleven los sacerdotes de la Santa Iglesia á las riberas del Japon. El otro es por las islas de Loo-Choo, vecinas y tributarias del Japon, donde nuestros misioneros han colocado ya sus puestos avanzados. Una vez mas tiene la Silla de Pedro que citar un obispo para aquel remoto y peligroso puesto; y cuando Roma dé la señal de avance, es la hora de la conquista. Seguramente que, si Diocleciano se denominó con el título de «esterminador del Cristianismo,» y sin embargo, ni con la habilidad de sus juristas, ni con el poder de sus legiones fué capaz de desarraigar la Cruz de una sola provincia del imperio, los fieles estarán lejos de suponer que lo que no pudieron efectuar los tiranos romanos ha sido cumplido por el Dairi del Japon. ¡Y qué esperanza no se puede abrigar de una nacion en que la religion cristiana aparecerá, no como un estraño y ageno rito, sino como la

hereditaria fé de un pueblo, cuyos padres han invocado en sus altares, y cuya memoria de aquellos pacientes martirizados rodea la Cruz del Salvador! (1)

La historia de las misiones de los jesuitas en Paraguay, nos ofrece otro de aquellos objetos de mezclada alegría y afliccion de que abundan los anales de la Iglesia. Si es dulce contemplar el paraiso, ó muy cerca de serlo, que aun por el testimonio protestante, los Padres jesuitas crearon en los yermos de la América Meridional, á la faz de la mas amarga oposicion que los celos y la avaricia de sus compatriotas, contínuamente arrojaron en su camino durante siglo y medio de sus trabajos apostólicos entre los indios, triste es á la verdad atestiguar por último el triunfo de las malas pasiones de hombres que se llamaban católicos, en la espulsion de aquellos santos religiosos que fueron los ángeles custodios de los pobres salvajes de Paraguay.

Si se requiriese una prueba de los incalculables beneficios, aun respecto de su temporal prosperidad, que los jesuitas confirieron á las razas nativas que tomaron bajo su proteccion y paternal cuidado, podrá encontrarse en el hecho de que los florecientes

---

(1) Anales de la propagacion de la fé, vol. X p. 215.

habitacion fija. Ellos les han enseñado, con los primeros elementos de religion, los primeros actos de la vida civil; los han inducido á edificar lugares é iglesias, á cultivar campos y adquirir propiedad.... Los misioneros han soltado el problema en estremo difícil de hacer adoptar á los salvajes una vida civilizada, en lo que han errado los europeos invariablemente. Nuestra esperiencia acumulada debe aumentar contínuamente nuestra admiracion por el éxito de los jesuitas. Ellos emplearon solamente bondad, caridad y un paternal cuidado; otros han deseado educar salvajes por instruccion, emulacion, comercio, industria, y les han comunicado las pasiones de pueblos civilizados antes de la razon que podia reprimirlos y la disciplina que podia sujetarlos. En todo el mundo el contacto de las naciones europeas, Inglaterra, Holanda, Francia, con salvajes, los ha derretido como cera ante un áscua ardiendo. En las misiones americanas, por el contrario, la raza colorada se multiplicó rápidamente bajo la direccion de los jesuitas. Sus indios, así se ha dicho, eran solamente niños grandes. Concedido; despues de la espulsion de los Padres, los españoles, portugueses, ingleses y franceses han hecho de ellos *tigres*» (1).

---

(1) Historia de Francia, t. 29, c. 54.

Que los indios fueron solamente niños grandes, no tenemos datos para negarlo ; ¿pero era posible, en el primer instante, hacer otra cosa de ellos? Debe recordarse que los hombres colorados de los bosques de Paraguay no eran como los japoneses, paganos solamente y bárbaros, como comparados á los europeos, sino que eran *salvajes*. Entre el estado del salvaje y el del meramente bárbaro, la diferencia es inmensa. La disposicion del salvaje, en un ejemplar el mas favorable, demuestra la mayor parte de los carácteres de la infancia; ni el Guarani y otras tribus semejantes forman una escepcion de la regla. Tienen la viveza y aptitud de los niños, memorias retentivas, imaginaciones impresionables y facultades flexibles; tienen tambien docilidad, sencillez y confiada fé. Tales á lo menos fueron las buenas cualidades que la bondad y enseñanza religiosas desarrollaron en el fondo de sus corazones; porque en su salvaje y pagano estado, los caractéres de la bestia feroz oscurecian los del sencillo niño. Ya hemos visto por confesion del protestante Sismondi, y su aserto es completamente afirmado por la historia, que es imposible hacer saltar al salvaje el espacio moral é intelectual que le separa del hombre civilizado. Puesto en el rudo contacto con él, adquiere tan solo sus vicios y un instrumento mas mortífero de guerra. Obtiene su pólvora y su aguar-

diente: añade la borrachera á la ferocidad. ¿Qué mas? Perece ante el hombre blanco, aun donde este no abra su mano para ayudarle en su destruccion.

La educacion del salvaje es sin duda una dificultosa, delicada y lenta tarea: no es la obra de un dia ni un año, ni aun una generacion; y si los jesuitas que han hecho tanto, no han hecho mas todavía, ¿es suya la culpa? ¿No debe mas bien atribuirse á los que detuvieron un progreso de tanto éxito en mitad de su carrera? ¿No es mucho mas conforme á la razon, suponer que aquellos que iluminados por la verdadera sabiduría y penetracion que la divina gracia y la disciplina de una vida santa solamente confieren, y que han comprendido el corazon humano en la degradada condicion del salvaje hasta el punto de inducirle á dar los primeros y mas difíciles pasos de la civilizacion, hubieran tenido igual éxito en su tarea, el tiempo andando, para adoptar cualquiera modificacion necesaria á la elevacion de los indios social é intelectualmente al nivel de sus hermanos europeos? El señalado defecto que acompañó á todos los intentos de forzar la civilizacion entre los salvajes para llevarla desde luego á su mayor altura, es la corroboracion de la sabiduría del curso adoptado por los jesuitas con tan brillante resultado, resultado que en su medida solo

puede compararse al que sus hermanos obtuvieron en California, obra desgraciadamente estorbada como en Paraguay en llena corriente de su éxito, y antes que el mundo pudiera ver la perfecta madurez del fruto que estos incomparables viñadores, y sus dignos sucesores, los hijos de San Francisco y Santo Domingo, habian criado en el desierto, y que estaba ya floreciendo como una rosa bajo su cultivo y cuidado.

JAPON.

CAPITULO PRIMERO.

Descripcion del Japon; su clima, producciones y forma de gobierno.—Maneras y costumbres del pueblo, y su religion.—El P. Francisco Javier es buscado en Malaca por uno de sus naturales; dos Padres Jesuitas van á Kangoxima; su recepcion; continúan á Miako, la capital; pero vuelven inmediatamente á Amanguchi.—Comienzan los trabajos de conversion.—El P. Francisco Javier es invitado en Bongo; suceso ocurrido con el rey en controversia con los bonzos; es llamado de nuevo á la India.—Se envian otros misioneros en su lugar.—Dos bonzos convertidos en Bongo.—Notable constancia de los niños.—El primer mártir de la Iglesia japonesa, es una esclava de Firando.—Los misioneros vuelven á reunirse en el reino de Bongo.

El reino del Japon, situado en la parte mas oriental de la costa de Asia, se compone de muchas islas, que, segun se cuenta, fueron descubiertas por Fernandez Pinto y sus compañeros en 1542, aunque otros varios navegantes de aquel período de aventuras reclaman para sí semejante descubrimiento. Se describen estas islas en concepto de muy escabrosas, sembradas de comarcas estériles, profundos valles y elevadas montañas, de las cuales muchas están todo el año cubiertas de nieve. El clima varía de un escesivo calor en verano, á un intenso frio en invierno. Algunas de las montañas son

volcánicas, donde abundan los manantiales de aguas minerales; las de Ungen, de las cuales se hizo tan terrible uso en tiempos de persecucion, tienen la temperatura de agua hirviendo. El Japon posee además oro, plata, minas de cobre, con abundancia de carbon de piedra y nafta.

El pais está dividido en sesenta ó setenta pequeños estados gobernados por reyes, que á su vez están sujetos á la doble autoridad del Dairi y Kumbo-Sama; el primero cabeza de la soberanía espiritual del Japon, y el segundo de la temporal. El Dairi unió en su persona por espacio de muchos siglos ambos oficios; pero en 1585 uno de sus generales los dividió forzosamente con él, tomando para sí la mas tangible autoridad comprendida en la dignidad de Kumbo, entretanto que dejaba al que poco antes era su gefe una sombra de su antiguo poder, y tal cual era de suponer contuviese una supremacía espiritual en semejantes circunstancias. Desde este tiempo el Dairi ha sido un cero en sus propios dominios: habita sin embargo un magnífico palacio, y se halla rodeado de tan grande homenaje y reverencia como pudiera ofrecerse á un dios; mas el poder actual se egerce por el Kumbo, que hace y deshace los reyes de los diversos pequeños estados á su antojo. Porque á pesar de que el oficio de los reyes parece ser en parte hereditario, sin embargo, desde que son responsables al Kumbo por todas sus acciones, puede en todo caso transferirlos de un reino á otro, ó privarlos de la dignidad real. Ordinariamente es la muerte el castigo que les impone por cualquiera falta en su conducta, sea real ó imaginaria, de la cual hayan sido

declarados culpables. El Kumbo solo firma la órden para la ejecucion, y el reo considera un punto de honor, no solamente someterse sin murmurar, sino que para evadirse de las manos del verdugo ejecuta en sí mismo la sentencia. Tan pronto como recibe la órden del oficial encargado de presenciar la ejecucion, convida á todos sus amigos y conocidos á un festin, despues del cual pronuncia un discurso de despedida, desnuda su espada, é inflige en su cuerpo la primera herida, dejando al cuidado de un pariente favorito ó criado de confianza completar la obra. Esta manera de ejecutar la sentencia de muerte es considerada tan honorífica, y por tanto tan apetecible, que á los mismos hijos se les instruye á usar de sus armas graciosamente á este propósito; de donde se deduce que el hábito de suicidio fué probablemente una de las mas sérias tentaciones de los mártires cristianos, quienes, aunque ejercian aquel mas alto grado de valor que consiste en el sufrimiento pasivo, se veian sin embargo frecuentemente tentados por la cobardía de acelerar sus penas con una muerte voluntaria.

Como nacion, los japoneses se parecen á los chinos, no solamente en su semblante y figura, sino tambien en muchas de sus costumbres y tradiciones. Tienen los naturales reputacion de inteligentes, bravos y honestos; pero son por otra parte orgullosos, crueles, vengativos, lujuriosos, codiciosos de honores y riquezas, é intolerantes con la pobreza, que siendo considerada como un castigo infligido por los dioses, presuponen siempre crímen en aquel que la padece. Es permitida la poligamia y prac-

ticada en grande estension: las mujeres se compran frecuentemente y pueden ser repudiadas en cualquier tiempo despues del matrimonio, acontecimiento que no envuelve desgracia á una de las partes, ni es considerado pecado, respecto de la otra. Estuvieron divididos en opiniones religiosas, en el tiempo en que comienza nuestra historia, formando diferentes sectas, de las cuales una creia en la existencia de un Ser Supremo gobernando innumerables deidades inferiores, que como sus diputados en los asuntos de los hombres, á ellas se dirigia mas especialmente el culto. Los secuaces de esta opinion profesaban además la inmortalidad del alma y el hecho de premios y castigos despues de la muerte; dogmas negados enfáticamente por el partido contrario, compuesto en su mayor parte de los magnates de la córte, para quienes la idea de retribucion futura lo tenia todo menos la cualidad de agradable. Los sacerdotes de todas estas varias sectas, sin embargo, fueron indistintamente llamados bonzos. Estos hombres vivian en comunidad, afectando grande apariencia de santidad de vida; pero se entregaban en privado á toda suerte de escesos y libertinaje, hecho atestiguado ámpliamente por aquellos que de su seno abrazaron el Cristianismo, y bien conocido además de los mismos gentiles, quienes, sin embargo, se sometian á sus estorsiones, llevados de la supersticiosa creencia de que eran influyentes para con los dioses.

Este corto bosquejo del credo y prácticas de la nacion Japonesa, bastará á demostrar cuán repugnantes serian las máximas del Evangelio á sus pre-

ocupaciones, hábitos é ideas. Para hombres acostumbrados á mirar el suicidio como valor heróico, y á contar las riquezas y placeres en el número de las virtudes, la pobreza, la mansedumbre y la castidad inculcadas por los preceptos del Cristianismo, hubieran sido predicadas en vano sin aquel don de mision que es la prerogativa de la Iglesia Católica, la señal por la que se la distingue entre millares, y la que el mismo Cristo le confirió en aquellas memorables palabras dirigidas á sus primeros fundadores: «Id y enseñad á todas las naciones, bautizando á los hombres en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.» Sin este coronado don, Javier mismo, con todo su celo, su elocuencia, su piedad y su instruccion, y aunque sus esfuerzos hubieran sido auxiliados por los tesoros de las Indias, habria infaliblemente salido mal en la empresa. Pero con tan estimable gracia, pobre, desconocido, estranjero y lleno de andrajos, predicó con éxito la Cruz de Cristo ante los tronos de los mas poderosos monarcas del Oriente. Los crueles anales de la Iglesia que él fundó, encierran testigos de la profunda conviccion, constancia y valor de aquellos que á su mandato renunciaron el orgullo, sensualidad y falsa sabiduría del mundo, para abrazar la Cruz, viniendo por ella á hacerse siervos de un Dios crucificado.

¡Terribles son los designios del Todopoderoso, y tan inescrutables como terribles! La conversion de la China, por la que suspiró tanto tiempo y tan ardientemente el Apóstol de las Indias, fué negada á sus oraciones; mientras que la del Japon, en la cual ni aun aparentemente habia soñado, se le concedió

sin pedirla. La China era el objeto de todos sus deseos y aspiraciones, la tierra prometida á su ambicion espiritual. Era sus ensueños por la noche y sus pensamientos de dia, el objeto á un tiempo de sus pesares y sus ruegos. Este era el estado del espíritu del Santo, cuando un jóven japonés atormentado por los remordimientos de conciencia de un crímen cometido hacia años, y olvidado probablemente de todos menos del agresor mismo, llegó á Malaca, donde entonces estaba el Santo, y arrojándose á sus pies halló en él aquella paz y perdon que sus compatriotas bonzos eran incapaces de conceder. El gran corazon de Francisco rebosó de gozo á la vista de la agregacion de otro imperio á la bandera de su Divino Señor; mientras que su palpitante fé vió en el pecador que de aquella suerte le venia á buscar de lejos, un embajador directo del cielo, que habia sin duda perseguido al jóven con el temor del castigo, no por su causa solamente, sino tambien para efectuar la conversion de la nacion idólatra representada en su persona.

La frecuente conversacion con Anger, pues tal era el nombre del jóven japonés, le confirmó en su primera opinion. Los profundos sentimientos, la tierna piedad, y sobre todo las ardientes súplicas del pobre pagano en favor de sus compatriotas, para que tambien fuesen iluminados con el don de la fé, fueron argumentos que no pudo resistir el celo de Francisco; pero tenia que habérselas con innumerables obstáculos antes que pudiera poner en ejecucion su proyecto, y no fué hasta dos años mas tarde, cuando en la fiesta de la Asuncion (1549), él y

su elegido compañero, el Padre Cosme de Torres, desembarcaron en Kangoxima, lugar del nacimiento de Anger, que bajo su nuevo nombre de Pablo de Santa Fé, acompañaba á los padres como su guia é intérprete en las naciones del Japon.

Por un singular ordenamiento de la Divina Providencia, el temporal habia obligado al capitan á desembarcar en aquel puerto, el único en todo el reino donde podian esperar una acogida favorable; sus primeras tentativas fueron mas que suficientes á confirmar sus mas ardientes esperanzas. No habian trascurrido muchas horas cuando el japonés convertido, fué llamado á palacio á dar esplicaciones acerca de los estranjeros que no solo habia llevado á la ciudad, sino tambien albergado en su propia casa. Pablo estaba en el primer fervor de su conversion, y contestó con una esplanacion animada de los misterios de la fé cristiana, terminando el cuadro de la Encarnacion con manifestar una pintura de la Bendita Madre y su Divino Hijo, que habia llevado consigo desde las Indias. Tanto por las fervientes maneras del convertido, como por los milagros que habia anunciado, ya los circunstantes fueron tocados de respeto y admiracion; pero cuando pusieron sus ojos sobre esta pintura, que era para ellos la ilustracion visible de las misteriosas palabras, llenó sus corazones tal secreta reverencia, que todos se postraron ante ella, rindiéndole involuntariamente homenaje de rodillas el rey y la reina y cortesanos gentiles.

Naturalmente desearon saber mas particularidades acerca de los estranjeros bonzos, de quienes el

convertido habia oido aquellas cosas tan admirables; y la mayor parte de la noche siguiente la empleó Francisco en el palacio esplanando los artículos de la fé. Oyéronle con deleite el rey y la reina, y no se cansaban de espresar su asombro á la vista de la caridad que le habia llevado desde tan lejos para su salvacion, concediéndole inmediatamente el permiso que habia implorado de predicar libremente el Evangelio. Ya Pablo habia convertido á su madre, esposa é hijos; pero despues de estos, la primera persona bautizada por Francisco fué un hombre pobre, que bajo el nombre de Bernardo, pronto se hizo ilustre por sus virtudes, como si Dios quisiese confundir la vanidad y adoracion de las riquezas del Japon, con coger sus primeros frutos de aquella clase que los naturales mas aborrecian y despreciaban. Rápidamente otros convertidos comenzaron á congregarse bajo el estandarte de la Cruz; pero los bonzos ya se habian puesto en alarma. Una religion que predicaba la pobreza como su mas noble posesion, y la castidad como la mas elevada virtud del corazon humano, hubiera arruinado pronto su crédito y cercenado sus rentas. En tal estado alzaron tal tormenta en la córte contra ella, que Francisco se vió obligado á sacudir el polvo de sus pies, buscando un suelo menos ingrato donde sembrar la semilla de la Divina Palabra.

Dejando la pequeña porcion de cristianos convertidos bajo la guia de Pablo, Francisco y el Padre Torres con su pobre convertido Bernardo, tomaron el camino de Firando. Su corazon se compadecia de Miako, la capital de todo el imperio, y el lugar de

residencia de todo lo mas grande y erudito de la nacion. Juzgó por consiguiente que seria el punto mas á propósito desde donde pudiera difundir el Evangelio á las varias ciudades y reinos sujetos á su autoridad; lo cual le decidió á dirigir allí sus pasos, en el rigor del invierno, mal vestido, y con solo un poco de arroz tostado que el fiel Bernardo llevaba en las anchas mangas de su ropaje oriental, por todo recurso de subsistencia en el camino.

Fueron escaladas las montañas, vadeados los rios y atravesados los bosques con aquella indomable resolucion que era tan especialmente característica del Santo. Donde quiera se les negó albergue por la poco hospitalaria nacion Japonesa; y frecuentemente perdieron el camino en medio de selvas sin senda, por las cuales se veian forzados á andar errantes. En una ocasion, cuando estaban completamente enredados en un bosque, fueron alcanzados por un hombre de á caballo, que convino en conducirlos bajo la condicion de que Francisco habia de llevar á cuestas la maleta que encerraba su equipaje. Tal oferta convenia demasiado bien á la humildad del Santo para que fuera rechazada, y siguió alegremente á su guia, que trotaba entre espinas y maleza con paso rápido, sin hacer reparo ó quizá regocijándose de los sufrimientos de su víctima. Todo el dia fué empleado en tan poco natural ejercicio; y cuando los compañeros llegaron al lugar donde el caballero habia dejado finalmente al Padre, le hallaron tendido en tierra con sus piernas de tal modo hinchadas y sus pies tan cruelmente cortados y magullados, que se vieron en la precision de descan-

sar varios dias antes que pudiesen continuar su viaje.

Por fin llegaron á Miako y sus grandiosas calles cruzadas unas por otras formando ángulos rectos, con sus seiscientos mil habitantes y sus quinientos templos dedicados al culto de los ídolos; grande y populosa ciudad situada en una espaciosa llanura, abrigada y medio circuida por un anfiteatro de montañas. La capital de un poderoso imperio era á la vez el centro de la religion, del saber y del comercio del Japon. El palacio del Dairi tenia una especie de academia para el cultivo de la ciencia y de las artes liberales, y la ciudad gozaba gran renombre por sus manufacturas de seda y porcelana, su cobre en sumo grado fino, su acero bien templado y sus trabajos en oro y plata; la moneda en circulacion en todo el Archipiélago era fundida en el cuño imperial de Miako. Ganar semejante ciudad para el imperio de Jesucristo, hubiera sido verdaderamente un negocio digno de Francisco; y sin embargo, su recepcion primera, á duras penas podia dar una remota esperanza del premio merecido por tantos peligros como habia arrostrado en favor de aquella ciudad. Las repulsas por la causa de Cristo, no son meramente preciosas á los ojos de sus Santos, toda vez que son por Su amor, sino que son además codiciadas por ellos como una garantía del futuro éxito en toda empresa acometida por Su gloria; de esas repulsas y malos tratamientos gozó Francisco en la ciudad del Dairi. En el camino para llegar á este lugar habia sido apedreado dos veces, casi hasta dejarle sin vida, por los idólatras contra cuyas supersticiones habia declamado,

pero en la ciudad encontró con aquel desprecio que es mas duro que la violencia á un sensible corazon. Su pobreza le atrajo la desgracia de no poder ser oido ni del Dairi ni del Kumbo; no querian oir sus sermones ni los ricos ni los pobres; y era en vano que con su infatigable perseverancia pasease de un lado á otro la ciudad y las villas y lugares estramuros, predicando y catequizando desde la mañana á la noche, y esclamando en el esceso de su ternura y amor: «Deos, Deos, Deos (1):» los niños aprendieron la palabra y la proferian cuando el Santo pasaba en accion de burla.

Catorce dias fueron gastados en Miako de esta suerte; en el décimo quinto dejó la altiva ciudad, pasando á Amanguchi, ciudad no muy distante que tomó el nombre del reino que presidia. Señora de algunas de las mas productivas minas de plata que el mundo entonces conocia, y con la reputacion de ser la mas rica y la mas disoluta ciudad del Japon, en vano el Santo habia predicado á sus habitantes en su paso para Miako; sin embargo, ahora en su regreso tuvo mejor éxito. Los comerciantes portugueses (que para honor suyo debe recordarse fueron siempre los promovedores mas activos y mas generosos en todos los esfuerzos para cristianizar el Japon), le procuraron una audiencia con el rey;

(1) Francisco siempre se espresaba con la palabra *Deos*, portuguesa, temiendo que si empleaba alguna de aquellas que eran de uso comun entre los Japoneses, pudieran estos confundir la idea de la divinidad con la de su Kami y Chadotschi, ídolos á quienes generalmente rendian culto.

y este, ya por un sentimiento de admiracion, ya fuese por poner á prueba el desinterés de su huésped, le ofreció una larga suma de dinero. Francisco lo rehusó; y preguntándole el rey qué era lo que podia ofrecerle que fuese de su mayor agrado: «Nada, contestó, como no sea la facultad de predicar la verdad de Dios en vuestros dominios.»

Encantado con una integridad de que no podia hallar paralelo entre los nativos bonzos, no solo el rey otorgó la demanda, sino que tambien concedió un lugar de residencia para él y sus compañeros, y un pedazo de terreno para la ereccion de una iglesia. Sin embargo, aun no hacia progresos la obra de conversion. El favor de la córte podia darle licencia para sembrar la semilla, pero no obligaba á esta á tomar raices y producir flores; y aunque los hombres se congregaban con Francisco noche y dia, aunque llenaban la casa donde habitaba, y le seguian por las calles, y le rodeaban tanto á él como á sus compañeros donde quiera que predicase en público, sin embargo, era evidente que se acercaban mas por curiosidad que por devocion. Los Padres se veian contínuamente fatigados con cuestiones que eran propuestas con el solo objeto de afrentarlos ó hacerlos vacilar, y no acompañadas del deseo de una instruccion séria; hasta que por último aquel cambio de corazon, que ni las sonrisas del rey ni la elocuencia de Javier habian sido capaces de ejecutar, fué efectuado por la gracia de Dios premiando un acto de heróica humildad de uno de los compañeros de Francisco, hermano de la Compañía de Jesus, llamado Fernandez. Este varon santo estaba predicando en

uno de los sitios mas frecuentados de la ciudad, cuando una persona de la multitud que le rodeaba le escupió desdeñosamente en la cara. Indignáronse los espectadores al ver tan cruel brutalidad; pero Fernandez sacó tranquilamente su pañuelo, limpió la cara, y sin hacerle traicion la emocion mas leve, continuó su discurso. Tan solo fué la interrupcion de un momento; sin embargo, probó bien ser el gérmen de donde habian de salir despues innumerables conversiones. Un caballero que casualmente se hallaba presente no tardó en buscar á Francisco declarando que una religion que inspiraba tal paciencia bajo el peso de una injuria, no podia sino provenir del cielo. Otros muchos siguieron su ejemplo, y en el curso del año siguiente, no fueron menos de tres mil los naturales instruidos y que recibieron el bautismo en las manos del Santo.

Por este tiempo el rey de Bongo, que estaba destinado desde entonces á representar tan considerable papel en la historia de la Iglesia del Japon, habia oido hablar del bonzo estranjero que un navío portugués desembarcara en sus riberas; y estando ansioso de saber algo mas y con mayor exactitud acerca de la admirable religion que venia á anunciar desde tan lejanas tierras, envió una invitacion apremiante de que pasase á la capital de su reino. Nada podia ser mas aceptable al celo de Francisco, que siempre estaba dispuesto á conducir el estandarte de su Señor á las tierras mas apartadas. Dejó al Padre Cosme de Torres haciendo sus veces en Amanguchi, y despues de una tierna despedida de los nuevos cristianos, salió para Funay, la capital de

Bongo, llevando á la espalda su mochila con una piedra de altar de mármol, un cáliz y otros artículos para la celebracion de la misa. Los comerciantes portugueses que residian en la ciudad, le recibieron con honores verdaderamente reales: y tan pronto como el rey oyó los cañonazos que habian disparado para saludarle, despachó una segunda carta de invitacion, de la cual formaba parte el trozo siguiente:

«Padre bonzo de Chinchicogin (la palabra japonesa por Portugal), sea vuestra feliz llegada á mis estados tan grata á vuestro Dios como lo son las oraciones de sus Santos. Dios no me ha hecho digno de ordenaros; en tal supuesto solo me queda el recurso de suplicaros ardientemente que vengais antes de la salida del sol. Entre tanto, postrado ante vuestro Dios, á quien reconozco por el Dios de todos los dioses, le pido haga conocer á la vanidad del mundo cuán placentera le es vuestra pobre y santa vida, para que los hijos de la carne no sean engañados mas tiempo por las falsas promesas de la tierra. Enviadme noticias de vuestra salud, para que este placer me dé una buena noche de descanso, hasta que el gallo me despierte con la agradable nueva de vuestra visita.»

Esta curiosa epístola que con toda su oriental estranjería en fraseología y en lisonja está llena de verdad cristiana, hasta el punto de que por sí misma sugiere la idea de ser una inspiracion de arriba, fué llevada por un príncipe de sangre real acompañado de treinta señores de la córte.

Conducidos al navío donde Francisco estaba á la

ocasion, al ver el homenaje que le rendian todos, no pudieron resistir á la idea « de que el Dios de los portugueses debia ser grande, desde que aquel bonzo, aunque pobre, podia sin embargo imponer respeto á los mas poderosos de la nacion. » Despues que los enviados habian llenado su cometido, y se habian retirado, los portugueses suplicaron á Francisco les permitiese acompañarle al palacio con los honores debidos, alegando como urgente necesidad, no solo demostrar á aquel orgulloso pueblo la reverencia que los cristianos en todo tiempo dispensaron á sus sacerdotes, sino tambien para confundir á los bonzos, que donde quiera habian descrito al Santo en el concepto de un miserable, vestido de harapos y cubierto de miseria. Javier mas queria partir con las señales esteriores de su amada pobreza, pero tuvo que ceder á tan grande deseo; y á la mañana siguiente salieron de la nave en magnífica procesion, ocupando una lancha adornada con la mas rica tapicería de la China, y tocando contínuamente una banda de música hasta que alcanzaron la ribera. Al desembarcar fueron recibidos por una diputacion del rey; pero Francisco rehusó la litera que habia sido preparada para su mayor comodidad, marchando por consiguiente todos á pie hasta el palacio: el capitan de la nave iba con la cabeza descubierta delante del Santo, siguiéndole además otros cinco portugueses. Uno de ellos llevaba un libro (el catecismo) en una bolsa de raso blanco; otro una pintura preciosa (como así la llama el antiguo cronista) de nuestra Señora, envuelta en carmesí encarnado: el tercero las chinelas del sacerdote: el cuarto su baston, y el último un magnífico

quitasol, tal cual solo se usaba en el Japon por personas de distincion elevada.

En este órden atravesaron la ciudad, y al ser recibidos en las puertas de palacio por el capitan de la guardia del rey á la cabeza de quinientos hombres, fueron conducidos á un grande vestíbulo lleno de nobles japoneses vestidos de gala. Aquí un pequeño niño, que habia sido nombrado al efecto, acompañado de un anciano venerable, saludó á Francisco, dándole la bienvenida al reino, despues de lo cual le condujo á otro departamento á recibir semejante cumplido de los jóvenes hijos de la nobleza; pasando desde aquí por un terrado embellecido con la fragancia de la flor de sus naranjos, á una galería colgada de tapices y curiosas pinturas, donde los nobles de mas elevado rango estaban esperando para recibirle. Dos pasos mas y estaba en la presencia del rey. Javier se postró inmediatamente; pero para sorpresa de todos los espectadores, el rey mismo se encorvó ante él, y levantándose despues, le hizo sentarse á su lado. Antes que terminara la entrevista, Francisco fué invitado á comer con su majestad; cosa estraña verdaderamente era en un pais donde la etiqueta se guardaba tan celosamente, ver á aquel pobre estranjero sentado á la mesa del rey, entre tanto que los nobles naturales y los mas opulentos portugueses permanecian en la presencia real, acorde con la costumbre, humildemente arrodillados.

Desde aquel dia fué una visita frecuente de palacio, porque el rey admirando las virtudes que predicaba mientras que tambien las practicaba, y las practicaba en tanto que las predicaba, se deleitó en

su presencia y santa conservacion. Tambien aquí como en Kangoxima, los bonzos se levantaron rápidamente al sentir el peligro que amenazaba sus instituciones. Al principio procuraron despertar los terrores supersticiosos del rey; pero observando que él se reia sardónicamente de sus pronósticos del mal, cerraron todos los templos de los dioses, y escitaron al pueblo á levantarse contra los portugueses, á quienes consideraban la causa de esta precaucion necesaria. Los portugueses, alarmados por su seguridad personal, se refugiaron á bordo de su nave; pero Francisco decididamente rehusó seguir su ejemplo. Nada podia inducir á este fiel pastor á abandonar el rebaño que recientemente habia recogido en el redil de su Señor; así que, la nave se hizo á la vela sin él. Pero no bien habia pasado el primer pánico, cuando sintieron los remordimientos de haberle dejado en tan inminente peligro, y el capitan volvió solo á buscarle á la ribera. Allí le encontró en efecto, en una pobre choza rodeado de sus fieles cristianos, que estaban muy contentos de morir, con tal que fuera en los brazos de su padre espiritual; pero á todas las bien intencionadas exhortaciones de los portugueses, solo contestó Javier: «No permita Dios que yo abandone el rebaño que encomendó á mi cuidado. ¿Dudais dejarme, juzgándoos ligados á salvar vuestros pasajeros de todo riesgo, y habia de ser yo menos cuidadoso de las almas redimidas con la sangre de Jesucristo? ¿Qué reproches no deberia yo esperar de El, si los abandonase en momento de peligro de perder sus vidas, y lo que es peor, su fé? Decís que me amais, y os creo; sin embargo, con-

tradecís vuestras palabras cuando procurais separarme de la corona del martirio, que yo vine á buscar desde los confines de la tierra.» El Padre elevó sus ojos al cielo, y pronunció estas palabras con tal solemnidad y fervor, que el capitan no pudo refrenar sus lágrimas. Volvió á la nave, y dijo á su tripulacion que ellos podian hacer lo que mas quisiesen; pero que por su parte, estaba decidido á vivir y morir con el hombre de Dios. No hubo uno solo que inmediatamente no se adhiriese á tamaña resolucion. La nave retrocedió al puerto; mas antes que hubieran saltado en tierra, el rey habia tomado tan rigurosas medidas con los alborotadores, que la paz y el órden fueron pronto restablecidos.

Habiendo salido chasqueados los bonzos en su atentado, recurrieron en seguida á otras medidas; solicitaron del rey un público certámen con el estranjero acerca de la verdad de sus respectivas religiones. Fué concedido, y despues de una controversia de cinco dias, declaró el rey desde el trono, con el unánime consentimiento de toda la asamblea, que la religion de los bonzos estranjeros era mas conforme á la razon, á la verdad y al buen sentido que la de sus contrincantes. Estos por último se retiraron profiriendo mil imprecaciones contra el príncipe, quien por su parte, del todo indiferente á su indignacion, condujo á Javier á su estancia con todas las consideraciones de respeto y afecto, y en medio de los aplausos de la multitud.

Los portugueses estaban á la sazon prontos á hacerse á la vela; y Francisco, que habia recibido cartas requiriendo su presencia en las Indias, se pre-

sentó en palacio á despedirse del rey. Habia con frecuencia abierta y atrevidamente censurado á este monarca por las debilidades de su vida privada, y ahora no podia partir de su lado para siempre sin renovar sus protestas y sin hacerle presente el peligro que le amenazaba persistiendo en sus vicios. Le habló con la ferviente energía de un Santo y con el valor que solo la santidad de su espíritu podia atreverse á usar en un pais donde la vida y la muerte estaban á merced del monarca, y que una palabra de mas ó de menos podia grabar en su sentencia el sello del martirio. No dejó de encargarle el recuerdo de que si él era un rey, era tambien un hombre; que si sus súbditos tenian que darle cuentas, tambien él tenia que darlas á Dios, quien podia juzgarle con tanto y aun mayor rigor que la débil humanidad juzga. Le preguntó cuál seria la respuesta que habria de dar en su último dia, cuando se le recordase que Cristo le habia enviado sus ministros desde las mas lejanas tierras con proposiciones de paz, que él habia rechazado; y por último, le suplicó con palabras de fuego salidas de los mas interiores recintos de su ardiente corazon, oyese la voz del Criador que le hablaba por medio de su boca, instándole á que no apagase los buenos sentimientos con que habia sido inspirado de mudar de una vez de vida y hacerse cristiano; añadiéndole que moriria contento si llegaba á oir á su vuelta de las Indias que el rey de Bongo habia sido la primera cabeza coronada en el Japon que habian bañado las aguas bautismales. El rey fué muy impresionado con este discurso, que Francisco pronunció con gran

majestad y devocion, concluyéndole con besar la mano de su majestad, y con darle humildemente las gracias por todos sus favores.

En 20 de marzo de 1551 salió de Bongo adonde nunca volvió; pero no por eso dejó de consagrar un recuerdo á sus amados convertidos, pues casi el último hecho de su vida fué despachar un nuevo envio de misioneros con el Padre Baltasar Gago á la cabeza, para auxiliar á los que ya se hallaban trabajando en el Japon. Llegaron cerca de ocho meses despues de su partida, y fueron recibidos por el rey con la misma bondad que habia demostrado á Javier; pero á la sazon no permanecieron mucho tiempo en aquellos dominios continuando desde luego á Amanguchi, en donde estaban ansiosos de conferenciar con el Padre Torres acerca de los negocios de su mision. Con facilidad se puede formar idea de la alegría que aquellos buenos Padres sintieron, en su primer encuentro en la tierra distante á donde habian ido sin otro fin que la salvacion de las almas y la gloria de Dios, y sin otra esperanza terrenal que ver tanto la una como la otra promovidas con su trabajo.

Hallándose cercana la fiesta de Navidad, resolvieron celebrarla con toda la posible pompa y júbilo, adornando la capilla lo mejor que estuviese á sus alcances, é invitando á los convertidos á la asistencia de la misa de media noche, que habia de cantar el Padre Torres. Los nuevos cristianos estuvieron encantados con esta deliciosa fiesta, la conmemoracion del mas tierno don de Dios por el amor del hombre. La noche se empleó en profunda devocion, mientras que en el dia siguiente fueron todos convidados

á comer con los Padres, en señal de la paz y caridad que reinaba entre ellos. El colegio fué interpolado en esta ocasion con los demás asistentes; y en oposicion á todas las prácticas de los japoneses, el rico y el noble no solo fueron mezclados indistintamente con sus mas pobres hermanos en la fé, sí que tambien entraron en el verdadero espíritu de la festividad, eligiendo honrar la pobreza en que nació Cristo por servirlos en el banquete.

Terminadas las fiestas de Navidad, se separaron los Padres para sus respectivas misiones, dejando al Padre Torres aun en Amanguchi, como designado para ejercer la superintendencia de aquel punto; pero no mucho despues de su partida, estalló en aquella ciudad una de las guerras civiles tan frecuentes en el Japon. Corria por las calles la sangre de las facciones contendientes. Los convertidos, temiendo por la vida de su pastor, le suplicaron se retirase. Resistió por mas de un mes á sus súplicas; sin embargo, como no dejase de conocer que mientras los misioneros fuesen tan pocos en número, la vida de cada uno en particular era de inestimable valor para el éxito de la empresa, consintió por último en retirarse, bajo la condicion de ser llamado en el instante que la paz se restableciese en el reino. Aquella noche la empleó en oir las confesiones de aquellos fervientes convertidos; y en la mañana siguiente todos, hombres, mujeres y niños le acompañaron algunas leguas fuera de la ciudad, recibiendo su bendicion con lágrimas de gratitud y dolor antes que hiciese su final partida para Bongo.

Es digno de mencionarse además que antes de

estos acontecimientos habia tenido la dicha de convertir á dos bonzos de los de mas reputacion en el Japon por su talento y sabiduría. Estos bonzos habian adquirido el hábito de escuchar sus instrucciones públicas, y ya habian concebido una admiracion ardiente por la religion que predicaba, cuando un dia oyéndole mencionar á San Pablo, presentaron los bonzos algunas cuestiones que le indugeron á hacerles un ligero bosquejo de la conversion y trabajos del Apóstol. Encantados con la relacion, y no siendo ya capaces de ocultar sus convicciones, el mas celebrado de los dos, volviéndose instantáneamente al auditorio, esclamó: «Mirad, ¡oh japoneses! ¡Yo tambien soy cristiano! y así como hasta aquí yo he imitado á Pablo con mi oposicion á Jesus, así le seguiré en adelante predicando á los gentiles. Y vos, mi compañero, añadió dirigiéndose al otro bonzo, venid conmigo, y ya que juntos esparcimos el error, juntos tambien enseñarémos la verdad.» Y así como él hablaba, la gracia de Dios que habia sido derramada en su propio corazon, llenó hasta desbordar el pecho de su compañero. Ambos se arrodillaron ante el Padre Torres implorando el bautismo, y juntos le recibieron á la vista de aquella muchedumbre; uno con el nombre de Pablo y el otro de Bernabé, en memoria del incidente que de aquella manera los habia conducido á hacer una pública declaracion de cristianos.

Desde aquel momento fué el mas querido objeto de su devocion imitar el celo y trabajo de los Santos de sus nombres; mas especialmente el que recibiera el nombre de Pablo, quien puso el mayor conato

en copiar la vida del Apóstol; ayunaba con el mayor rigor; dormia en la tierra desnuda con una piedra por almohada; se levantaba á media noche á orar, y al romper el dia iba á predicar por los pueblos. En esta ocupacion llevaba una ventaja considerable aun sobre los Padres Jesuitas que dirigian sus faenas; porque no solo predicaba la fé con tanta elocuencia como ellos mismos, sino que habiendo sido bonzo, podia además poner en claro las imposturas de sus antiguos asociados. Probablemente por esta razon fué enviado con el Padre Baltasar en el año de 1557 á predicar ante el rey de Firando, y entre los millares que convirtieron durante esta mision, estaba un noble señor, pariente del monarca, á quien el Padre bautizó con el nombre de Antonio. Su esposa é hijo siguieron su ejemplo; y en un período mas tarde, se distinguieron los tres por su valor y constancia en mantener la fé. Al presente se emplearon con diligente celo en su propagacion. Antonio era gobernador de dos islas cerca de Firando, donde los misioneros prosiguieron sus trabajos con tan felices resultados, que en corto tiempo se convirtió la poblacion, y se edificaron tres iglesias para su uso, que fueron puestas á cargo de los mas fervientes convertidos. A estos voluntarios sacristanes tambien se les asignó la religiosa enseñanza de los niños, y bajo su cuidado pronto se hicieron tan piadosos é instruidos como sus mayores. Nada es mas admirable, ciertamente en la Iglesia del Japon, que el valor y devocion desplegados donde quiera aun por los mas jóvenes de sus hijos. En tiempos de persecucion los hallarémos frecuentemente riendo en medio de tor-

mentos que, á no ser soportados por la divina gracia, los hombres mas bravos hubieran sido incapaces de tanto sufrimiento. De ellos con razon puede decirse que estaban prevenidos con la gracia de Dios, recibiendo la fé con tanta alegría como presteza, anticipándose frecuentemente á los misioneros mismos en el deseo de su instruccion. Durante esta misma mision de Firando, llegó un niño á pedir el bautismo al Padre Villela (que habia sido enviado en lugar del bonzo Pablo); se le prometió bajo la condicion de que estudiara una parte de la doctrina cristiana ó catecismo. «Pero, Padre, respondió riendo, si ya la he estudiado.» Despues de un exámen así resultó ser la verdad. No quiso dejar el sitio hasta que el Padre (juzgando que solo Dios podia infundir tal ansiedad en el corazon de un niño) concedió su demanda. No bien habian las aguas bautismales tocado su frente, cuando el niño apareció cambiado de casi un infante en un apóstol, predicando la fé con un celo tan feliz en su propia casa, que no habian pasado muchos dias cuando llevó toda su familia en triunfo á bautizarse como él.

Desgraciadamente el trabajo ocurrido en Firando, probó ser demasiado para las fuerzas del convertido Pablo (Pablo el bonzo, como habitualmente se le llamaba); y sintiendo acercarse su última hora, dirigió sus pasos hácia Bongo con permiso de sus superiores para morir en brazos del Padre Torres, su primer maestro y padre espiritual en la fé. El buen anciano le recibió con lágrimas de ternura y compasion; y habiéndole administrado todos los últimos ritos de la Iglesia, tuvo el consuelo de verle morir

con sentimientos de la mas ferviente devocion, balbuceando pausadamente los dulces nombres de Jesus y María en el último momento de su existencia.

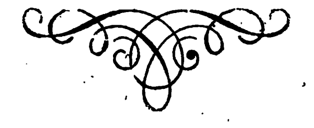
Su muerte fué pronto seguida de la partida de Firando de los otros Padres que habian sido sus compañeros en esta mision. El Padre Baltasar fué á predicar á Facata; y una conmocion habida contra los profesores de la fé cristiana, indujo al rey poco despues, á pesar de las manifestaciones del príncipe Antonio, á ordenar la partida tambien del Padre Villela. Obedeció, exhortando á los convertidos á la paciencia y la dulzura. Pero su obediencia en ningun sentido disminuyó la persecucion; porque no tan pronto se supo que habia dejado la ciudad, cuando los bonzos se dirigieron precipitadamente á las iglesias, y envalentonados con el favor ó indiferencia del rey, derribaron los altares, quemaron las cruces, rompieron las pinturas en mil pedazos, é hicieron todo cuanto estaba en su poder, tanto para provocar á los cristianos á la venganza, como para hacerlos retroceder á la adoracion de los ídolos. Fueron en vano todos sus esfuerzos; ni un solo convertido cedió á la tentacion, ú olvidó las lecciones de constancia, paz y perdon inculcadas por los Padres; y así, por su heróica firmeza, ganaron para Firando el honor de producir el primer mártir de la Iglesia Japonesa. Habia sido erigida una cruz en una montaña fuera de la ciudad; y allí, despues de la espoliacion de sus iglesias, acostumbraban á reunirse para sus oraciones públicas. Una esclava cristiana que frecuentaba estas asambleas, fué amenazada por su dueño con la muerte si perseveraba en aquella

práctica. Ella contestó modestamente, «que un buen cristiano no temia la muerte; y que si bien su deseo era guardar cuidadosamente sus deberes hácia su señor de la tierra, no podia por eso olvidar lo que debia á su Dios.» Al dia siguiente salió como de costumbre, y el dueño esperó su regreso con una espada desnuda en la mano. La generosa cristiana lo vió desde luego y aceptó su sentencia; y arrodillándose tranquilamente ante él, cayó su cabeza de un solo golpe. Los cristianos la enterraron con gran solemnidad, y lejos de ser aterrados por su suerte, nunca se cansaron de dar gracias á Dios por la constancia con que su sierva habia padecido, y de animarse unos á otros para seguir su ejemplo.

El Padre Baltasar y sus compañeros muy á duras penas escaparon de una suerte parecida en Facata. Los bonzos los arrojaron con ultrajes fuera de la ciudad; pero antes que pudieran verse libres del pais, cayeron en manos de algunos gentiles, que les robaron todo cuanto poseian, los despojaron aun de los vestidos que llevaban puestos, y debatieron en su misma presencia acerca del derecho de darles la muerte. Finalmente, fueron encerrados en una miserable cueva, donde los dejaron sin alimento ni luz, hasta que con la ayuda de algunos cristianos pudieron escaparse al reino de Bongo. Allí fueron recibidos en triunfo y regocijo, saliendo los habitantes de la capital á su encuentro con vino y frutas para su refresco. En seguida dieron gracias profundas y fervientes al Dios Todopoderoso por la proteccion con que en la hora de mas estrema necesidad se habia tan visiblemente acordado de sus siervos.

Inquietudes y persecuciones se habian reunido en Bongo para afliccion de los mismos Padres que, seis años antes, habian encontrado en Amanguchi con tan buena perspectiva; pero á pesar del sentimiento profundo que les causaba esta siniestra mudanza en sus asuntos, tenian en sus pechos mucho y verdadero espíritu misionario para perder el valor y la perseverancia. Fueron rechazados, pero no deshechos; detenidos, pero no desanimados; y mientras esperaban un campo mas espacioso, donde pudieran otra vez abrir sus ejercicios, se ocupaban con celo y eficacia en promover la causa de la religion en los mas estrechos viñedos donde la Providencia, á la ocasion, habia limitado sus labores. Con este propósito se esparcieron por las villas y lugares del reino de Bongo, predicando y convirtiendo á millares donde quiera, y acometiendo igualmente el enojo de los bonzos como las prevenciones del pueblo. Tres distinguidos hospitales erigidos en este tiempo en la ciudad de Funay son testigos de la santa indiferencia á toda consideracion de seguridad personal con que, aun en las mas ominosas horas de derrota, oprimian las desagradables doctrinas de la religion Cristiana en el entendimiento de una nacion orgullosa é irascible. Estos hospitales se destinaron para la recepcion de niños espósitos, leprosos y pobres enfermos, tres clases de personas, para quienes los japoneses habian enseñado hasta entonces, tanto por las leyes del pais, como por las instituciones religiosas, á abrigar sentimientos no solo de estrema indiferencia, sino de profundo desprecio. No es de admirar, pues, que los gentiles se ma-

ravillasen de una caridad universal como es la que debe su existencia á la fé cristiana. No es de admirar que el rey se llenase aun de mas elevada admiracion cuando, al desechar los auxilios pecuniarios ofrecidos á los Padres Jesuitas, estos le suplicaban los concediese á aquellas santas instituciones. Ni lo es tampoco que los convertidos encantados de esta manera inesperada de ejercer aquella ternura, y que el mismo nombre de Jesus habia ya engendrado en sus pechos, se dedicasen al consuelo del pobre con una dulzura y devocion, que era quizá mas eminente panegírico de la religion de amor que habian abrazado, que el mas elocuente discurso predicado jamás entre ellos por sus padres espirituales.



CAPITULO II.

Los bonzos de Frenoxama.—Viaje del Padre Villela á Miako.—Estraordinaria conversion de dos bonzos de gran reputacion.—Sucesos en Saccay.—Besamanos del Kumbo.—Nobunanga restablece la familia del Kumbo en Miako, y destruye los bonzos de Frenoxama.—Conspiracion contra él desecha; su magnífico torneo; su favorable disposicion hácia el Cristianismo.

Es de recordar que Miako era á un tiempo el objeto de las mas queridas aspiraciones de Francisco, y el lugar donde, segun todas las humanas apariencias, sus esfuerzos habian encontrado con mas señalada derrota. Pero no era así á los ojos de Dios. La semilla que habia sido arrojada por el Santo en medio del insulto y del oprobio, habia caido en suelo duro; permaneció durmiendo por algun tiempo, pero ahora estaba á punto de nacer y dar frutos centuplicados á sus sucesores en la cosecha.

Muy cerca de la ciudad yace la montaña de Frenoxama, famosa como el principal lugar de reunion de los bonzos, y la residencia del *Jaco*, su espiritual pontífice. Se cuenta que en algun tiempo poseyeron nada menos que tres mil monasterios en sus límites; pero aun antes de la llegada de los Jesuitas al Japon,

habia sido reducido gradualmente el número á seiscientos. Era gefe de una de estas casas un anciano de gran reputacion por su santidad y saber, al cual llegaron poco á poco rumores de un bonzo estranjero que habia predicado una nueva doctrina en Miako y sus cercanías. Lo poco que habia oido le obligó á esperar oir algo mas todavía; y lleno de admiracion por último de la sublime sabiduría que pudo discernir en los fragmentos de los discursos de Javier, tal cual le eran referidos por otros, escribió al Padre Torres, suplicándole que pasase á visitarle, y asegurándole al mismo tiempo, que á no ser por su edad avanzada y sus dolencias, nada le impediria á él ir á Bongo para instruirse en la fé. El Padre hubiera gustosamente aceptado esta inesperada invitacion; pero tambien estaba muy quebrantado por los años y el trabajo, para aventurarse á hacer semejante viaje. Envió por consiguiente en su lugar una esposicion de la doctrina cristiana en caractéres japoneses para mayor instruccion del bonzo, asegurándole que tan pronto como fuese posible despacharia uno de sus hermanos á concluir su conversion.

El padre Villela fué el elegido para este encargo. Rasuró la cabeza y la barba, sin cuya circunstancia hubiera sido imposible que le admitiesen en ninguno de los monasterios de las montañas, y entonces se embarcó para Miako. Innumerables fueron los desastres con que tuvo que luchar en el camino. Casi al salir habiendo rehusado unirse á los marineros en una ofrenda supersticiosa á sus dioses, desde aquel momento cualquiera desgracia que

ocurria, viento contrario, tempestad, ó inconveniente calma, era atribuida á la divina indignacion contra aquel impío viajero. Los marineros por su parte hicieron cuanto pudieron para vengar á sus ídolos injuriados; porque no solo le cercenaron el alimento y le golpearon como á un esclavo, sino que le abandonaron tambien por diez dias seguidos en una ribera desierta, espuesto á todas las vicisitudes del viento y del tiempo, y finalmente le dejaron en tierra distante de su destino, donde se vió precisado á buscar el camino que mejor pudo. Despues de esto, era en vano que procurase pasaje en uno de los buques que permanecian en el puerto. Se habia divulgado su mala fama, y ninguno queria correr el riesgo de su presencia. Hasta que todas las naves se habian hecho á la vela, no pudo conseguir el pasaje en una pequeña barca, que á pesar de mal pertrechada para tan largo viaje, desembarcó felizmente á doce leguas de Miako en 20 de Noviembre de 1559.

Su primer pensamiento fué para el pobre bonzo que le habia invitado; pero cuando llegó á la montaña, halló para su inesplicable afliccion que el anciano habia muerto. El bonzo, sin embargo que le habia sucedido en el oficio, y probablemente participante de algunas de sus opiniones tambien, hizo una consoladora reseña de su muerte. En sus últimos momentos habia profesado los misterios referidos en la carta del Padre Torres, declarando que renunciaba á los ídolos y moria cristiano en alma y corazon. A las súplicas del sucesor, el Padre Villela predicó á los otros bonzos de la montaña; y despues dirigién-

dose derechamente á Miako él y su compañero emplearon diez dias en la oracion, ayunos y mortificaciones; despues de lo cual, habiendo obtenido segun sus esperanzas la bendicion del cielo en su trabajo, se situó Villela en el mercado elevando la Cruz de Cristo, y llamando á todos para que se acercasen á oir la esposicion de Su Evangelio. Era tan elocuente é instruido como santo, y fué pronto universalmente reconocido que, con relacion á estas dotes, el bonzo Európeo sobrepujaba á los mas esclarecidos de los naturales de Frenoxama. Todos los hombres instruidos, los vagos y los curiosos de la nacion, concurrian ansiosamente á oirle; mientras que los derrotados bonzos preparaban asaltarle con sus acostumbradas armas de calumnia y maldad.

Es curioso observar cómo estos modernos gentiles imitasen sin saberlo á los gentiles de los antiguos tiempos, haciendo precisamente los mismos cargos al nombre cristiano que los romanos habian hecho algunos siglos antes. Semejanza de calumnia, seguramente arguye semejanza en la doctrina que la hace salir; y cuando hallamos á los predicadores Jesuitas del Japon acusados de devoradores de la carne de hombres, bebedores de sangre y asesinos de niños, es imposible no identificar el Sacrificio de la Eucaristía de Roma en los cuatro primeros siglos con la del Japon en el diez y seis, como el manantial comun y causa de estas horribles acusaciones. Ni en el primer caso ni en el segundo, podia el pueblo oirlas tranquilamente; los habitantes de Miako pronto se horrorizaron del Padre Villela tal cual se hubieran horrorizado de un asesino y un mónstruo; y como

nadie quiso darle hospedaje por mas tiempo, tanto él como su compañero se vieron obligados á tomar habitacion en un soportal arruinado. Allí vivió por espacio de tres meses en el rigor del invierno, sin cama ni fuego, espuesto á la intemperie porque la choza no tenia tejado; alimentándose de raices, durmiendo en la tierra en constante peligro de la vida, soportando los mayores ultrajes, porque los niños nunca se cansaban de abusar de él como antropófago; sin embargo, á pesar de esta estremada miseria, unido con sobrenatural tenacidad á la mision que el mismo Javier por precision habia abandonado, resolvió derramar su sangre en Miako ó ganar la ciudad para su Señor.

¿Quién podria resistir tanto valor y perseverancia? Sus mismas vidas parecian un milagro mas grande que la religion que predicaban. Por grados, el pueblo llegó á convencerse de su inocencia; los nobles volvieron de nuevo á reunirse para oirle; se edificó una iglesia, se compró una residencia para los Padres, y todo parecia caminar conforme á sus deseos, cuando un dia corrió el rumor por la ciudad de que dos bonzos (eran mágicos á la vez que bonzos), habian sido comisionados por el Kumbo para examinar los preceptos de la religion cristiana, y decidir si era ó no compatible con la seguridad del gobierno y del estado. No era de esperar imparcialidad de tales jueces como estos. Los cristianos convertidos lo dieron todo por perdido, y á sus ruegos el Padre Villela se retiró algunas leguas de la ciudad con objeto de evitar las injurias que los bonzos, embriagados con las esperanzas del buen éxito,

estaban acumulando sobre los profesores de la religion cristiana. Verdaderamente que las vias de Dios no son nuestras vias, ni sus pensamientos nuestros pensamientos. Mientras que un partido se estaba de esta suerte gloriando en su esperado triunfo, y el otro lloraba por su anticipada derrota, la Divina Providencia envió uno de los futuros árbitros, bajo la presencia de un cristiano sin instruccion (pues así parece haber sido) llamado Jacobo. El bonzo disputó con él acerca de la religion; al principio Jacobo no quiso replicar, pero pareciéndole que el silencio era interpretado como la posesion de secretos cuya revelacion envolvia ilegalidad, habló atrevidamente siguiendo la inspiracion que habia recibido, y pronunció un largo y elocuente discurso sobre la inmortalidad del alma, el castigo del malo y el premio del bueno, siendo precisamente estas las doctrinas mas frecuentemente negadas por los antireligionarios de la córte. Contra todo lo que se esperaba, el bonzo le escuchó con profunda atencion; y no tan pronto habia concluido, cuando le mandó ir á buscar al Padre Jesuita, añadiendo que si el escolar podia espresarse con tal sublimidad, cuán grandes serian las cosas que podria aprender de su maestro! Jacobo no perdió un momento para ir á Saccay, donde estaba entonces el Padre Villela; pero cuando declaró su mision en plena asamblea de los fieles, ni el pastor ni el pueblo podian creer en su certeza. Sin embargo, á pesar de esta incredulidad, él hubiera gustosamente concurrido á la cita, pero se lo prohibieron resueltamente los cristianos, y fué por consiguiente despachado en su lugar uno de los

hermanos Jesuitas. Pasaron tres dias y nada se oia de Miako ni del mensajero. Los cristianos presagiaban mal, y estaban tratando de despachar otro para indagar su suerte, cuando apareció con las mas halagüeñas noticias de una mision del mejor éxito. Segun la relacion que hizo, los bonzos árbitros no estaban esperando otra cosa que la llegada del Padre para ser incorporados en el seno de la Iglesia; y como eran señores de los mas poderosos, poca duda podia caber de que otros muchos seguirian su ejemplo. Cuando el mensajero acabó de hablar, aquella asamblea de cristianos levantó su voz llorando y dando gracias á Dios por aquel infinito poder sobre el corazon humano, que habia cambiado los mas fieros enemigos de la Iglesia en sus mas celosos defensores. En cuanto al Padre Villela, no perdió un solo momento en salir para Miako, donde halló las cosas de la manera que habia descrito el hermano Lorenzo. Por influencia de los bonzos convertidos se publicó despues un edicto imperial sobre la tolerancia de la fé cristiana, que pronto empezó á justificar las predicciones de Francisco y difundirse por los reinos limítrofes.

Saccay habia ya recibido la fé con anterioridad á las revueltas que sucedieron mas tarde. El Padre Villela habia sido convocado aquí por el gobernador de la ciudad; y este noble, despues de haberse bautizado, acomodó un cuarto para iglesia, donde el Padre y su compañero predicaban dos veces al dia, convirtiendo muchos habitantes y parte de la guarnicion. El mundo se admiraba de ver el cambio de la licencia y libertinaje de una vida militar con la mo-

destia y devocion de la profesion cristiana, pero se admiraba aun mas de la santidad precoz del hijo de aquel noble gobernador. No tenia aun catorce años el niño cuando recibió el bautismo, y siendo naturalmente de graciosa presencia, el candor y modestia que desde este momento resplandecieron en su semblante, hicieron su belleza casi angelical; entretanto que su jóven corazon estaba tan lleno del Espíritu Santo, que comenzó desde luego á imitar en su vida las virtudes y austeridades de los santos. Su hermana Mónica merece ser mas particularmente mencionada, como la primera mujer en los recuerdos del Japon que se consagró á Dios en el santo estado de virginidad. El mismo Dios la habia inspirado con este deseo en el instante del bautismo; y con objeto de obtener el permiso para pasar á un estado que la esponia á las persecuciones de parientes y ridículos amigos, comenzó desde aquel momento á practicar el ayuno tres veces á la semana, dedicando además varias horas diarias á la meditacion en la Pasion de Nuestro Señor. Así continuó por espacio de muchos años, hasta que, habiendo obtenido el consentimiento de sus padres y la aprobacion del Padre Jesuita, que á la sazon guiaba su conciencia, cortó gozosamente el cabello, y se ligó con el voto á aquel santo estado que, como los Santos de la antigüedad, habia elegido desde la infancia.

Pero debemos volver á Miako donde el Padre Villela, desenredado ya de las trabas y oposicion del gobierno, se dedicó á los trabajos de la mision con todo el celo de un verdadero hijo de San Ignacio. Por el dia le empleaba contínuamente en predicar y oir

nfesiones, mientras que las noches las dejaba para sladar los libros católicos á la lengua japonesa, de cual ya por este tiempo era un perfecto maestro. in desmesurada faena pronto causó en él el efecde los años; y cuando por último fué enviado en auxilio el Padre Froes, se admiró este de verle á edad de cuarenta y cuatro años enteramente cano encorvado como un hombre de ochenta.

El nuevo misionero llegó á la sazon en que los andes señores y príncipes del Japon pagaban su ual homenaje y tributo al Kumbo, quien los reia como una divinidad, con las piernas cruzadas, in dar señal alguna de reconocimiento, salvo cuanpor una condescendencia agitaba su abanico há alguno que deseaba honrar mas particularmente. El Padre Villela estaba en la costumbre de asistir este dia de besamanos, y ahora llevó consigo al dre Froes, vestido de sobrepelliz y estola, y enna en honor de la ocasion una capa de «lino y la» guarnecida con una franja dorada. Bastante bre debia ser por lo que dice su guarnicion de orol, y sin embargo llamó la atencion del Kumbo; rque despues de dejar su presencia mandó un menero especial con el encargo de suplicar al Padre nzo le permitiese ver otra vez su «hermosa ca.» «Yo no sé,» dice el cronista con admirable genüidad, «qué podia haber en aquel traje, que gun estoy informado, fué hecho por el Padre mis), y forrado con materiales viejos de diversos cores, para hacerle digno de la atencion de un príne en posesion de todo lo mas bello y precioso en Japon; mas como no puedo creer que admirase

el nuevo Kumbo á Miako: en plena córte espresó su gratitud al general por cuyas proezas habia conseguido aquel triunfo. Habló en seguida Vatadono, y como su hermano estuviese próximo á hacerse cristiano, y aun él mismo lo era ya de corazon, por todos los servicios que habia prestado á Nobunanga, solo pidió se volviese á llamar á los Padres Jesuitas. Un bonzo que á la sazon se hallaba presente se atrevió á tachar de peligrosa esta medida; pero Nobunanga aborrecia los bonzos y despreciaba sus ídolos; por eso contestó con palabras de satírica burla; y con su espreso permiso el Padre Froes fué restituido á su abandonada iglesia. Vatadono acompañó en seguida á este Padre en una visita al rey, á quien hallaron en el puente levadizo dirigiendo las nuevas obras de un palacio que estaba edificando para el Kumbo. Los recibió con la mayor amabilidad, obligando al Padre Froes á cubrir la cabeza en razon de la intensidad del sol; y despues de una conferencia de dos horas, durante las cuales censuró con frecuencia y con calor las debilidades é hipocresía de los bonzos, le despidió por último con el permiso ámplio de predicar el Evangelio en todo el reino.

Desde entonces el Padre se consideró en el deber de visitar de cuando en cuando al rey, y en una de estas ocasiones Nobunanga le obligó á disputar públicamente con un celebrado bonzo sobre la inmortalidad del alma, quedando muy satisfecho de los argumentos del Padre. Esto fué bastante á escitar los celos de su antagonista; y en su sed de venganza, no solo obtuvo licencia del Dairi de matar al Padre donde quiera que le encontrase, sino que de tal

modo supo por medio de la intriga ganarse el favor de Nobunanga, que este Monarca durante una ausencia temporal de Miako, le hizo ministro principal del reino con un poder apenas inferior al que habia sido asignado al Kumbo. Tal nombramiento hubiera sido fatal á los intereses de la religion. Vatodono aconsejó al Padre Froes pasar á ver al rey á su presente estancia con objeto de hacerle saber la mala conducta del bonzo. Aceptado el consejo, halló el Padre á Nobunanga rodeado de sus nobles, á quienes dejó el rey inmediatamente para hacerle el mas bondadoso recibimiento; y entonces, como fuese desordenadamente vano de sus riquezas y grandeza, determinó enseñarle todas las preciosidades de su palacio. No podia rehusarse tan graciosa oferta. Así que, caminaron por entre vestíbulos, cámaras, galerías, gabinetes y oficinas, que como dice el historiador, «los mismos nobles no habrian visto nunca, á no haber sido por el Padre.» Tambien Nobunanga le introdujo sin ceremonia en los departamentos de sus hijos, y en el de las damas de su servidumbre, discurriendo todo el tiempo sobre el mal porte del bonzo y los asuntos de Miako. Despues de este vanaglorioso paseo, fué invitado el Padre á tomar un refresco, y se hizo danzar á un enano para su recreo. Despues de hablar el rey algunas palabras en voz baja al jóven príncipe, se presentó un niño de sangre real con las copas del té para el estranjero y su majestad, que era el mas elevado honor que se podia hacer á un inferior en el Japon. Aquella noche permaneció el Padre por especial invitacion en el palacio, y á la mañana siguiente fué despedido con

una carta tal para el Dairi, que puso fin á todos los vengativos proyectos de su enemigo, quien siendo despues convicto de enormes crímenes, hubiera sido condenado sin duda á la muerte, á no haber intercedido en favor suyo su gefe espiritual. De todos modos fué despojado de bienes y honores, y de ser uno de los mas ricos se vió reducido á la condicion de los mas pobres del Japon.

Triste es decirlo; pero no debemos pasar en silencio que Vatadono, el generoso promovedor y orígen de todas estas ventajas para la Iglesia, nunca fué personalmente alistado entre sus hijos. Estaba en sus fuertes, y á la sazon instruyéndose para recibir el bautismo, cuando sus estados fueron desgraciadamente invadidos por un noble de las cercanías, y en la refriega que ocurrió despues quedó muerto en el campo. Los cristianos le lloraron como á un padre y protector; pero mas que todos estaba inconsolable el Padre Torres porque habia muerto sin el bautismo; sin embargo, confiaba que, mediante sus buenas intenciones, y por los servicios tan eminentes que habia prestado á la religion, Dios Todopoderoso en su bondad infinita estenderia á él su misericordia.

Poco despues de su muerte, Nobunanga resolvió destruir los bonzos de Frenoxama, que en diferentes ocasiones habian intentado torcer sus planes y labrar su ruina; con tal objeto marchó con un ejército á los pies de su montaña. Consternados los solitarios trataron de congraciarle con una grande suma de dinero, mientras que al mismo tiempo buscaron los medios de escitar sus temores supersticiosos

representándole la santidad del sitio que invadia; pero Nobunanga con toda la dura ironía de su naturaleza les contestó «que no necesitaba su dinero, y que en cuanto á la santidad de Frenoxama, si sus dioses eran realmente los amigos de los bonzos, no podia caber duda de que los protegerian; pero que si por el contrario, eran enemigos, él mismo vengaria sus resentimientos.» Conforme con sus palabras fué inmediatamente rodeada la montaña: tropa de soldados trepaban sus precipicios, y entraban en los monasterios, poniéndolo todo á sangre y fuego. Algunos de los infelices bonzos se arrojaban de cabeza por las rocas; otros se acogian al santuario en el templo, ó buscaban un escondite en las cuevas y grutas. Pero Nobunanga habia tomado sus medidas demasiado bien para permitir probabilidades de escape. Quemó el templo con todos los demás edificios de la montaña; envió sus hombres á los agujeros y cavernas como si estuviesen cazando fieras salvajes; y finalmente, salió tan bien en su proyecto de venganza, que ninguno de los que habitaban en Frenoxama quedó para contar la historia de su destruccion. Satisfecho de la carniceria se retiró á su propio reino, dejando al Kumbo la consideracion de Monarca por algun tiempo en Miako, aunque tuvo cuidado de reservar para sí toda la real autoridad de este oficio.

Pero á pesar de esta supuesta moderacion, el vasto poder que realmente poseia, y la magnificencia de que gozaba, escitaron los celos de los príncipes vecinos, de los cuales seis entraron en una conspiracion contra él. Antes que le declarasen abierta

guerra, ansiaban obtener la posicion de cierta fortaleza que, por su fuerza y situacion era de inmenso valor para su causa. Esta fortaleza estaba gobernada por Justo Ucondono, que con su padre el Dairi, eran fervientes cristianos; despues de algunas negociaciones fué desgraciadamente persuadido á mandar á su hijo á la córte de los conspiradores en rehénes por la seguridad del castillo. Nobunanga era demasiado político para no saber la conspiracion que se tramaba; y teniendo las mismas razones para querer de su parte el castillo que sus enemigos, trató de arrebatarle de Justo Ucondono por la fuerza de las armas. Pero abandonado este propósito, recurrió á la estrategia. Sabiendo que el gobernador era cristiano de todo corazon, y tal que por lo mismo preferiria los intereses de la religion á cualquiera otro interés mundano que pudiera ofrecérsele, mandó á decirle, que si la fortaleza no se rendia inmediatamente, mataria los Padres Jesuitas, quemaria las iglesias y estirparia hasta el mismo nombre cristiano en sus dominios. Fuera en vano intentar hacer una descripcion de la agonía de Justo en tan terrible dilema. Si se rendia, su hijo sería sacrificado en el rencor de los conspiradores; si por el contrario se sostenia, conocia demasiado bien que Nobunanga obraria segun sus palabras, y todos los cristianos del reino se verian envueltos en una ruina comun. Consternado por su ternura paternal de un lado, y la ansiedad por la religion del otro, resolvió escribir al Padre Organtin (que ya habia sucedido al Padre Torres en la mision), implorando su consejo. Este Padre encomendó el asunto fervientemente á

Dios; y entonces dirigiéndose á la fortaleza, dijo al gobernador que siendo Nobunanga de hecho su soberano, era de su deber obedecer sus órdenes con preferencia á cualquiera otro monarca; pero al pronunciar la palabra *obedecer*, la esposa y la madre del gobernador rompieron la conferencia, profiriendo tan amargos lamentos sobre la suerte de su hijo, que se vió por fin mas indeciso que antes; despidiéndose el Padre á última hora sin haber podido efectuar ningun convenio. Despues de su partida, el infeliz hombre era mas miserable que nunca; el amor por su hijo, las lágrimas de su mujer y madre, rendian su alma; pero la ruina de la religion, la matanza de los Padres y la persecucion de los cristianos, que veia eran las consecuencias inevitables en su presente conducta, eran pensamientos todavía mas terribles de soportar. En el agonizante conflicto en que se vió sumido se retiró á su gabinete, se postró de rodillas, y despues de una oracion corta pero ferviente, se levantó como un segundo Abraham preparado al sacrificio de todo lo mas querido en la tierra á los dictados de la conciencia. Aquella misma noche fué á la córte de Nobunanga, que le recibió con inesperada bondad; pero el corazon del padre suspiraba por su hijo, y ningun favor de príncipe podia darle consuelo; por último oyó que su padre, el Dairi, 'habia ido á la córte de los conspiradores, y á pesar de las graves dificultades que tuvo que vencer pudo obtener el abandono de los rehenes. Finalmente, se restituyó al gobierno de la fortaleza, los conspiradores fueron derrotados en la batalla, y habiendo sido dos de sus reinos confiscados por su trai-

cion, fueron añadidos á los que ya poseia Nobunanga.

Algunos de estos reinos los distribuyó este rey entre sus hijos. Hacia ya tiempo que habia separado al pobre Kumbo, privándole hasta de la sombra de grandeza que habia poseido; y entonces, embriagado por los sucesos, ó con las miras de una reconciliacion con los otros príncipes, resolvió dar una especie de torneo nacional en honor de sus victorias. En razon de hacerle tan magnífico como fuese posible, prohibió por medio de un bando real la asistencia de cualquiera noble que no fuese capaz de presentarse con pródigas espensas en su equipo; y por su parte los príncipes, en la esperanza de ganar el favor de un monarca que á la ocasion se consideraba invencible, rivalizaron en el esplendor de su arreglo y la prodigalidad de sus presentes al real donador de la funcion. El general de las fuerzas hizo donativos hasta la suma de cincuenta mil ducados; otro gastó veinte mil en su equipo; el tercero se presentó con cincuenta lacayos vestidos de la mas rica seda de la China; entretanto que Justo Ucondono cambió los colores de su comitiva y la moda de sus vestidos nada menos que siete veces en el curso del dia. La procesion rompia con setecientos caballeros con sus criados vestidos de ricas libreas; despues venian tres hijos de Nobunanga brillando con oro y pedrería, despues de ellos el monarca mismo rodeado de innumerables oficiales y acompañantes, montado en un soberbio caballo de guerra, y de tal modo cubierto de piedras preciosas, que no parecia sino que una lluvia de ellas habia caido sobre sus



A. Vera. R. Alabern

Magnifico torneo de Nobunanga

J. Sanchez Rubio, Editor, Madrid

vestidos. «No era difícil,» dice el cronista, «distinguirle entre la multitud; porque se dejaba ver por la majestad de su presencia y el lustre de sus vestiduras, que eran de seda de China labrada de piedras preciosas, con una banda de inestimable valor tendida sobre sus hombros; las gualdrapas, freno y fronton de su cabello eran todos de plata y oro, las riendas tachonadas de perlas, y los estribos de oro puro: seguian cien caballeros de la real servidumbre, y tan pronto como el rey entró en la lista el aire se llenó con las aclamaciones de la multitud. Entonces los caballeros del torneo se ordenaron en sus respectivas posiciones, corriendo de dos en dos y de tres en tres contra igual número. Los príncipes reales se distinguieron grandemente por sus proezas; pero á Nobunanga que luchó por último estaba reservada la victoria.» Y el buen cronista antiguo nos asegura que la mereció por su destreza, no sospechando nunca que le fuese adjudicada por las adulaciones y temores serviles de sus súbditos.

Nobunanga estaba ahora (año de 1581) en el mas alto pináculo de su ambicion: el monarca de treinta y dos reinos, por el poder que tan enormes posesiones conferian, era el virtual regulador de todo. Temido aun mas que era aborrecido, hacia cuanto queria; distribuyó con liberalidad reinos que nadie disputaba entre sus hijos, mató bárbaramente á los bonzos sin oposicion donde quiera que los encontrába; y patrocinó á los predicadores estranjeros sin hacer caso de los murmullos de aquel clero pagano y los terrores supersticiosos de sus amantes sectarios. Sin embargo, aunque abrigaba á la verdad

grandes sentimientos en favor de la religion cristiana, es lo cierto que nunca se hizo cristiano. Es posible que la ambicion le cegase hasta el punto de no desear mas que la material grandeza, ó que dudase cambiar la vida voluptuosa de un monarca pagano por la austera moralidad del credo de la religion cristiana; y tal vez á estas dos circunstancias reunidas podamos agregar una causa tercera, y un obstáculo mas insuperable á su conversion, en la dura incredulidad de la honradez de cualquiera clero, que su completo conocimiento de la hipccresía de los bonzos, habia arraigado en su corazon. Por consiguiente alguna sospecha acerca de los motivos del predicador habrian causado alguna prevencion sobre la religion que predicaba; así es que Nobunanga, á pesar del honorífico testimonio que siempre concedió á las virtudes de los Padres, jamás pudo despojarse enteramente de alguna duda relativa al principio regulador de su conducta, como lo prueba suficientemente la siguiente anécdota.

El Padre Organtin habia hecho una visita en palacio, y despues de una entrevista privada de considerable duracion, el rey mandó abrir las puertas grandes de la cámara de audiencia, y esclamó de una manera que todos pudieran oir: « Preparad á vuestras esposas é hijos á recibir la fé, porque los argumentos de estos bonzos estranjeros son irresistibles.» Entonces, volviéndose al Hermano Lorenzo, el compañero del Padre, le ordenó probar á toda la asamblea tanto la unidad de Dios como el hecho de retribucion despues de la muerte. El Hermano obedeció; y mientras que los corazones de todos los pre-

sentes estaban estremecidos bajo el torrente de elocuencia que corria de sus labios, Nobunanga le tomó de la mano, y otra vez como si obedeciese á un irresistible impulso condujo á los dos Padres á sus privados aposentos. Allí, lejos de los ojos y oidos curiosos de los cortesanos, los conjuró á decir sin reserva ó falsedad si ellos creian realmente las cosas que enseñaban, añadiendo que varios bonzos que sostenian en público las doctrinas que el Hermano Lorenzo habia apoyado en su discurso, le habian dado á conocer en privado que en realidad nada creian, y que solo mimaban tales fantasías en el pueblo con la idea de promover la prosperidad pública. Entonces el Padre Organtin con grave y sério semblante, tal cual la solemnidad de las palabras lo exigian, juró por lo mas sagrado, por el poder y majestad de Dios mismo, que nunca habia predicado una jota de doctrina en el Japon que no creyese una verdad como si lo hubiera visto con sus propios ojos; y tomando una carta geográfica que por casualidad se hallaba en una mesa, señaló la tierra distante de donde él venia, contó los muchos peligros con que habia tenido que luchar en el camino, las injurias, y las opresiones y trastornos en medio de los cuales estaba aun sufriendo diariamente en Miako; insistiendo por último en la locura y tontería de que deberia estar poseido si sufriese todas estas vejaciones, y aun mas, solamente por la propagacion de una fábula ridícula en que no creyese.

El rey le oyó con profunda atencion, y cuando el Padre Organtin concluyó por tocar dulce y elocuentemente en la esperanza cierta del cielo, que le ale-

graba en medio de sus trabajos de este mundo, Nobunanga no pudo sufrir mas; dando rienda suelta á un tropel de irresistibles sentimientos, declaró que estaba tan encantado con las palabras del Padre, que á duras penas se decidia á permitir su partida del palacio. Este momento de duda tal vez era el punto de regreso en su carrera. La Gracia habia tocado con violencia su corazon, ó de otro modo, ¿por qué repugnaba tanto la partida del Padre? Habia sido tocado, pero no abierto. El orgullo, el amor del placer, la fria infidelidad con todo su acompañamiento de sospechas indignas, estaban en la ciudadela antes que la Gracia; y él no quiso despedir aquellas para la admision de esta. El llamamiento fué descuidado, el impulso contenido; y triste y repugnantemente, pero sin un esfuerzo para detenerle, sufrió que su fiel monitor le abandonase. El dado se habia arrojado, la buena inspiracion huyera para siempre; y Nobunanga, por su altivez de entendimiento y desprecio hácia las maliciosas supersticiones de los bonzos, concluyó por último su reinado con un mandato compeliendo á su pueblo á tal monstruoso acto de grosera idolatría, que hubiera deshonrado el gobierno aun del menos ilustrado de sus antecesores.

CAPITULO III.

El castillo de Ekandono.—Sumitando, rey de Omura; su celo templado con discrecion.—El Padre Torres vá á Vocoxiuva, donde hace su asiento.—Conversion de Sumitando y treinta nobles.—Conspiracion contra él deshecha.—Los jesuitas se sitúan en Nangasaki.—Conversion del rey de Arima.—El cristianismo introducido en Goto.—El hijo del rey convertido.

Cuando Francisco y su compañero partieron de Kangoxima, con objeto de buscar una ciudad mas hospitalaria para teatro de sus labores, la casualidad los condujo bajo las torres de una solitaria fortaleza situada en una escarpada roca, y tan completamente rodeada de un ancho y profundo foso, que solo era accesible por un puente levadizo. Francisco se paró al tiempo que por allí pasaba, y no tan pronto fué descubierto desde el elevado techo del castillo, cuando se despachó un criado con un bondadoso y cortés mensaje del gobernador de Ekandono (porque este era el nombre del castillo), para que tanto él como su fatigado compañero entrasen á tomar un refrigerio. El verdadero refrigerio de Francisco, como el de su Divino Maestro, era «hacer la voluntad de aquel que le enviaba para hacer perfecta su

obra;» y bien lo cumplió en esta ocasion, porque antes que dejase la fortaleza habia instruido y bautizado la esposa de su gefe juntamente con el hijo mayor y diez y siete soldados de la guarnicion. Entre estos se encontraba un venerable anciano, cuya prudencia y virtud causaba respeto á los otros como un padre. Á él Francisco confió el cuidado de este inesperado rebaño, dándole para su mayor y completa instruccion un escrito sobre el bautismo, un estracto de la vida de nuestro Salvador, una esposicion del credo, las letanías y salmos penitenciales, y una tabla de las festividades de la Iglesia durante el año, todo en lengua japonesa. Además con el consentimiento del gobernador, eligió un espacioso aposento para los religiosos ejercicios de los fieles; y encargando al anciano los congregara allí en dias señalados, particularmente en los viernes y sábados, á orar y leer libros piadosos, le echó su bendicion antes de partir.

Trece años habian pasado, y ningun otro misionero se habia acercado á la solitaria fortaleza para reanimar la piedad y la instruccion que estos buenos neófitos habian tan escasamente recibido. San Francisco, su único padre en la fé, habia ido por su premio «en estremo grande» del cielo; los otros misioneros fueron enviados á populosas ciudades y mas importantes reinos que demandaban su auxilio; pero el Padre Torres nunca habia olvidado este pobre pueblo y su generosa ansiedad en recibir la fé; y por último, no encontrando probabilidad de poder economizar un sacerdote á este propósito, envió uno de los hermanos legos á visitarlos en su lugar. Esta vez

no hubo necesidad de esperar hasta que un criado viniese con la invitacion de entrar. Los cristianos conocieron desde luego que era uno de la misma profesion que el santo hombre que años antes, con sus piadosas miradas y palabras de fuego, los llevara tan felizmente al conocimiento del verdadero Dios; ansiosa y alegremente por esto le rodearon, haciéndole mil preguntas acerca de su querido Padre; y cuando oyeron que habia muerto, mujeres y niños, jóvenes y viejos, todos prorumpieron en lágrimas. El Hermano Almeida hizo cuanto pudo por consolarlos, hablándoles de la santa y dichosa muerte de San Francisco; mientras que ellos por su parte le mostraban el libro de doctrina y disciplina que les habia dejado, y que habian siempre conservado como la mas preciosa reliquia.

El anciano que fuera señalado como su director habia muerto; pero Almeida pronto descubrió que bajo su guia no solo habian conservado el fervor é inocencia de la conversion, sino que además habia predicado la fé con tal eficacia, tanto con la palabra como con el ejemplo, que durante los dos ó tres dias que permaneció con ellos nada menos que sesenta individuos solicitaron el bautismo de sus manos. El hijo del gobernador, que habia sido bautizado por Javier, fué ahora designado el gefe de ellos, asociando Almeida con él en el desempeño de este cargo, á un jóven japonés de rara piedad y antecedentes, y despues el autor de un compendio de las Escrituras, que fué de infinita utilidad en la jóven Iglesia del Japon. El mismo que, cuando el hermano le preguntó: «¿qué haria si el rey le mandase abjurar

su religion? » dió aquella respuesta, no menos notable por su ferviente celo que por la esquisita apreciacion de las exigencias de la ley cristiana: « Padre mio, en tal caso, contestaria de este modo al rey: « ¡ Quereis, oh rey ! que yo sea fiel y verídico en vuestro servicio, moderado, paciente y obediente, vigilante de vuestros intereses y olvidado de los mios, lleno de caridad para con mi vecino, y de paciencia para con todo el que me injurie ó se me oponga? Mandadme entonces que sea cristiano, porque solo de un cristiano pueden racionalmente esperarse tales virtudes. » Los nobles sentimientos espresados en este discurso, fueron participados por todos los miembros de la guarnicion; solo el gobernador fué entre ellos el hombre que permaneció infiel. Sin embargo era infiel no mas que en la apariencia; porque prometió al Hermano que seria cristiano tan pronto como pudiese serlo sin escitar el desagrado del rey. No sabemos si la gracia tan temerariamente rechazada le asistió despues; pues Almeida se vió obligado á partir casi inmediatamente en consecuencia de cartas que el Padre Torres habia recibido de Sumitando, rey de Omura.

Este príncipe fué hijo del rey de Arima, quien habia abdicado hacia algun tiempo en favor de su hijo primogénito. Sumitando fué llamado al reino de Omura por el general consentimiento de los nobles, por haber muerto el último monarca sin sucesion legítima á la corona. Era generoso, de inclinaciones nobles, y famoso por su valor. Habia reinado varios años, honrado y querido de sus súbditos, cuando la casualidad llevó á sus manos un libro japonés escri-

to por el Padre Villela contestando á las objeciones de los bonzos. La luz de la verdad parece haber brillado desde luego sin una sombra de duda en aquel ingénuo entendimiento, y es imposible leer su historia sin la persuasion de que ya en este primer exámen de la religion cristiana formó el firme y resuelto propósito de hacerse cristiano. La prudencia, sin embargo, que era la principal cualidad del carácter de este príncipe, se mezcló dichosamente con aquel deliberado proyecto. Conocia la oposicion que donde quiera los predicadores cristianos habian encontrado de parte de los bonzos; sabia cómo en los primeros momentos habian sido compelidos á dejar á Kangoxima, cómo despues habian sido presos, y de tal modo maltratados que apenas escaparon con vida á Firando; cómo la multitud los cazó como bestias para su destruccion en Miako; y cómo aun en Bongo, á la vista y sonrisa del mismo rey, habian estado en peligro su libertad y su vida por el aborrecimiento de los bonzos, que levantaron tumulto sobre tumulto con objeto de echarlos de la ciudad. Conocia todo esto, y por consiguiente resolvió allanar el camino por la pacífica recepcion de los predicadores cristianos en sus dominios, representando á su consejo las ventajas que reportaria á la nacion el tráfico con los portugueses; y cuando vió que estaban perfectamente convencidos de la importancia de esta medida, escribió con su consentimiento al Padre Torres, ofreciendo á sus compatriotas el puerto de Vocoxiuva como lugar conveniente al desembarco de sus mercaderías; entretanto que al mismo tiempo le invitaba privadamente á que aprovechase la mejor opor-

tunidad de enviarle algunos religiosos con objeto de que se situasen en la misma ciudad.

Estos fueron los asuntos que motivaron el llamamiento de Almeida; pero reflexionando la inmensa importancia que tal adquisicion podia traer á los intereses de la Iglesia, el Padre Torres resolvió despues, á pesar de su edad y salud quebrantada, ir él mismo á Vocoxiuva, lo cual verificó en el año de 1562. Bajo sus auspicios se edificó inmediatamente una iglesia; y no tan pronto se supo que habia un Padre en la ciudad, cuando los cristianos de Firando y de las cercanías se acercaron á él en tropelés. Muchos habian estado mas de un año sin oportunidad alguna de atender á los deberes religiosos; así es que el Padre Torres se ocupó noche y dia en oir sus confesiones; se manifestaron tan afectos á estos piadosos ejercicios, que casi vivian en la iglesia descuidando el sueño y el alimento. Su fervor aun subió de punto durante la santa estacion de la Cuaresma; y el Viernes Santo acompañaron al Padre vestidos de un saco y con coronas de espinas en la cabeza á erigir una gran Cruz en una montaña vecina; los hombres vapuleándose con disciplinas, y las mujeres vertiendo lágrimas de afliccion así que caminaban. Despues con la Pascua de Resurreccion se efectuó un cambio en sus devociones, y así como hasta entonces habian intentado demostrar su afliccion por el pecado, y su simpatía con el Salvador por medio de voluntarios castigos y sufrimientos, así despues, siguiendo el verdadero espíritu de la Iglesia, procuraron unirse al gozo de su Resurreccion agregándose á la procesion del Santísimo Sacramento corona-

dos de flores y vestidos con sus mas ricos y costosos atavíos. El Santísimo Sacramento fué llevado por el Padre Torres bajo un magnífico dosel; y así como se acercaban al puerto y á los buques de Portugal, que hacian salvas de saludo regio, el buen anciano no pudo contener su llanto de alegría, al ver que la Cruz de Cristo era al fin honrada y su nombre adorado, en medio de un pueblo que hacia tantos siglos habia considerado las peores pasiones del corazon humano, como los objetos de su mas voluntario culto y mas apasionada admiracion.

Parece que antes de este tiempo Sumitando no dió noticia de su aprecio hácia los Padres, probablemente con las miras de evitar los celos de los bonzos; pero en esta ocasion hizo una visita á Vocoxiuva, y el Padre Torres inmediatamente pasó á verle, suplicándole al mismo tiempo que comiese en su casa, como acostumbraba á hacerlo algunas veces el rey de Bongo. La invitacion fué amablemente aceptada, y los comerciantes portugueses que estaban á la sazon en el puerto, no solamente auxiliaron la hospitalidad de los Padres preparando un festin magnífico, sino que sirvieron á su majestad á la mesa. Este asunto importante concluyó dichosamente, conduciendo el Padre Torres á Sumitando á la iglesia, donde este quedó encantado de una pintura de la Vírgen Madre y su Divino Hijo, cuya belleza escedia á cuanto habia visto hasta entonces en su reino.

Uno de los Hermanos conversó con él algun tiempo acerca de la ley cristiana, y el Padre Torres le regaló un magnífico abanico que habia llevado de Miako, donde estaba pintado el Sagrado Nombre de

Jesus con una cruz encima y tres clavos debajo. El rey manifestó deseos de conocer el significado de aquellas cifras, y entonces el Hermano Fernandez se las esplicó, diciendo que era el Sagrado Nombre de Jesus que el Padre Torres ansiosamente deseaba grabar en el corazon de su majestad, en atencion á que contenia muchos misterios, cuyo conocimiento era necesario á la salvacion. Sumitando se despidió; pero en su ansiedad de recoger mas noticias, fué otra vez directamente á casa del Padre despues de la cena, donde en seguida de oir una corta esplicacion del Credo, le refirió el Hermano Fernandez la historia de Constantino el Grande y de la Cruz que apareció en los cielos cuando estaba para dar una batalla á sus enemigos. Siendo Sumitando rey, y con el espíritu de un héroe palpitando en el pecho, el vivo entendimiento de este monarca se apoderó inmediatamente de aquella historia y la hizo propia. Antes que concluyera la noche ya habia aprendido á hacer la señal de la cruz, y en la mañana siguiente envió un caballero á decir al Padre Torres que se haria cristiano tan pronto como naciese un heredero á su corona; que de hacerlo primero solamente crearia disturbios é impediria los progresos positivos de la religion; que por tanto le suplicaba rogase á Dios para que su deseo en este punto fuese cumplido. Entretanto pidió el permiso de llevar una cruz bordada en su ropaje real, para manifestar que realmente la tenia grabada en su corazon, porque tal era el respeto que sentia hácia la señal de nuestra redencion, que sin un permiso espreso al efecto, no se atrevia á llevarla sobre sí públicamente. En razon de esti-

mar todo el heroismo de esta súplica, debemos tener presente que la muerte de cruz era el peor castigo de los mas bajos criminales del Japon, tal cual habia sido en tiempos antiguos entre los romanos. Por eso no era una prueba pequeña de sinceridad en los convertidos, el que viesen con gusto este emblema elevado sobre sus iglesias; pero por lo que toca al rey, y un rey tan recientemente instruido en la fé, y que ni aun habia recibido la gracia del bautismo, haberla reverenciado en tan alto grado como querer llevarla en su persona, significaba una mudanza interna tal, que solo un milagro de la divina gracia pudo efectuar. Habiendo recibido el rey una respuesta favorable del Padre Torres, mandó hacer una espléndida cruz de oro, que colgó alrededor de su cuello cuando fué á visitar á su hermano el rey de Arima, á cuya córte habló con tanta elocuencia en favor de la religion verdadera, que este resolvió hacerse cristiano tan pronto como terminara una guerra en que estaba comprometido.

Algunos meses despues de esto, volvió Sumitando á aparecer en Vocoxiuva, y en una entrevista privada dijo al Padre Torres, que habiéndole su reina dado esperanzas de un heredero á la corona, habia resuelto no diferir su conversion por mas tiempo, y que por tal razon iba con treinta de sus nobles á pedir el bautismo de sus manos. Cuando el buen Padre oyó esta declaracion no pudo menos de esclamar con el anciano Simeon: « ahora, Señor, despide á tu siervo, conforme á tu palabra, en paz: » y entonces siguiendo la idea de estas palabras, dijo al rey que ya que su vida no le habia dado otra ale-

gría superior á la que sentia en aquel momento, no debia pedir mas á Dios para desde entonces que el poder morir pronto en paz; por otra parte oró con el mayor fervor para que su majestad probase ser el verdadero Constantino del Japon, rivalizando con este emperador en adelante en bondad como hasta entonces le habia imitado en valor. La mayor parte de esta noche la empleó el Padre Torres en la diligente instruccion del neófito real y su comitiva, y en la mañana siguiente muy temprano ya aparecieron estos en la iglesia, donde hallaron al Padre y sus auxiliares esperando para recibirlos. Primero rezaron el Credo de rodillas; despues se levantaron y estendieron los brazos, conforme á la costumbre de orar de los japoneses, y el Padre Torres los exhortó brevemente, pero con fervor, administrándoles por último el sacramento del bautismo, comenzando por el rey. A este le puso el nombre de Bartolomé, con el cual le vemos distinguirse desde aquel momento en los anales eclesiásticos de su reino. Entonces Sumitando aseguró la sinceridad de los que habian sido bautizados con él. Tal vez temiese que la circunstancia de ser de su comitiva, envolviese sospecha acerca de sus motivos en acompañarle á la pila del bautismo; por eso se anticipó á la calumnia, garantiendo con toda la sencillez de su franco carácter la futura fidelidad de los nobles á los deberes religiosos, asegurando además al Padre Torres con una ansiedad poco comun en un déspota oriental, que aunque conocia que le amaban, era sin embargo cierto que nunca habian hecho por su causa lo que habian hecho aquel dia por la causa de

Dios. Cuando dejó la iglesia en aquella memorable mañana, Sumitando ó Bartolomé, como le debemos llamar en adelante, estaba tan lleno con la alegría y consuelo del Espíritu Santo, que gustosamente hubiera pasado dias y noches conversando sobre materias espirituales con el Padre; pero le declararon guerra tanto á él como á su hermano, y para su grande disgusto se vió obligado á partir inmediatamente.

Fué una costumbre sagrada entre los japoneses no salir jamás á una espedicion militar sin haber antes demandado el éxito á «Mantiffen,» el dios de la guerra en la mitología japonesa, divinidad usualmente representada, gastando yelmo y con un gallo de alas abiertas en lugar del penacho. Las tropas por lo regular formaban ante su templo, y todos los soldados saludaban cumplidamente bajando los brazos y besando su estandarte en señal de homenaje y de culto. Grande fué entonces la admiracion de todos, cuando en la misma tarde del dia en que recibió el bautismo, Bartolomé avanzó hácia el templo y puso á su ejército en órden de batalla alrededor de él. No se conocian sus pensamientos, no se sabia que el recuerdo de la gentílica idolatría que habia hasta entonces ejecutado ante sus muros, le llenaba de indignacion á causa de la gloria defraudada del único Dios existente, y que le llevaba á aquel sitio con ánimo destructor. Pronto se conoció, sin embargo, porque entrando en el templo con algunos de sus oficiales mandó á los soldados romper los ídolos de menos estimacion, entretanto que él mismo apoderándose de Mantiffen, le dió fuertes córtes con

su espada hasta separarle la cabeza. Al llegar al sitio de la guerra tuvo cuidado de manifestarse cristiano con el uso de un ropaje blanco en donde el nombre de Jesus, una cruz y tres clavos (las divisas de su abanico), estaban bordados de oro. Cuando quiera que las ocupaciones de la guerra se lo permitian, se dedicaba á la instruccion del que se la pedia, sin distincion del mas elevado oficial hasta el mas ínfimo soldado del ejército, acerca de los misterios de la religion. En seguida los enviaba á recibir el bautismo de los Padres Jesuitas que visitaban el campo, y no tan pronto terminó la guerra cuando salió á destruir todos los templos de los ídolos que habia en sus dominios, sin respeto á las murmuraciones de los bonzos, cuyo enojo ya estaba ansioso de despreciar anteriormente.

Todos los diás alimentaba gran número de pobres en sus dominios, sirviéndolos él mismo con una caridad que demostraba cuánto la dulce humildad del Cristianismo habia sobrepujado el fastidioso orgullo del gentílico príncipe. Un sentimiento parecido le obligaba tambien á rendir su espada y su puñal (muestra de profunda sumision entre los japoneses), siempre que iba á visitar al Padre Torres; ni queria jamás aceptar un asiento aparte del resto de la congregacion en la iglesia, rehusándole bajo el concepto de que «todos los cristianos como cristianos eran iguales á él);» tan intuitivo le era aquel grande principio de la ley cristiana que enseña; todos los hombres son semejantes á los ojos de Dios, escepto en aquello que sus propias acciones los elevan ó deprimen en la balanza. La aversion de la

reina á la fé fué por mucho tiempo la única nube de su alegría, y cuando por último ella se declaró deseosa de instruccion, fué tal el encanto del rey, que en el celo de su fogoso corazon él mismo se acercó á poner en conocimiento del Padre Torres tan placentera mudanza.

Pero toda la bondad y virtud del rey no pudieron avenir una porcion de sus súbditos á la destruccion de los ídolos, ni hacerlos tolerar el descubierto desprecio en que parecia tener placer hácia sus supersticiones. En una ocasion en que fué llamado para adorar la estátua de su antecesor, como los reyes de Omura antes de él lo tenian de costumbre, se manifestó tan indignado, que derribó la estátua de su suntuoso altar, y mandó echarla en el fuego. Otra vez hizo una ofensa grave á sus compatriotas rehusando unirse á ellos en un festin supersticioso que acostumbraban á dar una vez al año á sus parientes y amigos muertos. En la víspera de esta festividad, los mas de los ciudadanos dejan la ciudad para hacer una correría al lugar donde suponen que los difuntos se reunen. Allí saludan sus espíritus invitándolos á pasar á la ciudad para tomar un refrigerio; despues de la invitacion marchan en compañía muertos y vivos, los primeros conversando todo el camino como si realmente creyesen que los segundos están en su presencia. La procesion camina con antorchas á la cabeza, y se iluminan tambien en honor de los difuntos la ciudad y el interior de las casas, donde se hallan preparadas mesas magníficamente provistas, y con lugares cuidadosamente dejados para los invisibles huéspedes; porque los ja-

poneses imaginan el alma suficientemente material en su naturaleza para ser capaz de participar de las mas sutiles porciones de los alimentos. Despues de comer van á visitar las tumbas de los que creen sus convidados, disipando la noche en correr de un lado á otro de la ciudad; en la mañana siguiente vuelven los espíritus de los muertos á ser conducidos en procesion al lugar de donde han salido. Todo el pais se ilumina con el objeto de que no pierdan el camino, y los lugares donde se supone que estuvieron, se golpean con palos cuidadosamente para precaver ostensiblemente que quede algun perezoso espíritu, y llame á su lado á los compañeros embarazando de este modo el lugar; y tambien parece ser esta precaucion debida á la repugnancia de encontrar cara á cara algun sombrío fantasma en el momento en que el valor se halla enervado por la bacanal. Es difícil imaginarse una supersticion mas absurda en sí misma, ó mas á propósito para producir la beodez y disipacion en el modo de celebrarla; pero, aunque en razon de evitar cualquiera imputacion de avaricia para con los muertos, Bartolomé alimentaba en su lugar algunos miles de pobres de sus dominios, no por eso podia evadirse de la indignacion que los bonzos (los únicos que perdian en el abandono de la antigua costumbre), escitaban contra él donde quiera.

La rebelion es la consecuencia natural de semejante estado de sentimientos en cualquiera reino constituido como el Japon. Por eso varios nobles de la córte conspiraban para derribar del trono á Bartolomé, y con el objeto de ocultar su designio fin-

gieron el deseo de hacerse cristianos. El rey, sin embargo, no podia persuadirse que hombres hasta entonces notables por su aborrecimiento á la religion, fuesen inspirados de improviso con el deseo de abrazarla, y determinó por tanto poner en guardia al Padre Torres para que no los recibiese en su seno sin una prolongada prueba y preparacion. No sabemos si fuéron tan allá que hayan realmente pedido el bautismo; pero es lo cierto que mientras estaba pendiente este asunto, dispusieron todas las cosas para la intentada rebelion, comprometiendo al rey de Firando á hacer la guerra á Arima, con objeto de precaver que este monarca fuese en auxilio de su hermano. El Padre Torres era el destinado para ser la primera víctima: por eso persuadieron al rey á que le debia invitar para el próximo bautismo de la reina; y D. Luis, un caballero cristiano, fué el designado para llevar semejante mensaje. Se acercaba la fiesta de la Asuncion cuando este llegó á Vocoxiuva, en cuyo dia el Padre Torres habia determinado pronunciar su voto final como jesuita. Estando Torres muy avanzado en años y ansioso de poner el sello á su profesion religiosa antes de morir, resolvió no partir para Omura hasta despues de haberle puesto. En el dia señalado la iglesia estaba llena de naturales y portugueses á presenciar la ceremonia, y cuando el venerable anciano á quien muchos habian visto encanecerse en el servicio de la mision, cayó de rodillas ante el Padre Froes y pronunció el voto en medio del llanto y con todo el fervor de quien cumple los últimos deseos de su corazon, ninguno pudo menos de juntar sus lágrimas á

las suyas. Inmediatamente despues cayó enfermo el Padre Froes, lo cual difirió otra vez la partida del Padre Torres. Los conspiradores con esto se alarmaron, y D. Luis volvió á salir con un nuevo y mas urgente mensaje, lo que obligó al Padre Torres á señalar la mañana siguiente para su partida. Pero cuando encomendaba su viaje aquel dia en la misa á Dios, sintió de improviso un deseo de diferirle por tercera vez, y D. Luis tuvo que marcharse sin él.

Los devotos se maravillaban, y muchos cristianos estaban casi escandalizados pensando que el anciano se habia cansado del trabajo; pero los acontecimientos demostraron que un poder mas elevado que la humana sabiduría lo habia ordenado así, porque en el regreso, Luis fué atacado por los conspiradores, que no dudando que el Padre Torres iba en su compañía, hicieron pedazos toda la partida sin misericordia, y retirándose luego á Omura desplegaron abiertamente el estandarte de la rebelion. Bartolomé fué sitiado en su palacio; pero bravo, fuerte y lleno de confianza en aquel Dios, con cuya causa se habia identificado, se abrió paso con la espada por medio de sus enemigos y buscó un refugio temporal en un bosque cerca de la ciudad. Allí permaneció oculto de sus amigos y enemigos, solamente cuidado por un pobre chino que le llevaba el alimento diario; pero escapándose luego á una fortaleza cerca de Omura, fué inmediatamente sitiado por el ejército de los rebeldes. Para mejor paliar estos su conducta, ofrecieron deponer las armas si el rey renunciaba la « advenediza religion » que habia abrazado, y la prohibia en lo futuro en todos sus

dominios; pero atrevidamente les contestó que podian separarle de su reino, pero no de la fé, puesto que valuaba la cruz mas que la corona, y el título de cristiano mas que el de rey. Sin embargo, les añadió que no conquistarian sin pelear, porque habia resuelto sostenerse hasta el último momento, no dudando que al fin el Dios en quien confiaba le daria la victoria sobre sus enemigos.

Semejante respuesta no era á propósito para conciliar á los rebeldes, que ahora estrecharon el sitio con redoblado esfuerzo. Pero Bartolomé se sostenia firme con el mayor valor: no sabia que ninguno pudiese venir en su socorro, y sin embargo, hubiera muerto peleando en las murallas antes de ceder una pulgada de terreno á sus adversarios. Tal era el estado de los asuntos de ambos lados, cuando una mañana se dejó ver un ejército en órden de batalla dando la vuelta pausadamente á unas montañas distantes. Por algun tiempo se abrigaron temores y esperanzas á la vez, cuestionando con la mayor ansiedad tanto en uno como en el otro bando sobre á cuál de los dos intentaba salvar el ejército que se aproximaba. Pero Bartolomé no estuvo mucho tiempo en duda; conoció el estandarte de su padre El mismo anciano venia en su ayuda, porque á pesar de que aborrecia el credo cristiano, no podia consentir que derribasen la corona de las sienes de su hijo hombres, cuyo celo por la religion de sus padres era, como al anciano Xengandono le constaba, no mas que una máscara para ocultar la ambicion de sus designios. Bartolomé, animado con la aproximacion de su padre, desplegó su estandarte blaso-

nado con la cruz, y prometiendo la victoria á sus hombres bajo aquel signo que todo lo conquista, salió precipitadamente sobre sus enemigos. Xengandono cayó sobre ellos en el mismo momento por la espalda, y así atacados por el frente y retaguardia, los rebeldes pronto huyeron en derrota, dejando á Bartolomé, no solo dueño del campo, sino tambien pacífico monarca del reino de Omura.

Lo primero qué hizo Bartolomé en uso de su autoridad recobrada, fué premiar al pobre chino que le habia sido tan fiel cuando su fortuna era la peor. En seguida situó á los Jesuitas en Nangasaki, porque parecia que los acontecimientos recientes le habian dado una suerte de conocimiento profundo de lo futuro, y por tanto en la consideracion que esta ciudad con puerto de mar ofrecia la facilidad de escape del Japon en caso necesario, la hacia el apetecible punto de residencia de los Padres.

El rey de Arima, animado con el ejemplo de su hermano, se hizo cristiano poco despues, y hubiera procedido á reprimir la idolatría en todos sus dominios. si Dios, cuyos designios son inescrutables, no le hubiera separado del mundo en el primer fervor é inocencia de su regeneracion bautismal. Murió con los sentimientos de la mas profunda gratitud por la bendicion que acababa de recibir, abrazando el Crucifijo que los bonzos en vano luchaban por quitársele en su último suspiro. Desafortunadamente su hijo era todavía un niño, y por algun tiempo á lo menos, sus tutores infieles le compelieron á perseguir el Cristianismo y adorar los ídolos; pero por último, se interpúso su tio Bartolomé, y no solo se

hizo un celosísimo cristiano, sino tambien un bienhechor generoso de la religion que habia abrazado. Sin embargo, esto no ocurrió hasta muchos años despues de la muerte de su padre, porque no recibió el bautismo en manos del visitador general de las misiones japonesas hasta el año de 1580, el mismo en que fundó un colegio y un seminario en la ciudad de Arima; el primero para los Padres Jesuitas; el otro para la noble juventud del reino, cuya educacion promovió desde entonces bajo su inmediata vigilancia.

Con iguales variantes de fortuna, aunque sin semejante decidida cooperacion de parte de la córte, fué introducido el Cristianismo casi al mismo tiempo en el reino de Goto. El rey mismo fué el primero á pedir misioneros al Padre Torres, proceder que no tenia poco de comun en los primitivos anales de la religion en el Japon, porque la ley cristiana causaba tal mudanza hácia la buena moral del pueblo (como el rey de Satzuma, á pesar de pagano, declaró esplícitamente en su carta al provincial), que muchos soberanos, aunque mal dispuestos á someterse ellos mismos á sus prohibiciones, estaban sin embargo ansiosos de imponerlas á sus súbditos. Aconteció que el Padre Torres no tenia sacerdotes á su disposicion en el tiempo en que se dirigió aquella súplica; así que, envió en su lugar á dos Hermanos Jesuitas, Almeida y Luis. Llegaron estos á la ciudad de Goto en el año de 1566, y fueron recibidos en palacio muy agradablemente; se dispusieron dos salones para su audiencia pública, separados uno de otro por delgados biombos de tapicería, tras de

los cuales la reina y señoras de su servidumbre podian ver y oir sin ser vistas. Allí, en presencia de cuatrocientos nobles y el mismo rey sentado en el trono, predicó Luis contra la pluralidad de dioses con tal fuerza y elocuencia, que el auditorio enmudeció de asombro, y hasta el rey no se atrevió á otra cosa que á manifestar su deleite con un ligero movimiento de la mano. Cuando Luis habia acabado su discurso, se levantó Almeida y ofreció responder á cualquiera objecion que se quisiese hacer al discurso; pero el rey contestando en nombre de todos, declaró con profunda emocion que «creia en un Dios, Criador y Señor de todas las cosas;» y levantándose inmediatamente del trono se disolvió lo asamblea. Desgraciadamente enfermó el rey aquella misma tarde, y los bonzos ploclamaron en todas partes que el mal era una prueba de que sus dioses no eran leños y piedras, como los Hermanos habian declarado, sino por el contrario, los poderosos dispensadores de la vida y la muerte, y que ahora infligian aquel castigo al rey por haber prestado oidos favorables á los blasfemos de su poder. Decian que era necesario algun desencanto para deshacer el hechizo que los encantadores (pues así llamaban á los Hermanos Jesuitas), habian puesto en el monarca. Así que, los libros sagrados de Jaca fueron llevados en gran procesion desde el templo, y se leyeron sobre el hombre enfermo algunos pasajes acompañados de varias estrañas contorsiones. Los Hermanos esperaron el evento con ansiedad considerable, porque si por una parte el rey recobraba ahora la salud, se hubiera atribuido á los encantos de los

bonzos, mientras que si por la otra moria, habria de recaer infaliblemente tal ódio sobre sí mismos que correrian el riesgo de ser hechos pedazos por el pueblo, apasionadamente adicto al soberano. En este apuro los Hermanos recurrieron á Díos, como el único que podia desembarazarlos del dilema; y durante la oracion, Almeida pensó que una voz interior hablaba á su alma, y le mandaba ir él mismo á sanar al rey poniendo toda su confianza en el cielo. Siguió esta sugestion ó inspiracion, ó llámese como quiera, y teniendo algun conocimiento de la medicina por su larga asistencia en los hospitales, se dirigió atrevidamente al palacio donde ofreció propinar un medicamento. El paciente no estaba mejor con las religiosas ceremonias de los bonzos; así que, como último recurso fué aceptada de buena voluntad la asistencia de Almeida, la cual dió tan buenos resultados, que el rey habia recobrado la salud á los cinco dias.

La reina y el jóven príncipe fueron en persona á dar las gracias á Almeida por sus servicios, concediéndole el rey además licencia para continuar sus sermones. Pero el temor supersticioso escitado por los bonzos no habia desaparecido, y tuvieron estos tan buen cuidado de mantenerle vivo, que el pueblo de unánime conformidad rehusaba escuchar los discursos de Almeida. Por eso este manifestó deseos de partir; mas el rey, no queriendo perderle, resolvió dar un decreto, no solo mandando la asistencia á sus súbditos, sino tambien prometiendo asistir él mismo con su hijo mayor á las conferencias de los bonzos cristianos. Esto puso un freno eficaz al pánico; pues en la renovacion de los sermones fueron sólidos y

muchos en número los convertidos. El pais estaba en el mejor camino de ser convertido todo, cuando la rebelion de uno de los vasallos compelió al rey á reunir sus tropas para hacerle frente. Antes de llegar al campo manifestó este monarca deseos de que sus oficiales jurasen fidelidad conforme á la costumbre idólatra del Japon; esto es, que participasen del vino que habia sido ofrecido á los ídolos, haciendo al propio tiempo terribles imprecaciones contra cualquiera que faltase á la lealtad. El general en gefe era cristiano, y para cumplir con la costumbre, y sin embargo, salvar su conciencia á la vez, dijo en alta voz al tomar en la mano la copa, que solamente iba á beber por la salud de su majestad; pero otro de espíritu menos avenido, conociendo cuántos habrian de estraviarse con tal ejemplo, severamente le previno que mirase lo que hacia con beber de aquella mistion idólatra: entonces volviéndose al rey francamente le dijo, «que tal juramento se consideraba ilegal por los cristianos; pero que si se les permitia jurar por el verdadero Dios y Señor de todas las cosas, pelearian todos hasta derramar la última gota de sangre, y que ningun miedo ni interés los podria separar un punto de la fidelidad.» El rey, lejos de manifestarse ofendido por esta generosa libertad en el hablar, al momento dió el permiso deseado, y entonces los cristianos pronunciaron un juramento de fidelidad en presencia del Hermano Almeida. Este en aquella ocasion dió á cada uno una pequeña pintura de Nuestro Señor y su bendita Madre, exhortándolos á cumplir su deber con bizarría, y á repetir aquellos nombres santos en la hora

del combate. La batalla que siguió despues fué larga y sangrienta; pero terminó en favor del rey, que tuvo buenos motivos de congratularse por su tolerancia hácia los soldados cristianos, puesto que hasta los mismos gentiles no pudieron menos de confesar, que á su conducta y valor se debia principalmente la gloria de aquel dia.

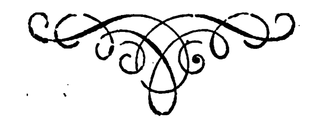
Despues de este acontecimiento estuvieron los convertidos mas ansiosos que nunca de tener un sacerdote residiendo entre ellos, y en cumplimiento de este deseo les fué enviado el Padre Juan Bautista de Monti. Este bautizó al príncipe Luis, hijo mayor del rey. Poco despues fué reemplazado en la mision por el Padre Alejandro Valignan, que recibió en la iglesia á la esposa de este príncipe con diez y siete señoras de su córte. Los bonzos estaban furiosos con este importante acceso á los elevados rangos, de una religion que detestaban, y amenazaron al rey tan á las claras con la rebelion, que á pesar de que en los primeros momentos no habia ofrecido oposicion á su hijo, ahora le apremió á renunciar á la fé, ó á lo menos á ocultarla por algun tiempo; añadiendo como medio de persuasion que podia permanecer cristiano de corazon, aunque por otra parte cumpliese con las observancias de los gentiles. A este consejo el jóven príncipe contestó noblemente, «que por mucho que sintiese ser la causa de enojo ó peligro para su padre, seria indigno de llamarse su hijo, si por bajeza ó falta de valor, no se atreviese á profesar abiertamente lo que creia en su alma; y que asi como mas quisiera perder el reino que hacer traicion á su fé, asi era completamente gustoso,

si otra cosa no podia satisfacer á los rebeldes, en abandonar el reino y esponer la vida en la contienda.» El rey admiró este valor, pero no tenia fuerza de corazon para imitarle, y espidió por consecuencia un decreto mandando á los súbditos, bajo pena de muerte, volver á la adoracion de los ídolos. Con esta decision esperaba apaciguar el descontento de los bonzos, y avergonzar á su hijo con el ejemplo consiguiente de los otros cristianos, quienes no dudaba con gusto salvarian sus vidas á espensas de la religion. Sin embargo, no tan pronto fué publicada la sentencia, cuando los convertidos se agruparon en tropel á la iglesia, como una suerte de pública protesta contra cualquiera negativa de la fé; y el mismo Don Luis hizo su asiento en el pórtico, animándolos al martirio, tanto con las palabras como con el ejemplo. El Padre Valignan les predicó desde el púlpito con el mismo objeto; y cuando les habló de los mártires de la Iglesia primitiva, su entusiasmo se escitó hasta tal punto, que á una voz esclamó aquella muchedumbre, «que moririan en la demanda.» Hasta los niños participaron del general entusiasmo; y vestidos con sus mejores atavíos, insistieron en permanecer en la iglesia, esperando de esta suerte alcanzar con sus padres los honores del martirio. Un pequeño niño colgándose al cuello de su madre, esclamó: «No murais sin mí, porque yo tambien quiero ir al cielo;» y otro dijo al Padre Valignan, «que si los soldados le buscaban para matarle el primero, él se colocaria entre ellos y el Padre, para que no pudiesen taladrar el uno sin destruir el otro.»

Cuando el rey oyó que Don Luis estaba con los demás cristianos en la iglesia, se disgustó estremadamente; porque ni se atrevia á poner en ejecucion sus amenazas por temor de que su propio hijo fuese envuelto en la matanza, ni podia permitir que su autoridad fuese befada con la impunidad. Estaba aun fluctuando entre los dos estremos, cuando el Padre Valignan se echó á los pies del trono á suplicar por la causa de los cristianos, y como buen pastor del Evangelio á ofrecer su propia vida por la de su rebaño. Dijo al rey que si los cristianos eran positivamente criminales por adorar un Dios verdadero y único, el que le dirigia la palabra en aquellos momentos, debia ser mucho mas culpable por haberlos inducido á ello, y que por tanto suplicaba á su majestad se contentase con su vida, y economizase la sangre de sus súbditos é hijos, quienes habian sido siempre los primeros en obedecerle, hasta tanto que se les pidió oponerse á su Dios y á su conciencia. El rey se impresionó mucho con esta generosa proposicion, pero no tenia el ánimo esforzado de un Bartolomé para decidir por sí mismo, y resolvió por tanto encomendar la decision al consejo de sus nobles. Afortunadamente estos tambien fueron heridos de admiracion por la magnanimidad del Padre, y siendo el valor apreciado por ellos sobre todas las demás virtudes, de unánime conformidad resolvieron no condenar á un hombre que de aquel modo habia sin temor ofrecido el sacrificio de su vida por el bien del pueblo. Ninguno estaba mas contento de esta decision que el rey mismo; pues envalentonado de esta suerte por los nobles, é inclinado natural-

mente á la misericordia, rescindió su último edicto contra los cristianos, y se restableció la paz y la alegría en todo el reino.

Su hijo le sucedió poco despues en el trono, y no hubo mas persecuciones religiosas en Goto hasta despues de la muerte de este príncipe, acontecimiento seguido brevemente por aquellos edictos imperiales salidos de Miako, por los cuales la fábrica entera de la Iglesia cristiana, tan recientemente dada al Japon, fué destinada desde entonces, y hasta esta misma hora, á ser totalmente destruida.



CAPITULO IV.

Muertes de los Padres Torres y Villela.—El Padre Cabral nombrado superior de las misiones.—El Cristianismo es reconocido formalmente en Omura como religion del estado.—Conversiones del hijo segundo y del sobrino del rey de Bongo.—La reina amenaza asesinar á los Padres.—Conversion del rey, que abdica en favor de su hijo.—Conversion del rey de Arima.—Se determina enviar una embajada al Papa.

Mientras que el Cristianismo hacia graduales progresos en Miako bajo la proteccion de Nobunanga, y pasaba á ser todavía con mas rapidez la religion dominante en otros reinos del pais por la fé ó favor de sus respectivos monarcas, todas y cada cual de estas florecientes misiones estaban destinadas á sufrir un golpe fatal con la muerte de aquel á quien podia casi decirse debian su existencia; porque si San Francisco Javier habia ganado el título de su fundador, seguramente que el Padre Torres podia con énfasis apellidarse el Padre que alimentó la jóven Iglesia del Japon. Durante los veinte años y mas que Torres trabajó en aquel pais, habia unido á las austeras virtudes de un anacoreta, las activas labores de la vida del misionero; sus numerosos viajes los hizo descalzo aun en el rigor del invierno, y no

usó en esta larga série de años otro alimento que raices y yerbas, ó arroz cocido en agua. Pero este hombre, que habia bautizado 30,000 infieles por su propia mano, que habia fundado cincuenta iglesias, además de muchos seminarios y colegios, para la propagacion de la fé, se hundia hacia mucho tiempo bajo el peso del trabajo que acumula estos multiplicados oficios, y la austeridad de vida de que habian sido acompañados. Año tras año habia escrito á Roma implorando un sucesor en la direccion de las misiones; y cuando por último en 1570 el Padre Cabral desembarcó en Sequi con tal carácter, el santo anciano á quien reemplazaba, solo pudo decir otra vez, como habia dicho antes en otra, pero para él apenas mas agradable ocasion: «Ahora, Señor, despide á Tu siervo, acorde con Tu palabra, en paz.» Y en paz verdaderamente fué con el pensamiento en los miles que habia dado á Dios para dorar los recuerdos de lo pasado, y echar una brillante gloria en su eterno futuro; en un momento en que la estrella de la Iglesia del Japon estaba mas lúcida, y antes que uno solo de sus rayos se hubiese apagado en aquel mar de sangre en que toda su belleza y brillantez estaban destinadas á oscurecerse. El cielo en su misericordia le tomó en su descanso mientras la religion aun era tolerada en Miako; y mas que tolerada, protegida y apoyada, por el monarca de Bongo; cuando Omura casi se habia declarado cristiana, y Arima y Goto solamente aguardaban un momento favorable para hacer lo mismo. Con la perspectiva ante sí de buenos sucesos para coronar la causa porque se habia afanado y sufrido, vivió y

murió; seguramente que, habiendo sido cumplidos los ruegos de su corazon, debia ser su fin lleno de paz. Le acometió el mal solo pocas semanas despues de la llegada de su sucesor, como si no aguardase otra cosa que este acontecimiento para la consumacion de su propio sacrificio. Habiéndose preparado con una confesion general para recibir los últimos Sacramentos, fué conducido desde la iglesia, donde se le administró el Santo Viático, á su aposento; allí en medio de las lágrimas y lamentos de sus religiosos, entregó su alma pura á Dios en 2 de Octubre de 1570. Fué enterrado en Sequi, donde murió, y predicó su panegírico el Padre Villela; pero quizá su mejor elogio se hallará en el hecho de que habiéndose ofrecido á acompañar á San Francisco todos los miembros del colegio de Jesuitas de Goa, el Santo eligió al Padre Torres como el mas digno de participar de los méritos y trabajos de la nueva mision del Japon. Su muerte la precedió cerca de cuatro años la de Juan Fernandez, el Hermano elegido por San Francisco como su segundo asociado en la empresa, y á quien la Iglesia japonesa debia casi tanto por su temprano progreso y prosperidad; y fué seguida algunos meses despues por la del Padre Villela, que habia sido llamado del Japon solamente para morir en la India, exhausto por el trabajo aun mas que por los años.

El Padre Cabral comenzó su mision como Superior por una visita general de varias iglesias, yendo primero á Miako, y desde aquí á Mino, donde Nobunanga, entonces en el zénit de su grandeza, le recibió con cortesía y bondad. Desde Mino pasó á

Facata, y desde aqui á Amanguchi, saludando su llegada los cristianos de estas dos ciudades con escesivo deleite. Los habitantes de la segunda se contaban entre los primeros convertidos de San Francisco Javier; y aunque habian pasado mas de veinte años sin haber visto un sacerdote, conservaban sin embargo en toda su original frescura y fervor los sentimientos religiosos que habian bebido de su maestro. No teniendo un edificio á propósito para iglésia pública, habian arreglado una capilla privada en la casa de uno de los fieles, donde se congregaban todos los domingos y dias festivos para la oracion, la lectura piadosa y recaudar limosnas para el alivio de los pobres; y es bien digno de observarse, que despues de Dios el estado feliz de cosas era debido en su mayor parte á los esfuerzos de un pobre ciego, que al mismo tiempo que ganaba el pan tocando la flauta de puerta en puerta, tenia la oportunidad de inflamar la fé donde aun no existia, y de reanimarla en los que habia comenzado á entibiarse. Otros muchos, pobres como él en todo menos en caridad y fé, se le asociaron en este trabajo de amor; y como un ejemplo de la admirable prosperidad que acompañaba sus esfuerzos en la causa de la religion, el Padre Cabral nos habla de un caballero que llegó á bautizarse durante esta misma visita, y que francamente confesó que debia su conversion á un pobre ambulante tendero de peines y agujas. Mateo, pues este era el nombre del cristiano vendedor de peines, hizo un punto de conciencia hablar de la religion en todas las casas que visitaba con sus mercaderías. Sucedió que aquel caballero

le oyó un dia hablar, y quedó tan afectado de la fuerza de los razonamientos, que á su vuelta á casa arrojó todos sus ídolos en el fuego. Sus amigos se alarmaron grandemente porque creyeron habia enloquecido; pero con mas seguro instinto los bonzos conjeturaron que estaba para hacerse cristiano, y dirigieron por tanto sus quejas al gobernador de la ciudad. Afortunadamente el gobernador no era amigo de los bonzos, pues lo que hizo fué reirse de su indignacion, y despedir al acusado con una amistosa amonestacion de que hiciese su deber para con el estado, cualesquiera que fuesen sus opiniones religiosas.

Ocurrieron numerosas conversiones semejantes, y aun quizá mas estraordinarias durante la residencia del Padre Cabral en Amanguchi; ni tenia menor causa este de hallarse satisfecho con el progreso que la religion estaba haciendo en el reino de Omura. Cierto que Bartolomé acababa de poner término feliz á una insurreccion menos formidable que la primera, pero que tenia su orígen en el inveterado aborrecimiento á la religion Cristiana; mas nunca por un momento habia vacilado en la fé, ó perdido la confianza de sí mismo y la esperanza en Dios. «Ahora vencerémos,» esclamó al oir que los rebeldes habian puesto fuego á una iglesia, «porque hacen guerra á Dios, no á nosotros. Ahora venceré-mos.» Y así sucedió en efecto. Los rebeldes fueron completamente derrotados, y mas poderoso que nunca, Bartolomé fué públicamente á encontrar al Padre Cabral para conducirle en triunfo á la capital de su reino. Un carácter menos resuelto se hubiera

desanimado en sus ulteriores designios por estas repetidas insurrecciones; pero Bartolomé solo halló en ellas nuevos motivos de promover el interés del Dios Todopoderoso, á cuya especial mediacion atribuia sus victorias. Por eso no tan pronto se habia restituido á su trono, cuando reunió el gran consejo de la nacion, al que espuso sin ningun circunloquio que era su voluntad fuesen destruidos todos los ídolos de sus dominios; añadiendo que seria la mas ingrata de las criaturas, si permitiese por mas tiempo semejante injuria á Dios, despues de la señalada proteccion que acababa de recibir de su mano. Los príncipes convinieron inmediatamente en la proposicion, y así, Omura se cuenta el primer reino del Japon donde fué reconocido formalmente el Cristianismo como religion del estado, aboliendo al mismo tiempo la idolatría. En memoria de este acontecimiento se edificó una iglesia, y despues que el Padre Cabral bautizó la reina y restantes miembros de la familia real, volvió á Bongo, adonde habia sido llamado por un mensajero especial de la córte.

Aunque el rey de este pais habia hasta entonces rehusado hacerse cristiano; aunque se habia ausentado por precaucion de las públicas instrucciones de los Padres, y aun se habia aplicado al estudio de las diferentes sectas de los bonzos (en la esperanza como reconoció despues de hallar suficientes razones en ellas para prevenir la necesidad de mudar su credo), sin embargo, nunca habia cesado de favorecer los progresos de la religion Cristiana en todos sus dominios, ni habia negado aquella protec-

cion á los misioneros que en su amistad hácia San Francisco habia otorgado en el principio. Tampoco los olvidó cuando durante la primera época de su residencia en Funay, fué arrojado de la poblacion por una insurreccion de los nobles, época en que á los Padres residentes en la ciudad les sucedió lo mismo con peligro de sus vidas, siendo abiertamente amenazados de muerte por los bonzos del victorioso partido. Si no podia protegerlos, á lo menos hizo cuanto pudo para manifestarles sus sentimientos favorables por repetidos mensajes de simpatía y benevolencia; y no tan pronto hubo ganado la posesion de la ciudad, cuando, sin atender á la opinion popular, fué al colegio de los Jesuitas, convidándose á sí mismo á comer con los Padres para celebrar su triunfo. El resultado de tal intimidad podia fácilmente preverse: aunque él aun no habia resuelto cambiar de religion, otros de su familia se habian manifestado mas esplícitos en sus convicciones, pues cuando, acorde á la costumbre del pais, quiso que su hijo fuese bonzo, el jóven príncipe lo rehusó con indignacion alegando que ya era cristiano de corazon, y que mas quisiera morir que ser partícipe de la hipocresía de aquel sacerdocio idólatra. La reina, cuyo aborrecimiento á todas las cosas cristianas habia ganado para ella el ápodo de Jezabel segunda, estaba furiosa: pero el rey tenia mas de perplejo que enojado. Ya habia edificado un monasterio magnífico y puesto apárte vastas rentas para el mantenimiento del destinado bonzo; y mas que todo sentia que el pueblo hubiera puesto en él los ojos para robustecer la ley. Sin embargo, amaba á su hijo muy apasionada-

mente; y habiendo adquirido la mas elevada opinion del código de moralidad cristiana, estaba satisfecho con que el jóven fuese cristiano, considerando que segun todas las probabilidades estaria así mucho mas sumiso á su hermano mayor (la razon de estado para hacerle bonzo), que compelido contra su voluntad á entrar en el sacerdocio de una religion en que ya no creia. En esta conformidad, el Padre Cabral fué llamado de Omura, para confiar á su cuidado la instruccion del jóven príncipe, y no mucho tiempo despues fué bautizado este públicamente en la iglesia de Vosuqui, asistiendo el rey su padre á la ceremonia descubierto y de rodillas; despues de lo cual celebró su majestad el acontecimiento con un magnífico banquete. Pero la reina estaba implacable. Pasó aviso al príncipe de que no se considerase por mas tiempo su hijo, prohibiéndole aparecer en su presencia; pero Sebastian (pues tal era el nombre que el jóven príncipe habia tomado en el bautismo) solo respondió, «que le afligia verdaderamente aquella resolucion; pero que confiaba en que la Madre de Dios llenase el vacío de allí en adelante, de suerte que en el cambio no salia perjudicado.»

La conversion de una persona tan jóven y de tan elevado rango causó una impresion profunda, y fué continuada por otras muchas conversiones, tanto de la nobleza nativa como de los príncipes reales de los reinos vecinos. La mayor parte de los primeros eran hombres de la misma edad de Sebastian, y la ciudad pronto fué edificada por el cambio visible que tuvo lugar en sus costumbres. Para sostener vivo este primer celo y fervor, los Padres reunieron

unos cincuenta de aquellos jóvenes bajo una congregacion con el nombre y título de Nuestra Bendita Señora. Todos los domingos y dias festivos se juntaban con propósitos devotos; despues de lo cual tenian una especie de sociedad deliberante, donde disputaban en pró y en contra de la religion Cristiana, usando al efecto de todas las objeciones y sofisterías de los bonzos. Por este medio adquirieron tan grande facilidad en responder á los argumentos de sus adversarios, que era sabido ninguno de estos queria entrar en controversia con ellos. En una ocasion en que el hijo primogénito del rey hizo la prueba llamando á varios de los mas eruditos bonzos á disputar con su paje cristiano, se vió obligado á confesar, aunque pagano, que el paje habia ganado la jornada.

El disgusto de la reina con la conversion de su hijo se acrecentó en gran manera por la de su sobrino adoptivo, que siguió casi inmediatamente despues. Hijo de un noble de Miako, este jóven habia sido adoptado desde sus primeros años por Chicata, hermano de la reina, y en su posicion habia ganado completamente el aprecio de esta y de su marido, tanto que estaban á punto de darle una de sus hijas en matrimonio cuando reveló su intencion de hacerse cristiano. Al principio Chicata no hizo oposicion; pero obligado despues por el furor de la reina, se aprovechó de la oportunidad de haberse ausentado el rey á una espedicion de caza, para hacer comparecer al jóven con objeto de poner á su eleccion, ó renunciar al Cristianismo ó volver á su posicion privada de Miako. El espíritu de sa-

crificio de sí mismo con que encontró esta mundana proposicion en el hijo adoptivo, era el mas perfecto. Asi que, contestó «que sentia la afliccion de su padre, y que ya por temor habia demorado largo tiempo la declaracion de sus sentimientos. Pero que ahora, si era necesario, estaba pronto á renunciar á todo; al afecto de su padre; á un matrimonio y posicion que los príncipes envidiarian, prefiriendo volver á la pobre y abandonada suerte de donde habia salido; porque ninguna dicha ó interés mundano podia ponerse en competencia con sus deberes para con Dios.» Pero habiendo dicho esto en vindicacion de su conciencia, Chicatora imploró á su padre en los mas tiernos y afectuosos términos, que no le separase de su lado, sino que como un buen padre, prefiriendo su interés eterno á los que eran solamente temporales, defendiese su derecho á elegir por sí mismo en materia relativa á la vida eterna. Concluyó su patético discurso con una solemne promesa de que en todos los demás objetos recibiria de él aun mas que el deber y obediencia de un niño. Chicata parecia conmovido por estos generosos sentimientos; pero su hermana dejándole pequeña parte en la decision, Chicatora fué aprisionado, y cuidadosamente incomunicado de los Padres Jesuitas. A pesar de la vigilancia, el Padre Cabral pudo conseguir enviarle una carta exhortándole á la perseverancia, y por los mismos medios Chicatora dió la contestacion espresiva de su aflictiva ansiedad del temor de morir, ó ser condenado á muerte, sin tener la dicha de ser bautizado. Permaneció algun tiempo en prision; pero despues la reina y su her-

mano le llamaron á la córte, donde hicieron cuanto estaba de su parte para compensar con indulgencia los malos tratamientos que hasta entones habia recibido; aun mas, en la esperanza de sacudir su resolucion, con la 'mas cruel ingenuidad pusieron en planta medios completamente opuestos. Si antes tentaron su desesperacion con severidad renovada, despues se propusieron separarle de su fidelidad con los encantos de un placer criminal.

Un dia, cuando estaba libre y espuesto á mas dañosas tentaciones todavía que la indulgencia sensual, salió precipitadamente á buscar al Padre Cabral, y le conjuró por todo lo que habia mas sagrado, no difiriese por mas tiempo su baustimo; y el Padre, conociendo que en tan peligrosa posicion nada habia que pudiese justificar la negativa de una gracia que era tan necesaria y se pedia con tal urgencia, accedió desde luego á la súplica. Esto fué la víspera de San Marcos; Chicatora sin embargo fué bautizado con el nombre de Simon, que en lengua China significa «instruido por un maestro.» En el esceso de su alegría traspasó los límites de la prudencia, apareciendo en la córte inmediatamente despues con un rosario colgado al cuello, como una especie de profesion de la fé. La reina se encendió en cólera á este abierto desafio de su voluntad. Simon fué aprisionado otra vez; y Chicata se dirigió á ver al Padre Cabral para implorarle persuadiese al jóven á ocultar su religion por algun tiempo, prometiendo en su propio nombre y en el de la reina toda suerte de favores en caso de cumplimiento, y amenazando con la muerte á los Padres y destruccion de sus iglesias si

lo rehusaban. A todo ello contestó el Padre Cabral: «Que más queria derramar hasta la última gota de sangre y ver todas las iglesias del reino reducidas á cenizas, que aconsejar ó sancionar semejante traicion; que en cuanto á ser halagado por sus promesas ó movido por sus amenazas, los Jesuitas no habian dejado las riquezas y placeres de Europa para buscar las del Japon; que la pobreza voluntaria era la porcion que habian elegido para sí en la tierra; que su único real tesoro se hallaba en el cielo; y que si era su ánimo ponerlos en posesion de él, no tenia necesidad de tomarse el trabajo de reunir sus tropas, porque los Padres serian hallados siempre en casa, prestos á morir voluntariamente en el momento que manifestase deseos de que así se verificase.»

Chicata se retiró lleno de cólera; y creyendo que sus designios eran poner las amenazas en ejecucion, el Padre Cabral reunió sus Hermanos en la iglesia, donde solemnemente ofrecieron á Dios el sacrificio de sus vidas cuando quiera que El las demandase. Las presunciones del Padre eran la realidad. Chicata casi inmediatamente ordenó sus tropas dándoles una autorizacion especial para matar los Padres; pero habiendo llegado á la ciudad rumores de sus medidas, la iglesia fué inmediatamente rodeada por un cuerpo de caballeros cristianos que llegaron armados hasta los dientes para vencer ó morir con sus Padres espirituales. Los Jesuitas hubieran declinado de buena gana semejante auxilio; pero á cada demostracion los valerosos soldados solo respondian: que habian ido, no á sustraer á los Padres de la corona del martirio, sino á participar de la misma con

ellos; que no estando el rey allí para decidir, y siendo Chicata tan solo un individuo privado como ellos, ni podian ni querian permitirle insultar con impunidad á Dios y Su Iglesia.

En vano se hubieran opuesto los Padres; así que, toleraron su permanencia en las posiciones que habian elegido; pero no pasó mucho tiempo sin que el mismo entusiasmo hubiera cundido por todos los ámbitos de la ciudad. A las primeras horas de la noche los guardias de la iglesia fueron otra vez turbados por fuertes golpes dados á las puertas. Ninguno dudaba que era el enemigo. Los caballeros tomaron sus armas; los Padres se postraron ante el altar; pero al abrir las puertas, resultó que los perturbadores eran señoras de elevado rango que se acercaban como cristianas á morir con sus padres, hermanos y esposos en la iglesia. Semejante accion hubiera sido donde quiera un admirable rasgo de valor; pero en el Japon, donde las mujeres se educan en la mas celosa reclusion oriental, el salir en la oscuridad de la noche, sin acompañantes, y por calles poco frecuentadas, demostraba un valor tan heróico á los gentiles, como edificante á los cristianos, y que despues produjo abundantes frutos en las conversiones de los primeros. Los Padres hicieron cuanto pudieron para que se retirasen á sus casas, pero con no mejor éxito que el que habian tenido con los nobles. Sin embargo, pudieron persuadir á Sebastian, el hijo del rey, á que se retirase; aunque consintió en ello solamente con la intencion de volver en el instante en que la iglesia fuese atacada.

No sabemos si Chicata se arrepintió de su pronta resolucion de venganza, ó si temió ponerla en ejecucion despues de aquellas públicas demostraciones; pero lo cierto es, que el asalto nunca se verificó; y entre tanto se aguardaba en vano el ataque, Sebastian procuró una entrevista con Simon. Se encontraron, prévio señalamiento del sitio, fuera de la ciudad: el príncipe real acompañado de una comitiva de nobles, el pobre preso seguido solamente de dos pajes. Ya hacia mucho tiempo que se hallaban unidos con estrechos vínculos de amistad, y el encuentro de Dávid y Jonathan, aquellos incomparables amigos de la Escritura, apenas habrá sido mas afectuoso. Simon, que todavía era casi un niño, lloraba al tiempo de manifestar su aflicion por la severidad de su padre, é imploraba de su amigo por todos los vínculos de la religion, los lazos de la amistad y todo lo que tuviese por mas sagrado, le consolara en su condicion miserable. Así lo prometió Sebastian, separándose en seguida el uno para su prision voluntaria, y el otro para el palacio. Allí, con los lamentos de Simon aun sonando en sus oidos, Sebastian habló tán clara y vehementemente sobre la crueldad habida con su amigo, que, entre el disgusto y alarma, la reina y su hermano despacharon un mensajero al rey, acusando á los Padres de haber inducido al pueblo á conspirar contra él y colocar en su lugar en el trono á Sebastian.

Al oir esto el jóven príncipe juzgó necesario presentarse en el lugar donde estaba su padre, tanto para su propia justificacion, como la de los Jesuitas. Así lo hizo en efecto, y á su llegada el rey le aseguró

que toda esplicacion era innecesaria, toda vez que conocia demasiado la buena conducta de los Padres para creer ninguna cosa mala que se dijera de ellos. Por otra parte, la única respuesta que se dignó dar al mensajero de la reina, quedó oculta en la sombra de una austera repulsa al hermano de ella, á quien mandó soltase inmediatamente de la prision á Simon y le restituyese al palacio; porque, si Chicata, decia, le rechazaba como hijo, el rey continuaria aun reconociéndole como sobrino y como hijo.

Las noticias llegadas en esta doble embajada, obligaron al rey á volver casi inmediatamente á Vosuqui con objeto de reforzar la obediencia de sus órdenes; pero la reina aun persistia en rehusar su consentimiento al matrimonio de Sebastian con su hija. Cansado el rey de tanta obstinacion, resolvió por último usar del lleno de su autoridad en el negocio, enviando por de pronto á Simon bajo la proteccion de los Padres Jesuitas á Funay, y procediendo despues á poner término á sus disputas domésticas por medio del divorcio.

Nuestros lectores ya saben que este no era asunto dificultoso en el Japon. Solamente tenia su majestad que elegir otra esposa, y despues enviar un mandato de desocupo del palacio á la ex-reina. Habia sido el negocio manejado con tal secreto, que la reina estuvo completamente ignorante del segundo matrimonio de su esposo hasta que los tambores y trompetas le anunciaron en la ciudad; y ella estaba gozándose en su triunfo de haber espelido á Simon de la córte, cuando el mensajero real llegó con las noticias de su desgracia.

Desde este momento se restableció la paz del rey y del reino, y los progresos de aquel hácia la religion cristiana fueron marcados y decididos. La nueva reina y su hija, que se casó con Sebastian, eran ya catecúmenas; y á los deseos de su majestad, el padre Cabral visitaba diariamente el palacio para acelerar su instruccion. El rey mismo estaba siempre presente á aquellas lecciones, y pronto se observó, primero, que habia comenzado á ayunar todos los viernes y sábados; despues, que rezaba el rosario todos los dias; y por último, que ciertos pepueños ídolos hácia los cuales habia hasta entonces profesado estrema devocion, habian sido destruidos por sus órdenes. Sin embargo, sus últimas intenciones permanecieron calladas, hasta que un dia habiendo llamado á uno de los Hermanos Jesuitas á su cámara, le declaró que si hasta entonces no se habia hecho cristiano, no era por falta de voluntad ó devocion, sino que habia juzgado de su deber buscar en todas las sectas de su tierra nativa algo de verdad si algo en ellas habia; pero que cuanto mas las profundizara y penetrara sus misterios, menos habia hallado que contentase la conciencia ó sastisfaciese el alma; que esto le parecia ser la prerogativa de sola la Iglesia católica, y que por tanto su resolucion era la de hacerse cristiano; pero que, con objeto de hacerlo sin turbar la paz del reino, habia determinado abdicar en favor de su hijo primogénito. Entonces como si esta franca declaracion hubiese encendido desde luego los deseos de su alma, alejado ya del poder de toda rémora, mandó al Hermano procurase la pronta presencia del Padre

Cabral en el palacio; y nò tan pronto el Padre hizo su aparicion, cuando el rey mostrándose humilde en medio de su córte, pidió el bautismo; añadiendo que queria tomar el nombre de Francisco, toda vez que tenia una conviccion profunda de que á las oraciones de aquel Santo debia su presente ansiedad de hacerse cristiano. El Padre Cabral le previno, que una vez recibido en el seno de la Iglesia, no le era permitida la libertad del divorcio, á lo cual el rey solamente replicó con el juramento hecho en el acto de que permaneceria siempre fiel á aquella con quien acababa de casarse. Entonces fué bautizado solemnemente con el nombre de Francisco en 28 de Agosto de 1578, á los cincuenta años de edad. Y tal fué la mudanza que instantáneamente se verificó en su alma, que el que por espacio de veinte y siete años habia estado constantemente fluctuando entre la verdad y el error, ahora, así como dejó la Iglesia, no pudo refrenar el llanto al ver á sus idólatras súbditos, ni evitar la espresion de un sencillo asombro de que hubiese quien oyera hablar del verdadero Dios, y no se apresurase á rendirle culto y adorarle.

En su ansiedad de cultivar hasta el estremo el talento que habia recibido, no perdió un instante en resignar el gobierno en manos de su hijo, y en acelerar los preparativos de su partida de Bongo. Habia elegido residencia en la vecina provincia de Jugo, donde intentataba edificar una ciudad que habia de ser habitada solamente por cristianos, y gobernada por leyes de diferente carácter que las del Japon. Tan luego como estuvo todo preparado,

dejó á Vosuqui para tomar posesion de su nueva estancia en el dia de su patron, el Santo Padre San Francisco; y tal era la alegría de su alma, que su viaje parecia mas bien la correría de un victorioso monarca, que la partida de uno que habia abdicado el trono. Banderas y gallardetes de damasco blanco como la nieve bordado con cruces de carmesí y oro, flotaban en los masteleros de la galera donde navegaba, y todos los buques de la pequeña flota que le seguia iban graciosamente adornados de semejante manera.

Su hijo le acompañó hasta las fronteras del reino, donde se separaron; el rey Francisco para seguir pacíficamente su camino á Jugo, y el príncipe para volver á Vosuqui á tomar el pesado yugo de un despótico gobierno sobre un voluble é inconstante pueblo. Habia oido este con toda apariencia de respeto y sumision los consejos que le diera su padre al partir, y se demostró en un principio ansioso de seguirlos en todos sus estremos. No bien se habia inaugurado propiamente hablando en su dignidad nueva, cuando hizo el presente de una casa y colegio á los Padres, y se puso á sí mismo bajo las instrucciones de estos para el bautismo; sin embargo dilató la recepcion de este Sacramento hasta tener buen éxito en conciliar ciertos nobles del partido infiel, acomodamiento que su padre consultado sobre el asunto, consintió de buen grado, teniendo probablemente un conocimiento mas íntimo de la real disposicion de su hijo que el mismo jóven príncipe habia adquirido todavía.

El bautismo del rey Francisco, y la anticipada

conversion de su hijo fueron las primeras noticias que saludaron al Padre Valignan cuando en 1579 desembarcó segunda vez en Cochinotzu como visitador general de las misiones del Japon; pero su alegría en estos dichosos acontecimientos fué pronto eclipsada por las desgracias que cayeron sobre los dos príncipes, y la fidelidad que por tal razon desapareció de uno de ellos.

Valiéndose de las ventajas de la abdicacion de aquel monarca y el descontento del partido infiel, el rey de Satzuma declaró la guerra á Bongo; y Jugo, la provincia que el rey Francisco habia elegido para sí, fué el primer objeto de su ataque. Chicata, el designado para ponerse á la cabeza contra el enemigo, trabajó al principio con éxito considerable; pero habiéndose abandonado á causa de sus repetidas victorias, llegó por último á ocupar un terreno desventajoso, y á pesar de los prodigios de valor por los que tanto él como su hijo adoptivo intentaron rehacerse, la derrota fué inevitable. Cierto que por un breve instante Simon habia casi hecho volver la corriente de la batalla en su favor; pero desde el punto ventajoso que habia ganado, vió á su padre forcegeando en medio de numerosos enemigos, herido y fuera de combate por la fatiga de la refriega; y olvidándose de todo, el hijo de su amor y su adopcion se abrió paso espada en mano hasta el sitio donde se hallaba su padre, á quien pudo llevar á un punto seguro; entonces Chicatora cubierto de heridas, cayó muerto á sus pies. Enfurecido á esta vista Chicata, corrió de nuevo al medio de la pelea buscando una muerte que su destino

no era hallar entonces; porque aunque herido y sacado del campo como muerto, se restableció despues, y vivió para esperimentar el sentimiento de la desgracia, que es el mas agudo tormento de una alma altiva, y que en el Japon siempre vá unida á la idea de derrota.

El rey Francisco se vió ahora obligado á abandonar á Jugo y retirarse á Vosuqui. Los bonzos donde quiera proclamaron la indignacion de sus ídolos como la causa de los desastres, y por un momento los Padres casi temieron que tal fuese el efecto en los sentimientos del rey mismo; sus aprehensiones, sin embargo, eran completamente infundadas; porque recibió, por el contrario, este súbito revés de la fortuna con la constancia del grande y la sumision del bueno. «Suceda lo que sucediere,» dijo, «soy cristiano para no cambiar jamás. Dios solamente conoce la manera de vivir que yo me habia trazado en Jugo; pero desde que El quiso otra cosa, de El es propio mandar, de mí obedecer.» Despues de su llegada á Vosuqui, lleno de estos heróicos sentimientos de sacrificio de sí mismo, se aplicó con mas diligencia que nunca al cuidado de su salvacion, uniéndose con vínculos mas estrechos á la religion, á medida que se sentia suelto de los de la tierra. Meditaba noche y dia en la Pasion del Señor y rezaba el rosario diariamente en público con su familia; confesaba y comulgaba todas las semanas, y sus ayunos y austeridades se hicieron tan frecuentes y tan severas, que los Padres se atrevieron á protestar sobre el asunto; pero él los acalló replicando, «que por la misma razon que ellos ale-

gaban, y porque era viejo y declinaba hácia la tumba, le era necesario aprovechar el tiempo con dar buen ejemplo á sus súbditos y sufrir penas por los pecados y atrocidades de su vida pasada.»

Mientras que el anciano monarca se ligaba de esta suerte á sus principios con una constancia que demostraba cuán exactamente habia «contado el precio,» antes de abrazarlos, su hijo débil y vergonzosamente, abandonó la fé sin un esfuerzo para defenderla. Los nobles del partido infiel rehusaron marchar contra el enemigo hasta que el rey hubiera jurado por Kami y Chadotschi restablecer el antiguo culto del reino, y en un momento de miedo y de vértigo consintió hacer el juramento.

Poco le valió la apostasía: el rey de Satzuma todo lo arrolló ante sí; y el príncipe fué arrojado de provincia en provincia y de ciudad en ciudad, hasta que su monarquía, de pocos meses de duracion, fué casi completamente arrancada de sus manos en tan pequeño número de dias. Nada podia igualar la angustia del rey Francisco al oir estas terribles nuevas. No era la desgracia que habia caido sobre sus armas, ni las ciudades que habia perdido, ni ver hecho pedazos el imperio, cuya integridad habia sostenido por treinta años con una fortuna que no tenia paralelo en la historia japonesa; era la perfidia de su hijo la que le heria á lo vivo, y la que le obligó en el silencio de su cámara sin que fuese sugerido por los Padres, ni por otra cosa que la fé y firmeza de su corazon á hacer este solemne voto á Dios; «que aunque los Jesuitas que le habian conducido al conocimiento de Su Santo nombre renunciasen á

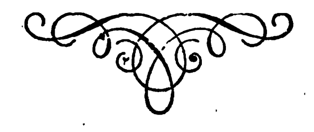
El, y aunque los cristianos de Europa Le echasen de sus corazones, y aunque (lo que creia imposible) el Papa, el gefe y custodio de la fé, fuese traidor á Su confianza y Le negase, sin embargo, permaneceria él solo en medio de las ruinas del Cristianismo y continuaria confesando, reconociendo y adorando al verdadero Dios y Criador del Universo como en aquel mismo momento Le confesaba, reconocia y adoraba sin género de duda, como un solo artículo del credo que le habian propuesto á su aceptacion.»

El desagrado de su padre, y el mal suceso del plan que se habia propuesto, hicieron grande impresion en el príncipe; pero desanimado y lleno de vergüenza pasó algun tiempo antes que pudiese soportar la desaprobacion del rey Francisco á sus actos ó buscar su presencia. Pronto las cosas parecieron tan desesperadas, que ningun otro recurso le quedó que solicitar el auxilio de su anciano padre, quien tomó otra vez en sus manos las riendas del gobierno. Dejó su retiro de mala gana; pero una vez hecho esto, desplegó toda su antigua y ordinaria energía y decision en la crísis. Desterró los nobles, cuyos consejos habian traido la ruina de su hijo, reunió los esparcidos elementos del ejército, echó los Satzumanos fuera de las fronteras, y habiendo de esta suerte restituido la paz al reino, y el reino á su hijo, se retiró otra vez á su privada residencia de Vosuqui.

El príncipe, por su parte, aleccionado por la triste esperiencia, no solo espresó ilimitada contricion por lo pasado, sino que prometió guiarse enteramente por el consejo de su padre en cualquiera

ocasion futura; y precisamente en el momento mismo en que se efectuaba esta reconciliacion entre ellos, el Padre Valignan volvia de su visita de inspeccion, en cuyo curso el jóven rey de Arima habia seguido el ejemplo de su padre y su tio haciéndose cristiano.

Tal abundancia de pruebas de los rápidos progresos del Cristianismo, habian salido al encuentro de los ojos del Padre visitador, que propuso ir ante el Papa y representarle las necesidades espirituales del pais en cuanto á los pastores y seminarios de las misiones sometidas á su cuidado. No bien habian sido sus intenciones públicas, cuando los dos reyes de Bongo con los de Arima y Omura (Luis de Goto habia ya muerto), resolvieron añadir una solemne embajada con el propósito de rendir á los pies de Su Santidad el homenaje y obediencia de los reyes cristianos del Japon.



CAPITULO V.

Dos príncipes japoneses y dos nobles salen con el Padre Valignan para Roma.—Su llegada á Goa, á Lisboa, á Madrid, y finalmente á Roma.—Su recepcion por el Papa.—Su regreso al Japon.—Importantes cambios durante su ausencia.—Muerte de Nobunanga.—Su sucesor empieza á perseguir los cristianos.—Muertes del rey Francisco y del rey Bartolomé.—Destierro de Justo Ucondono.—Decreto de destierro de los Jesuitas.

Treinta y tres años habian pasado desde que San Francisco Javier con su convertido japonés, Pablo de Santa Fé, habian desembarcado en Kangoxima; y el resultado de la visita de inspeccion del Padre Valignan, suficientemente probaba, que en este corto período el número de cristianos habia ascendido á 150,000, mientras que no llegaban quizá á un ciento, los religiosos Jesuitas dedicados á atender á las necesidades espirituales de esta dilatada multitud esparcida como estaba á intervalos por todo el pais; mucho menos podrian subvenir á cualquiera de aquellas providenciales circunstancias que contínuamente los invitaban á la formacion de nuevas misiones.

Con el rápido progreso del Cristianismo, el Padre visitador vió desde luego que ninguna importacion

de estraños misioneros podia ser suficientemente grande y contínua para satisfacer la demanda. Por eso concibió la ida de formar un sacerdocio nativo, del cual podrian llenarse en ocasiones la filas de los europeos al principio y hacer al fin á estos completamente innecesarios.

Una fundacion de seminarios y colegios á propósito era el primer punto esencial para llevar á cabo este plan; el segundo era la residencia de un Obispo que ordenase los estudiantes nativos sin el riesgo de la vida ó pérdida de tiempo y dinero, que hacia los refuerzos de las Indias tan dificultosos y precarios. Para esta última condicion era necesario contar con Roma, y el Padre Valignan inmediatamente concibió la idea de que la proyectada embajada añadiria un incalculable peso á cualquiera esplicacion que él pudiese hacer en el negocio. Tanto el Padre Valignan como los otros Padres, juzgaron que la presencia real de aquellos estranjeros príncipes darian al Papa y á sus hermanos religiosos de Europa una idea mejor de la importancia del reino que habian añadido á la Iglesia, que la que pudiera suministrar una mera descripcion verbal; mientras que por otra parte, tambien les pareció que de ninguna manera estaria fuera de los deseos de los japoneses, puesto que se consideraban antes que los chinos la mas grande y sábia nacion del mundo, aprender algo de la grandeza y sabiduría de los paises de donde provenia su nuevo código de religion.

Por todas estas razones tomó sobre sí el Padre Valignan el oneroso cargo de la embajada, que habia de consistir de dos príncipes jóvenes, Mancio,

sobrino y representante de Francisco, rey de Bongo, y Miguel, que iria en nombre y bajo la autoridad de Arima y Omura. A estos fueron agregados despues otros dos nobles, Julian y Martin, no contando ninguno de los cuatro mas que diez y seis años de edad, pero sábios y prudentes, como su conducta lo probó, mas allá de lo que sus años prometian. Sucedió que desgraciadamente estos embajadores habian perdido á sus padres; ¿y quién podria censurar á las madres si, aterradas á la vista de tan largo y peligroso viaje por mares borrascosos y á un pueblo desconocido, en paises distantes, que segun sus ideas yacía en los confines de la tierra, disuadiesen á sus hijos por todos los medios á su alcance de la proyectada empresa? El dia de su partida fué un dia de afliccion y lamentos. Las pobres madres lloraban sobre sus hijos como si ya los hubieran perdido; y á pesar de que el Padre Valignan hizo cuanto pudo por alentarlas, aun permanecian inconsolables, y temia que tanta desolacion doblase la responsabilidad en la custodia de sus hijos.

Se ordenó préviamente que para facilitar el viaje y el escape de la observacion de los piratas que abundaban en aquellos mares no frecuentados, viajarian sin aquel acompañamiento que de otro modo seria muy conforme á su elevado rango. El Padre Valignan tomó por esta razon solo algunos de sus pajes con un Padre Jesuita y un Hermano para acompañarlos en el viaje, y así acompañados salieron de Nangasaki el 25 de Febrero de 1588. Su valor y fé estaban destinados á ponerse á dura prueba; porque aun en el principio del viaje fueron sor-

llanto de alegría al ver doblados ante el altar aquellos embajadores de una nacion pagana, enviados por su mandato y en su nombre á reconocer ante el cielo y la tierra la universal soberanía del único Dios verdadero.

Otro punto de principal interés en sus viajes era Madrid. Felipe II los recibió en medio de su familia, abrazándolos afectuosamente y ordenando á sus hijos hicieran lo mismo. Como hubiesen llegado al palacio cerca de la hora de vísperas, el rey los invitó á acompañarle á la capilla real, donde se sentaron en frente del altar «con objeto,» dice el antiguo historiador, «de que la córte pudiese ver bien sus personas;» pero nos será permitido creer que mas bien fué con el objeto de que los príncipes estranjeros viesen el altar con toda comodidad. Por órden del rey fueron despues conducidos á ver todo lo mas notable de Madrid y sus cercanías, el Escorial, el arsenal, las tesorerías con su incalculable riqueza en joyas, etc., etc.; y en su final partida para Italia, Felipe II fué en persona á despedirse de ellos al Colegio, siguiéndolos su real munificencia hasta el puerto donde habian de embarcarse, costeando todos los gastos del viaje por sus dominios, y preparando el mas grande buque de su armada para continuarle. El paso por Italia fué un progreso triunfante desde el principio hasta el fin, hasta que cansados de estos augustos honores, los jóvenes príncipes llegaron á desear con vehemencia el momento en que á los piés de Gregorio XIII hubieran cumplido el real objeto de sus viajes. Este Pontífice, que parecia abrigar algunos prasagios de su próxi-

ma muerte, estaba no menos ansioso de su llegada; pero á pesar de la impaciencia que habia en todas partes, los estranjeros se vieron obligados á viajar despacio á causa de la enfermedad de uno de su número. Estaban todavía á dos dias de la ciudad cuando les salió al encuentro el general de las fuerzas romanas con varias tropas de caballería destinadas á su escolta; pero como estaban ansiosos (probablemente por motivos de devocion) de hacer su entrada lo mas sencilla que fuese posible, prefirieron verificarla de noche y sin ningun acompañamiento.

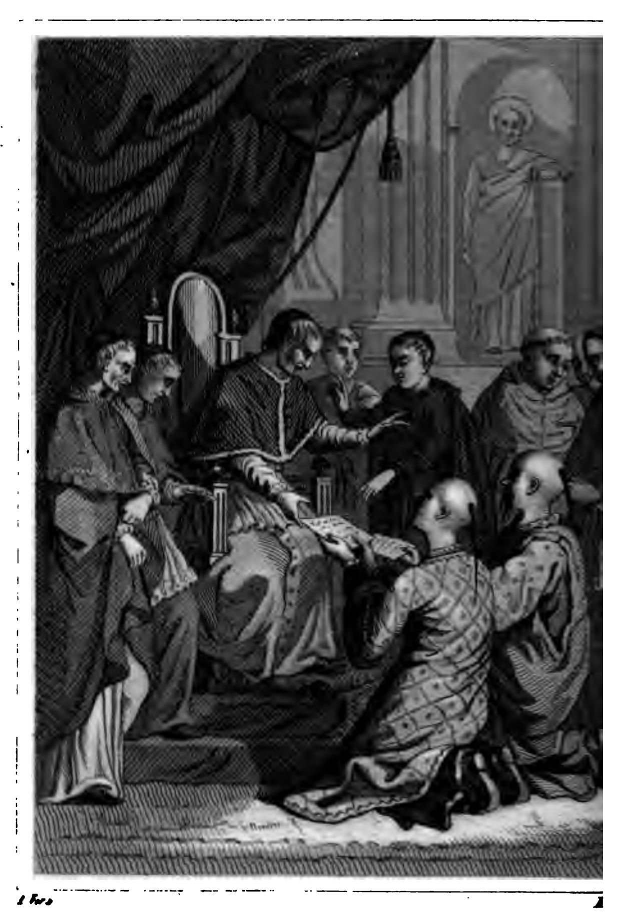
Poco les sirvió tal precaucion; toda Roma estaba esperando anhelante su llegada; salió á su encuentro una multitud á las puertas para conducirlos en triunfo hasta la casa profesa de los Jesuitas, donde el general Claudio Agua Viva á la cabeza de doscientos de la sociedad estaba presto para recibirlos.

Los condujeron derechamente á la iglesia, donde se cantó el *Te Deum,* permaneciendo entretanto los embajadores postrados á los piés del altar. Nunca fué posible persuadir á Julian, doliente como estaba, á que se retirase; tan ansiosos se hallaban todos de dar gracias á Dios por el feliz y quizá casi inesperado término de la empresa.

Los jesuitas hubieran preferido presentarlos al Papa en privado; pero considerando que venian como agentes acreditados de los reyes del Japon, Gregorio tuvo por mas conveniente hacerles una recepcion pública con todos los honores acostumbrados á los embajadores de cabezas coronadas. El dia despues de la llegada fué el designado para la ceremonia, y Julian insistió en unirse á la procesion. De-

masiado débil para montar á caballo, no habia andado mucho antes que hubiera sido compelido á volverse, á no ser por un caballero que le tomó en su carruaje y le llevó en seguida al Vaticano. Gregorio le recibió con la mas paternal espresion de ternura y de gozo, dándole su bendicion una y otra vez; y finalmente pudo conseguir de él que se retirase antes de empezar el Consistorio, prometiéndole que sería citado en otro, tan pronto como fuese restablecido suficientemente para resistir su asistencia.

El resto de los embajadores se encontró en la viña del Papa Julio II (el sitio donde comenzaban todas las grandes ceremonias en aquellos dias), con el Obispo de Imóla, que vino allí á complimentarlos de parte del Papa. Entónces se formó una procesion con las tropas ligeras de guardias suizos rompiendo el camino, seguidos de los carruajes de los embajadores de España, Francia y Venecia, y de todos los príncipes y nobles romanos á caballo. Entre estos marchaban los embajadores japoneses precedidos inmediatamente de los oficiales de la servidumbre del Papa. Montados en magníficos caballos de armas, y vestidos á la usanza de su pais, formaban por consiguiente el objeto principal de las miradas del dia. Nada segun tenemos entendido podia ser mas espléndido que su atavío, mas grave y noble que su semblante y continente. Llevaban tres estensos mantos, uno sobre otro, el fondo de blancura deslumbradora, bordados con pájaros, flores y follaje, esquisitamente trabajados y de singular brillantez de colores, abiertos en parte en el frente, cruzados en el pecho por una banda de la misma materia que se



Los embajadores Japones presentan sus credenciales al Papa Gregor

cruzaba atrás á la manera de un cinturon. Sus piés calzaban sandalias; sus anchas mangas alcanzaban solamente al codo; y sus espadas y sables, del acero mejor templado, estaban ricamente incrustadas tanto en la vaina como en la empuñadura con perlas, piedras preciosas y figuras variadamente dibujadas en esmalte. Sus caras eran no menos estrañas y sorprendentes que sus vestidos; pero habia una inocencia en aquellos jóvenes rostros, y una modestia noble en todas sus actitudes y miradas, que ganaban la admiracion de todos los que les miraban.

Mancio Ito, como gefe de la embajada, venia el primero; y así como los piés de su caballo de armas tocaron el Puente de San Angelo, la artillería del castillo hizo disparos saludando á los bienvenidos embajadores. Respondieron los cañones del Vaticano; y mucho ántes que el eco de guerra se estinguiese, llenó los aires el sonido de una deliciosa música, y en medio de este torrente de armonía se apearon por último á las puertas del Vaticano.

En la Sala Regia, y rodeado de los Cardenales, estaba Gregorio XIII esperando para recibirlos, y presentados ante su Santidad con las credenciales de sus respectivos monarcas en la mano, los embajadores declararon en pocas y sencillas palabras el objeto de su mision, á saber: que venian á reconocer en nombre de los reyes del Japon al Papa como Vicario de Cristo en la tierra, y á rendirle homenaje y obediencia como cabeza de la Iglesia Universal y Pastor de todo el pueblo cristiano. Hablaron en lengua japonesa sirviendo el Padre Mesquita de in-

térprete; mas la vista de aquellos príncipes estranjeros, tan jóvenes en edad, pero fuertes en la fé, y el conocimiento de las dificultades y peligros por que habian pasado, hablaban un lenguaje que no necesitaba esplicacion. Conmovido hasta derramar lágrimas el Papa, al tiempo que los príncipes se arrodillaron para besar sus piés, se levantó y los abrazó con tanta ternura, que ellos despues dijeron, mas los habia conmovido su ternura que todos los honores que en seguida recibieron.

Concluidos estos preliminares fueron conducidos á una plataforma, donde permanecieron descubiertos entretanto que las cartas de sus diferentes gefes se leyeron á Su Santidad, traducidas por el Padre Mesquita en la forma conveniente; entonces uno de los Padres dijo un discurso en nombre de los príncipes, llamado de obediencia, segun costumbre en semejantes casos. Despues de una cariñosa respuesta del Papa fueron otra vez conducidos á los piés del trono, donde los saludaron y abrazaron los Cardenales presentes. En la conversacion, que duró por algun tiempo á medio del intérprete, contestaron á muchas preguntas concernientes á su pais y sus viajes, con una sabiduría y presencia de espíritu absolutamente maravillosas en personas tan jóvenes y no acostumbradas á ceremonias y escenas en que tan de improviso se hallaron representando el papel de principales actores. Comieron aquel dia en el Vaticano, y despues tuvieron una larga entrevista con el Papa, quien les hizo las mas minuciosas preguntas sobre el estado del Cristianismo en el Japon, y mas de una vez el buen anciano

vertió lágrimas de placer al oir los rápidos progresos que tan evidentemente habia hecho. Su Santidad prometió una dotacion para el seminario que ya el Padre Valignan habia comenzado en Funay, asignando desde luego una renta de 4000 coronas á este propósito. Aquella fué la postrera entrevista y casi fué el último acto oficial del Papa, porque algunos dias despues quiso Dios llamar á Gregorio para sí; mas pensó hasta los últimos momentos en sus queridos japoneses, y aun una hora antes de morir envió un mensajero á preguntar por la salud del jóven Julian. Fué llorado por estos pobres estranjeros como hubieran llorado por un padre; porque ellos no solo le miraban como superior espiritual, sino que habian aprendido á amarle como un protector de la tierra.

El nuevo Papa, Sixto V, hizo cuanto pudo por consolarlos, mostrándoles la misma constante bondad que habian recibido de su predecesor. Por su mandato fueron ordenados con los otros embajadores en el acto de su coronacion; y no solo prometió un futuro Obispo á la Iglesia Japonesa, sino que tambien confirmó el donativo hecho en favor de los seminarios, añadiendo dos mil coronas á las cuatro ya destinadas á este propósito por Gregorio.

Tambien fué asignada una suma de tres mil mas para los gastos personales de su viaje de regreso; y antes de partir de Roma quiso Sixto conferirles la órden de caballería de la Espuela de Oro, honor que creia fuese particularmente aceptable á príncipes de una guerrera y caballeresca nacion. En esta conformidad tuvo lugar la ceremonia en la

víspera de la Ascension en presencia de los embajadores estranjeros y nativa nobleza de Roma. El Papa mismo les presentó la espada y cinturon, y los embajadores de Francia y España les hevillaron las espuelas; y entonces Sixto, echando la cadena de oro alrededor de sus cuellos, dió un cordial abrazo á los nuevos caballeros, quienes á su vez dieron las gracias por el favor que se les habia conferido, comprometiéndose solemnemente á mantener la fé con peligro de sus vidas; compromiso que en los años de persecucion que vinieron despues guardaron todos fielmente. Su última presencia pública fué en el Capitolio, donde los ciudadanos de Roma, tanto príncipes como del pueblo, se reunieron para conferirles la dignidad de patriciado de la ciudad, cuyas patentes al efecto se hicieron en pergaminos de color y estampadas con sello de oro.

La continuacion de su viaje por Italia ofrece la misma buena acogida que hasta entonces habian tenido. Les agradó particularmente Venecia, que con sus magníficos palacios, iglesias y edificios públicos de todas formas, sus calles de agua y multitud de góndolas, debia parecer á orientales imaginaciones una verdadera creacion del talisman del génio. Cincuenta senadores con las vestiduras escarlatinas de su cargo, esperaban para recibirlos y conducirlos á la ciudad en una falúa colgada de terciopelo carmesí: despues de una entrevista con el dux, en la cual los estranjeros le regalaron una espada y una daga, obra maestra de su pais natal, fueron llevados á ver los edificios públicos, las preciosas mercancías y varias manufacturas de la

reina del Adriático. Entre las manufacturas, lo que mas les interesó fueron los trabajos de cristal, pues que este artículo era desconocido completamente en aquel período en el Japon. Corta como fué su estancia en Venecia, hubo sin embargo tiempo para hacer sus retratos, que fueron colgados despues en el gran salon del Consejo entre los ducales régulos de la ciudad. La procesion anual, que se habia diferido hasta entonces esperando su llegada, se celebró en honor suyo con mayor magnificencia que de ordinario. Entre los cuadros históricos exhibidos á la ocasion, fueron admirablemente sorprendidos y deleitados al descubrir una pintura de su propia presentacion al Papa, que, siendo ya un hecho de la historia, se habia pintado como un delicado obsequio de parte de los venecianos autores de la fiesta, para ocupar un esclarecido lugar entre los espectáculos públicos del dia.

En medio de todos estos placeres y atenciones, tan fascinadores y llenos de peligro para la juventud, y tan lisongeros para los sentimientos de un pueblo naturalmente altivo y orgulloso, los jóvenes príncipes, como ya hemos dicho, conservaban una firme piedad y modestia en sus modales, que los hacia el objeto de admiracion de todos los que á ellos se acercaban. Graves y sencillos como siemqre, siguieron su conducta de manifestarse contentos de los honores y agradecidos de los placeres, pero sin deslumbrarse por los unos ni contaminarse por los otros. Procuraban aun en medio del mundo observar casi la vida de religiosos, confesando y comulgando todas las semanas, y no permitiendo

que ni los negocios ni las diversiones los separasen de sus devociones diarias y asistencia á la misa, ó su puntual exámen de conciencia por la noche.

Europa habia ya desarrollado todos los tesoros que encierra ante sus ojos, y las naciones católicas de la misma, haciendo de ello un punto de placer al mismo tiempo que de obligacion, les habian hecho (dice un historiador de aquellos tiempos), «los honores de todo el mundo cristiano, como á representantes de las Iglesias infantes de Oriente;» así que, con los corazones cansados de los viajes, satisfechos con lo que habian visto, pero sin embargo, llenos hasta desbordar con las religiosas inspiraciones que habian recogido en el camino, prepararon el regreso á su tierra nativa.

Lisboa fué su punto de partida como lo fuera de su llegada. En Goa se reunieron con el Padre Valignan, que no quiso ceder á nadie el placer de restituirlos á sus padres, y que por tanto los acompañó al Japon.

Muchos é inesperados fueron los cambios que habian tenido lugar durante su ausencia; pero el mas grande y mas desafortunado de todos para los intereses del Cristianismo, fué la muerte de Nobunanga. Este altivo y lujoso gefe habia caminado de un grado de prosperidad á otro, hasta que, olvidándose de que era hombre, quiso á la manera de Nabucodonosor ser adorado como Dios. El que habia desechado la enseñanza de los bonzos, que habia befado su idolatría, y que no hacia caso de sus supersticiones, ahora mandaba que le proclamasen el

único Señor de la Naturaleza y Criador del Universo. Se edificó un templo magnífico en honor suyo; miles de las divinidades casi innumerables del Japon fuéron allí amontonadas, y se colocó una piedra en medio con las armas de Nobunanga grabadas, á la cual, como la representante de este monarca, y bajo el nombre de Xauthi, se obligó al pueblo á rendir adoraciones. Ningun cristiano obedeció; pero en el dia de la inauguracion concurrió una multitud de gentiles á la ceremonia. Esta se ejecutó en una escala de estraordinaria magnificencia, siendo el primero el hijo primogénito del rey y futuro sucesor del trono á rendir homenaje al ídolo de su padre.

Este crímen parece haber llenado la medida de sus iniquidades á los ojos del cielo y haber llevado á su fin su mundana grandeza. Poco despues se formó contra él una conspiracion, y vendido por una de sus propias criaturas, pereció con su hijo primogénito en el conflicto que fué consiguiente. Si murió por su propia mano, acorde con la ordinaria costumbre japonesa bajo tales circunstancias, ó si fué consumido en las llamas de su palacio, que los rebeldes quemaron completamente, nunca se dijo con seguridad.

Faxila, el general del ejército, se alzó para vengarle, y con la ayuda de Justo Ucondono derrotó los rebeldes; pero en lugar de restaurar el gobierno de los hijos del último monarca, le reasumió aquel en sí mismo con el título de Cambacundono, ó Soberano Señor, dignidad que habia sido anteriormente considerada de mayor elevacion que la de Kumbo.

Tales transiciones políticas estaban demasiado fuera de lo comun para dejar de crear grande oposicion; sin embargo, astuto y valiente, Cambacundono pronto halló medios de aumentar su autoridad, hasta engrandecerla mas allá de la que nunca habia poseido Nobunanga.

Penoso es recordar que la mala conducta del jóven rey de Bongo, el degenerado hijo del rey Francisco, fué la causa primaria de aquella adicion dañosa á un poder ya demasiado grande para el bienestar del imperio. En lugar de cumplir su promesa de hacerse cristiano, no estuvo solo mucho tiempo en posesion de sus dominios, antes de comenzar una vida disoluta, cayendo de un esceso criminal en otro, hasta que conculyó, no solo por perseguir los cristianos, sino tambien, bajo un falso supuesto de traicion, por perseguir á su hermano con un grado de barbárie tal, que ha dejado á su nombre una sospecha demasiado probable de fratricida. El doble azote de guerra y peste fué el terrible castigo de su pecado. Una plaga se habia desarrollado que desolaba la ciudad, al mismo tiempo que el rey de Satzuma invadiendo sus territorios, hubiera desheredado al desgraciado príncipe otra vez, si Cambacundono no se hubiera interpuesto enviando un ejército en su auxilio á las órdenes de Simon Condera. Simon era un celoso cristiano, y no le reintegró en el trono sin reprenderle severamente por su malvada conducta; por último movido de los reproches, ó por los aun mas duros de soportar de su propia conciencia, el restaurado príncipe llegó á desear con ánsia hacerse

cristiano, en cuya conformidad se bautizó con el nombre de Constantino.

A este acontecimiento siguió la segunda reconciliacion con su padre: el buen anciano le recibió bondadosamente, pero su corazon estaba en estremo destrozado; nunca se recobró del todo de esta última desgraciada prueba de la inconstancia y peligrosas disposiciones de su hijo; y una enfermedad ligera, que no presentaba ningun síntoma sério en un principio, resultó ser fatal á una constitucion tan debilitada por la afliccion como por la edad. Murió como habia vivido por muchos años, en los mas puros sentimientos de fé y de devocion, repugnando siempre durante su enfermedad hablar de otra cosa que de Dios, apareciendo para él el mundo tan completamente borrado de su memoria, como si todos los dias de su vida hubieran sido gastados en el desierto.

A su muerte la habia precedido la de Bartolomé, el primer rey cristiano del Japon, quien fiel é intrépido como habia sido en su vida, fué no menos heróico en su última hora. «¿Quiénes son esos Sanchez y Lino?» dijo á uno de sus asistentes que en la hora de la agonía quiso hablarle de sus hijos. «¿No he prohibido hablarme de ninguno como no sea de Jesus y de María?» Y con estos dulces nombres en sus lábios espiró, habiendo préviamente dirigido una amonestacion tierna á sus hijos, «para que fuesen fieles á la religion, obedientes á su hermano mayor y cariñosos para con su madre en sus últimos años.»

Puede decirse que con estos dos príncipes se en-

terró la paz de la Iglesia. El poder que Cambacundono habia sostenido y demostrado en restablecer á Constantino en el trono, condujo á una sumision mas incondicional de los otros príncipes del Japon que nunca habia sido concedida antes á su principal monarca; y aunque esta ilimitada autoridad no fué dirigida al principio contra los cristianos, sin embargo resultó ser fatal al fin para ellos, por haber constituido el edicto privado del monarca la ley universal de la tierra, cuando en tiempos antiguos apenas se podia poner en ejecucion en los diferentes reinos, sin la aprobacion y auxilio de sus inmediatos régulos.

En el principio de su reinado, Cambacundono estaba lejos de ser desfavorable á la religion, y eran cristianos los principales funcionarios del emperador; como Justo Ucondono, gobernador de Tagatiki; Simon Condera, general del ejército; y Agustin, distinguido y celosísimo convertido, almirante de la armada. Muchas señoras de la servidumbre de la reina á quienes Cambacundono respetaba por su virtud y modestia, tambien eran cristianas; y aun se le oyó decir que se convertiria él mismo á la nueva religion, si esta fuese algo mas indulgente con la pobre naturaleza humana. Pero el demonio rara vez permite á sus sectarios detenerse en mitad de su carrera, y la «humana naturaleza» que impidió á Cambacundono abrazar el Cristianismo, le condujo por último á oponerse á él con sangrienta guerra.

Algunas señoras de Arima rehusaron pertenecer á su serrallo, y el bonzo que se habia encargado de esta infame invitacion, se vengó del desprecio con

que habia sido rechazado, representando á los cristianos en general en un estado de revuelta. Por una refinada malicia aquel sacerdote de la idolatría puso sus insinuaciones mas especialmente en Justo, so color de ser uno de sus principales gefes; y en su consecuencia, el gobernador de Tagatiki inmediatamente recibió un imperial mandato de renunciar la religion ó retirarse del reino. «Dí á Cambacundono,» dijo el noble cristiano, «que Justo está pronto á perder su destino y su vida, pero no se atreve á olvidar su fidelidad á Dios.» Esto fué bastante para un rey despótico y celoso; Justo tuvo que dejar sin demora su gobierno y prepararse á partir del pais como un mendigo y un desterrado. El destierro de un noble es generalmente en el Japon acompañado del de todos los miembros de su familia, escepto en el caso de que sean cristianos, que pueden escapar de la pena renunciando á la fé. Cuando Justo fué á poner en conocimiento de su padre la sentencia que habia recaido contra ellos, el anciano elevó sus manos y ojos al cielo, dando gracias á Dios por haberlos elegido para primeros ejemplos de fidelidad en Su servicio, añadiendo que el objeto de su deseo y de sus oraciones era tener la dicha de que derramase toda la familia su sangre por Su causa. Tanto la esposa como los hijos de Justo participaron de estos heróicos sentimientos; los dependientes de la casa lloraban al ver aquella sentencia, suplicando al mismo tiempo que cayese tambien sobre sus cabezas; pero Justo no lo consintió, obligándolos por el contrario á permanecer en el servicio del emperador, no fuese que cualquiera defeccion confirmase

sus sospechas acerca de la lealtad de los cristianos. Los mismos gentiles lamentaban las desgracias de este buen hombre; tambien muchos reyes le ofrecieron abrigo en sus dominios; pero Justo todo lo rehusó, probablemente temiendo envolverlos en la misma ruina. Los primeros meses de su destierro los gastó en vagar por bosques y montañas con su familia, sin ninguna guarida permanente y casi privado de las cosas comunes y necesarias á la vida. Por último su amigo y antiguo convertido, Agustin, pudo persuadirle á tomar un refugio en sus estados; y el emperador, algun tiempo despues, un poco ablandado ya, le envió en concepto de mas honorífico desterrado al reino de Tango.

La conversion de la reina de este pais fué la consecuencia de su residencia en la córte. Tanto como ella era bella y de dotes elevadas, era desgraciadamente su marido de hábitos brutales y de irascible carácter. Justo en vano trató de convertirle; pero aunque el monarca no queria seguir sus consejos, á lo menos tenia el placer de repetirlos á la esposa, que cautivada por la sublimidad de las doctrinas que tan casual é imperfectamente habian llegado á su conocimiento, estaba ansiosa de recibir una instruccion mas ámplia. No era fácil que así sucediese, porque la celosa pasion de su marido la guardaba (especialmente durante su ausencia), casi como un prisionero en el palacio. Un dia, sin embargo, intentó salir en secreto, y dirigiéndose derechamente á la iglesia, pidió el bautismo al Padre superior que casualmente se hallaba allí en aquel momento. El padre la congeturó una persona de ele-

vado rango por su entendida conversacion y distinguidos modales; pero no estando cierto de sus disposiciones, difirió la concesion de la demanda hasta un período mas tarde Por una de las señoras de la servidumbre, la reina escribió una carta al Padre en el dia siguiente, pidiéndole la solucion de algunas dudas, y desde entonces no dejó un solo dia de enviar uno ú otro de sus criados por ulteriores instrucciones, hasta que por este medio resultaron todos convertidos. Asombrada y loca de deleite al ver este inesperado resultado, subió de punto su ánsia por obtener para sí la misma gracia; pero como sucedia esto en ocasion próxima del principio de la persecucion, y habia por tanto pocas probabilidades de que se pudiese conferir el bautismo en la forma acostumbrada, el Padre superior comisionó á una de las señoras de la servidumbre de la reina para que bautizase á esta en su lugar. La dama elegida á este propósito era rica y bella, y destinada en matrimonio á uno de los mas grandes nobles del Japon; pero despues de ejecutar el sagrado rito, se sintió tan elevada sobre todos los honores de la tierra, que hizo voto de castidad en el acto, y cortó su cabello como una señal de su entera renuncia del mundo. La reina, que fué bautizada con el nombre de Engracia, estaba destinada á sufrir un contínuo martirio de parte de su marido, que aborrecia los cristianos, y estaba furioso con ella por haber abrazado el dogma de aquellos. El la amaba demasiado para pretender divorciarse; pero durante los restantes trece años de su vida, la trató con inconcebible crueldad, arrastrando frecuentemente una espada por su pe-

cho para aterrarla y moverla á renunciar la religion Cristiana. Engracia, sin embargo, siempre perseveró en la respuesta de que podia disponer de su vida, pero no forzarla á hacer traicion á la fé; y lo que siguió despues, probó bien que no habia calculado mal sus fuerzas, toda vez que, en los primeros tiempos de persecucion, fué uno de los primeros ejemplos que pusieron el sello del martirio á su fidelidad. Existe todavía una preciosa carta escrita por ella á un Padre Jesuita, en que espresa su alegría por la resolucion de los Padres de permanecer en el pais, y dá cuenta del bautismo de su infante hijo, quien, estando á las puertas de la muerte, recobró la salud por haber recibido este sacramento administrado por María, la dama que habia ejecutado el mismo oficio con ella, y que por esta razon tenia el hábito de llamarla su madre espiritual.

El destierro de Justo fué seguido de un edicto contra los Jesuitas, mandando que se volviesen á la India dentro de seis meses despues de su promulgacion.

Al instante estos se juntaron en Firando. Allí convinieron por unanimidad que antes de abandonar á sus neófitos moririan en sus puestos, aunque para evitar toda innecesaria causa de ultraje, se resolvió que las iglesias fuesen desmanteladas y que se ejecutasen en lo futuro los oficios Divinos en las casas particulares de los cristianos. No tan pronto se supo esta resolucion, cuando, con un solo disidente, todos los príncipes cristianos disputaron con energía el arriesgado honor de hospedarlos en sus dominios.

El disidente fué el rey de Bongo. Constantino, puesto de nuevo á prueba, otra vez vaciló; y como en tales momentos vacilar es caer, no bien habia cumplido con el imperial mandato de destierro de los Jesuitas, cuando procedió de su propia cuenta á perseguir á los súbditos cristianos; y finalmente hizo su aparicion en la córte de Cambacundono con un pequeño ídolo alrededor del cuello en señal de apostasía. Para colmo de su afliccion, el emperador pagó su bajeza con el desprecio, mientras que á los otros reyes que habian tenido el valor de esponerlo todo por mantener sus principios, fueron poco despues recibidos, si no con favor, á lo menos con cortesía.

De este modo las cosas habian caminado rápidamente, cuando los embajadores japoneses llegaron á Goa; y con el objeto de evitar la indignacion del emperador, el Padre Valignan resolvió, en lugar de volver como un sacerdote cristiano, presentarse como el embajador autorizado del virey de las Indias.

Desembarcaron en Nangasaki en 1590, y hallaron á los reyes de Arima y Omura esperando para recibirlos. Pronto llegó al mismo sitio el rey de Bongo; pero en lugar de encontrarlo de la manera que esperaba, Mancio Ito hubo de vituperar á su primo real por su apostasía, rehusando tener ninguna comunicacion con él, entretanto permanecia el enemigo declarado de la religion. Constantino ya habia comenzado á arrepentirse de su conducta: así es que en lugar de manifestarse ofendido por aquella reprension atrevida, suplicó á su jóven pariente que hablase al Padre Valignan en su favor. En esta

ocasion á lo menos parecia haber sido realmente sincero, puesto que en lo restante de su vida permaneció constante y ferviente en su adhesion á la Iglesia.

Obtener una audiencia del emperador era dificilísimo; sin embargo, habiendo el Padre Valignan obtenido por último el permiso al efecto, hizo su entrada en Miako acompañado de muchos comerciantes portugueses y de los jóvenes príncipes sus compañeros; estos se vistieron en aquella ocasion con los trajes europeos que les habia regalado el Papa. Cambacundono habia enviado caballos y literas para su mayor comodidad, y á su llegada les recibió con mucho agrado, manifestándose complacido con los regalos del virey y las minuciosas noticias que inquiria de los príncipes acerca de sus viajes. Pero subió de punto su contento al oirlos ejecutar algunas piezas de música en instrumentos europeos, y aun se ofreció á tomar á Mancio Ito en su servicio; pero teniendo el jóven príncipe en su corazon otros proyectos diferentes de los de ambicion cortesana, declinó respetuosamente el ofrecido honor. Sin embargo, á pesar de toda esta aparente cordialidad, Cambacundono no pudo ser reducido á rescindir ninguno de sus últimos edictos, y el Padre Valignan se vió obligado á partir de Miako sin haber cumplido el principal objeto de su mision.

Durante todo el tiempo de su residencia en aquel punto, se le permitió completa libertad en el ejercicio público de las funciones sacerdotales; y por tanto los cristianos, que habian estado privados de todo auxilio espiritual, salvo aquellos que los Padres

les podian suministrar en secreto, se agruparon á él en tropeles.

De Miako siguió con los embajadores japoneses á Arima y Omura, con el objeto de hacer en manos de los respectivos monarcas de aquellos reinos, las cartas y regalos que les enviaba el Papa; y entonces, habiendo llenado el último deber que les imponia su mision á Roma, los jóvenes príncipes revelaron al Padre Valignan su intencion de entrar en la sociedad de Jesus. Probablemente Valignan estaria de algun modo noticioso de su designio, porque ellos a le habian manifestado en Roma al Padre Acqua Viva; quien habia requerido el consentimiento de los Padres como condicion precisa para la aceptacion de la sociedad.

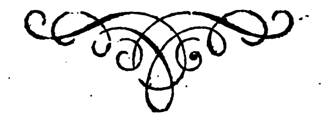
Fueron ahora por consiguiente admitidos sin tardanza en el noviciado, y en lo sucesivo observaron la conducta de activos misioneros en su pais natal; uno de ellos sobrevivió casi á los últimos dias de persecucion, pero selló por último la profesion religiosa con su sangre.

Habiendo arreglado este asunto, el Padre Valignan se preparó para su final partida, sin haber sacado otra cosa del emperador que el permiso de que pudiese permanecer cierto número de Jesuitas algunos meses mas en Nangasaki.

Aun esto no debia considerarse bajo el punto de vista de una concesion, puesto que Cambacundono solamente los detenia en concepto de rehenes para asegurarse de que serian puestos en manos del virey las cartas y regalos que le enviaba, y que una duda que acerca de la validez de la embajada tenia, le

hacia presumir que el Padre Valignan nunca los presentaria. Tambien escogió entre los Jesuitas uno que residenció en la córte en calidad de intérprete; y parece haber concebido despues una tan grande amistad personal con aquel Padre (Rodriguez de nombre), que fué su contínuo acompañante durante su vida, y á quien debemos la exacta relacion de su muerte.

Limitado y desagradable como era aquel permiso, era sin embargo, de demasiado valor para ser rehusado; y habiendo esparcido secretamente el resto de los Jesuitas por todos los reinos de los reyes cristianos, el Padre Valignan se despidió con sentimiento del Japon, y volvió á encargarse de su dignidad de Provincial de las Indias.



CAPITULO VI.

Cambacundono envia una espedicion á Corea para deshacerse de los súbditos cristianos.—Llamamiento de Justo Ucondono.—Muerte de Constantino.—Llegada de los misioneros Franciscanos.—Su imprudente conducta.—Llega el primer obispo del Japon.—Martirio de los Padres Franciscanos, tres Jesuitas y dos niños en Nangasaki.—Muerte de Cambacundono.—Ejecucion de Agustin y de la reina de Tango.

Cambacundono no tomó posesion del trono de Nobunanga sin ser herido de la misma ambicion que habia precedido á la caida de aquel monarca. Al recibir el homenaje de los japoneses reconociéndole por rey, á la manera de su predecesor, les manifestó el deseo de ser adorado tambien como su dios. Mas astuto, aunque quizá menos atrevido que Nobunanga, conoció que para obtener el objeto de su ambicion profana, necesitaba tal número de estrañas conquistas que pudiese habilitarle para semejante reclamacion. Necesitaba además el aniquilamiento de los cristianos convertidos, que habian ya demostrado suficientemente que nunca accederian á aquel grande pecado nacional. Trató por eso de cumplir su doble propósito declarando guerra á Corea, y confiriendo á los caudillos cristianos todos los

puestos de honor y por consiguiente de peligro. En su consecuencia Agustin fué nombrado generalísimo de la espedicion; Simon Condera fué colocado el inmediato en dignidad; y los reyes de Arima, Omura, Bongo y otros muchos, fueron destinados en puestos de distincion mas ó menos elevada. Siendo cristianos los caudillos debia serlo tambien el cuerpo del ejército, pues que cada gefe llevaba al campo sus súbditos. De esta suerte el infame emperador calculaba que en cualquiera caso se verificaba su objeto; porque si la espedicion fracasaba, los cristianos serian hechos pedazos; si por el contrario tenia buen éxito, podia con justicia reclamar el codiciado honor de que se le levantase una estátua, mientras que los territorios nuevamente adquiridos le presentarian una manera fácil de espatriar á los conquistadores, so color de premiar sus servicios con los gobiernos de Corea.

Al principio intentó tomar una parte activa él mismo en la empresa; y para obviar los peligros de una regencia, habia conferido su presente título y autoridad á su sobrino, mientras que tomaba para sí el de Teigo-Sama. Sin embargo, pronto los naturales celos del nuevo Cambacundono parece que le indujeron á mudar de plan; y como no podia con algun viso de justicia privar á su sobrino de un título que él le habia conferido voluntariamente, se zafó de él, conforme con la costumbre japonesa, por medio de un asesinato legalizado. Los amigos y dependientes, y aun sus pequeños hijos no fueron esceptuados de esta bárbara sentencia.

Cuando hazañas ominosas tales como estas ocu-

ıban al emperador ansioso de la divinidad del Ja-
ın, los guerreros cristianos en Corea intentaban
ıir los deberes religiosos con las atenciones nece-
rias del tiempo de guerra. A este propósito invi-
ron algunos de los Padres Jesuitas á seguir el
ército, tanto para la conversion de los pueblos
ın quienes iban á pelear, como para la instruccion
: los soldados que mandaban. Los celosos misio-
:ros se consideraron muy felices á la vista de una
ıortunidad que los ponia en ocasion de propagar
ın mas la fé, y bajo sus auspicios el campo pronto
reció una casa de oracion. No por eso pelearon
s cristianos con menos ıravura; antes bien la de-
ıcion habia hecho desaparecer las ordinarias disi-
ıciones de la vida militar. Se ganaron batallas,
tomaron fortalezas y ciudades; donde quiera los
reanos huian ante ellos; cada salida parecia un
ıuncio de nuevos triunfos; y por último, en su
:gría y gratitud por el nuevo imperio adquirido
n tan maravillosa rapidez, el Teigo-Sama llamó
Justo Ucondono á la córte. El encuentro de este
n el monarca es curioso y característico de las
stumbres de la Nacion. «Justo,» dijo el empera-
ır al ver el desgraciado gefe otra vez en su cámara
audiencia, «no os he visto hace mucho tiempo;
ro ahora os encargo que en adelante os vea.»
ın un profundo saludo aseguró Justo que estaba
:mpre á sus órdenes; entonces fué convidado á un
an banquete, y le fueron restituidos toda su posi-
ın y sus honores. De este modo, sin falta ni per-
n, sin que fuese acusado ni absuelto, á la manera
ıe habia sido llevado á la ruina, así fué ahora res-

tituido; siendo el capricho del emperador suficiente razon para todo.

Cosa rara, y una prueba palpitante de la limitada naturaleza humana, es que, casi en el mismo momento en que Justo recobraba tan inesperadamente todo lo que habia perdido por causa de la fé, Constantino, despues de haber representado constantemente el papel de traidor á sus principios, fué súbitamente despojado de todo aquello porque los habia vendido. Habiendo incurrido en el desagrado del emperador por algun error cometido en la guerra de Corea, fué echado de sus dominios y condenado á un espantoso destierro en la córte del rey de Satzuma, el terrible enemigo de su trono y su casa; pero aunque nunca recobró su anterior posicion en el mundo, sin embargo tuvo la mas grande dicha de hallarse en el caso de poder hacer alguna compensacion por las cobardes apostasías de un período mas temprano de sus dias, con la constancia religiosa de sus postreros años. En efecto, desde la hora de su última reconciliacion con la Iglesia, hecha ante el Padre Valignan, nunca manifestó otro síntoma de su anterior debilidad; su vida fué desde entonces formada sobre un modelo de todas las virtudes cristianas, y murió por último en los sentimientos de devocion y contricion dignos del hijo del buen rey Francisco.

A pesar de los servicios prestados por los cristianos en la guerra Coreana, las leyes penales permanecian en su fuerza y vigor; pero así como en los primeros momentos habian sido el resultado de una mera ebullicion de temperamento de parte del em-

perador, podia, y probablemente con el transcurso del tiempo querria haberlas olvidado ó abolido, si no hubiera mediado la jactancia inconsiderada de un capitan español, que demostrando en un mapa la vasta estension de las posesiones de su soberano, y preguntado por el modo de su adquisicion, contestó eran completamente el trabajo de los misioneros, que primero intentaban, decia, convertir al pueblo, para despues inducirle con facilidad á que se sometiese al rey á quien servian. Dificil es averiguar si la malicia ó la locura fueron el motivo de este discurso; pero de cualquiera manera que sea, produjo una sospecha en el Teigo-Sama, que no pudo nunca despues desarraigarse, sospecha que legaba como un vínculo á sus sucesores, como quiera que estos se diferenciasen en su política y temperamento, y que desgraciadamente ejerce en nuestros mismos dias su venenosa influencia en el Japon en la forma de una ley prohibitiva de la admision en el reino de ningun apóstol de la fé cristiana.

Sucedió tambien por este tiempo una ocurrencia con tendencia á confirmar y nutrir aquella sospecha una vez enjendrada; esta fué la línea de conducta seguida por algunos frailes Franciscanos que llegaron de las islas Filipinas. Habian sido inducidos á tomar este rumbo por un insidioso impostor, que esperando con su habilidad abrir los puertos del Japon al comercio de España, intentó persuadirlos que el emperador estaba muy ansioso de su presencia en sus dominios. Era una verdad que el Papa Gregorio XIII habia espedido una Bula prohibiendo trabajar en el Japon á otros misioneros que los

miembros de la sociedad de Jesus; y aunque esto se hizo en un tiempo en que se oponia á los mismos deseos de los Jesuitas, sin embargo, lós acontecimientos demostraron la sabiduría con que la Santa Sede habia sido guiada; porque á pesar de que los Franciscanos abundaban en piedad y celo, y todas las demás cualidades que podian hacerlos aptos para el caso, no solamente produjeron en la mision el desórden, por la ignorancia de las costumbres y peculiaridades del pueblo con quien tenian que tratar, sino que tambien por la persecucion que su imprudencia escitó, llegaron á ser la causa accidental de su estincion final. En un principio se suscitó una cuestion acalorada entre los Franciscanos, sobre si el decreto del Papa Gregorio los comprendia; pero habiendo alcanzado ya una Bula del Papa Sixto V, que los autorizaba para predicar en todas las Indias, en las que consideraban incluido el Japon, y ardiendo en celo y deseo de llevar el Nombre de Jesus á las mas distantes tierras del globo, pudieron conseguir por último persuadirse á sí mismos, de que habiendo sido impuesta la prohibicion bajo muy diferentes circunstancias, estaban justificados con suponer que, bajo el presente mas favorable aspecto de los negocios, no debia tener aplicacion la Bula prohibitiva. Se engañaron en este celo; sin embargo, ¿quién podrá censurar el ardor de aquellos activos y sencillos hombres? Si en el fervor de su celo traspasaron los justos límites de aquella obediencia, que es la única guia segura de las empresas religiosas, no debemos por eso olvidar que el que los dirigió fué el primero á perder su vida,

y, ahora un mártir, ruega por nosotros en el cielo.

Los Franciscanos se presentaron en la córte del Teigo Sama como los acreditados embajadores del gobernador de las Filipinas; y al abrigo de tal carácter se les permitió situarse en Miako, pero con la precisa condicion de abstenerse de todo conato de reunir al pueblo, tanto para predicar como para la oracion. Sin embargo, no tan pronto tomaron posesion de su nueva casa, cuando procedieron á hacer ambas cosas, con todas las adiciones y circunstancias que podian dar publicidad á su conducta. Fué en vano que sus predecesores en la mision les previniesen que ponian en riesgo la seguridad de toda la Iglesia cristiana; en vano que los mismos gentiles les hiciesen conocer la locura de llamar sobre sí la atencion del emperador: cuando á duras penas habia tolerado su residencia en el pais. Su puro celo religioso halló ámplio aliento en el gran cuerpo del pueblo, que siempre descuidado de las consecuencias, y solamente gozándose en la oportunidad de asistir otra vez á los públicos oficios de la Iglesia, se acercó ansiosamente á oirlos. Encantados de tanta piedad, é ignorantes de las reales disposiciones del emperador, los Franciscanos llegaron á concluir que la timidez de los Jesuitas habia puesto un freno innecesario á sus convertidos.

Por consiguiente, para compensar cualesquiera malos efectos de esta inmotivada cautela, juzgaron necesario estender su propia esfera de accion tanto como les fuese posible; así que, desde Miako fueron á Osaka, y desde aquí á Nangasaki, donde los Jesuitas los recibieron con estremada cordialidad,

aunque se hizo sentir en el pueblo el mal efecto de su imprudencia. Hasta aquí, á pesar de las leyes penales, los Padres habian intentado en aquella poblacion, con el sistema de la mas consumada prudencia, continuar sus funciones ministeriales sin descanso. Bajo su cuidado Nangasaki habia llegado á llamarse con énfasis la ciudad cristiana del Japon, y muy poco despues los habitantes celebraron la conversion de sus últimos ciudadanos gentiles con una fiesta especial; pero la llegada de los nuevos misioneros echó una sombra sobre sus risueñas perspectivas; los públicos oficios divinos en la iglesia escitaban sospecha, y se prohibió á los cristianos al son de trompeta asistir á la misa ó sermon, y aun orar al pié de una gran cruz que se habia erigido fuera de los muros. Los frailes fueron desterrados, y se retiraron á Osaka, habiendo rehusado el refugio que generosamente les habian ofrecido los Jesuitas.

Despues de su partida, volvieron las cosas á tomar su estado antiguo, resultado que facilitó grandemente la conversion del gobernador. Este era jóven, de mucho talento y poderoso ánimo, y habiéndose hallado compelido por su posicion á obrar contra los cristianos, consideró que solo era compatible con la justicia declarar desde luego la naturaleza de sus dogmas, cuestion que concluyó por solicitar el bautismo. La doctrina de la Encarnacion fué la que mas particularmente hirió su entendimiento, por el marcado contraste que presenta con el culto tributado á los héroes de la nacion japonesa; porque, como él ingeniosamente demostraba, no hay nada

inconcebible y absurdo en la idea de un Dios que ha pasado á ser hombre por las criaturas que El ha formado; mientras que por el contrario, atribuir divinidad á los hombres, frecuentemente los peores y malvados de su especie, era un acto tan destructor de la moralidad como repugnante al buen sentido.

Por este tiempo Pedro Martinez, el nuevo obispo del Japon, llegó á Nangasaki con su coadjutor. Inmediatamente se dieron pasos por los principales cristianos para conseguir su recibimiento en la córte; y despues de alguna vacilacion se le permitió pasar á ofrecer sus respetos al emperador, quien le demostró la misma bondad y consideracion que habia en todo tiempo concedido á los Padres Jesuitas siempre que se viera en contacto con ellos, y que parecia caracterizar fuertemente la subsiguiente persecucion de los cristianos, mas bien como el efecto de un error diplomático, que de verdadero aborrecimiento hacia la fé cristiana y sus maestros. El período de la llegada del obispo al Japon, puede considerarse el respiro entre el principio de la persecucion y su adopcion final. La espada habia sido desenvainada; pero á escepcion de pocos y aislados casos, no habia todavía derramado la sangre de los cristianos; y bajo la guia prudente del nuevo obispo, unida á la consideracion personal que el emperador daba á los Padres Jesuitas, tanto individual como colectivamente, es posible que aun en esta ocasion hubieran conseguido inducirle á envainarla, á no haber continuado todavía los misioneros Franciscanos obrando en tan abierta befa de sus órdenes, que llegó á convencerse mas y mas que estaban real-

mente maquinando la ruina de su trono; y con las palabras del capitan español, compatriota de los Franciscanos, aun sonando en sus oidos, no es de admirar que hubiera resuelto poner en práctica las mas sumarias medidas para alejarlos de su presencia. Mandó poner guardias, tanto á la casa de los Franciscanos como á la de los Jesuitas; y esta órden, mal entendida como una general persecucion de los cristianos, fué donde quiera saludada por ellos con sentimientos de exaltacion y alegría. Justo Ucondono corrió inmediatamente á la casa de los Jesuitas para felicitarlos en su buena suerte. Los dos hijos del gobernador de Miako además, entraron en la ciudad con el espreso propósito de participar del hado de sus hermanos en la fé.

El de mayor edad de estos dos príncipes, habiendo reunido sus sirvientes para ponerlos en conocimiento de su resulucion, todos convinieron en las palabras de Santo Tomás: «Ir y morir con él» Mas pareciéndole que uno era de conversion demasiado reciente para que pudiese sufrir tan dura prueba, el pobre hombre hizo tales demostraciones que al fin se le permitió acompañarlos. El hermano mas jóven, temiendo que la seguridad de su padre se comprometiese por la religion de sus hijos, fué á ponerle en conocimiento de su conversion. Tuvo entonces lugar una entrevista afectuosa, durante la cual el gobernador, con algun tanto del espíritu de un antiguo romano, dijo á su hijo, «que aunque le habia amado siempre apasionadamente, y aun le amaba, sin embargo, le daria la muerte por su propia mano si el emperador le diese una órden al

fecto.» No menos firme, antes bien con aquella firmeza de un espíritu cristiano cuando se opone á otro pagano, respondió el jóven, «que habia revelado su religion,» dijo, «para conseguir, no su propia seguridad, sino la de su padre; y que si encontraba la muerte en las manos de este, ó solamente por su órden, tendria una doble deuda de gratitud que pagarle; una por la vida temporal que hasta entonces habia gozado, y despues por la segunda, aun mas grande, por aquella vida eterna que estaba pronto á recibir por su mandato.» Habiendo hablado largamente sobre el asunto se separaron; el hijo volvió á su anticipada suerte en la ciudad, y el padre al lado de su esposa, con quien se lamentaba de su desgracia, porque si se ordenaba una matanza de los cristianos, él seria sin duda condenado por virtud de sus deberes oficiales, á ser el verdugo de su propio hijo.

No fueron aislados estos ejemplos de valor y resolucion. Todos los cristianos se prepararon donde quiera, con el mismo indomable espíritu, á acometer de frente las olas de aquella persecucion que estaba destinada á limpiarlos de la faz de la tierra; y no bien se supo que el Teigo-Sama deseaba tener un censo de sus súbditos cristianos, cuando hombres, mujeres y niños corrieron en tropel á Miako para inscribir sus nombres en la lista, esperando con esto ganar la corona de mártir. Se cuentan varias anécdotas del heroismo desplegado en esta ocasion; entre ellas hallamos un curioso ejemplo de la mezcla del antiguo orgullo pagano y recien nacido celo del cristiano convertido, en la historia de

un buen anciano llamado Andrés. Habia sido en su dia un guerrero de renombre; y ahora en los ochenta años de edad, y el primero de su conversion, era de los mas ansiosos en dar la vida por Jesus; pero no podia comprender la necesidad de morir como Jesus habia muerto; es decir, sin demostraciones de resistencia: el sufrimiento pasivo era todavía á sus ojos simple cobardía; «moriria, en verdad,» dijo, «muy contento con los buenos Padres que le habian conducido al conocimiento de la religion cristiana; pero primero queria vengar sus resentimientos matando á todos los que pudiera, y despues, y no hasta entonces, dar la vida por Cristo.» En vano su hijo le aseguraba, que si queria merecer la corona del martirio no debia oponer resistencia á la espada; el anciano guerrero no podia persuadirse de esta doctrina; y estaba trabajando su entendimiento con el ataque de positiva indignacion á la vista de la imaginada cobardía, cuando la casualidad le llevó al aposento en que su nuera con las sirvientas cristianas, se ocupaba en hacer vestidos de aquella especie peculiar que los japoneses siempre gastaron en la hora de la ejecucion; y cuando, respondiendo á sus preguntas le dijeron, medio en chanza y medio de veras, que estaban preparando sus ropas para morir por Jesus, su sencilla y honrada alma, fué de tal modo herida de aquella paciente resolucion, que prorumpió en lágrimas declarando que tambien él moriria como ellas.

Es una verdad que el emperador no habia aun resuelto definitivamente, ni injuriar á los Jesuitas, ni derramar sangre de los cristianos con matanza

general; así es que mandó hacer saber al Obispo, por medio de una declaracion espresa, que su edicto era dirigido solamente contra los Franciscanos españoles. El hecho es, que casi inmediatamente los frailes fueron condenados á perder las orejas y las narices, para ser en seguida crucificados; y como una amonestacion al gran cuerpo de los cristianos, doce de aquellos que estaban en mayor hábito de frecuentar la Iglesia, fueron incluidos en la misma sentencia, como igualmente algunos niños, un Padre Jesuita y dos Jesuitas novicios, que por casualidad estaban en el edificio en el momento en que fué rodeado. Estos últimos es posible que se hubieran librado haciendo representacion del caso al emperador; pero se consideró peligroso ponerlo en tela de esperiencia, por temor de que la indignacion real se escitase contra todo el cuerpo, si llegaba á saber que alguno entre ellos habia estado en comunicacion con los frailes; el Provincial, á pesar de su repugnancia, se vió obligado á abandonarlos todos á su suerte. Los presos sufrieron la amputacion de las orejas en la ciudad alta de Miako, habiendo perdonado el gobernador por un acto estraordinario de clemencia la mas bárbara mutilacion estampada en la sentencia. Algunos de aquellos sangrientos trofeos, llevados despues á la presencia del Padre superior de los Jesuitas, escitaron su llanto, en parte de compasion, pero mas de alegría, mientras que ofreciéndolos á Dios proferia estas patéticas palabras: «Mira, oh divino Salvador, estos primeros frutos de nuestros trabajos en el Japon. Permite que esta sangre derramada sobre la tierra, se haga fructífera de

almas fieles que glorifiquen Tu Nombre en este distante y desconocido confin del globo.»

Mientras que esta escena pasaba en el colegio, los mártires eran conducidos en carros á la ciudad, con la sentencia enarbolada en largos palos ante ellos. Muy lejos de los insultos y risas sardónicas que usualmente acompañaban semejantes procesiones, la multitud no tuvo que ofrecer á las presentes víctimas, mas que simpatía respetuosa. Muchos no podian contener las lágrimas al ver pasar los carros con niños, que con las manos atadas á la espalda, y sus pequeños rostros bañados de sangre, todavía su inocente voz cantaba himnos en honor de su Dios.

El Padre Pedro Bautista, el superior de los Franciscanos, y hombre que poseia todas las virtudes, escepto la prudencia, predicaba al pueblo al mismo tiempo que caminaba al sacrificio; igualmente hizo Pablo Miki, el Jesuita, quien convirtió dos de sus guardias en el curso del camino. Nangasaki era la ciudad destinada para la ejecucion, en la cual murieron poco despues. Iban tan mal montados y tan pobremente vestidos, que á no ser por la voluntaria caridad, tanto de los gentiles como de los cristianos, hubieran muerto en el camino por la inclemencia del tiempo.

Nó se permitió acompañarlos á ninguno de los Jesuitas; aun el Obispo se vió obligado á enviarles su bendicion por medio de apoderado; pero uno de los Padres pudo conseguir salirles al encuentro antes de llegar á Nangasaki; y en una parada, debida á la amistad del gobernador con el Padre Jesuita, habilitaron á este para oir sus confesiones generales y

los votos de los novicios, quienes estaban muy ansiosos de ser admitidos en la Sociedad antes de la ejecucion. Tambien Rodriguez, el intérprete del emperador, fué bastante dichoso en obtener una entrevista con los presos; y el Padre Pedro Bautista, con un espíritu de humildad, el mas afectuoso y edificante, en un momento en que todo lo que le rodeaba le hacia los honores de un futuro mártir, pidió perdon al Jesuita de rodillas, por el mal que en aquellos instantes conocia que tanto él como sus compañeros habian traido sobre la mision. El Padre Rodriguez no fué sobrepujado en humildad, pues que tambien él pidió perdon á los Franciscanos en la misma sumisa postura, en representacion de su Sociedad, por si quizá alguna cosa habia sido hecha ó dicha de su parte contraria á la caridad cristiana; los dos Padres se abrazaron entonces uno á otro con las mas tiernas espresiones de afecto y estima. Los Jesuitas condenados, dieron además las gracias á los Franciscanos tan fervientemente por la parte que habian tenido en la dichosa consumacion de sus labores, que los guardias estaban llenos de admiracion, esclamando casi en las mismas palabras de aquellos soldados romanos que condujeron á Valeriano y su hermano á sufrir la condena: «¿Qué clase de hombres son estos, que van á la destruccion como otros á un banquete ó un baile? ¿Quién vió tanto sufrimiento y tanta alegría? ¿Un himno de triunfo y una muerte de un criminal?» Decian bien al hacer estas preguntas. Su asombro creció de punto cuando al llegar cerca de Nangasaki donde se alcanzaban las cruces destinadas á la ejecucion

en las montañas elevadas; porque á la perspectiva de este nuevo calvario, los mártires prorumpieron en nuevas esclamaciones de gozo y devocion; y el niño Luis mas especialmente, viendo tres cruces mas pequeñas que el resto, con ansia preguntó cuál era la suya, para abrazarla tan pronto como llegase al sitio, con tanto fervor y afecto como el Apóstol San Andrés habia hecho con la suya.

Aquel niño solamente tenia doce años de edad; hubiera podido fácilmente escaparse antes de ser cogido en el convento; pero prefirió morir con los Padres á vivir sin ellos. No fué este un momentáneo impulso de amor ó de entusiasmo. Cada cual de aquellos pobres niños, permaneció firme desde el principio hasta el fin, no obstante la dura prueba á que se habia puesto su constancia, tanto durante los muchos dias que trascurrieron desde la cruel mutilacion practicada en ellos en Miako, como en el fatigoso viaje y largos preparativos para su ejecucion final. En vano el padre de uno de ellos le suplicó que tuviese piedad de sus canas, y comprase la vida á costa de la religion; en vano los mismos gobernadores alternativamente ofrecieron á Luis y Antonio salvarlos con promesas de favor y proteccion si querian abandonar su fé; súplicas y proposiciones fueron rehusadas sin la menor duda; y burlados y aburridos los tentadores fueron compelidos por último á abandonar á los niños á su hado con sus mas viejos pero no menos heróicos compañeros.

La manera japonesa de crucifixion, no es la que sufrió nuestro Señor, y que naturalmente asociamos á su nombre. La víctima es solamente atada á la

cruz por las manos y los brazos; un hierro redondo pasa alrededor del cuello para poner la cabeza en posicion erguida; y entonces una aguda lanza arrojada en el corazon, estingue la vida en un momento. Tal era la muerte que los mártires iban á sufrir: tendiéndose cada cual en su cruz esperaban por el instante en que los levantaran en alto. Habíanse ordenado tropas alrededor de la falda de la montaña para prevenir que cualquiera se acercase, escepto los mas próximos parientes de los mártires; pero los dilatados llanos que se estendian desde el sitio á la ciudad, estaban cuajados de una densa masa de pueblo que se acercaba á ser testigo de la ejecucion. Al principio reinaba un solemne silencio en toda aquella inmensa multitud; todos callaban, todos los corazones y ojos estaban fijos en el sitio fatal; pero cuando á la señal convenida las cruces se elevaron, y se vieron los mártires colgados cada uno en su cruz con un verdugo al lado pronto á dar el terrible golpe, no pudieron contenerse por mas tiempo los sentimientos de la naturaleza, y de la parte mas baja de los llanos se levantó un murmullo que llegó á los oidos de los agonizantes santos. No respondieron estos con una lamentacion; por el contrario, el Padre Bautista comenzó el *Benedictus*, y al sonido de su voz los otros se agregaron al canto, continuándole todos hasta el fin con una devocion que electrizó completamente á los espectadores. Los niños entonces pidieron al Padre Pedro que cantase con ellos el *Laudate pueri*; pero absorto en meditacion profunda, no los oyó: le cantaron por esta razon solos sin cesar, hasta que sus inocentes voces

callaron con la muerte. Fueron todos heridos casi en el mismo momento, y todos tambien arrastraron su suerte con igual valor y constancia que habian demostrado al principio; pero Pablo Miki parecia haber muerto mas especialmente en un espíritu de devocion á la Pasion de nuestro Salvador. El fué el que por esta razon habia solicitado que la ejecucion se verificara en viernes; y habiendo obtenido esta gracia, tuvo el consuelo de morir con las mismas palabras de Jesus en sus lábios, esclamando: «En Tus manos encomiendo mi espíritu,» casi simultáneamente con el golpe que le envió á Dios.

No tan pronto se supo que los mártires habian ya espirado, cuando se renovaron todas las escenas de los antiguos martirios romanos. Un pobre miserable, que por temor ó vergüenza, habia indignamente negado su religion, volvió á convertirse en el acto, y enseñados por el infalible instinto que habia dirigido á los hijos de la Iglesia infante á buscar las reliquias de los venerandos muertos, hasta con peligro de sus vidas, los japoneses convertidos forzaron ahora las barreras, y arrollando cualquiera obstáculo, rasgaron porciones de las ropas de los mártires, y mojaron velos y pañuelos en sus abiertas heridas, hasta que el gobernador tuvo que doblar las guardias para remover el pueblo á larga distancia. (1)

El golpe que estos martirios infligieron á la Iglesia

(1) Estos primeros mártires del Japon, fueron canonizados por el Papa Urbano VIII, y su festividad se celebra en 5 de Febrero.

fué rápidamente seguido de una nueva importacion de guerreros cristianos en la Corea, y de un reciente edicto para el destierro de los Padres Jesuitas. Las iglesias fueron destruidas; aquellos colegios que les habian permitido conservar en los dominios de los reyes cristianos, fueron disueltos, y los estudiantes despedidos á sus diferentes casas; y forzado por último á ceder á la tormenta, el Provincial se disponia á nombrar algunos de los menos útiles miembros de la sociedad, y mandarlos á la India, con la esperanza de poder asi retener los otros sin incurrir en las sospechas del Teigo-Sama, cuando este monarca murió. La última parte de su reinado fué mucho menos afortunada que la primera. Corea, ganada con la sangre y tesoros de los súbditos cristianos, se habia perdido otra vez por un desgraciado error en las negociaciones de paz, error principalmente atribuido á la dilacion que la absurda vanidad de aquel monarca habia causado con objeto de hacer una recepcion magnífica á los embajadores chinos, diputados para tratar en su córte con tal propósito. Casi al mismo tiempo, el Japon fué horrorosamente devastado por crueles tormentas, y por una sucesion de terremotos, de los cuales uno destruyó la magnífica ciudad y palacio que habia edificado para sí el Teigo-Sama. De este modo, el poderoso é inaccesible monarca, el deseoso de conquistar todo el mundo, y candidato á los honores de la divinidad, se vió forzado á huir en medio de la noche de las ruinas de su propia estancia, sin mas atavío que el que llevaba puesto en aquel momento, para buscar abrigo seguro en la cocina de

un esclavo. Pero ninguna amonestacion alcanzaba á su conciencia, ninguna desgracia domaba su orgullo. Como habia vivido así murió. El Padre Rodriguez, su intérprete, estuvo con él hasta los últimos momentos; pero en vano procuró elevarle á la contemplacion de la eternidad; aun en la agonía de la muerte la pasion dominante de su vida era poderosa dentro de su pecho, y su alma parecia haberse condensado en la ansiedad de asegurar la sucesion á su hijo, niño de unos once años, y procurar para él mismo el honor de ser colocado entre los ídolos del Japon. Este último deseo fué mucho mas fácil de conseguir que el primero. Tan pronto como espiró se erigió un templo. Una estátua que durante su vida habia tenido la vanidad de modelar á su gusto, se colocó allí para rendirle culto; y de esta suerte fué glorificado entre el Chadotschi bajo el título del nuevo dios de la guerra. Nada hubo mas favorable á la religion cristiana, ó mas fatal á la causa de la idolatría, que este grosero acto de adulacion al monarca difunto. La tradicion de su vida estaba, sin embargo, fresca en las memorias de los hombres. Todos los que le habian conocido ambicioso, corrompido, cruel, orgulloso y sórdido, naturalmente, concluian que si él era en verdad un justo objeto de adoracion, los ídolos entre quienes habia sido colocado, probablemente habrian sido del mismo carácter; miles, por tanto, abrazaron el Cristianismo que hasta entonces habian sido indiferentes á todos los argumentos de los Padres.

La muerte del Teigo-Sama puso fin á la guerra coreana; y siendo de esta suerte los príncipes cris-

tianos restituidos á sus dominios, la religion volvió á respirar libremente otra vez. Se reedificaron las iglesias, se volvieron á establecer los colegios, y las cosas pronto tomaron casi el mismo estado que habian tenido en los dias de Nobunanga; pero desgraciadamente, la despótica y fluctuante naturaleza del gobierno del Japon, hacia todos los intérvalos de paz de la Iglesia, efímeros é inciertos como el esplendor de un dia de Abril.

Estando todavía en la minoría el jóven príncipe cuando su padre murió, el Teigo-Sama habia nombrado una regencia compuesta del gefe gobernador con cuarenta y nueve de los reyes inferiores para obrar en su auxilio. Esta singular forma de gobierno fué elegida al parecer con el objeto de que el número, y mútuos celos de las personas tan estrañamente asociadas, pudiesen obrar como un freno, tanto de la ambicion del regente como de la de unos y otros; y si la esperiencia vino á demostrar que no fué de buen éxito, á lo menos dá á entender la sagacidad previsora que habia intentado prevenir el peligro.

El regente comenzó su gobierno bajo el título de Deifu-Sama; pero pronto apareció tan claro que trataba de usurpar la corona, que Agustin, Gibonoscia y otros gobernadores que habian prestado juramento de fidelidad al jóven príncipe, resolvieron guardarle coaligándose contra el usurpador. La buena fortuna del almirante, sin embargo, le habia abandonado; en la primera batalla campal, las fuerzas combinadas de los gobernadores fueron completamente deshechas, y Agustin cayó prisionero. Por

un momento tuvo una violenta tentacion de chasquear á sus captores con el suicidio, acto muy comun y muy admirado entre sus compatriotas; pero la ley de Dios lo prohibe, y el gefe cristiano abandonó su pensamiento, y con noble valor se sometió á su suerte. Desde luego fué conducido á la presencia del príncipe de Budsen, uno de los generales del ejército victorioso, que habia sido anteriormente su amigo de corazon. El príncipe se afectó tanto á la vista del vencido gefe, que dejó correr el llanto y no fué capaz de hablar. Agustin conoció que lloraba, y alzando la cabeza con grande dignidad, le dirigió estas palabras: «Señor, sabeis lo que en otro tiempo he sido y veis lo que soy ahora. Por eso nada nuevo tengo que decir, mas que pediros una gracia.»

El príncipe permaneció silencioso; creyó que Agustin iba á pedir la vida, que conocia debia pagar á la venganza del Deifu-Sama; y por eso no dió respuesta alguna. El prisionero presumió la causa de su embarazo, y se apresuró á continuar: «No es mi vida lo que pido; si la ley de Dios no lo prohibiera, nunca hubiera hoy caido vivo en vuestras manos. Todo lo que yo pido es un Padre Jesuita que me prepare á morir como debe un cristiano.»

A pesar de lo natural que era esta súplica, le fué rehusada por el Deifu-Sama, á quien fué referida; y de este modo destituido de todo humano socorro, Agustin se abandonó á la misericordia de Dios con tan generosa confianza, que lejos de abatirse ante la perspectiva de una ignominiosa muerte, mas

bien se alegró con el pensamiento de ser así conducido á una cercana imitacion de su Señor y Salvador.

Cuando él y su antiguo amigo Gibonoscia, con otro de los compañeros de infortunio, fueron llevados á la ejecucion, montados en despreciables caballos y espuestos á todas las befas é insultos del populacho, ¿seria necesario preguntar cuál era el cristiano, y cuáles los paganos? La fé en que ellos habian severamente confiado iba escrita en sus mismos semblantes. Llenos de la altivez humana, acariciada é inculcada por su idolatría, los gentiles estaban tan abrumados por la vergüenza de su situacion, vergüenza que para ellos no tenia valor oculto para compensar su esterior amargura, que cubrian las caras con las manos, y lloraban como hombres en profunda desesperacion; mientras que Agustin, por el contrario, como discípulo de una religion que coloca la humildad sobre el honor, y dá á la virtud en desgracia una preciosa conciencia de su semejanza con el Redentor de la humanidad, no solamente le encontraron todas las injurias con la calma del que siente que nada sino el pecado puede rebajarle á los ojos de Dios ó la estimacion de los hombres buenos, sino con un aire y maneras que demostraban tanto su vivida esperanza de futura gloria, como la grandeza de su presente consuelo.

Declaró á un cristiano fiel, enviado por los Padres Jesuitas para auxiliarle en la hora de la muerte, que no solo moria contento, sino que tambien lleno de alegría; porque habiendo confesado y comulgado

antes de ir á la batalla, hiciera desde entonces cuanto se le habia sujerido ser mas adecuado preparativo de aquella solemne ocasion. Algunos bonzos deseaban ejecutar en su favor ciertas supersticiosas ceremonias usadas en semejantes casos; pero rechazando con desprecio por segunda vez aquellos servicios, cogió una imágen de nuestra Señora entre las manos, y la puso tres veces sobre la cabeza, señal del mas grande honor y estima que se puede hacer á cualquiera cosa ó persona en el Japon. Murieron sus compañeros en medio del miedo, del temblor y de las lágrimas; pero cuando llegó su turno, sin ninguna mudanza de semblante ó de color, cayó de rodillas, y encomendó su alma á Dios con fervor; su cabeza fué separada de su cuerpo mientras que las palabras de «¡Jesus! ¡María!» la invariable esclamacion de muerte de los cristianos japoneses, aun temblaba en sus lábios. Así pereció aquel grande hombre; héroe en la estimacion del mundo, un santo á los ojos de la Iglesia. Desde la primera hora de su conversion hasta el dia de su muerte, habia sido el invariable promovedor de la religion cristiana, y su mas celoso é intrépido defensor contra las maquinaciones de sus enemigos. Sus talentos militares, su elevado renombre, su riqueza y poder, todo habia sido dedicado á este grande objeto; y murió por último, porque escrupuloso del juramento que habia prestado á un príncipe, opuso toda su resistencia á la usurpacion de otro. Su esposa é hija hallaron un asilo temporal con los Jesuitas en Nangasaki, que les ofrecieron hospitalidad con peligro de sus vidas; pero en lugar de resentirse el Deifu-

Sama con este acto de gratitud hácia un bienhechor muerto, parecia haberle dado la sancion de su beneplácito concediendo despues el perdon á aquellas damas, que habian sido envueltas, segun las leyes del pais, en ruina comun con su padre y esposo.

La reina de Tango fué la única cristiana de distincion que tambien pereció en esta desgraciada guerra. Su marido se habia puesto del lado del Deifu-Sama; mas cuando fué á unir su ejército con el de este, dió la órden cruel de que su mujer fuese puesta á la muerte, si las fuerzas enemigas se acercaban á la ciudad lo bastante para temer que aquella cayese en sus manos. Engracia era casi idolatrada de cuantos la rodeaban; así es que cuando á la aproximacion del enemigo se hacia necesario poner en ejecucion la sentencia del rey, los señalados para dar el golpe fatal, se echaron á sus plantas, y declararon su mision con los ojos preñados de lágrimas, como tambien sus intenciones de suicidio tan pronto como aquella fuese cumplida. Lejos de desmayarse ni dar señales del menor asombro, la reina dirigió sus adoraciones á aquella divina Providencia que misericordiosamente la llamaba de un mundo que no tenia atractivos para ella; y entonces procurando consolar á sus sirvientes paganos, que rugian y arrancaban sus cabellos con todas las señales de salvaje desesperacion, les dijo con la mayor dulzura: «¡Oh hijos mios, no os aflijais! La muerte para un alma cristiana no es mas que el paso de una vida temporal á otra que es eterna. Cumplid por consiguiente las órdenes de vuestro señor sin miedo ni afliccion; pero acordaos que Dios prohibe pongais

manos violentas en vosotros mismos, y yo, vuestra reina lo prohibo tambien. Lo que deseo es que abraceis la religion cristiana, y entonces moriré contenta.»

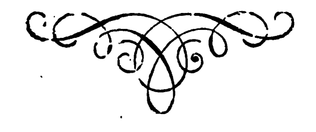
Desgraciadamente este consejo era contrario á las nociones de honor y fidelidad para ser desde luego aceptado por aquellos que le oian; y en nombre de todos los demás, el capitan de la cuadrilla declaró que nada podia inducirlos á aceptar una religion que prohibia el tributo de afecto que habian determinado pagar á su memoria.›

Viendo que todos sus argumentos eran en vano, la reina se retiró á orar á su oratorio, mientras que ellos se ocupaban en llenar de pólvora los otros aposentos de palacio. Hecho esto, y concluidas las oraciones de la reina, esta dió una tierna y afectuosa despedida á todas sus sirvientas, y soltando las ropas de seda de su cuello, se sometió á su suerte con la misma calma y serenidad que habia demostrado en todo el trascurso de la escena. Sus disgustados verdugos echaron sobre su cuerpo reverentemente un manto de seda, y entonces poniendo fuego al tren de pólvora, tanto ellos como todos los demás domésticos del palacio, perecieron en la terrible esplosion que siguió.

El rey su esposo lamentaba su muerte con una afliccion tan exagerada, como si no hubiera sido el autor de aquella hazaña; y llegando á su noticia que los Padres Jesuitas habian recogido algunos huesos medio quemados, supuso fuesen los de la asesinada reina; y con la intencion de darles enterramiento decente, mandó á los Jesuitas decir una

misa funeral por ella en Osaka. La iglesia fué colgada de negro; y colocada una *chapelle ardente* ante el altar, se cantó la misa con tal majestad y devocion, que el rey, que con todos los nobles estaba presente, declaró las ceremonias de los bonzos naturales muy inferiores á las que se usaban entre los cristianos. Tambien le sorprendió en estremo el desinterés de los Padres Jesuitas, á quienes regaló una cuantiosa suma de dinero, y que ellos distribuyeron inmediatamente entre los pobres.

Desde este tiempo el rey dió libre permiso á sus súbditos para profesar la religion cristiana, aunque él nunca intentó abrazarla, constituyendo uno de aquellos ejemplos tan frecuentes en la historia del Japon, y ¡ay! no menos frecuentes en la de todo el mundo; de hombres que ven la verdad, la admiran y confiesan, y sin embargo, viven y mueren sin hacerla propia.



CAPITULO VII.

Persecucion de la Iglesia en el reino de Figo.—Caridad del Obispo y Padres Jesuitas.—Martirios de los nobles japoneses con sus esposas y familias. —Persecucion en Firando y en Arima.—Heróicos martirios de niños y otros.

La muerte de Agustin y sus compañeros reprimió en efecto todo conato contra el poder del Deifu-Sama; de este modo, árbitro de seguir sin freno sus ambiciosos designios, no dudó por mas tiempo tomar el título de Kumbo-Sama, que no habia estado en uso desde los dias de Nobunanga. Aunque el principio de su reinado no fué marcado con persecucion, sin embargo, es evidente que el dicho del capitan español, que habia envenenado el entendimiento de su predecesor contra los cristianos, todavía ofuscaba el suyo oscura y silenciosamente; porque á pesar de la bondad con que se espresaba hácia los maestros de la religion individualmente, nunca se le pudo persuadir á que derogase las leyes del Teigo-Sama, ó que interviniese en los actos de aquellos monarcas inferiores á quienes agradaba ponerlas en ejecucion. En esta senda, cientos de los mejores y mas nobles del Japon, perecieron bajo la jurisdiccion de hom-

bres apenas superiores á ellos, frecuentemente sus iguales, por algun capricho de furtuna, ó el favor imperial que los habia puesto en posesion de reinos conquistados.

El rey de Figo rompió el camino en este órden de perseguidores por una sentencia de destierro contra sus súbditos cristianos, quienes en consecuencia de este veredicto, fueron arrojados de sus casas y privados de todos los oficios, renta y posicion. Al mismo tiempo que se prohibia á sus compatriotas darles alimento y abrigo, con diabólica destreza, se les prohibia tambien buscarlos en otra parte. Claro es que la muerte misma casi hubiera sido un acto de misericordia, comparada con la calamidad que impone una pena como esta; sin embargo, el frio, el hambre, la fatiga y la muerte misma con sus accesorios horrorosos, eran sufridos sin un murmullo por la causa de Cristo; y por último al cabo de seis meses, los pacientes pudieron conseguir el permiso de buscar hospitalidad entre sus hermanos de Nangasaki, donde fueron recibidos con estremadas muestras de ternura y afecto, dedicando en su socorro el Obispo y su clero (los Jesuitas), todas las limosnas que habian adquirido para sí, de los cristianos naturales y príncipes estranjeros.

Apenas los desterrados habian empezado á gozar este asilo de hospitalidad antes que se publicase otro edicto en Figo, mandando á todos los cristianos que habian quedado en la ciudad ir á la presencia de un bonzo señalado al efecto, para ejecutar cierta ceremonia que se consideraba como una declaracion de creencia en su doctrina. La muerte era la pena de

la repulsa; y dos nobles, llamados Juan y Simon, fueron elegidos como ejemplos de severidad para los demás. Los dos eran amigos del gobernador, á quien la órden habia sido confiada, é hizo lo que pudo por salvarlos. «Si querian *fingir* el cumplimiento del decreto del rey,» ó «ejecutar la ceremonia privadamente en sus casas,» ó «sobornar el bonzo para que permitiese suponer que habia recibido su retractacion:» cada cual de estas alternativas fueron tan ansiosamente propuestas como indignamente rechazadas; y cuando una porcion de rufianes arrastraron á Juan á la casa del bonzo, y pusieron sobre su cabeza á la fuerza, el libro supersticioso como señal de apostasía, protestó con tal fuerza y vehemencia, que ningun remedio quedó mas que sentenciarle á la muerte. La ejecucion tuvo lugar en presencia del gobernador, y desde el aposento, aun humeando con la sangre de un amigo, fué á la casa del otro con semejante mision y con igual repugnancia.

Simon estaba quietamente conversando con su madre cuando entró el gobernador; y este no podia refrenar las lágrimas al tiempo que suplicaba á aquella señora tuviese piedad de ambos, y por medio de su consejo para que se llevase á efecto la órden del rey, se librase á sí misma de la angustia de perder un hijo, y á él de teñir sus manos en la sangre de un amigo. Patético fué el llamamiento, pero en vano; así que, el gobernador dejó la casa, declarando con indignacion que la madre con su pertinacia se habia hecho culpable de la muerte de su hijo. Otro caballero entró poco despues encargado de la personal ejecucion de la sentencia. No

era este un método poco frecuente de proceder, toda vez que los nobles japoneses, estraño es decirlo, podian ser llamados en cualquiera momento á ajusticiar en tales casos, siendo un favor otorgado frecuentemente á personas de distincion, morir por la mano de un amigo ó un criado, y no por la del verdugo ordinario. Jotivava era un amigo de Simon, y procedió con todo el corazon que podia, á cumplir su triste é indigno deber. Conociendo bien su mensaje, Simon le recibió con una afectuosa sonrisa, y entonces se postró este en oracion ante una imágen de nuestro Salvador coronado de espinas, mientras que su esposa y su madre pedian agua caliente para que se lavase las manos, ceremonia usada entre los japoneses en ocasiones alegres. Lágrimas de natural sentimiento corrian en verdad aun en medio de esta generosa exaltacion; Inés, cayendo de rodillas, suplicó á su esposo le cortase el cabello en señal de que no se volveria á casar. Despues de algunos momentos de duda aquel accedió á esta súplica, profetizando además que ella y su madre pronto le seguirian al cielo: entonces, acompañado por tres *Giffiaques*, ú oficiales de la Confraternidad de la Misericordia, á quienes habia citado para presenciar la ejecucion, entraron en la sala en que habia de tener efecto. Miguel, uno de los Giffiaques, llevaba un crucifijo; los otros dos alumbraban con antorchas; y Simon marchaba en medio de su esposa y su madre, mientras que sus desconsolados sirvientes cerraban la retaguardia. A la salida encontraron un infeliz renegado que esperaba para despedirse de Simon; pero herido aquel por el contráste entre su



R. Alabern

Ines suplica á su marido que le corte el cabello.

S. Sanchez Rubio, Editor. Madrid.

conducta y la del mártir, no le dejó hablar el llanto. Simon le apremió elocuentemente al arrepentimiento, usando sin conocerlo casi las mismas palabras de su Divino maestro; le dijo «que hacia bien en llorar, pues que debia hacerlo, no por su suerte cercana, sino por la cruel apostasía con que él, un renegado, se habia hecho un criminal merecedor del fuego del infierno;» entonces, distribuyendo sus rosarios y otros objetos de devocion como memorias entre los amigos, rehusó dar al apóstata una sola cuenta, no obstante que la pedia encarecidamente, á menos que hiciese una promesa solemne de arrepentimiento y enmienda.

Por último, la condicion fué aceptada; Simon entonces volvió alegremente á sus oraciones. Recitó la letanía con sus amigos, y en seguida, inclinándose ante una imágen de nuestro Salvador hasta que su frente tocó en la tierra, el noble que hacia las veces del verdugo le cortó la cabeza de un solo golpe. La cabeza cayó á los piés de uno de los Giffiaques; pero su madre, con el valor de una macabea la tomó en sus manos esclamando: «¡Oh querida cabeza, esplendente ahora con gloria celestial! ¡Oh querido Simon, que has tenido el honor de morir por Aquel que murió por tí! ¡Dios mio! ¡Tú me diste á Tu hijo, toma ahora este mio, sacrificado por Tu amor!» Despues de la madre se acercó la pobre Inés á derramar algunas dulces lágrimas sobre las reliquias de su marido. Entonces, previendo que la muerte de ellas mismas seguiria pronto á la de aquel, Inés y su madre volvieron á continuar sus oraciones, quedándose los tres Giffiaques á acompañarlas

con el objeto de asistir á la ejecucion: en efecto, no habian pasado veinte y cuatro horas antes que se les dijera que iban á morir; el oficial que llegó á ponerlas en conocimiento de la sentencia, llevaba consigo á Magdalena, la esposa de Juan, y á Luis, un pequeño niño á quien este habia adoptado por hijo, los cuales tambien iban condenados á sufrir semejante suerte.

Los presos se abrazaron unos á otros con una alegría sin igual, orando, bendiciendo y dando gracias á Dios, no solo porque iban á padecer por Jesus, sino tambien porque iban á padecer en una cruz como Jesus; y entonces, vestidos con sus mejores atavíos, salieron al lugar de la ejecucion en palanquines, de que los guardias se habian provisto á este propósito. Los Giffiaques marchaban á su lado, pero poca necesidad tenian de ofrecer motivos de constancia á aquellas almas heróicas, ardiendo en el deseo del martirio, y ansiosos de entrar en la senda por la cual su objeto mas querido habia ya ascendido al cielo. Juana, la madre de Simon, suplicó al verdugo le atase sus miembros tan fuerte como le fuese posible, para participar de la angustia que los clavos infligieron en los de Jesus. Predicaba desde la cruz con tal energía y elocuencia, que el oficial encargado de presidir la ejecucion, temiendo el efecto de sus palabras en el pueblo, mandó darle la muerte sin esperar por el resto de las víctimas. Fueron en seguida atados Luis y Magdalena. Los verdugos ataron á Luis con tal fuerza, que no pudo contener un grito; pero cuando le preguntaron si tenia miedo á la muerte, contestó que no; entonces le

cogieron y colocaron en frente de su madre. Por un breve intérvalo, la mártir y su hijo adoptivo se contemplaron silenciosamente uno á otro; despues, recogiendo todas sus fuerzas, dijo ella: «hijo, vamos al cielo: ten valor, y esclama: ¡Jesus, María! con tu último aliento.» Otra vez el niño respondió como habia hecho antes, cuando al dejar su propia casa, le hiciera su madre igual exhortacion: «¡madre, sereis obedecida!» El verdugo hirió primero al niño, pero erró el golpe; y mas que nunca temiendo por su constancia, Magdalena le exhortaba desde su cruz, entre tanto que Miguel, que se hallaba á sus piés, tambien le dirigia palabras de consuelo. Pero el niño no necesitaba de su estímulo; no por eso volvió á gritar, ni tembló, sino que esperó paciente un segundo golpe que le taladró de un lado á otro; y la lanza, aun humeando con su sangre, fué en seguida arrojada en el corazon de la madre, cuyo dolor mas agudo le habia pasado ya probablemente en el instante en que el hijo de su amor habia espirado ante ella. Sola quedaba ya la hermosa y jóven Inés, arrodillada como en el instante primero en que ocupara el lugar de la ejecucion; ninguno habia tenido el valor suficiente para acercase á ella. Como los verdugos de la santa de su nombre, la mas querida hija de la Historia cristiana, sus mismos verdugos solo éstaban hábiles para llorar, sin que les fuera posible destruir la belleza de aquella criatura tan hermosa; sus manos habian perdido la facultad de ejercer su oficio; y viendo que ninguno se acercaba á atarla, ella misma se dirigió modesta y dócilmente á tenderse en la cruz. Allí estuvo esperando por su

hora, con una calma y serenidad cual si estuviera recostada en el seno de un ángel, hasta que por último, uno de los espectadores, inducido en parte por una dádiva ofrecida por el verdugo, pero principalmente por el supersticioso aborrecimiento á la religion de la víctima, la ató, y alzó la cruz, y entonces infligiéndole golpe tras de golpe, espiró penosamente bajo sus rudas y poco espertas manos. Por un año y un dia estuvieron los cuerpos colgados en sus cruces, como causa de terror á todos los demás de la misma religion; pero los cristianos no por eso dejaron de guardar los ennegrecidos cadáveres; y con un amor como el de Respha, la madre de los hijos de Saul, ahuyentaron de allí los pájaros del aire por el dia y las bestias del campo por la noche; y finalmente, cuando el período de prohibicion habia espirado, recogieron reverentemente los santos huesos en su último lugar de descanso en la iglesia de Nangasaki.

Los Giffiaques fueron los primeros que sintieron la rábia del tirano. El mismo gobernador aceleró su castigo, porque la pérdida de sus amigos le habia puesto en un estado de furioso; y atribuyéndolo todo, como en efecto se debia atribuir, al hecho de la religion, resolvió tomar venganza de todos los que la profesaban. Una dificultad tenia sin embargo en el lleno cumplimiento de su deseo, á saber: que ningun castigo podia idear para las víctimas que fuera tan terrible que dejase de ser aceptado por ellas con las muestras de la mas estremada alegría. «¿Qué haré con estos hombres?» esclamaba con una especie de salvaje indecision cuando le

dijeron que los Giffiaques mas bien habian acogido con placer que evadido su prision: «Se regocijan en la muerte como en la adquisicion de un imperio, y van á un destierro como un esclavo á su libertad. La cruz es un trono real, que suben con gusto y ocupan con orgullo. Por eso inventaré para ellos una suerte que dará la muerte bajo una forma cualquiera, una gracia que será deseada, pero que no tendrá igual.» Dentro de las murallas de la ciudad habia una prision que el rey habia construido para encerrar sus deudores. Abierta por todas partes, los que la ocupaban estaban espuestos á los ojos de la curiosa multitud que pasaba, y á los alternados sufrimientos de calor y frio, así como el invierno ó el verano volteaba sobre sus cabezas. Amontonados los presos en aquel encierro, yacían no en esteras, ni tampoco en la húmeda y fria tierra, que en comparacion hubiera sido un acto de misericordia, sino en montones de hedionda inmundicia, la acumulacion de muchos años; por una horrible crueldad de invencion, el mónstruo nunca permitia limpiar aquellos rincones aborrecibles, esperando con la horrorosa condicion del calabozo cobrar mas pronto el pago de sus víctimas. En esta caverna de sufrimientos el gobernador arrojó á los tres cristianos á quienes habia elegido para su presa, no dudando jamás que los domaria la angustia de una vida mas terrible que la mas tardía y penosa muerte. Así estuvieron muchos años los Giffiaques respirando aquel infecto aire, acostándose, durmiendo y paseando en el hediondo estiercol que esteraba el pavimento, alimentándose de tales cortezas secas y

agua inmunda como á sus carceleros les placia, hasta que por último murió uno de ellos; y entonces el tirano, cansado de tan voluntarias víctimas, dió órden de que los otros dos fuesen hechos pedazos.

Acorde con la costumbre del Japon, los hijos fueron condenados á sufrir la misma pena; y á pesar de lo aborrecible que tal práctica puede aparecer al natural corazon del hombre, era sin embargo para los mártires constantemente aceptada como una bienvenida gracia; porque su amor era un amor cristiano al mismo tiempo que paternal, enseñando siempre á los hijos á colccar la prosperidad espiritual sobre la temporal. Por eso mas bien puede decirse que se regocijaban, que simplemente recibian con calmada sumision aquella condenacion doble que unia la suerte de sus hijos con la suya propia, arrebatándolos de cualquiera contingencia de perversidad, y que los ponia en posesion del reino celestial.

Una de estas pequeñas víctimas estaba durmiendo cuando la fueron á buscar: solo tenia seis años, y era de constitucion tan poco desarrollada, que tuvo que correr lo mas que le fué posible para seguir al soldado que le conducia á la ejecucion; sin embargo, lejos de amedrentarse por su suerte, contempló sin desmayo los desfigurados cadáveres de su padre, tio y primo, que habian sido ejecutados antes de que llegase al sitio; y entonces, arrodillándose y juntando sus manos, miró con sonrisa á la faz del que le iba á colocar al lado de aquellos. Esta mirada desarmó al verdugo. El hombre envainó precipitadamente la espada, declarando que no tenia corazon para ejer-

cer su oficio; y cuando otros dos trataron de ponerse en su lugar, tambien las lágrimas asomaron á sus ojos cuando aquella inocente cara sonriéndose se encontró con su encorvado semblante, ni fué el hecho acabado hasta que un esclavo comun, compelido por la fuerza á este odioso deber, cumplió literalmente la sentencia tajando y cortando el pobre infante en pedazos.

Mientras que escenas como estas, y otras semejantes, ocurrian constantemente en Figo, el reino de Firando, donde primero habia comenzado la persecucion, y donde nunca pudo decirse que habia cesado enteramente. estaba tambien dando su cuota á la Iglesia de triunfos martirológicos. Damian, el ciego de Amanguchi, á quien hemos mencionado honoríficamente en un capítulo anterior, fué casi el primero á dar su vida por la fé. Desde el tiempo en que los Padres Jesuitas fueron forzosamente echados de la ciudad, todo el manejo de la mision infante habia sido devuelto á este pobre anciano, cuya vida la pasó desde entonces predicando, catequizando y bautizando; visitando tambien al enfermo, enterrando al muerto y haciendo todo el trabajo de un celoso misionero, tal cual se podia hacer por cualquiera que le faltasen las órdenes sagradas. Esto fué suficiente para el tirano, y Damian tuvo que elegir entre el Cristianismo y la muerte de un lado, y de la otra la apostasía y la vida con todo lo que pudiera hacerla mas apetecible al corazon del hombre.

El bravo veterano de Cristo no demoró mucho la eleccion; y murió en testimonio de la fé, como habia

vivido en su propagacion, siendo su cuerpo hecho pedazos para prevenir que los otros cristianos recogiesen sus reliquias con objeto de dárles mas honrosa sepultura.

Su muerte fué la señal de otros innumerables homicidios en este y otros reinos del Japon; pero en ninguna parte los gentiles enemigos fueron mas inexorables que en el que algun dia habia sido el floreciente y cristiano reino de Arima. El rey de este pais habia á la verdad mandado á todos sus hijos hacerse cristianos; pero el mayor de estos, Miguel, de ninguna manera correspondió al cuidado y diligencia que en él se habia prodigado. Indigno, cobarde y ambicioso, poseia menos de las convicciones de un cristiano convertido que de aquel deseo de poder y honor terrenal, que especialmente distinguia á sus paganos antecesores, pasion que finalmente le condujo á no reparar en los medios, por bajos y ruines que fuesen, con tal de saciar sus deseos.

Animado por este doble motivo, se divorció de su legítima esposa con el propósito de casarse con la hija del Kumbo; el anciano rey, aunque era cristiano, débil é inícuamente contribuyó á esta intriga, y tuvo que llorar el resto de sus dias por el pecado y locura de su conducta; porque Miguel, falso para su padre como habia sido traidor á su Dios, no dudó en usar de la influencia de su nueva esposa en la córte con objeto de arrancar el gobierno de Arima de las manos de su padre. Este revés volvió á su juicio al anciano monarca. Como otro David, confesó que habia pecado; y conociendo que el Dios cuyas leyes habia infringido, le castigaba con justicia,

aceptó sin murmurar la sentencia, y observó desde entonces la vida mas ejemplar y penitencial en el destierro que su hijo le habia señalado. Pronto, sin embargo, temiendo este que algun cambio de fortuna restituyese á su padre el favor del Kumbo, obtuvo de este monarca una órden para la ejecucion de aquel.

Se le otorgó el suicidio, como el medio mas honorífico de muerte; pero el rey dió una respuesta digna de sus mejores dias: «Que no necesitaba,» dijo, «ni valor ni resolucion para morir por su propia mano; pero que lo prohibia la ley de Dios, y queria mas bien pasar por cobarde á los ojos de los hombres que aparecer rebelde á la vista de Dios.»

No habia allí un solo sacerdote que le consolara y diera aliento en sus últimos momentos; pero su esposa Justa permaneció con él hasta el fin, exhortándole contínuamente al arrepentimiento y confianza en Dios. Antes de morir escribió una carta á su malvado hijo pidiéndole perdon (como si él fuese el injuriador y el otro su víctima); y entonces, habiendo mandado leer en voz alta la historia de la Pasion, se sometió con firmeza y paciencia á su suerte.

Miguel podia ahora considerarse libre del único que legalmente tenia derecho á reclamar el poder de que gozaba; pero era tímido y suspicaz, como lo son siempre los déspotas, y no podia olvidar que tenia dos hermanos, que aunque infantes todavía, podian algun dia vivir para vengar á su padre y tomar posesion de su trono. Eran los hijos de un segundo matrimonio, y por consiguiente medio hermanos

del desnaturalizado Miguel; el de mas edad, Francisco, no tenia mas que ocho años, y el mas jóven apenas habia salido de la infancia; pero gracias á la educacion de su madre, Justa, poseian una fuerza de voluntad en materias de religion, que podian ruburizar á los mas viejos y mas instruidos cristianos. «¿Por qué no renunciais al Dios de los cristianos?» preguntaba la esposa pagana de Miguel, haciendo una pausa en medio de las traidoras caricias que prodigaba á Francisco; pero el niño solo respondió, «que preferiria morir;» y en otra ocasion en que el mas jóven fué instado á quitar las cuentas del rosario que llevaba alrededor de su cuello, dijo «que no lo haria por temor de que el pueblo creyese que habia renunciado á la fé.» Respuestas como estas pronto pusieron el sello á su suerte. Miguel sentia, ó imaginaba, que con tan fuertes objetos en favor de la religion cristiana, los ojos de todos los demás de esta creencia (que eran casi toda la poblacion del reino), se fijarian en ellos en concepto de sus legítimos caudillos. No podia ya haber treguas en sus celosos temores mientras viviesen aquellos niños, y fueron por consiguiente condenados á morir. Pero entretanto meditaba llevar á cabo esta hazaña, retrocedia, sin embargo, al considerar el ódio que echaba sobre su nombre; y por dos meses los encerró amurallados en las bóvedas de su palacio antes de atreverse á dar la órden de su ejecucion.

Somos deudores á un criado cristiano, llamado Ignacio, de una palpitante relacion de sus últimos momentos, tal como la hizo despues á los Jesuitas

en Nangasaki. Acostumbrados como lo están todos los niños japoneses desde su infancia al asesinato, probablemente tendrian desde mucho antes el presagio de su futura suerte; así es que todo el tiempo de su prision le emplearon en el ayuno y en la oracion. Los guardias apenas podian conseguir que comiesen lo suficiente para la conservacion de la vida; y la misma noche en que murieron, Francisco se sujetó á una abstinencia adicional en castigo de alguna palabra ó accion dirigida á su carcelero, que le pareció inconveniente. Mucho tiempo despues de haberse dormido su pequeño hermano, movido al parecer por algun impulso oculto, continuó velando en la oracion; hasta que cediendo por último á las demostraciones de su fiel Ignacio, el jóven príncipe se preparó para el descanso. Sin embargo, se detuvo antes un poco en oracion ante una piadosa imájen; é Ignacio, conociendo lo que iba á suceder, se aprovechó del momento para practicar la recomendacion á la bendita Vírgen, como si aquel estuviese llamado á dar su cuenta aquella misma noche. Vivo como el relámpago, el niño obró conforme á la sugestion, y dijo en alta voz: «Por la Pasion y muerte de Jesucristo, tened misericordia de mí esta noche. ¡Oh María! Madre y Señora de mi corazon, á vos encomiendo mi cuerpo y alma, y pongo mi eterna seguridad en vuestras manos.»

Tan bella y propia fué esta oracion *impromptu*, que parecia haber sido como una inspiracion de su tímido escuchador; y cuando el niño habia tomado agua caliente y se acostó para dormir con los dulces nombres de Jesus y María temblando en sus inocen-

tes lábios, Ignacio dejó el cuarto, incapaz de sufrir la trajedia que conocia iba á tener lugar. A la mañana siguiente cuando fué á ocupar su puesto, halló á los dos infantes anegados en su sangre; pero con misericordiosa crueldad, los verdugos los habian asesinado sin despertarlos del sueño, y así pasaron de la vida á la muerte sin que hubiesen temido ó imaginado que tenian cerca de sí un verdugo.

Entre tanto Miguel siguió cometiendo todos los dias actos nuevos de crueldad contra los cristianos de Arima. Bajo la guia de su primer ministro, Safiori, que á su vez conspiraba contra la corona, de la cual Miguel mismo despojara á su padre, habia derribado ya las iglesias, trastornado las cruces, desterrado á cientos de cristianos de clase principal, como tambien á los Padres Jesuitas, á cuya influencia atribuia su constancia en la lucha; y habiendo de esta suerte, como él lo esperaba, destruido todo blanco al cual pudiesen confiadamente mirar como guia, publicó un edicto mandando á todos abrazar la idolatría ó morir. A los primeros rugidos de la cercana tempestad, los cristianos por un consentimiento general, se alistaron en una cofradía titulada «de los mártires,» por la cual además de las acostumbradas prácticas de oracion, ayuno y penitencia comunes á semejantes asociaciones, los miembros se obligaban á sufrir la pérdida de la propiedad, el martirio y la misma muerte, fieles y contentos por el nombre de Jesus. Esta cofradía se estendió despues á otros puntos del Japon, y aun fué adoptada por los niños, que estaban destinados á representar casi tan grande papel en la próxima persecucion

como sus mismos padres; habiendo los Padres Jesuitas al efecto suministrado reglas y prácticas ajustadas á sus tiernos años. Preparados de este modo y envalentonados para la pelea, los cristianos esperaban con pasivo valor su principio, y no esperaron mucho tiempo. Se llamó á Arima un celebrado bonzo, con el propósito de reconvertir los cristianos á la religion de sus padres; pero sus sermones fueron desatendidos, ó atendidos por aquellos que iban menos por escuchar que por refutar; ni los cristianos querian aun visitar al bonzo sin llevar el rosario suspendido de su cuello, circunstancia que le causaba la mas profunda mortificacion, puesto que el rosario era siempre considerado por los japoneses como la señal mas inequívoca de la declaracion de Cristianismo. En vano el rey ordenó, y la reina recibió el bonzo misionero con toda la posible reverencia y sumision en palacio; las mismas damas de su córte rehusaban obediencia. No querian oir al maestro de la idolatría; sus preciosos rosarios aun brillaban en sus cuellos; y la prision, malos tratamientos, el hambre, era todo empleado sin éxito para compelerlas á retractar su enérgica determinacion.

Vencido y derrotado en los mismos peldaños de su trono, Miguel mandó llamar á un noble llamado Tomás, de gran renombre por sus proezas, tanto por mar como por tierra, y con todo el arte de persuasion de su poder, procuró inducirle á obedecer sus órdenes. El rudo soldado oyó impacientemente los miserables sofismas de su gefe, y despues le dijo friamente, que asi como soldado me-

receria la muerte si desertase sus banderas, así él se consideraria el mas despreciable de los seres humanos si por favor ó miedo á un monarca de la tierra, desertase de aquel Rey de los reyes á quien habia jurado fidelidad en el dia del bautismo; concluyendo (tan grande era su indignacion que no podia contenerse), con un áspero discurso para manifestar que aborrècia á los traidores como aborrecia la traicion, y que preferiria la muerte misma á la bajeza de cometer la una ó asociarse con los otros. Tal modo de hablar y á tal hombre, el cristiano bien conocia que solo se podia hacer esponiendo la cabeza. Por tanto, no bien habia dejado la presencia real, cuando buscó á uno de los Padres Jesuitas que todavía residian en la ciudad, y se preparó á morir. Cuando aconsejado por sus amigos en su provecho y el de su familia que habrian de otro modo ser envueltos en la ruina, á ponerse en salvo por la huida, contestó con la energía de su carácter, «que lejos de huir del martirio, iria al fin de la tierra á buscarle, y que amaba á sus hijos demasiado para pensar en privarlos de una gracia que él codiciaba para sí sobre el imperio del mundo.»

Al siguiente dia el gobernador de la ciudad le invitó á comer (de un modo tan estraño se manejaban estos asuntos en el Japon); y Tomás, conociendo bien su cercana suerte, se despidió afectuosamente de su esposa é hijos antes de aceptar el ominoso convite. Se sentó á la mesa y su huésped se presentó con una espada, pidiéndole su opinion acerca de sus modos de decapitacion de la cabeza humana. Tomás, mirando negligentemente, manifestó que lo

hacia bien, y que era apto para semejante obra; entonces el gobernador, pareciéndole que habia llegado el momento, le separó la cabeza en el acto. Algunas horas despues su hermano, un implacable cristiano como él, sufrió la misma suerte; su madre Marta y sus dos jóvenes hijos fueron tambien condenados, mientras que su esposa é hija, por un capricho de misericordia ó quizá de crueldad, fueron exentas de la sentencia. Muy diferentes de los efectos ordinarios de tan opuestos juicios, eran los sentimientos que en ellos se descubrian en la ocasion presente: los que iban á morir, bendecian á Dios en un éxtasis de piadosa alegría, porque El los habia llamado á sufrir por la fé, mientras que aquella que iba á vivir viuda y sin sus hijos, dió salida á una afliccion como la agonía por la doble pérdida que estaba destinada á sufrir. Mientras lloraba por su suerte cruel, Marta llamó á sus nietos, y abrazándolos tiernamente, les dijo, que así como su padre habia muerto por Jesucristo, así ella y ellos harian lo mismo, para ir y vivir con él en el cielo. Los niños pacíficamente contestaron, «que no habia cosa que deseasen con mas ánsia,» preguntando al mismo tiempo, «cuándo sucederia.» «Ahora mismo,» dijo ella; «así, id á despediros de vuestra madre, y preparaos para la muerte.» Con risueños semblantes se apresuraron los niños á obedecer; y habiendo distribuido sus juguetes entre sus compañeros de juego, y repartido algunos presentes á sus ayas, se vistieron con las blancas ropas que Marta les habia preparado para aquella ocasion, y se arrodillaron ante su madre, diciendo: «adios, querida madre; va-

mos á ser martirizados.» Ella lloraba en aquel instante como si le rompiesen el corazon; pero temiendo desalentar los niños, ó echar la sombra de su maternal afliccion sobre la hora de prueba que para ellos se acercaba, los abrazó diciendo: «Id, queridos hijos, y recordando á Aquel que murió por vosotros, pisad valerosamente los escalones que pisaron vuestro padre y vuestro tio. Miradlos cómo estienden los brazos para auxiliaros; mirad los santos y ángeles con coronas preparadas para ceñir vuestras sienes; mirad á Jesucristo mismo convidándoos con sus mas dulces abrazos ; y cuando llegueis al lugar de la ejecucion, demostrad ser sus secuaces con vuestro desprecio á la muerte. Poneos de rodillas, soltad vuestros collares, unid vuestras manos, bajad vuestras frentes, y decid ¡Jesus! ¡María! con vuestro postrer aliento.» Entonces, ocultando su faz en los brazos de sus hijos, la pobre madre prorumpió en un mar de irresistibles lágrimas, conmoviendo hasta los mismos soldados á tal compasion, que, recelosos de ceder al sentimiento, arrancaron á los niños de sus brazos y los arrojaron en el palanquin preparado para llevarlos con su abuela al lugar de la ejecucion. Durante el corto tránsito, aquella venerable cristiana tuvo cuidado de ocupar á las pequeñas víctimas en la oracion y piadosas jaculatorias; ni abandonó la centinela cuando llegaron al sitio fatal, puesto que estuvo á su lado y los vió morir uno por uno ante sus ojos: entonces avanzando con grave y magestuoso paso, á su vez se sometió á la espada.

Despues de esta ejecucion, ocho de los principa-

los ciudadanos de Arima fueron llamados á la presencia del rey para mandarles que abjurasen de la fé; mientras que él, perseguidor tirano como era, tuvo el descanso de decirles que solo requeria una sumision esterna, toda vez que tambien él mismo era cristiano como ellos, aunque compelido en el presente á ocultarlo en atencion á las órdenes del emperador. Cinco de los ocho convinieron en esta infame proposicion, de los cuales cuatro se arrepintieron despues sinceramente. Los otros, que no habian cedido nada de sus convicciones, fueron consiguientemente condenados á la pena del fuego. Tan pronto como se supo en Nangasaki su sentencia, salió uno de los Padres reservadamente para Arima, con el propósito de suministrar el auxilio espiritual á los cautivos, y miles de cristianos tambien afluyeron de todas partes del pais para ser testigos de su muerte.

Quizá la Iglesia nunca presentó antes al mundo semejante espectáculo, y es posible que nunca le presente otra vez. Por tres dias consecutivos aquella vasta multitud permaneció acampada en suelos abiertos esperando la ejecucion de sus hermanos; mas su presencia llenó de terror al cobarde rey, y temiendo que el propósito de la muchedumbre fuese rescatar á los presos ó tomar la ciudad, cejó en su proyecto. Nunca al monarca se le ocurrió que aquellos de quienes temia tales cosas habrian pensado en arrancarle su material corona, antes que en privar á los mártires de su palma. El hecho es que los cristianos habian tenido el cuidado de ir sin sus ordinarias armas de defensa para evitar la posibilidad

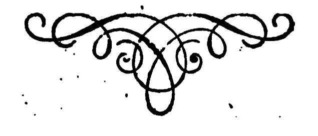
de la duda de sus pacíficas intenciones; y no tan pronto sospecharon la causa de la dilacion, que algunos de los de mas carácter de su número, se presentaron ante el gobernador á manifestarle que solamente querian ser testigos de la ceremonia, prometiendo al mismo tiempo que no habria allí tumulto ni resistencia si se les permitia permanecer. Animado y vuelto á la confianza el rey, continuaron rápidamente los preparativos del martirio. Se eligió á este propósito una ancha llanura inmediata al castillo de la ciudad; un Padre Jesuita suministró los auxilios espirituales de la confesion y comunion á los presos; y en el dia señalado salieron estos vestidos con ropas de ceremonia, y con las manos atadas á la espalda, acompañados de mas de cuarenta mil cristianos, con luces en la mano y guirnaldas adornando las cabezas, y marchaban cantando las letanías de nuestra bendita Señora. Entre las víctimas iba un jóven que no tenia mas que once años, y una niña llamada Magdalena, que habiendo ya hecho voto de virginidad, observara siempre una vida santa y pura como las mártires vírgenes de la antigüedad.

Estos niños, como tambien sus compañeros de mas edad, abrazaron las estacas donde fueron atados despues. Entonces Gaspar, el gefe de la cofradía de los mártires, desenrollando un pergamino en donde se dibujaba la figura del Hijo de Dios atado como ellos á una columna, les hizo una breve exhortacion á la perseverancia. Aun continuaba su discurso cuando se puso fuego á las pilas de materiales combustibles que habian sido colocadas á dis-

la considerable de los mártires, con el cruel
ósito de prolongar sus tormentos. Así como el
er resplandor de este terrible elemento de muer-
ló por los aires, la multitud tóda cayó espontá-
iente de rodillas, y cuando el fuego se acerca-
las víctimas, retumbó la llanura con los repeti-
cos de «¡Jesus! ¡María! ¡Jesus! ¡María!» de los
ctadores, que tristemente golpeaban sus pechos
enitencia de sus pecados, y para obtener la
ia de perseverancia en sus hermanos. El fuego
ecipitaba cada vez mas cerca; pero aun sobre
igido de las rápidas llamas y los suspiros y la-
tos de los que las observaban, podia oirse la
de los mártires rogando á Dios y animándose
iamente á la constancia y valor. Por último, los
izó aquel mar de fuego y quemó las cuerdas que
gaban: entonces todos los ojos se clavaron en
ño por ver si permanecia de su propia y libre
ntad en aquel horno abrasador. Un momento
pausa... el niño deja su estaca, pero es para
er entre las densas llamas, hasta que alcanza
elga sus brazos alrededor de su madre; entre
que Magdalena procura llegar hasta las can-
es cenizas, y coger las abrasadoras ascuas para
carlas como una guirnalda de rosas en la cabeza.
ió en el esfuerzo; pero la madre del niño Jacobo,
un heroismo aun quizá mas elevado, halló
zas en medio de la tortura para dirigir palabras
alor á su pequeño hijo, hasta que la muerte los
de tanto sufrimiento. Las llamas habian que-
o los cuerpos, pero no los habian consumido.
isamblea de cristianos los recogió con las enne-

grecidas y medio quemadas estacas como reliquias preciosas. Los cuerpos fueron conducidos á su lugar de descanso en la iglesia de Nangasaki, donde sobre sus honradas tumbas fué despues erigido un monumento, en que se cuenta su fin heróico y llamando al lector á seguir su ejemplo.

El tirano habia ya gustado de la sangre, y no dudó mas tiempo en su carrera. Se siguieron ejecuciones tras de ejecuciones en Arima, hasta que el enfatuado Miguel fué seducido á resignar su reino al Kumbo y á demandarle otro en su lugar. El infame traidor que guiaba sus actos, le habia hecho creer que por medio de esta maniobra el emperador le asignaria un gobierno mas grande y mas rico; pero el resultado vino á demostrar la locura del rey y la astucia de su consejero; porque Miguel, para su inesplicable mortificacion, fué enviado á un reino inferior, mientras que el de Arima se confirió á Safiori, que desde el principio hasta el fin habia maquinado la destruccion de aquel monarca.



CAPITULO VIII.

Traicion de los holandeses protestantes.—Persecucion general de los cristianos.—Conducta heróica de las vírgenes cristianas.—Los Jesuitas y otros, desterrados de Miako.—Destierro y muerte de Justo Ucondono.—Persecucion mas fiera y mas general.—Particulares sobre los sufrimientos de los mártires en Cochinotzu, Nangasaki, Miako y otras partes.

El año 1614 amaneció oscuro en la perspectiva de la Iglesia del Japon, porque en él comenzó aquella persecucion imperial directa, que á pesar de que de vez en cuando se modificó por las circunstancias, sin embargo, nunca cesaron realmente sus esfuerzos, hasta que por la estaca ó por la espada, por las aguas hirviendo de Ungen ó por los glaciales rios de Xindai, fueron desarraigados del suelo los últimos gérmenes del Cristianismo. Antes de este período el Kumbo se habia contentado con un sistema de neutralidad, bien ajustado para favorecer sin autorizar absolutamente las crueldades de los reyes inferiores; pero desgraciadamente los acontecimientos de cada año habian añadido sucesivamente fuerza y consistencia á sus sospechas acerca de los cristianos. El capitan español con su jactancia ha-

bia arrojado la semilla; las vastas y siempre crecientes posesiones de la nacion española en las Indias y en todas partes, habian criado el capullo; pero á los protestantes de Holanda estaba reservado el honor ó la infamia de cultivar cuidadosamente en el mas grande rigor, aquel upas de sospecha, bajo cuya mortífera sombra estaba destinada á espirar la cristiandad del Japon.

Nunca quizá desde aquella ominosa hora en que Cristo mismo fué vendido por plata á los judíos, habian las doctrinas que él vino á predicar sido vendidas mas deliberadamente ó de una manera mas estensa que en esta ocasion. Por la malévola, ó quizá solamente la inconsiderada palabra de uno de sus negligentes hijos, España habia dado en espiacion la sangre de sus misioneros, los tesoros de sus reyes, las limosnas y oraciones de su pueblo. Portugal podia jactarse de que el Cristianismo era deudor del mismo hecho de su existencia en el Japon al celo y esfuerzos de sus comerciantes. Ellos fueron los que llevaron á Anger á los piés de Javier, y á Javier mismo á la córte del monarca de Satsumia; ellos fueron los que reverentemente le escoltaron hasta la cámara de audiencia del casi inaccesible Kumbo; ellos fueron los que retrocedieron á Bongo á rescatar sus santos misioneros ó morir con ellos, cuando el viento y la corriente los habia alejado de las sanguinarias maquinaciones de los bonzos; y finalmente, ellos fueron tambien los que, no una vez sola, sino en muchas ocasiones, anteponiendo los intereses de Jesus sobre los del material comercio, dejaron una rica y lujosa ciudad

para traficar en un puerto mas pobre, con objeto de poder por este medio alentar los liberales sentimientos del régulo en un caso, ó reprimir por motivos de personal ganancia los designios de persecucion de un déspota en el otro. La gloria de Portugal pudo haber desaparecido, y los nombres de aquellos hombres, semejantes á Gamas y Alvarez, no podrán por mas tiempo ser inscritos en los anales de su reino, pero las virtudes de los muertos no se pueden borrar por la degeneracion de los vivos; y donde quiera que la historia de los buenos sea leida ó la verdad prevalezca sobre las deformes ficciones del prejuicio y del error, el crímen de pisar las cenizas espirantes del Cristianismo en el Japon será un oprobio en el escudo de Holanda, mientras que en el de los portugueses aun debe escribirse que á no ser por su caridad protectora y su espontáneo y desinteresado celo, miles de los nobles mártires no hubieran ganado sus palmas, y miles y decenas de miles de cristianos santos y fieles, hubieran vivido y muerto, y habrian sido educados por sus padres, no santificados por las salvadoras aguas del bautismo, no benditos por el conocimiento y amor de Jesucristo. Si hubieran sido gentiles los holandeses, algo hubiera habido que reprobar, pero nada que admirar de su conducta. Mas eran cristianos, ligados á este nombre, y por todo lo que comprende este nombre á la creencia de que la fé en el Redentor es necesaria á la salvacion; sin embargo, desempeñaron en el Cristianismo el papel de Judas, y por el mismo indigno motivo. Fué una hora de desgracia para los japoneses y para sus

que no se quisiesen conformar con la religion del estado. Miako, como el palacio, estaba lleno de convertidos, y en la mañana siguiente aparecieron innumerables estacas á las puertas de las habitaciones de los cristianos, puestas por ellos mismos; lo cual daba á entender que casi la mitad de la poblacion de la ciudad mas queria morir que renunciar la fé. La ejecucion de la sentencia hubiera hecho de Miako un desierto; en esto no se habia pensado, y se hicieron todos los esfuerzos, por consiguiente, para reducirlos por otros medios á la obediencia. Dádivas, amenazas y estratagemas fueron puestas en juego alternativamente, y en vano; y entonces siguió toda posible especie de violencia poco menos que la muerte. Hombres, mujeres y niños de todas edades y rangos fueron atados desnudos dentro de sacos, parcialmente llenos de agudas pajas y otras sustancias que podian herir el cuerpo; y despues de conducidos por la ciudad en hombros, espuestos á la befa é insultos del populacho, los arrojaban con desprecio donde quiera, cual si verdaderamente fuesen sacos de paja; siendo muchas veces dejados por mas de veinte y cuatro horas seguidas espuestos al frio y cortante viento del invierno, apilados y amontonados unos sobre otros en tan negligente manera, que muchos de ellos escasamente escapaban con vida. Este desgraciado tratamiento se empleó con ciertas mujeres piadosas que habian hecho voto de conservar su pureza, y vivian en comunidad, empleando el tiempo en obras de caridad y devocion. Tambien con aquel aborrecimiento de todo lo que es santo y puro, que desde los dias de Cain

hasta la hora presente, ha sido el tributo que siempre paga el vicio á la virtud, una ignominia estaba reservada para estas puras vírgenes, la misma que se habia preparado para algunas de las vírgenes cristianas de la antigua Roma. Pero Aquel que habia vestido á una Inés con la auréola de luz para defenderla contra los que intentaban robarle su tesoro mas querido, no faltó á estas cristianas mujeres del Japon, que tan fervorosamente invocaban su auxilio. No se interpuso El milagrosamente en su socorro, pero las inspiró con un valor milagroso; y cuando los tentadores vinieron á buscar su presa, las hallaron tan encorvadas y desfiguradas por las heridas que habian recibido en los semblantes, que entre el horror y el disgusto aquellos retrocedieron. Tales escenas como estas se repitieron despues frecuentemente en otras partes del imperio, no solamente con mujeres religiosas, sino tambien con aquellas cuyos lazos sociales las retenian en el mundo; y siempre y en todos los lugares cualquier atentado para degradarlas, encontró estos indefensos seres en el mismo indomable espíritu de resistencia que habia salvado las de Miako: mientras que por otra parte, en uno ó dos ejemplos produjo actos de apostasía en hombres, que, aunque heróicamente sufrieron azotes y tormentos en sus propias personas, sin embargo, carecian de la necesaria fé y valor para sufrir las injurias que pesaban sobre sus esposas é hijas.

Lleno de ira al hallarse vencido en todo atentado por la constancia de los cristianos, el Kumbo procedió á desterrarlos á cientos, no solo fuera de

Miako sino tambien del Japon, en cuya sentencia fueron incluidos los Padres Jesuitas y los Franciscanos. Afortunadamente los mas de los primeros, previendo semejante acontecimiento, se habian dispersado por todo el pais con variados disfraces; pero ya se habia hecho imposible á estos hombres vivir en el colegio á cara descubierta y evadir al mismo tiempo el edicto. Aciago dia fué para ellos y tambien para su rebaño, aquel en que se vieron obligados á abandonar su Iglesia, que en bonanza y en tormenta habian gobernado por mas de cincuenta años. Cincuenta años hacia á la verdad que el Padre Villela con su heróica paciencia habia ganado la ciudad para su mision; y aunque durante este largo espacio de tiempo los Jesuitas habian sido compelidos en ocasiones á dejarla, los intérvalos de la ausencia fueron tan pocos y de tan corta duracion, que no puede decirse realmente la hayan abandonado en ocasion alguna. Allí habian vivido en paz aun cuando la persecucion dominase en otros reinos del pais; y su colegio, que existiera desde los dias de Nobunanga, habia llegado á ser el lugar frecuentado de todas las clases de cristianos, como tambien de los gentiles, de los ricos como de los pobres, de los hombres de vida cortesana, como de los que se dedicaban al estudio y al comercio. Unos buscaban á los Jesuitas para adquirir el conocimiento de Jesucristo; otros para la instruccion en matemáticas y astronomía, ciencias que siempre dieron á la Sociedad justo y merecido renombre. A la verdad, era tanta la sed que los japoneses tenian de saber, que si los Jesuitas hubieran elegido dejar á un lado su

misionero carácter, y aplicarse enteramente al trabajo de secular instruccion, habrian tenido fácilmente buen éxito en monopolizar en su provecho los altos honores y emolumentos del estado. El no haberlo hecho así, es desde luego el signo y sello de su vocacion misionera, y la única respuesta necesaria á la loca calumnia de sus detractores, tanto antiguos como modernos (1).

Tal era el respeto y reverencia que les tributaban aun sus mas encarnizados enemigos del Japon, que les fué permitido decir públicamente una Misa de despedida en la iglesia, y despues recibir el adios de su afligido rebaño. Una vasta multitud concurrió en esta ocasion; y cuando la Misa Mayor hubo terminado, los Jesuitas procedieron á la triste ceremonia de desnudar los altares, llorando piadosamente todo el tiempo el pueblo, y los Padres con el corazon no menos lacerado. Por último fué removido todo lo que podia tentar al sacrilegio; los vasos sagrados y ropas de ceremonia se confiaron al cuidado de aquellos cristianos que mas garantía de custodia prometian; las puertas de la iglesia se

(1) Los japoneses aun conservan un deseo vivo de adquirir aquel conocimiento que les es negado por el esclusivismo de su gobierno y costumbres. Aun en estos últimos años, un holandés llamado Laxman, fué pagado con largueza para que residiese entre ellos, y es probable que en estos momentos permanezca en Yeddo, la capital en la actualidad, empleado en la construccion de cartas y en hacer observaciones astronómicas. ¡Qué no habria hecho aquel pueblo por los misioneros cuyos trabajos eran gratuitos!

abrieron para todo el que queria entrar; y en la mañana siguiente los Padres, bajo guardia de soldados, tomaron el camino de Nangasaki, donde Safiori se habia encargado gustosamente de la tarea de su embarque. En aquella ciudad se juntaron tal número de presos, tanto del estado eclesiástico como del seglar, recogidos en todas partes del pais, que finalmente sesenta y tres Jesuitas con una multitud de convertidos de todas las edades, sexo y condicion fueron embarcados para Macao; mientras que otros veinte y tres, además de un número proporcionado de Franciscos, Dominicos y Agustinos (porque cada cual de estas órdenes tenia misiones en el Japon), fueron despachados para Manila.

Con estos últimos iba Justo Ucondono y su familia, otra vez sumidos en la pobreza y la desgracia por amor á Jesucristo; pero esta vez con la adicional rigidez de una sentencia de destierro de sus riberas nativas. La mayor parte de los misioneros con quiénes fué embarcado volvieron en diferentes intérvalos y con variados disfraces al Japon. El permaneció en Manila, donde fuera recibido por el gobernador con toda la cortesía y afecto debidos á un hombre de semejante reputacion y eminente mérito. Nunca pudo entender hasta el último dia de su vida, aunque tan natural parecia aquella conducta á su franco corazon, por qué ó cuál era la causa de que se le prodigara tanto honor. «Yo nada he hecho por el rey de España,» acostumbraba á decir con una especie de ruda sencillez; «¿por qué yo he de esperar favores de su mano?» Y cuando el gobernador ofreció procurarle una pension, respondió con todo el ver-

dadero instinto de un mártir, «que nunca consentiria recibir de la mano del hombre lo que habia abandonado de corazon y de hecho por el amor de Dios.» Del mismo modo, cuando poco tiempo despues estaba ya en su lecho de muerte, puso el sello y la corona á su vida devota y de abnegacion con estas nobles palabras, su último y único legado de sus hijos: «nada les dejo, y tampoco los recomiendo al cuidado de ningun hombre; bastantes riquezas y bastante honor tienen con haber sufrido por la fé de Jesucristo.» Y con sentimientos como estos respiró por última vez, rodeado de los mejores y mas nobles de que Manila podia jactarse; el gobernador de la isla, con los principales oficiales de su séquito, acompañaron su cuerpo á la tumba con los honores que hubieran sido mas á propósito para un monarca que para un particular, si este hombre no fuera Justo Ucondono, desterrado por la fé.

En el mismo año (1614) en que tuvo lugar este destierro en grande escala, los cristianos tuvieron que llorar á Luis Cerquiera, Obispo del Japon. Habia sucedido en este cargo á la muerte de Pedro Martinez, con quien habia ido en concepto de coadjutor. Se cuenta que murió con gran pesadumbre por la ruina que habia caido en la Iglesia infante cometida á su amor y cuidado. Cierto que desde el principio en que fué encargado de semejante tarea, comenzaron los tiempos de gran dificultad y peligro; pero en el período de su llegada, aunque habia mucho que podia desanimar, habia tambien no poco que robustecia y alegraba su corazon. Desde Nangasaki, donde habia fijado su residencia, hizo innumera-

bles viajes á las mas distantes partes del reino; y donde quiera que fué, miles se han agrupado alrededor suyo demandando instruccion y confirmacion. Ningun reino ni ciudad estuvo demasiado distante, ni camino poco trillado, ni montañas demasiado altas ó demasiado ásperas para ser accesibles á su celo; y cuando volvia de estas cansadas correrías, podia sentarse en Nangasaki, y sentir que allí á lo menos el Todopoderoso Dios tenia el homenaje completo de todos los corazones; porque no solo estaba habitado en su totalidad por cristianos, sino que las cinco parroquias en que estaba dividido se gobernaban por pastores nativos, la mas irrefragable prueba de la conversion de un pueblo, y la que solo la Iglesia Católica puede jactarse de haberla presentado siempre al mundo, en la historia de la propagacion de la fé cristiana.

Tristemente habia esta preciosa escena cambiado en los últimos años, y rápidamente habia desaparecido de la pintura todo lo que era mejor y mas brillante. En el momento de la muerte del Obispo, el emperador habia fulminado su edicto final contra los cristianos. Figo, Amanguchi y Firando habian sido ya anegados en su sangre; Nangasaki era el cuartel general de Safiori, su implacable enemigo, y se habia dejado suelto un ejército de diez mil hombres para esterminar la religion por el fuego y por la espada. Cuando quiera que aquellas tropas fueron enviadas á un distrito, se ponia un tribunal rodeado de una empalizada en el lugar mas público de la ciudad: entonces los cristianos mas conocidos eran arrastrados por los ca-

bellos y arrojados dentro del cercado, donde los pisaban y golpeaban hasta dejarlos medio muertos, rompiéndoles las piernas, por una invencion cruel, entre dos piezas de madera; los mas intrépidos eran entonces decapitados; y sus cuerpos, hechos pedazos, se arrojaban á las aves de rapiña. En Cochinotzu fueron arrojados al aire sesenta cristianos de cinco en cinco, con las manos atadas á la espalda, que al caer en tierra lo hacian con tal violencia, que los pacientes vertian la sangre por los oidos, ojos y bocas. Muchos salian lacerados de muerte, otros con todos los huesos rotos; y como si esto no fuese ya suficiente tormento, eran despues punzados y taladrados con instrumentos agudos por todo el cuerpo. El gobernador los exhortaba todo el tiempo con afectada compasion á que se librasen de ulteriores tormentos renunciando á la fé; pero cuando vió que estaban indiferentes á sus súplicas, procedió á infligirles un nuevo castigo, tan horrible, que es dificultoso concebir la crueldad de entendimiento por que fué inventado. Se hacia á la víctima ponerse de plano en tierra: entonces se colocaba en sus espaldas una piedra que apenas podian levantar cuatro hombres; en seguida por medio de una pólea con cuerdas atadas á las piernas y brazos, se elevaba la víctima desde la tierra en una forma que el cuerpo se doblaba hácia atrás completamente, resultando de aquí quebrantadas las piernas de una manera cruel, y en muchos casos los ojos fuera de sus órbitas; entonces les cortaban los dedos de las manos y los piés, les hacian saltar los dientes, y si la vista aun permanecia se

destrozaba. Muchos eran degollados, pero esto sucedia despues que la muerte habia ya llegado á parecer un acto de misericordia; mientras otros, menos afortunados, despues de haber sufrido todavía una mutilacion mas estensa de sus personas, eran compelidos en medio de su agonía á saltar arriba y abajo un tramo de escalera para entretenimiento de los atormentadores; despues de lo cual eran consignados al cuidado de sus amigos, hasta que uno tras otro, segun que la fuerza de su constitucion mas ó menos prolongaba los esfuerzos de la muerte, pasaban de su penoso martirio á recoger sus coronas preparadas en el cielo.

Las sangrientas escenas de Cochinotzu son únicamente un ejemplo de las que tambien desolaron á Aria, Obama, Simabara, Savota y otras varias ciudades de nota en el reino de Arima; pero mas especialmente la capital, donde Safiori presidia en persona las crueldades que habia inventado para sus víctimas. Por algun tiempo, sin embargo, se vió interrumpido en su placentero pasatiempo por la rebelion de Fideyori, hijo del último emperador, que por último habia resuelto hacer valer su derecho á la corona; pero la subsigüiente derrota y muerte de este desgraciado príncipe poniendo fin á la guerra, Safiori volvió á Arima á emprender de nuevo la estirpacion de la religion, que parecia haberse fijado y arraigado en los corazones de todo el pueblo. Su éxito, sin embargo, no correspondió á su celo, y cayendo en desgracia, pasó el reino á manos de otro. Entre tanto, en el segundo año de la persecucion, murió el Kumbosama, y le su-

cedió su hijo con el título de Xoguno, quien llegó á ser mas dañoso é inexorable enemigo que ninguno de cuantos se habian hasta entonces opuesto al Cristianismo. Mas cruel en disposiciones, mas determinado y pronto en la accion, y dotado de mas agudeza y sagacidad, reconoció desde luego una verdad que su padre no habia reconocido hasta el morir, á saber: que cualquiera que fuese el número de cristianos á quienes diera la muerte, nunca conseguiria estirpar la religion hasta tanto que no dejase un solo sacerdote cristiano en el pais para fortificar á los confesores, animar á los mártires y bautizar é instruir los infieles, puesto que, á cada nueva accion heróica, en lugar de disuadir los agrupaba á cientos en torno de la Iglesia. El pastor debia ser muerto si los corderos habian de ser dispersados; tal era la profunda y mortífera política contenida en la exhortacion del Kumbo en su lecho de muerte; y desde aquella hora, aunque la porcion de los cristianos era aun la matanza sin misericordia, el peso principal del brazo del Xoguno cayó sobre sus pastores. La ley por la cual procedió á poner en planta su propósito, tenia una afinidad considerable con la que obligaba en Inglaterra casi por el mismo tiempo y con semejante intencion. Para precaver un aumento de afuera en el número de los misioneros que ya habia en el reino, todos los puertos del Japon fueron irrevocablemente cerrados á las naves de Europa, á escepcion de los de Firando y Nangasaki, que estuvieron siempre bajo la vigilancia de los funcionarios del Xoguno. Era la muerte la conviccion de sacerdote ó

[illegible] pero esto su- [illegible] habia ya llegado á pa- [illegible] mientras otros, me- [illegible] de haber sufrido todavía [illegible] de sus personas, eran [illegible] su agonía á saltar arriba y [illegible] para entretenimiento de [illegible] despues de lo cual eran con- [illegible] de sus amigos, hasta que uno [illegible] la fuerza de su constitucion [illegible] los esfuerzos de la muer- [illegible] martirio á recoger sus [illegible] en el cielo.

[illegible] escenas de Corhinotzu son úni- [illegible] de las que tambien desolaron [illegible] Savota y otras varias [illegible] en el reino de Arima; pero mas [illegible] capital, donde Safiori presidia en [illegible] que habia inventado para sus víctimas. Por algun tiempo, sin embargo, se vió interrumpido en su placentero pasatiempo por la rebelion de Fideyori, hijo del último empera- dor, que por último habia resuelto hacer valer su derecho á la corona; pero la subsigüiente derrota y muerte de este desgraciado príncipe poniendo fin á la guerra, Safiori volvió á Arima á emprender de nuevo la estirpacion de la religion, que parecia haberse fijado y arraigado en los corazones de todo el pueblo. Su éxit[illegible] [illegible]ó á su celo, y [illegible] á manos de [illegible] de la per[illegible]

cedió su hijo con el título de Xoguno, quien llegó á ser mas dañoso é inexorable enemigo que ninguno de cuantos se habian hasta entonces opuesto al Cristianismo. Mas cruel en disposiciones, mas determinado y pronto en la accion, y dotado de mas agudeza y sagacidad, reconoció desde luego una verdad que su padre no habia reconocido hasta el morir, á saber: que cualquiera que fuese el número de cristianos á quienes diera la muerte, nunca conseguiria estirpar la religion hasta tanto que no dejase un solo sacerdote cristiano en el pais para fortificar á los confesores, animar á los mártires y bautizar é instruir los infieles, puesto que, á cada nueva accion heróica, en lugar de disuadir los agrupaba á cientos en torno de la Iglesia. El pastor debia ser muerto si los corderos habian de ser dispersados; tal era la profunda y mortífera política contenida en la exhortacion del Kumbo en su lecho de muerte; y desde aquella hora, aunque la porcion de los cristianos era aun la matanza sin misericordia, el peso principal del brazo del Xoguno cayó sobre sus pastores. La ley por la cual procedió á poner en planta su propó[illegible] tenia una afinidad considerable con la qu[illegible] *en Inglaterra* casi por el mismo tiem[illegible]*nejante* [illegible]. Para precaver un aum[illegible]*a en el* [illegible] de los misioneros que [illegible] *reino,* [illegible] del Japon fu[illegible]lemen- [illegible]ion de [illegible] siem- [illegible]Xogu- [illegible]dote ó

ser descubierto en el ejercicio de las funciones sacerdotales; muerte al que introducia un sacerdote en el reino, muerte para el que le daba abrigo; muerte no solo á la persona ejerciendo de este modo la hospitalidad, sino tambien para los diez mas próximos vecinos con sus inocentes esposas é hijos; ofreciéndose un premio por el descubrimiento de aquellos que por cualquiera de estos motivos habian incurrido en las penas de la ley. Desde esta hora la vida de cada sacerdote en particular estuvo á merced del primero que conocia su carácter; entre tanto que las vidas de aquellos que les daban hospedaje estaban igualmente ligadas á la curiosidad ó apetitos de los vecinos á quienes la casualidad los habia puesto en conocimiento de su delincuencia. Inmediatamente á la promulgacion de este edicto, muchos misioneros para evitar el compromiso de la seguridad de sus hermanos, dejaron las ciudades y se fueron á habitar los bosques y desiertos. De este modo vivió uno por veinte años, como un verdadero San Juan Bautista en el desierto; mientras que otros tomaron habitacion en cavernas, grutas y establos desamparados, ó armarios y celdas construidos para ellos por los fieles en los sitios retirados de sus casas, sin otra luz que la que podia dar una casual abertura en las tablas, y otro alimento que el que á raros intérvalos les podian llevar aquellos á cuya caridad y valor debian su abrigo. En estos escondites se veian obligados á permanecer frecuentemente varias semanas seguidas; uno de ellos habitó durante el mas intenso calor del verano nada menos que sesenta

dias en una celda tal cual la hemos descrito. Sin embargo, por la noche acostumbraban á salir con objeto de visitar é instruir sus rebaños, bautizar los niños y convertidos, ungir los enfermos y moribundos; y finalmente, cumplir todos aquellos deberes de la mision compatibles con sus apuradas y peligrosas circunstancias. Pero los ojos de toda la nacion estaban sobre ellos, y aunque el cuidado y precaucion podia por algun tiempo aprovecharles, pronto ó tarde el tirano estaba cierto de apoderarse de su presa. Al Padre Juan Bautista Machades, Jesuita, y al Padre Pedro, Franciscano, estaba reservado el honor de ocupar el primer lugar en esta larga lista de sacerdotes destinados á ser víctimas. El primero habia ido á Omura por órden de su superior, cuando tanto él como su catequista cayeron prisioneros en Goto y conducidos por mar á la capital. El viento contrario, sin embargo, los detuvo en Canomi, en cuyo punto los magistrados recibieron al Padre Machades con todas las muestras de cortesía y benevolencia. Se le permitió una comunicacion ilimitada con los cristianos, que se acercaban á él en tropeles; y despues de la administracion de los Sacramentos, les dirigió un discurso para escitar su corazon, en el cual dijo: que ya antes de cumplir siete años habia sido movido por un secreto impulso hácia un vivo deseo de predicar el Evangelio á los japoneses.

Una vez cumplidos estos deberes, el Padre volvió de su propia voluntad á su prision á bordo de la nave. Pero tan grande fué la veneracion inspirada por sus virtudes, que los mismos marineros rehu-

saban atarle segun era su deseo, y de esta suerte desencadenado y casi sin custodia permaneció hasta que llegó á las prisiones de Omura. Allí halló á un Padre Franciscano sobre quien pesaba tambien una sentencia de muerte. Grande fué el júbilo con que estos Santos misioneros se saludaron en el calabozo, y dulces y santas las conferencias que frecuentemente tenian sobre su próximo martirio. Y cuando por último la órden llegó, y conocieron que iban á morir aquella noche, dijo el Padre Pedro con sencilla alegría: que habia llegado el momento de ver cumplido el objeto de sus oraciones desde que habia sido preso; mientras que con el mismo espíritu de santa exaltacion, declaró Machades que solo habia conocido en su vida tres dias completamente felices: el que habia entrado en la Sociedad, el en que habia sido puesto en cadenas por Jesucristo, y ahora este, incomparablemente el mas feliz y mas glorioso de todos, en que su nombre iba á ser inscrito entre los mártires de la Iglesia. Ambos rehusaron el alimento que el príncipe de Omura con un carácter de insólita cortesía hácia los cristianos les envió antes de anochecer; y entonces, habiéndose préviamente confesado uno á otro y suministrado la comunion, salieron para el lugar del suplicio, llevando cada cual un crucifijo y exhortando al pasar la multitud hasta que llegó el final momento; entonces se abrazaron afectuosamente uno á otro y se sometieron pacífica y alegremente á su sentencia. Eran las primeras ejecuciones de sacerdotes que ocurrian desde los dias del Teigo-Sama; y probablemente fué este hecho, unido con la larga sé-

rie de futuros males que desplegó su perspectiva, lo que causó una afliccion tan abrumadora entre los cristianos presentes á la ocasion, que hasta llegó á escitar la piedad de los mismos verdugos, y á inducirlos á permitir se llevasen los cuerpos de los mártires sin que nadie lo impidiese.

Otros seis religiosos comenzaron por el mismo tiempo á sufrir una cautividad aun mas larga en las prisiones de Omura. Tres eran Dominicos, uno Franciscano, y los otros dos Jesuitas, el Padre Cárlos Espinola, y Ambrosio Fernandez, hermano de la Sociedad. En los primeros momentos de su prision fueron arrojados para mayor seguridad en una especie de caverna subterránea, donde estuvieron amontonados y privados de luz; ni fué su condicion muy mejorada por haber pasado á otra cárcel, que como otros edificios semejantes del Japon, esponia á los presos á los rigores del tiempo; además por otra práctica cruel, el alimento y el vestido se les suministraba con tanta escasez, que frecuentemente enfermaban de debilidad y consuncion. Aun los mismos carceleros eran muchas veces movidos á piedad, y permitian á los cristianos entrar con alimento; pero habiéndose en breve descubierto esta connivencia por los superiores, fueron obligados á jurar que no reincidirian. Uno de los carceleros, sin embargo, era cristiano, y habiendo rehusado jurar por Jaca y Amida, el juramento administrado con sus compañeros, encontró con una suerte de mártir en la mañana siguiente. De este modo privados de todo recurso esterior, los presos sin embargo intentaron llevar una vida de felicidad angélica dentro de los muros

bria un tropel de personas que se acercaba; hombres, mujeres y niños; treinta de los primeros con un número mas crecido de los últimos. Pronto se desvanecieron todas las dudas acerca del destino de aquella gente cuando se vió que venian vestidos con ropas de gala, y ascendian con semblantes alegres y santo gozo hácia el calvario de los cristianos. Uno de los recien venidos era culpable de haber dado hospitalidad á un misionero, los otros eran sus diez mas próximos vecinos con sus familias, además de las esposas é hijos de algunos que ya habian sufrido el martirio; y de este casi increible número de víctimas, que ascendian á mas de ciento, algunos habian de ser degollados, mientras que otros estaban destinados á perecer por el tardío martirio del fuego. Se habia erigido un trono dominando esta escena de carnicería; y cuando el gobernador habia tomado en él su asiento, aquellos que tenian que sufrir la sentencia del fuego fueron atados á las estacas, pero bastante flojos, de modo que pudiesen escapár tan pronto como eligiesen librar su vida por medio de la apostasía; despues de la ejecucion de estos, los verdugos prepararon la decapitacion de los otros. Entre ellos estaba Isabela, la viuda del hombre en cuya casa el Padre Spinola habia caido en la cautividad, y su hijo Ignacio, niño de unos cuatro años ahora, pero en tiempo de la prision de Spinola un infante recien nacido, á quien este Padre habia bautizado en la misma tarde de su arresto. Desde la estaca á que ya estaba atado Spinola exhortaba á la perseverancia, tanto á los naturales como á los portugueses, diciéndoles, con un espíritu que se acer-

caba á la profecía, que no esperasen que la persecucion cesara, antes bien continuaria en un furor creciente de dia en dia; dió entonces la casualidad de poner los ojos en Isabela, que se hallaba entre la multitud, y ansioso por la suerte del hijo de esta esclamó súbitamente: «¿Dónde está mi pequeño Ignacio?» La madre presentó al niño diciendo: «aquí está, Padre mio, contento y pronto á morir por Jesus;» entonces volviéndose á su hijo le mandó pedir la bendicion del buen Padre, que con las aguas del bautismo le habia conferido una vida espiritual mucho mas preciosa que la que iba á pagar en aquellos momentos á Dios. Inmediatamente la pequeña criatura cayó de rodillas juntando sus delicadas manos en accion de suplicar la bendicion del Padre. Era tan patética en medio de su sencillez esta escena, que la muchedumbre, ya interesada por el movimiento de la madre, rompió ahora en tan claros murmullos de compasion, que fué preciso proceder desde luego al suplicio para precaver la posibilidad de cualquier atentado de rescate. Dos ó tres cabezas habian ya caido al lado del niño, y ahora tocaba la vez á su madre; sin embargo, se observó que él no dió un solo grito ni mudó de color, antes bien considerando la suya cercana, cayó sobre sus rodillas, soltando (porque no habia ninguno allí que lo hiciese por él) con sus delicados pero tranquilos dedos el collar que podia impedir la puntería del verdugo, y sin un quejido ó murmullo se sometió á la espada.

Las víctimas restantes fueron despachadas rápidamente; y habiéndose puesto sus cabezas enfrente

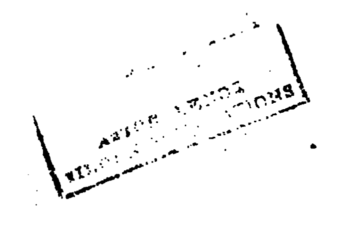
de los compañeros cuyo destino era morir en las estacas, se puso fuego á las piras de madera de que estaban rodeados. Con la acostumbrada sencillez diabólica de los japoneses paganos, las gavillas de leña se habian colocado á unos veinte y cinco piés de las estacas; y cuando quiera que se veia al fuego alcanzar á las víctimas, se le echaba agua con objeto de que pulgada por pulgada saboreasen toda la agonía de la sentencia á que habian sido condenados. Muchos de ellos murieron solo por los efectos de la calcinante atmósfera; entre otros, el Padre Kimura, sacerdote japonés, murió despues de haber vivido por tres horas cumplidas en medio de las llamas; igualmente el Padre Spinola, cuyo cuerpo fué hallado sin señales de haber quemado y envuelto en la sotana, que estaba pegada á la carne por la combinada accion del calor y el agua arrojada sobre su persona.

Terribles como eran estos sufrimientos mas allá de lo que la espresion alcanza, solo dos de aquellos héroes demostraron un ligero síntoma de su angustia. Los dos eran japoneses, y muy jóvenes, y ambos simultáneamente, y como movidos por una absoluta incapacidad de sufrir mas tiempo tan espantosa tortura, salieron de las llamas y se echaron á los piés del gobernador implorando misericordia. No lo hicieron, sin embargo, pidiendo la vida; lo hicieron, sí, pidiendo una mas fácil y veloz muerte. Pero á pesar de lo humilde de la gracia, les fué negada, salvo con la condicion de apostasía, que no quisieron aceptar; y otra vez retrocedieron en medio de las llamas.



Gran martirio del Japon.

J. Sanchez Rubio, Editor, Madrid.



Este martirio, que se distinguió entre los japoneses como el «Gran Martirio,» tanto por la calidad como por el número de las víctimas, habia sido precedido por otro en Miako, que tuvo lugar bajo circunstancias de peculiar barbárie. Una de las víctimas era una mujer que estaba en diaria espectacion de dar á luz un niño; sin embargo, fué incluida en la sentencia que envió á su marido, noble de elevado rango, y sus seis hijos, con mas de otros cuarenta cristianos á la estaca.

La trágica situacion en que estaba colocada, no aterraba sin embargo, á aquella heróica mujer. Sus horas de prision las empleó en preparar las ropas que tanto ella como sus hijos habian de llevar al suplicio; y cuando fué conducida al destinado lugar, con calma y sin ayuda bajó del carro, y echando un rico manto sobre sus hombros, se preparó á sufrir con una modestia y compostura que ganó la admiracion de los espectadores. Era ya noche oscura cuando se puso fuego á las piras; pero tan pronto como el humo se despejó, se dejaron ver los mártires por la luz de las brillantes llamas, en medio de las cuales se destacaban, con ojos fijos en el cielo y formas erectas y sin movimiento, cual si fuesen figuras cinceladas en piedra.

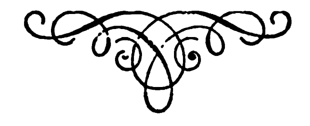
Con el horror de los espectadores reinaba el silencio, y la tranquilidad y sosiego de la muerte se confundia en el aire de media noche, cuando de repente y fuera de aquel horno feroz salió un torrente de melodía, hombres, mujeres y niños cantando las alabanzas del Dios vivificante, tan suavemente y con notas tan llenas de verdad, como si las

rojas y sedientas llamas hubieran sido el rocío del cielo cayendo sobre sus frentes. Los suspiros y oraciones de los espectadores, que no pudieron ya reprimirse, y los gritos y execraciones de los soldados y verdugos, pronto se mezclaron con aquel canto de muerte; y estos fieros hombres, y la noche oscura, y el aterrador fuego que iluminaba su aspecto sombrío, ora arrojando una luz insoportable sobre las víctimas, ora brillando lívidamente sobre las caras pálidas y temblorosas formas de los espectadores, componian á un tiempo un conjunto de suspiros y sonidos que alternativamente inclinaba los sentimientos al terror y á la compasion. Pero la música de aquel maravilloso coro murió gradualmente; y la súbita falta de cada alegre voz, el silencioso hundimiento de cada forma poco há derecha, anunciando que otro y despues otro habia cedido á la muerte, era marcado por los espectadores con redoblados lamentos; sin embargo, sus mas tiernas simpatías estaban reservadas para la madre muriendo en medio de sus pequeñuelos.

Desde la cruz en que la habian atado, Tecla (pues tal era su nombre), aun conservaba los ojos clavados en sus hijos, animándolos con dulces sonrisas y palabras de consuelo; mientras que cogió en sus brazos al mas jóven, un infante de tres años, con sobrehumano valor durante toda la terrible escena que siguió despues. Su propia angustia no la dejaba el poder de exhalar un solo suspiro; pero los que estaban presentes lloraban al ver los inútiles esfuerzos que hacia para disminuir los sufrimientos de su niño. Le acariciaba, le calmaba, ahogaba sus

quejidos, limpiaba sus lágrimas, procuraba con sus propias manos ocultar su tierna faz del terrible contacto del fuego, y murió por último con la pequeña víctima tan íntimamente plegada á su pecho, que fué imposible separar la madre y el hijo.

Estos martirios solo son ejemplos de los que durante este período tuvieron lugar contínuamente en el Japon. Unos cristianos fueron crucificados, quemados otros, degollados muchos; por otra parte una multitud fué marcada en la frente y mejillas con la señal de la cruz, con los dedos de piés y manos cortados, y arrancados los ojos; y de esta suerte mutilados y sin apoyo, los enviaban á sus familias, que (para su honor sea escrito) nunca dejaban de recibirlos con todo el mayor orgullo y afecto, por mas profunda y horriblemente que hubieràn sido desfigurados por la causa de Jesus.



CAPITULO IX.

Sufrimientos del clero.—Disminucion de su número, y por consiguiente de la generalidad de los cristianos.—Martirios de los Padres Pablo, Angelo y otros; unos en la estaca, otros en agua helada, y otros en tormentos inauditos.—Las sulfurosas aguas de Ungen.—Muerte del Xoguno.—Le sucede un tirano mas cruel.—Traicion de los holandeses.—Se prohibe desembarcar á los portugueses; asesinato de los embajadores portugueses.—Ultimos esfuerzos de los misioneros Jesuitas, que todos son martirizados.—Estincion final del Cristianismo.—Estado actual del Japon.

La ley que el Xoguno habia introducido contra el sacerdocio cristiano, pronto comenzó á causar efecto en sus individuos, y por consiguiente en la prosperidad de la Iglesia cometida á su custodia. Todo el tiempo que se han dejado los misioneros suficientes para ayudarles, ni el fuego ni la espada habian impedido el progreso de la religion entre los infieles; y aun en los tres primeros años de persecucion, cuando debe suponerse que el pánico estaba á su mayor altura, se calculó en 15,000 las personas que habian entrado en el seno de la Iglesia; pero ahora, reducidos por la persecucion de adentro, y prohibido por la rígida sancion de los nuevos reglamentos,

todo reclutamiento de afuera, cada desgracia (los Padres, dejaba un ancho campo con menos tencia á las faenas de los sobrevivientes: todc reinos vinieron por último á confiarse al cuidac un solo hombre, y en el cumplimiento de tan di dos deberes, el misionero tenia que viajar inces: mente de ciudad en ciudad, y de provincia en vincia, haciéndose doblemente fastidiosos sus v por la necesidad de ser ejecutados de noche, m tras que por el dia se veia obligado á ocultars escondrijos tan estrechos y miserables, que mas propios para agotar las fuerzas que para r(blecerlas. Aquellos mas especialmente dedica(la tarea de instruir los cristianos desterrados s1 ron casi increibles penalidades. Tuvieron que \ contínuamente por escarpadas y pedregosas m(ñas, por bosques sin camino y profundos valles nos en invierno de nieve, cuya dificil tarea no ţ evitar si habian de alcanzar los objetos de su cel ritativo, puesto que los desterrados, separado resto del imperio por una cadena de montañas inaccesibles, habitaban en medio del silencio nieve y desiertos sin arbolado de una distante clemente provincia, que podia llamarse con pr dad la Siberia del Japon; ó aun menos dichos(davía yacían distribuidos como esclavos con trabajando en las minas que abundaban en aq parte del pais.

Abatidos con la presion de trabajos como (muchos hombres que todavía podian contar muchos años de fuerza y por consiguiente de ap para el trabajo, se hacian súbitamente viejos)

crépitos é inútiles en la mision. En muchos casos sobrevenia la enfermedad y la muerte. Auxiliado por tales bajas, el Xoguno tenia menos dificultad de lo que se esperaba en llevar á cabo su tema favorito de la estirpacion del clero. Además recibió un auxilio considerable de los holandeses, que inmorales y traidores como siempre, continuaban jugando su acostumbrado papel de sacrificar á su impío amor del interés, no solo las vidas de los misioneros, sino tambien las de los marinos que los habian llevado y hasta los sufrimientos de los cristianos para cuyo consuelo habian ido. Un japonés convertido llamado Joaquin, habia recibido dos misioneros con disfraz de comerciantes á bordo de su junco; pero los holandeses, sospechando la real naturaleza de su profesion, se apoderaron de la nave, y la entregaron con los que la tripulaban á las autoridades de Firando, haciendo declaracion al mismo tiempo de sus sospechas acerca de la ocultacion de un sacerdote entre los pasajeros. Este acontecimiento sucedió un poco antes de ser ejecutado el Padre Spinola y sus compañeros, quienes fueron llevados desde el calabozo á careo con el sospechoso sacerdote. La condicion á que esta venerable compañía de confesores se veia reducida, escitó la compasion hasta en los corazones de aquellos que conspiraban para colocar á otros en una posicion semejante.

El Padre Spinola ya era conocido por los holandeses como el vástago de una de las mas nobles familias del imperio Germánico. La sangre de una línea prolongada de héroes corria por sus venas; su padre, no solo habia sido un amigo favorito del em-

perador Rodolfo II, sino que tambien desempeñaba una de las mas elevadas dignidades cerca de su persona, y no podian, sin algun natural sentimiento de piedad, ver á semejante hombre en el estado de un criminal comun, con esposas en las manos, los huesos pronunciados en medio de un semblante lívido, su ropa y sotana rasgada y sucia, y viviendo en una caverna donde ellos nunca hubieran pensadó siquiera poner sus caballos. Tal es á lo menos la relacion que ellos mismos nos han dejado de sus propios sentimientos. Sin embargo, débil debió de ser esta compasion pasajera, toda vez que no aparece haber causado algun efecto en su conducta; porque aun durante la presente prueba, estaban tan determinados á sostener á todo trance el favor del Xoguno, que en la captura de uno de los presos que habia intentado escaparse, demostraron su contento con una descarga de artillería. Por fin los dos Padres á quienes descubrieron declararon su sacerdocio; pero esta confesion no evitó la ejecucion de sus colegas. Los religiosos fueron quemados, la tripulacion decapitada en Nangasaki, y el Padre Spinola y compañeros volvieron á su calabozo, que nunca mas dejaron hasta que los llevaron al suplicio. Su martirio, ya descrito, tuvo lugar el 10 de Setiembre. En el 12 fueron quemados en la estaca cinco religiosos mas: en el 15 sus catequistas siguieron el mismo camino: en 1.º de Noviembre el Padre Pablo Pedro Navarro y otros dos misioneros se encontraron con semejante suerte. Este habia sido descubierto algunos meses antes por un soldado pagano que le llevó prisionero á Sima-bara; pero en lugar de

ser consignado en la cárcel comun, como muchos religiosos lo habian sido, fué confiado al cuidado de nueve cristianos, que habian de pagar con sus vidas en todo evento de fuga. Se le permitió toda la libertad compatible con su estado de prision; por consiguiente pudo celebrar Misa todos los dias, comunicarse á su antojo con gentiles y cristianos, y predicar y administrar los Sacramentos sin restricciones. El gobernador, á cuya humanitaria intervencion debia tantos favores, se manifestó ansioso de tener con él una entrevista, y le envió un regalo de frutas, acompañadas de mil corteses pésames por su desgracia, como igualmente una insinuacion de que toleraria de buen grado su presencia en el pais (como ya lo habia hecho con muchos de sus hermanos), si fuera posible, con probabilidades de propia seguridad. Despues de estos preliminares mandó llamar al Padre Pablo á su casa, donde, en el curso de una larga é interesante conversacion, tocó el enojoso tema del libre albedrío, preguntando, como los japoneses constantemente tenian por hábito, «¿por qué, si Dios crió todos los hombres, ha de permitir que uno solo se pierda?» El Padre respondió que «Dios en efecto habia hecho todos los hombres para ser felices por medios de santidad, pero que El no los compele; pues en tal caso el servicio de ellos no seria otra cosa que el de esclavos, y los habria privado de su mas honorífico respeto como hombres libres; que El los habia dotado de todos los medios necesarios para trabajar por su salvacion; y que aun por las humanas instituciones serian condenados si abusasen de tales dones.» «Pues qué,»

añadió dirigiéndose con mas especialidad al gobernador, «¿no distinguís vos mismo el hombre de bien y el rebelde; y mientras que castigais á este, no considerais tambien una cosa buena reservar todos vuestros premios y favores para aquel?» El gobernador reconoció que tenia razon, pidió una copia de la apología que el Padre habia hecho de la doctrina del Cristianismo, y en seguida con el mayor sentimiento se despidió declarando su creencia «de que no habia dicha ni salvacion fuera del seno de la Iglesia Católica.»

El Padre Pablo esperaba mucho de esta entrevista para la conversion del gobernador; pero nunca se engañó por un momento siquiera acerca del final resultado de su encarcelamiento. Por medio de voluntarios padecimientos, ayuno, silicios y disciplina procuraba hacerse apto para sufrir con firmeza cualquiera tormento que le fuese destinado en la hora de prueba. Antes que llegara esta hora, sin embargo, tenia que esperar como un cautivo muchos meses fastidiosos; por último se pronunció su sentencia, y la oyó con semblante risueño haciendo presente en el acto que «solo le hacia dichoso el que se le pusiese en ocasion de atestiguar con su sangre la verdad de aquella fé que por treinta y seis años habia predicado á los japoneses;» añadiendo «que no tenia razon para quejarse del Xoguno, y mucho menos de su buen amigo y bienhechor el gobernador de Sima-bara.» Se cuenta que este gobernador no podia contener las lágrimas cuando se le refirieron estas palabras, pero no estaba en su poder retardar ú ocultar la sentencia; y en 1.° de Noviem-

bre, despues de decir su última Misa llorando todo el tiempo de alegría, el Padre Pablo caminó á la ejecucion descalzo, con las manos atadas á la espalda y acompañado de los compañeros de su martirio, á saber: dos Jesuitas y un muchacho llamado Clemente, que habia hasta entonces sido su catequista, y que en aquella ocasion caminaba ante él cantando las letanías con un semblante tan angélico y sereno, que los gentiles mismos se maravillaban de verle. Murieron en la estaca con la misma constancia que tanto en las palabras como en la mirada habian manifestado desde el principio; y en el año siguiente el Padre Angelo, Jesuita tambien, con cincuenta cristianos, algunos de ellos clérigos, sufrieron una pena semejante. Angelo pudo fugarse si hubiera querido, puesto que estaba ausente cuando le fueron á buscar á su alojamiento; pero considerando que la seguridad del posadero estaba comprometida con su falta, se entregó voluntariamente á los funcionarios del Xoguno, medida que desgraciadamente aseguró su propia destruccion sin salvar la vida de su amigo, quien fué condenado á morir al mismo tiempo con él.

La sentencia fué llevada á ejecucion en Jedo; el Padre, con sus clérigos compañeros, y Faramon, noble japonés que ya habia perdido todos los dedos de las manos y piés, y habia sido marcado en la cara por el nombre de Jesus, fueron conducidos á caballo, mientras que los demás cristianos marchaban á pié. Estos fueron ejecutados los primeros con el propósito de agravar los sufrimientos de las principales víctimas, ó tal vez para sacudir su cons-

tancia. Si este era el objeto, no dió ningun resultado, porque cuando llegó su hora de prueba, estuvieron en medio de las llamas con tanta compostura como si respirasen una atmósfera templada. La ejecucion de Faramon hizo grande efecto en todo el pais, tanto por su elevada posicion como por sus prévios sufrimientos. Antes de ser atado á la estaca dirigió un corto discurso á los espectadores, llamando por testigos de la energía y verdad de sus convicciones la pérdida de su fortuna y favor cortesano, su destierro de cuatro años y la mutilacion de su cuerpo. Añadió que no habia abrazado la religion, que le habia costado tan cara, sin haber sondeado sus doctrinas, y haberse convencido por medio de un cuidadoso exámen de la falsedad de la que enseñaban los bonzos.

La grande mayoría de los martirios referidos hasta aquí fueron ejecutados por medio del fuego; pero ahora estaba para ponerse en tela de ejecucion otra manera muy diferente de tortura. El agua era la que estaba llamada á plaza; el Padre Jacobo Caravail y otros varios cristianos legos, fueron los guias de muchos heróicos confesores que perecieron de frio. En primer lugar se les dejó por tres horas en agua helada, durante las cuales murió uno de ellos, volviendo los demás á la prision con amenazas del martirio del fuego en caso de perseverancia; todos esclamaron á una voz: «¡Oh, dichosos nosotros, que pasamos por entre el fuego y el agua al lugar de nuestro descanso!» En vez de la estaca, sin embargo, al dia siguiente fueron puestos de nuevo en el agua hasta el cuello, entre tanto que en los bancos del es-

tanque, y tan cerca como era posible al sitio donde su sentencia se llevaba á ejecucion, habia las mejores cosas para tentarlos á la apostasía, tiendas de campaña con baños calientes y vestidos confortables. Así como el dia avanzaba, el agua se hacia cada vez mas fria; y para acrecentar su tormento caia sobre ellos contínuamente una pesada lluvia de nieve. Apenas capaces de sufrir un instante mas, uno de ellos suspiró tristemente para tomar aliento; pero oyéndolo el Padre Pablo, esclamó: «Ten paciencia, hijo, por un poco, y estos tormentos se trocarán en perdurable descanso.» Al sonido de la voz del Padre y sus palabras consoladoras, la pobre víctima recobró valor; poco tiempo despues espiró dichosamente, en el mismo momento en que otro, reducido á un estremo semejante, esclamaba: «Padre, mi carrera está á punto de terminar;» «entonces,» replicó este, «id en paz con Dios, y morid en su santa gracia.» Asi murieron uno á uno en aquella tumba de nieve; y por último el Padre, que durante todo el dia habia animado á sus compañeros de martirio al combate, fué abandonado para sufrir y morir solo. Habia cerrado la noche en estremo fria, y á escepcion de los guardias y unos pocos cristianos fieles, ninguno habia allí para observarle, porque los espectadores se habian retirado todos á sus cómodas casas, y no fué hasta la media noche cuando, despues de cincuenta horas de crueles sufrimientos, se sometió bajo las heladas aguas, y espiró tranquilamente. Este martirio tuvo lugar en el año de 1624, y poco tiempo despues fueron quemados en Faco cuatro religiosos mas. En Junio del mismo año el

Provincial de los Jesuitas, con ocho de la Sociedad, perecieron de igual manera; y en el mes siguiente Luis Xanch, Dominico, fué muerto en Omura.

Hemos mencionado estas ejecuciones de sacerdotes sin aludir á las casi semanales matanzas que tuvieron lugar en los convertidos legos, solamente para demostrar la virulencia y éxito con que ahora eran perseguidos donde quiera; y cuando se recuerda que al principio de la persecucion habia, además de los Jesuitas, solo pocos sacerdotes seculares y unos ochenta religiosos de las otras órdenes en el Japon, y que ningun refuerzo se habia podido alcanzar de afuera, no hay necesidad de las palabras para demostrar la mortífera naturaleza del golpe que el Xoguno habia por último infligido á la Iglesia. Habiendo hablado con estension sobre la suerte de los religiosos, seria una grave injusticia pasar los sufrimientos del resto de los cristianos completamente en silencio.

Una vez declarado esplícitamente el Xoguno opuesto á la religion, los monarcas inferiores por consiguiente competian unos con otros en sus esfuerzos para desarraigarla. El gobernador de Nangasaki, Bugendono, fué colocado en este destino con espresa condicion al efecto; y mofado contínuamente por sus rivales en el favor de la córte, al ver sus escasos resultados, se dedicó por último noche y dia en la invencion de las mas ingeniosas barbaridades para llevar á cabo su propósito. Siendo el objeto producir la apostasía antes que la muerte, se pusieron en práctica todos los medios de tortura, pero en un grado tardío cn cuanto posible, y fue-

ron generalmente prolongados con intérvalos de descanso y refrigerio, mil veces mas dañosos á la perseverancia de la víctima que la mas aguda y contínua agonía. Unos eran puestos en hoyos, y allí yacían casi enterrados vivos; mientras que los verdugos señalados á este propósito, pausadamente y con armas embotadas, serraban unas veces los brazos y otras la cabeza, arrojando sal frecuentemente en las heridas sangrientas para agravar su angustia. Tambien habia médicos á la mano, cuyo oficio era prolongar la vida del paciente por los dias que fuera posible, asegurando en unas ocasiones la suma de fuerzas físicas, y administrando cordiales cuando empezaban á decaer en otras. Otros los colgaban con la cabeza hácia abajo dentro de un hoyo, donde, con la necesaria precaucion de dar al paciente una sangría de cuando en cuando, se le hacia existir mucho tiempo en medio de todos los dolores de una apoplegía; mientras que otros por medio de un embudo calcado en sus gargantas se les obligaba á tragar enormes cantidades de agua, haciéndoles vomitarla despues por medio de una presion violenta. Los holandeses mismos, á pesar de ser los autores de mas de la mitad de estas hazañas, hablan con espanto de los hechos que presenciaron en Firando. Las uñas de las víctimas eran arrancadas violentamente; se taladraban agujeros en sus piernas y brazos; se sacaban de sus cuerpos grandes pedazos de carne por la insercion de cañas huecas, las que se volteaban alrededor como un tornillo; se les introducia por las narices sulfúrico á medio de largos tubos, y eran además compelidos á andar fre-

cuentemente alrededor con verdugos alumbrando con antorchas cerca de ellos. No eran estas crueldades infligidas cada una sobre un solo delincuente, ó en aquellos de mayor nota. Decenas y centenas se juntaban á un tiempo para la prueba; un tormento sucedia á otro rápidamente, y todos tan ingeniosamente aplicados, que la mas ligera palabra de queja, el mas ligero movimiento de resistencia, cuando el dolor habia llegado á ser insoportable, era considerado como la señal de apostasía, y saludado con esclamaciones de «¡ha caido! ¡ha caido!» las favoritas y mas significantes palabras por las que los paganos espresaban á un tiempo el hecho de la retractacion de un cristiano, y la opinion de la debilidad por la que habia sucumbido.

Bajo tales circunstancias, no es tanto de admirar que muchos desfalleciesen, como que cientos y miles perseverasen hasta el fin, ganando su corona por tan largo sufrimiento y paciencia, que aun en la primitiva Iglesia nunca se sobrepujó. Los hombres se ofrecian gustosamente á todos los tormentos que la ingeniosidad oriental podia idear ó el negligente desden de la vida humana ponia en ejecucion. Las mujeres miraban con la mayor calma perecer á sus hijos, y en seguida caminaban con alegría y gozo por el mismo sendero á la gloria. En una ciudad cerca de Omura, un cristiano valeroso echó una mano en las candentes ascuas, y no la separó hasta que se lo mandó el tirano reprendiéndole la accion; entre tanto que en Firando se obligó á cincuenta jóvenes cristianos á arrodillarse desnudos sobre el rescoldo vivo, con la espresa condicion de que el

mas leve é involuntario movimiento de dolor, seria considerado la apostasía; y habiendo con invariable firmeza eludido el cercano escrutinio de los que los observaban, fueron enviados á morir, medio tostados como estaban, á sus respectivas casas. En una ocasion se dió la muerte á diez y ocho niños en presencia de sus padres; en otra, un niño que no tenia mas que ocho años, sospechoso con el resto de su familia de haber ocultado un sacerdote, vivió muchos dias en los tormentos con que le castigaron, sin haber retrocedido ni flaqueado una sola vez en su heróica resolucion. A cada nuevo invento de crueldad solamente respondia; probablemente para evitar ser vendido por imprudentes revelaciones, «¡Jesus, María! ¡Jesus, María! ¡Cuándo estaré en el cielo con mi Dios!» Ni pudieron arrancar los verdugos otras palabras de sus lábios, aun cuando en su desesperacion de buen éxito, rajaron las espaldas á la pobre criatura y echaron plomo hirviendo en la herida; finalmente, tanto él como los demás miembros de su familia fueron quemados vivos, sin que ninguno de ellos se hubiera demostrado débil poniendo en evidencia al sacerdote.

En oposicion á una constancia como esta, todos los modos ordinarios de tortura eran inútiles é insignificantes; pero por último Bugendono escogitó uno tan bárbaro en su naturaleza, que ningun tirano por cruel y feroz, que hasta entonces hubiera mandado en el Japon, habia jamás pensado infligir al mas criminal de sus súbditos.

Entre Nangasaki y Sima-bara hay una montaña desnuda, fria y sin árboles, blanqueando entre las

masas de carbones de que está aquí y allá cubierta; tambien la cubre un denso y obstinado humo visible á la distancia de varias leguas, y que continuamente se eleva de su cumbre. El suelo de su escarpada cuesta es en todas partes blando y esponjoso, frecuentemente con un color de fuego, y tiembla bajo los piés; mientras que es tan fuerte el olor del sulfúrico que contínuamente exhala, que se cuenta que no puede vivir allí ningun pájaro, ni intenta siquiera volar dentro de la distancia en que respire su infestada atmósfera. Profundos é insondables son los charcos de agua hirviendo que yacen escondidos en las grietas y cisuras que dividen aquella triste montaña en picos y precipicios de varios tamaños; pero uno mas profundo y mas insondable que los demás, en lugar de agua, está lleno de una mezcla de sulfúrico y otra materia volcánica que cuece, burbujea y hierve en su òscuro abismo, despidiendo todo el tiempo tan horrible hedor, que ha llegado á ganar el título de «Boca del infierno.» Una sola gota de aquel fluido espantoso es bastante á producir una úlcèra en la carne humana; y cuando Bugendono pensó en la terrible naturaleza del castigo que de esta suerte podia infligir, y en el temor y supersticion con que los japoneses habian mirado siempre las aguas sulfurosas de Ungen, y la misteriosa caverna en que se producian, sintió que no podia idear un medio mas eficaz é infalible para intimidar á los cristianos y para la estirpacion de su credo. Por el tiempo en que tomó esta resolucion, dió la casualidad de haberse dispersado por todo el reino de Arima una porcion de fie-

les confesores, en quienes todos los tormentos hasta entonces inventados se habian practicado inútilmente, y por esta razon el gobernador los consideró los mas hábiles objetòs para su nuevo esperimento. Pablo Uciborg era el gefe, tanto en valor como en virtud, de esta compañía de víctimas, y ya habia sido testigo de la carnicería de todos los miembros de su familia, matando aun al mas jóven de sus hijos, que, en compañía de otros cincuenta cristianos, fueron arrojados al mar, despues de haber sufrido antes todas las posibles crueldades con que bárbaramente los castigaron.

«¿Por cuál empezaré?» preguntó el verdugo cuándo se acercaba á los dos mas jóvenes hijos de Pablo, con el propósito de tajarles los dedos.

«Esa es cosa vuestra, no mia,» contestó el viejo cristiano lisamente, tal vez para ocultar un sentimiento mas tierno. «Cortad lo que querais y tanto como querais.»

«¡Oh!» dijo suspirando el niño Ignacio con un espíritu digno del bravo hombre su padre, al mismo tiempo que observaba los dedos de su hermano caer pedazo tras de pedazo bajo el cuchillo del verdugo. «¡Oh, qué bellas me parecen vuestras manos, hermano mio, asi mutiladas por la causa de Jesucristo, y cuán largo me parece el tiempo que tengo que esperar mi vez!»

El niño que esclamó de esta suerte no tenia mas que cinco años; sin embargo, sufrió sin derramar una sola lágrima la misma amputacion prolongada, y entonces silenciosamente y sin resistencia le arrojaron en el océano. El padre y unos veinte de los

restantes cristianos, que estaban reservados para una suerte diferente, despues de la matanza de sus compañeros, fueron retirados á la ribera, aunque tan espantosamente estropeados de las mutilaciones que habian sufrido, que uno lo menos de su número hubo de ser conducido á su casa en una especie de ataud. El gobernador esperaba que su cadavérico semblante aterrase á otros para seguir su ejemplo; pero pronto conoció que la doctrina de Jesucristo se predicaba con mas facilidad y mas elocuentemente por tales heridas y tales hechos, que por cualesquiera que fuesen las palabras que se usasen; y en su enojo por el crecido número que á ellos se agrupaba buscando edificacion y valor, los condenó como hemos visto al sulfúrico hirviendo de Ungen.

Asi como la corta compañía de mártires se acercaba á su terrible grieta, al mandato del verdugo, uno entre ellos y con el espíritu de Apolonia, se adelantó desde luego y se arrojó en sus profundidades; pero Pablo, con mas mesurado valor, ordenó á los otros moderar su celo; los gentiles lo achacaban á cobardía y se mofaban de él, á lo cual se contentó con decir, «que no eran señores de sus vidas, puesto que habiéndolas dado Dios, El solo tenia derecho á quitarlas; y que en realidad habia mas valor en esperar calmadamente la aproximacion de la muerte, que arrojarse en sus brazos para poner fin en un momento á todas las agonías.» Calmados con esta respuesta tan noble en su genuino valor cristiano, los verdugos procedieron á hacer su deber; y habiendo atado á los mártires con cuerdas para prevenir su completa caida en la hendidura, uno por uno

los fueron bajando á su hediondo contenido. Algunos morian á la primera sumersion; otros, por ser velozmente retirados, los destinaban á sufrir la segunda; pero el anciano Pablo, á quien tocó ser el último, y que habia escitado el aborrecimiento de los gentiles, por el valor con que se creia habia inspirado á sus compañeros, procuraron con diestra crueldad sumergirle por tres diferentes veces antes que estinguiese enteramente la vida; á cada vez que le elevaban á la superficie se le oia decir: «¡Loor eterno al siempre adorable Sacramento del Altar!»

Despues de esta primera prueba del poder del candente sulfúrico de Ungen, vino á adoptarse como un medio de tormento para los cristianos. Hombres, mujeres y niños eran allí conducidos en tropeles. Unos espiraban despues de la primera sumersion; otros despues de dos ó tres sucesivas; otros, y el mayor número, eran con la mas acabada crueldad rociados con el licor hirviendo dia tras de dia, frecuentemente por espacio de treinta seguidos, hasta que sus cuerpos se ponian como una masa de llagas y miseria, y morian bajo el efecto de esta universal ulceracion.

«¡Ay! ¿Qué mas pueden hacer con vos?» preguntaba un compasivo pagano al mismo tiempo que removia el manto que se habia echado sobre una de estas víctimas, y descubria la masa de putrefaccion que yacía debajo oculta.

«Podeis abrir mi espalda,» respondió el viejo y severo cristiano, «y derramar el sulfúrico en la herida; otros cien tormentos hay todavía que se me

pueden dar, y que yo sufriré con alegría por mi Dios.»

Desgraciadamente, como no fuese para su propia salvacion, todos estos sufrimientos y todo este valor fueron de ningun provecho. Tan pronto como desapareció de la escena un tirano, otro mas cruel y feroz aun, puso la planta en su lugar. El Xoguno murió, y le sucedió su hijo, que tomó el título del To-Xoguno, como una insinuacion de que se consideraba mas grande que su padre, una apropiacion que justificaba á su propia vista y á la de sus súbditos, la acrecentada barbaridad con que persiguió á los cristianos, que murieron en mayor número durante su reinado, que durante cualquier otro que le habia precedido.

Bugendono tambien pereció de muerte cruel y penosa; pero ignorante de la terrible naturaleza del castigo que habia caido sobre su predecesor, Unemondo, el nuevo gobernador de Nangasaki, apareció sin otro deseo mayor que sobrepujar, ó si esto no era posible, igualar á aquel en ferocidad. El fin de tan grande perseguidor de los cristianos es á la verdad demasiado notable para ser pasado en silencio, y apenas se puede decir de atrevida la consideracion de que su juicio fué una emanacion de la Divina Providencia, puesto que el inmediato instrumento de su muerte fué el tormento que él habia inventado para los cristianos. Las aguas sulfurosas de Ungen eran, aunque reducidas á un moderado grado de calor, usadas en ocasiones por los médicos; y allí, por esta razon, Bugendono mandó que lo llevasen para la cura de una enfermedad que le ator-

mentaba; pero incapaz en el frenesí de su fiebre para calcular la temperatura propia en que debian usarse las aguas, obligó á sus asistentes á ponerle en ellas inmediatamente despues de traidas frescas de la grieta, de modo que su cuerpo fué cocido tan completamente en un instante, que la carne cayó de los huesos antes que pudiera ponerse en salvo. Su muerte, á pesar de lo palpitante que era la coincidencia de que fuera acompañada, resultó no haber hecho impresion en aquellos que eran constantes en seguir su ejemplo. A espada y fuego el To-Xoguno tan inexorablemente siguó esta senda, que en el tercer año de su reinado (1633), solo desde Julio á Octubre, nada menos que diez y seis sacerdotes, además de varios religiosos, murieron á manos del gobernador de Nangasaki. Entre las víctimas de esta matanza de cuatro meses, se hallan los nombres del Padre Iscida, Jesuita japonés, y del Padre Julian Nicaura, el último sobreviviente de los embajadores de Roma; habiéndole precedido algunos de sus compañeros en el martirio, mientras que otros murieron, segun se supone, de muerte natural. La historia de este noble japonés se lee como un epítome de la de la Iglesia á quien él habia tan celosamente servido. La habia visto casi en sus albores bajo el cuidado y enseñanza de los primeros sucesores de San Francisco; habia intentado promover sus mejores intereses con su embajada á Roma; despues se habia dedicado á su servicio en la Sociedad de Jesus; y ahora despues de cuarenta y tres años de infatigables faenas, oracion y predicacion, caminando de provincia en provincia y de reino en

reino, unas veces en su incesante busca de almas, y otras veces para eludir los esfuerzos de sus perseguidores, gastado hasta no ser una sombra de lo que habia sido, encorvado tanto por sus amargas aflicciones como por el duro trabajo que le daba atender á sus perseguidos hermanos, selló por último su profesion religiosa con la sangre, sufriendo la pena de muerte en el hoyo despues de cuatro dias con sus noches de heróicos padecimientos en el tormento. Sebastian Vieyra fué otra víctima de las mas notables de este año cruel. Habia sido enviado á Roma diez años antes con el propósito de representar al Papa el estado desastroso en que se encontraba la Iglesia japonesa; pero cuando por último se arrodilló á los piés de Urbano VIII, se encontró tan afectado al recuerdo de la deplorable relacion que tenia que hacer, que prorumpió en llanto, y por un tiempo considerable fué incapaz de hablar. El Padre Santo le recibió con mucha ternura y afecto, animándole con su conversacion á la constancia y valor, y finalmente le despidió con cartas de compasion para sus pacientes hermanos, como tambien con una promesa de ejercer el poder Papal en toda su estension para procurar un envio de misioneros á la espirante Iglesia. Esto último, sin embargo, desafortunadamente, vino á ser una empresa casi imposible. Era fácil encontrar sacerdotes que quisieran ir; pero la cuestion de cómo se habian de introducir en el reino no admitia una solucion tan fácil. No fué hasta el año 1632 cuando Vieyra mismo con todas las ventajas que su prévio conocimiento del lenguaje y costumbres le daban, pudo conseguir

desembarcar disfrazado de un comun marinero en la parte mas solitaria de la costa. Doce meses despues, él y otros cuatros Jesuitas fueron arrestados en Osako y llevados prisioneros á Jedo. El To-Xoguno no vió á Vieyra, porque la admision de un preso culpable á la presencia imperial era considerada siempre equivalente á la concesion del perdon; pero como estuviese en estremo curioso acerca de su viaje á Europa, mandó una persona de confianza un dia y otro á preguntarle sobre el objeto. Las respuestas de Vieyra estimulaban su curiosidad, y probablemente le obligaron á sentirse ansioso de conservar su vida; asi que, todos los medios posibles fueron puestos en juego para procurar su apostasía; y un dia especialmente, se cuenta que le llevaron á un cuarto lleno de todas las especies de instrumentos de tormento, mandándole elegir entre ellos y la religion que el emperador deseaba que abrazase. Le desataron las manos y le dieron papel y tinta, para que pudiese escribir la respuesta, y en efecto la dió en pocas pero enérgicas palabras, diciendo que aunque él se someteria gustoso siempre á la temporal autoridad del To-Xoguno, no podia aceptar su espiritual supremacía; y que las amenazas eran infructuosas para intimidarle, y las promesas en vano para separarle á otra línea de conducta, toda vez que ni las unas ni las otras podian tener efecto en el alma, que era, como debia de ser, el principal ó mas bien el único objeto de su solicitud. Algo mas tarde escribió una corta fórmula de la religion cristiana que el emperador le habia suplicado escribiese, y que, despues que este la examinó con grande

atencion, no pudo menos de esclamar: «Este européo es un hombre de un entendimiento admirable; y si lo que él dice de la inmortalidad del alma es verdad, ¿qué será de nosotros?»

Tan profunda, de hecho, fué la impresion verificada en el entendimiento del emperador por aquel papel, que los enemigos del Cristianismo pusieron todo su ingenio en juego, para que se diese la muerte á un hombre que parecia apto para conducir á su señor imperial por una senda diametralmente opuesta á sus intereses privados é inclinaciones. Aunque con alguna dificultad, trabajaron con buen éxito, y conforme á la sentencia Vieyra fué colgado por cuatro dias cabeza abajo en el hoyo; pero los verdugos, al cabo de este tiempo hallándole todavía fuerte y lleno de vida, le pusieron sobre un grande fuego, que brevemente le redujo á cenizas.

Su ejecucion tuvo lugar en 1634; y cuando en el año siguiente los portugueses anclaron como acostumbraban fuera de Nangasaki, hallaron una especie de isla de madera con dos hileras de casas en ella, flotando ante la ciudad y en conexion con ella por medio de un puente. Se le dió el nombre de «Isla de Desima.» Habia sido construida durante la ausencia de los portugueses á instigacion de los holandeses, con el espreso propósito de precaver la posibilidad de que pusiesen los piés en tierra. Allí tuvieron que residir durante su estancia en el Japon y efectuar el cambio de sus mercaderías; entre tanto que el mismo edicto que los sentenciaba á este ignominioso tratamiento, prohibia además que estendiesen en el pais ningun crucifijo ó imágen religiosa

por la que el Cristianismo volviese á ocupar el ánimo del pueblo. El terminante destierro incluido en esta sentencia dió el golpe de gracia á las esperanzas de los cristianos, pues que los privaba de todas las probabilidades de futuros pastores; y de este modo, espuestos á un tiempo á todos los tormentos que la policía sanguinaria de sus enemigos podia imaginar, y privados del apoyo y consuelo que solamente podia venir de la religion, no es de admirar que por último cediesen á la desesperacion y abiertamente se rebelasen contra sus régulos. Con el auxilio de la artillería de los holandeses, este mal meditado movimiento fué deshecho inmediatamente; y el resultado vino á ser tan fatal para los portugueses como para los mismos naturales, porque los primeros, habiendo sido injustamente acusados por sus rivales de haber secretamente instigado al pueblo á la rebelion, fueron desterrados en un arrebato de la indignacion imperial, no solo del Japon, sino tambien fuera de la isla Desima, en que hasta entonces les fué permitido residir.

Ni las representaciones ni las súplicas que siguieron á este acontecimiento, tanto de parte de los comerciantes portugueses como del virey de las Indias, pudieron persuadir al To-Xoguno á rescindir aquella resolucion; desde aquella hora toda tentativa de avenencia fué rechazada con firmeza; y tan estrictamente el emperador se ligó á la letra del edicto, que cuando por el gobierno de Portugal se envió una embajada solemne á tratar con él del objeto, fueron conculcadas las universales leyes de las naciones, y ambos embajadores y la tripulacion del

buque que los habia conducido á aquellas tierras, fueron condenados sin misericordia y ajusticiados en el acto. Solamente catorce de la tripulacion quedaron para hacer la relacion del martirio de sus compañeros, porque mártires eran, toda vez que les ofrecieron la vida con la condicion de apostasía; y cuando á la pequeña parte de sobrevivientes se les hizo volver para la India, se les dió el encargo de llevar un cajon donde los japoneses habian recogido todos los huesos de sus decapitados compatriotas, habiendo puesto en la cubierta esta inscripcion al efecto, «que todo el tiempo que el sol brille sobre la tierra, no se permitiria á ningun cristiano desembarcar en el Japon; y que si el rey Felipe (de España), ó el Dios mismo de los cristianos y aun el suyo propio el gran Xaca, el mas principal y mas elevado de sus especiales ídolos, desobedeciese esta órden, se le haria pagar su presuncion con la cabeza.»

Desgraciadamente ni el destierro de los portugueses ni el asesinato de sus embajadores fueron suficientes á mitigar las celosas sospechas del emperador, y es probable que por este tiempo en alguna parte se haya instituido la ceremonia del Jesumi. Este nombre parece ser una corrupcion de «Jesus y María», el grito de reunion de los japoneses convertidos; la ceremonia consistia simplemente en pisar con los piés un crucifijo ó imágen de Nuestra Señora, que era llevado de casa en casa por funcionarios nombrados á este propósito. Un acto semejante se consideraba una formal retractacion, porque los gentiles concluian (¿y quién se puede maravillar de esta conclusion?) que los que voluntaria-

mente deshonraban la efigie no podian tener un sentimiento positivo de honrar al original, y por tanto que no podian ser cristianos, es decir, no podian ser creyentes en la divinidad de Cristo, si no hallaban en esta fé motivo de reverencia á Su imágen ó á la imágen de Su Madre. La muerte era la porcion de los que rehusasen de este modo pisar la semejanza del Salvador, y en tal conformidad la muerte fué el castigo de la vasta multitud de cristianos que permanecieron fieles á su credo. De hecho, habia llegado el tiempo en que la luz de la fé, tan rápidamente iluminada por las oraciones y discursos de San Francisco, estaba á punto de estinguirse tan rápidamente en la sangre y las lágrimas de sus hijos espirituales; y tristes y desoladores de los mejores sentimientos del corazon, como son las escenas por donde nos hemos visto obligados á atravesar, prosiguiendo el curso decadente de la Iglesia que San Francisco habia fundado, aun existe un elevado pensamiento y un hecho dominante presidiéndolo todo para animar y consolar. Este pensamiento es la gracia de Dios, y este hecho el admirable poder que la gracia de Dios de tal manera obra en la naturaleza humana, que separa la debilidad de esta para darle fuerza, que separa sus pasiones amargas para darle dulzura, que separa los materiales que concurren á la formacion de un Neron ó un Teigo-Sama para crear una Inés ó un San Francisco Javier. Porque nunca, quizá, en la larga historia del mundo, habrán sido las obras milagrosas de la Divina gracia mas triunfalmente justificadas, que en esta esplosion del Evangelio en el pagano reino del Japon.

Bajo su dulce y saludable influencia, los hombres nacidos en una tradicion de mentiras, y nutridos en la indulgencia de las peores pasiones de su naturaleza, orgullosos, afeminados, lujuriosos y vengativos, pronto aparecieron castos, humildes, mortificados é indulgentes. El rico que habia sido intolerante con la pobreza, como si fuera la condecoracion y la bandera de la suerte de un malvado, ahora amaba y reverenciaba al pobre como el representante de Jesus en la tierra. Los nobles altivos, que habian mirado el suicidio como un digno escape de las manos del verdugo, esperaban ahora pacientemente la muerte, como quiera que agradase á sus atormentadores arrancarles la vida por momentos; y los filósofos cortesanos que hasta entonces habian ignorado la eternidad, porque no se atrevian á mirar la retribucion que los amenazaba por sus crímenes, estaban ahora prontos y voluntarios á sufrir toda clase de tormentos por causa y segura esperanza del cielo que iba impresa en sus corazones. No fueron solo los hombres los que se manifestaron bravos en la hora del peligro; donde quiera las mujeres se hallaron iguales, algunas veces sobrepujando á aquellos en estóicos sufrimientos; y los niños parecian tan fuertes como los hombres en la heróica resolucion con que aceptaban los tormentos de la mano de sus incompasivos perseguidores.

Muchos, á la verdad, del pueblo, apostataban, como era de esperar; pero Dios era glorificado en millares, que en la estaca y en la cruz, bajo la espada del verdugo, ó en las aguas sulfurosas de Ungen, probaron al mundo ser dignos discípulos del Salvador

crucificado; mientras que entre el clero, tanto el natural como el estraño, solo dos ó tres faltaron en la hora del juicio. Los demás, tan pronto como eran cogidos, entregaron sus vidas uno por uno sucesivamente, ocultándose, como estaban en el deber de hacerlo, hasta mas no poder, por causa de sus rebaños, pero caminando calmada y alegremente al cadalso en el instante en que parecia dirigirlos á sus escalones la Providencia.

Sin contar los individuos del clero secular, y los religiosos de órdenes diferentes, que casi todos murieron en sus puestos, se calcula en nada menos que en cuatrocientos los miembros de la Sociedad de Jesus que perecieron en el transcurso de estos treinta años de persecucion en el Japon, y de este grande número de víctimas uno, y uno solo, resultó infiel á su cargo; entre tanto que su lugar fué inmediatamente ocupado por otro que, ardiendo en celo por la gloria de Dios, y sufriendo mortal angustia por la vergüenza y escándalo que tal apostasía habia caido sobre la Iglesia, el sacerdocio y la Sociedad de que era miembro, fué desde una tierra occidental muy apartada, con el espreso propósito de llenar el vacío que el renegado habia abandonado, y borrar la mancha del perjurio con su propia sangre. Mastrilli era el nombre de este heróico religioso, y su deseo fué cumplido inmediatamente, puesto que él y su compañero, hombre tan valiente y tan decidido, perecieron bajo el filo de la espada despues de haber sido tentados en vano á la apostasía en la prueba del hoyo. Posiblemente fueron sus oraciones y el mérito del martirio lo que ganó para su her-

mano apóstata el don de la conversion, y lo que movió á este despues de muchos años de esfuerzos consigo mismo á delatarse á las autoridades de Nangasaki, haciendo declaracion de que era un cristiano pronto y espontáneo á signar y sellar su confesion con la sangre. Al instante fué enviado á la prueba del hoyo, y pereció á la edad de noventa años, despues de cuatro dias de pasivos sufrimientos de idéntico tormento que, en sus mas jóvenes y vigorosos años, habia sido incapaz de soportar casi por el mismo número de horas. Diez y nueve años cumplidos habian pasado entre la debilidad de su primera prueba y la triunfante conclusion de la última, y durante este lapso de tiempo, todos los designios de buen éxito para penetrar los misioneros en el Japon, no presenta otra cosa que la historia de un martirio y una tumba.

En 1643 el Padre Rubino, Jesuita, con cuatro compañeros pudieron conseguir desembarcar en Satzuma; pero no habian estado dos dias en el pais sin haber sido arrestados. Sufrieron primero el tormento del agua (en la forma ya descrita), todos los dias por espacio de varios meses, despues el del fuego, por medio de antorchas encendidas y aplicadas cerca de sus personas, curando las heridas inmediatamente con el propósito de renovar la aplicacion; y por último, despues de un año de incesantes sufrimientos é incansable paciencia, fueron condenados como postrer recurso á la prueba del hoyo. Tan viva fué la alegría con que todos oyeron esta sentencia que, creyendo que el contesto no habia sido entendido, el gobernador mandó leerle otra vez; pero ellos,

conociendo su error, le aseguraron que estaban bien sabedores de su contenido, y que la alegría que habia visto en sus semblantes no era mas que la natural espresion del sentimiento con que habian contemplado su próxima union con su Dios. Todos permanecieron firmes hasta el fin; uno de ellos vivió por nada menos que nueve dias en el insufrible tormento á que habian sido condenados. Su muerte fué seguida bien pronto por la del Padre Marquez, otro Jesuita, con cuatro compañeros de la Sociedad que fueron arrestados casi al mismo tiempo de poner los piés en la ribera. Conducidos por los captores á Jedo, fueron careados con algunos comerciantes holandeses que habian ido desde Nangasaki con tal propósito para identificarlos como sacerdotes, y á quienes debemos la relacion de su juicio y de su martirio. «Los Jesuitas,» dice Haren, «fueron sentados en esteras miserables, con semblantes pálidos y descarnados, ojos turbios y hundidos profundamente, manos ennegrecidas y purpúreas, y sus cuerpos todos magullados por los horribles tormentos á que ya habian sido sujetos. Respondieron con gran valor y franqueza á las preguntas hechas por los jueces, y aserrados sus miembros uno por uno por órden del To-Xoguno, aquellos que no habian cedido desde luego bajo el tormento, fueron llevados otra vez á la prision, donde espiraron prontamente.»

El martirio de Juan Bautista Sidotti es el último que se recuerda en los anales del Japon. Parece haber sido atraido á esta mision peligrosa desde su mas tierna juventud; y despues de dedicarse por

muchos años al estudio del lenguaje japonés, obtuvo permiso del Papa para ir á predicar en aquel reino. Empleó dos años mas en Manila para perfeccionarse en el conocimiento del lenguaje; y haciéndose público su designio, se le proporcionaron todos los medios posibles para llevarle á ejecucion, tal como una nave tripulada para su uso por el gobernador de las Filipinas. Ya estaba cerca del desembarcadero del Japon, cuando se presentó á la vista un bote pescador, á cuyo bordo se envió un idólatra nativo que iba entre los que acompañaban al Padre en el viaje, para procurar el soborno de la tripulacion con objeto de que guardase secreto. El idólatra no aparece haber salido bien de la empresa, porque cuando volvió á la nave hizo cuanto pudo por disuadir á Sidotti de su designio; pero despues de una oracion ferviente y prolongada, este Padrè dijo al capitan, que aquel era el momento por que tan ardientemente habia suspirado; y que estando á la vista del Japon, nada le podia impedir su intento de desembarcar, toda vez que no confiaba el éxito á sus propias fuerzas, sino á la gracia y bondad de Dios, y á las oraciones de aquellos que ya habian derramado la sangre en aquel suelo.

Hallando imposible disuadirle, el capitan procedió á poner en órden los preparativos para desembarcarle de noche, y entre tanto Sidotti se dedicó á escribir cartas y á dirigir una corta exhortacion á los marineros, con objeto de suplicarles que le perdonasen las ofensas que les hubiera hecho, y cualquiera omision en la instruccion religiosa que habian recibido de su parte. No podia ser mas que pura

humildad lo que sugeria esta súplica; porque su vida á bordo habia sido la mas santa, como lo fuera en todas ocasiones, pues la mayor parte del tiempo lo habia empleado eficaz y ardientemente en dirigir la tripulacion á la virtud. Su último acto á bordo fué besar, en la ingenuidad de su santo espíritu, los piés á todos; y hácia la media noche él y el capitan bajaron al bote que los habia de conducir á tierra. Durante este corto tránsito, Sidotti estaba profundamente absorto en la oracion; pero apenas habia tocado la ribera, cuando se arrojó sobre las rodillas y besó devotamente la tierra, el objeto de todos sus deseos y sus oraciones. El capitan le acompañó un poco en la ribera, y cuando le fué necesario separarse, hizo aceptar al Padre algunas piezas de oro, para que con ellas pudiese hacerse propicio á los japoneses; en seguida se despidieron afectuosamente. Si el capitan se hubiera descuidado un minuto mas, su seguridad habria corrido gran peligro, porque apenas el bote habia alcanzado la nave, cuando Sidotti estaba prisionero y en camino para Nangasaki. Allí, como sus predecesores, fué careado con los holandeses, quienes le han descrito como un hombre alto y pálido, de pelo negro y de unos cuarenta años de edad. Llevaba ropa japonesa, y una cadena colgada al cuello de donde pendia un crucifijo; en las manos el rosario y dos libros bajo el brazo. Despues de haberle encadenado por las muñecas, respondió á todas las preguntas que se le dirigieron con la mayor franqueza y claridad acerca de la naturaleza de sus intenciones al ir al Japon, no teniendo para ello necesidad de intérprete, puesto

que conocia el japonés. Habia dado todas las esplicaciones sobre este objeto, cuando le preguntaron si era sabedor de las leyes prohibiendo desembarcar en aquel pais á españoles y portugueses, á lo que tambien contestó afirmativamente; pero añadiendo, sin embargo, que no debian comprenderle toda vez que era italiano. Al llegar aquí la conversacion, observando á algunos espectadores ocupados en inspeccionar la bolsa que contenia los vasos para la celebracion de la Misa, la interrumpió para suplicar que no se les infiriese irreverencia, favor que fué concedido inmediatamente de la manera mas decorosa. Despues fué conducido á Jedo, donde esperó en una cautividad de un número considerable de años; pero como hubiese ideado convertir á todos los que se le acercaban, fué por último emparedado en una cavidad de cuatro ó cinco pies de profundidad, donde se le suministraba alimento por la cubierta; y despues de permanecer por algun tiempo en tan inconcebible agonía, espiró finalmente bajo los efectos de este prolongado tormento.

Desde la hora de su muerte ningun misionero cristiano puso los piés en el reino del Japon. Solamente los holandeses tuvieron permiso para acercarse á sus riberas; pero, por un singular castigo, fueron confinados á la Isla Desima, que con sus intrigas habian hecho fundar para sus rivales; y su comercio que, aun á la faz de la competencia de los portugueses, los habilitaba para llevar siete ú ocho naves al mercado japonés, fué disminuyendo hasta tal punto, que en el *Sistema de Geografía* de Bell, hallamos consignado que dos son suficientes para

subvenir á la demanda. El comercio era entonces, como lo es ahora, su único objeto; y en seguimiento de sus sórdidas ganancias, estaban contentos con dejar al Japon en su idolatría, sin pensar en hacer el menor esfuerzo para conducir el reino al conocimiento del Dios viviente. Este era su pacto con el régulo imperial, y este pacto fué entonces y despues observado rígidamente. No solo le dejaron pagano para ser pagano todavía, sino que en el calor de la persecucion ayudaron al emperador, como hemos visto, en sus sanguinarios designios contra los cristianos, ó permanecieron tranquilos en suprema indiferencia, sufriéndole, sin hacer demostracion alguna, desarraigar la religion cristiana por el esterminio de su pueblo; desterrando, quemando, ahogando, degollando y llevando su celoso aborrecimiento hasta los mismos reinos de la muerte, pues que desenterrando los huesos de los mártires muertos, los diseminó en las aguas del Océano.

Con todos sus esfuerzos, sin embargo, y los de sus sucesores, es muy dudoso si el Cristianismo está en estos instantes enteramente estinguido en el Japon. Se habia esparcido con demasiada estension, y se habia arraigado profundamente en los corazones del pueblo, para olvidarse en el trascurso de unas pocas generaciones; y en tal conformidad, aun en el siglo diez y ocho nos habla un Jesuita misionero de la China de ciertas santas pinturas, ejecutadas en porcelana, que los chinos acostumbraban entonces á manufacturar con destino á los mercados del Japon. Y mas tarde aun, un autor de nuestros dias nos asegura que los japoneses poseen el cono-

cimiento de los diez mandamientos que, cualquiera que sea su teoría sobre el asunto, evidentemente los derivan de la tradicion cristiana; mientras que los chinos, cuya opinion, como próximos vecinos, y los mas asociados con ellos por el comercio y las costumbres, es digna á lo menos de que se la tenga en cuenta, no hace muchos años que abrigaban la idea de que el Cristianismo, en lugar de haber muerto, estaba solamente dormido entre el pueblo. Ni aun ahora está la Iglesia Católica olvidada de aquella un tiempo hermosa y floreciente porcion de su celeste herencia; porque desde Oriente y Occidente, desde la China y la India, y desde las mas distantes riberas de Francia, siempre el depósito de misioneros laboriosos, celosos y devotos están siempre en guardia de un momento favorable para seguir los pasos de San Francisco Javier, y alzar otra vez el grito de salvacion con el que este reunió en otro tiempo aquella muchedumbre alrededor del estandarte de la Cruz. Tan estricto, sin embargo, es el bloqueo, y tan severos son los reglamentos por los que se cierra el acceso en el pais, que todos los conatos fueron hasta aquí en vano; y entre tanto el terror y la tiranía han reprimido de una manera efectiva toda demostracion esterior de Cristianismo. El gentilismo en sus formas mas bajas se cria oscuro sobre aquella tierra tenebrosa; y la ceremonia del «Jesumi,» renovada año tras de año en Nangasaki, si bien es testigo por la sospecha que entraña, de que existe aun un elemento de religion verdadera en el pueblo, dá tambien, ¡ah! un melancólico testimonio del hecho de que ninguno ha quedado con

bastante cristianismo, ó bastante valor, para confesar la existencia del Dios viviente, allí en el mismo sitio donde millares dieron la vida por El, en los dias en que la Iglesia, que Su Hijo encomendó enseñar á todas las naciones, derramaba la luz de la fé en los reinos del Japon.

FIN.

PARAGUAY.

CAPITULO PRIMERO.

ESPAÑOLES É INDIOS.

Carácter de los colonizadores españoles.—El sistema de *encomienda*.—Primeros esfuerzos de los misioneros.—Llegada de los Padres Jesuitas.—Sus trabajos y éxito entre los indios.

A pesar de lo oscuro que es el recuerdo del crímen de España en la colonizacion de la América del Sur; á pesar de la horrible crueldad y opresion tiránica ejercida en los infelices naturales, nadie leerá la historia de aquellos tiempos con ánimo imparcial, que considere todavía el gobierno de la madre pátria enteramente ó ni aun en parte responsable de aquellos hechos. Desde Cárlos V de Austria hasta Felipe V de la dinastía de Borbon, los monarcas españoles, de hecho, tomaron invariablemente la parte del oprimido contra el opresor; y todos sus reglamentos, como tambien toda su especial direccion respecto de sus vice-reales representantes en las colonias, ten-

dian no menos á la restriccion del poder de los españoles conquistadores, que al mejoramiento de la condicion de los naturales conquistados. Que tales humanas intenciones hubieran sido vanas, cosa de admirar seria á haber ocurrido en los presentes dias, cuando los medios de comunicacion han soltado tan grandemente la dificultad de legislar para un pueblo distante; pero que tal fuese el caso en aquellos tiempos, aparece ser la mas inevitable consecuencia de la distancia entre los paises llamados á gobernar y los que debian ser gobernados. Además de los peligros y dilaciones que acompañaba la comunicacion entre ellos, contribuyó tambien la total ignorancia del pueblo para quien legislaban; pero mas que todo, el vicioso carácter de los hombres en quienes el monarca español se vió obligado á delegar su poder.

Porque sucedió entonces, lo que es muy posible que suceda aun ahora, que mientras el bueno, el justo y el de nobles sentimientos permanecia quieto en su casa, el holgazan, el inmoral y el desesperado, aquellos, en una palabra, que habian perdido su fortuna en el desarreglo, ó su reputacion por los escesos, buscaban reparar la una ó redimir la otra, satisfaciendo su sed de oro ó andando á caza de aventuras en el nuevo mundo. Hombres como estos habrian bajo ciertas circunstancias pensado en infringir ligeramente las leyes; muchos de ellos lo habian hecho así frecuentemente en su tierra nativa. Qué es de admirar entonces que con anchos mares entre ellos y el legal castigo de sus iniquidades, atrincherados además en las rocas y fortalezas de las regiones vírgenes que habian hecho suyas,

hubieran desafiado con impunidad todo esfuerzo para contener sus acciones; ó que la historia de las colonias españolas hayan llegado por consecuencia á ser una larga escena de rapiña, asesinato y rebelion; de gobernadores no solamente derrotados en sus intentos de restablecer el órden, sino tambien depuestos, asesinados, ó enviados á su pátria, denigrados por la calumnia, á morir en un calabozo; de hombres malos ganando intereses por medios que los buenos escrupulizan emplear; y de barbaridades ejercidas en los desgraciados naturales, bajo las que, si algunas veces llegaban á rebelarse, era para ser con mas frecuencia encarcelados, penados ó muertos, hasta que los indios colorados casi desaparecieron de la tierra que sus padres habian poseido en paz, y que por siglos inmemoriales habian llamado suya.

La fatal política de distribuir las *encomiendas* indianas entre los españoles, contribuyó sin duda en gran manera á acrecentar los sufrimientos de aquella raza infeliz, puesto que daba alguna fuerza de ley á la apropiacion del trabajo nativo, que de otro modo hubiera sido señalada con la infamia de un acto de injusticia privada. Por los reglamentos de este sistema, cierto número de indios fueron por un término dado de años obligados á contribuir, además del tributo ánuo, con dos meses de su servicio personal al Señor ó «Comendador,» como usualmente se llamaba; y en retribucion, este estaba en el deber de atender al consuelo é instruccion, tanto religiosa como secular, de los naturales confiados á su cuidado. En cuanto designadas por la corona, es-

tas condiciones por ningun estilo tenian nada de inclementes; y si hubieran sido llevadas á efecto por los colonizadores en su natural espíritu, indudablemente habrian conducido con mas rapidez la civilizacion y cristianismo de la poblacion indiana, que obrando de otro modo nunca pudo efectuarse. Puede, y á la verdad debe objetarse al sistema, que siendo el trabajo obligatorio, el estado de los indios era de hecho nada menos que la esclavitud. Mas por un lado no debemos olvidar que fué proyectado para hombres que, sin la restriccion en cuanto al tiempo, segun todas las probabilidades hubieran intentado y llevado á efecto la servidumbre de toda la vida de los naturales; y por otro lado, es una cuestion clara si en realidad fué este un modo mas humano y equitativo de tratar á los indios, que arrojarlos por la fuerza de sus posesiones, ó engañar su pueril sencillez con el cambio de los estensos territorios que Dios y la naturaleza les habian dado, por perlas falsas, chucherías y joyas de oropel; sin contar entre tales medios la voluntaria estupidez de entendimiento y abreviacion de la vida con el fatal soborno del aguardiente, para cegarlos con mas eficacia en la ruinosa naturaleza de los ajustes que pasaban á contraer; todo lo que, ha constituido las notorias prácticas de otras naciones, y mas modernos (sea dicho por cortesía), y mas liberales tiempos.

Sea lo que quiera de la prudencia en cuanto los medios adoptados, es lo cierto que el objeto del gobierno de España fué principalmente dirigirse á la temporal y eterna prosperidad del pueblo, tan súbita é inesperadamente confiado á su tutela; pero des-

graciadamente nunca estuvo en condicion de hacer observar rígidamente sus reglamentos, cosa absolutamente necesaria para asegurar el éxito. Crueles y rapaces, y desnudos de todo, salvo las esterioridades de religion, los españoles en nada pensaron mas elevado que en la rápida adquisicion de la riqueza por todos los medios en su poder. En tales manos como las suyas el sistema de asignacion rápidamente degeneró en positiva esclavitud; y los naturales, ó murieron á cientos bajo la imposicion de insólitas cargas, ó escandalizados por los vicios y sublevados por la crueldad de sus dueños, confundieron por último la religion de estos con los vicios que practicaban, y resueltamente se adhirieron á aquella idolatría que llegó á ser para ellos la enseña de libertad, mientras que el Cristianismo estaba identificado á sus ojos con el estado de servidumbre. En vano Cárlos V y su sucesor Felipe intentaron regular y prevenir estos desórdenes; en vano fué nombrado un funcionario, cuyo cargo especial fué investigar el tratamiento de los indios, y privar de autoridad y oficio á todo el que los dañase ó abusara de su debilidad. La distancia de la madre pátria probó bien ser una insuperable barrera á cualquier celo ó permanente reforma; y sesenta años habian pasado desde la primera posesion de la tierra, y nada positivo se habia hecho para adelantar la causa de la civilizacion, ó establecer el imperio de Jesucristo sobre las antiguas idolatrías de sus gentiles ocupantes.

No era porque la Iglesia estuviese descuidada ó indiferente. El historiador del Perú y Méjico, á pe-

sar de anti-católico, ha dicho con mucha razon: «El esfuerzo para cristianizar los gentiles es una de las cualidades que caracterizan á los españoles conquistadores. El Puritano, con igual celo religioso, hizo comparativamente poco por la conversion de los gentiles, contento, al parecer, con haber asegurado para sí el inestimable privilegio de adorar á Dios como mejor le placia. Otros aventureros que han ocupado el nuevo mundo, frecuentemente han hecho ellos poco caso de la religion para ser muy solícitos en difundirla entre los salvajes. Pero el misionero español desde el principio al fin ha demostrado un vivo interés en la perspectiva espiritual y prosperidad de los naturales. Bajo sus auspicios se erigieron iglesias en magnífica escala, se fundaron escuelas para la instruccion elemental, y se han adoptado todos los medios nacionales para esparcir el conocimiento de la verdad religiosa, entre tanto que llevaba su solitaria mision á remotas y casi inaccesibles regiones, ó agrupaba sus discípulos indios en comunidades como él buen Las Casas en Cumana, ó los Jesuitas en California ó Paraguay. En todos tiempos el valor eclesiástico ha estado pronto á alzar la voz contra la crueldad del conquistador, y la no menos menguada concupiscencia de los colonizadores; y cuando sus demostraciones, como sucedia muchas veces, eran infructuosas, aun continuaba, á pesar de lo lacerado de su alma, enseñando á los pobres indígenas á la resignacion de su suerte, é iluminando su oscuro intelecto con las revelaciones de una mas santa y mas dichósa existencia.»

Todo esto y mucho mas todavía hicieron los misioneros españoles en favor de los pobres indios; pero ¿qué habian de hacer para salir bien en su mision, donde todas las cosas tendian á neutralizar sus esfuerzos? ¿Qué habian de hacer para convencer al salvaje de la eminente importancia de la religion, cuando no veia en sus régulos otra ansiedad que la del oro? ¿Qué habian de hacer para estrecharle á la necesidad de la paciencia, pureza, mansedumbre y humildad, cuando el orgullo, la crueldad, la venganza y la rapacidad eran las principales cualidades características desplegadas para su imitacion? ¿O qué habian de decir de la gloria de un alma absuelta de pecado, mientras que el cuerpo del infeliz oyente estaba gastado y marchito con las cadenas puestas por los profesores de la doctrina que ellos predicaban? Era de hecho una tarea sin esperanza, á lo menos por el tiempo que no pudiesen prometer indemnidad al convertido cristiano, ó prevenir que el hecho mismo de la conversion fuese un pretesto para robustecer la odiosa esclavitud de la *encomienda*: y forzados desgraciadamente por su posicion á mediar entre los opuestos bandos, á predicar la paciencia de un lado y tolerancia del otro, fueron gradualmente perdiendo la confianza de ambos; los indios los temian por ser de la nacion del opresor, entre tanto que los españoles los aborrecian como defensores del oprimido. Donde nunca habia pisado el pié de los españoles, ó nunca se habia oido la lengua española, allí el misionero tenia grandes probabilidades; en tropeles se agrupaban á él sin temor, y ganados por la belleza de la

doctrina que predicaba, querian ansiosa y alegremente recibir el bautismo de sus manos. Pero el sacerdote cristiano era con mucha frecuencia á su despecho el zapador del soldado español; tan seguro como su planta estaba en la montaña, tan seguro era que el escrutador de oro seguia sus pasos, y la paz y el órden se desvanecian á su llegada. Los indios eran dedicados á la esclavitud de las minas; sus mujeres é hijos, aun con mayor crueldad, vendidos al mejor postor en el mercado; y el infeliz misionero, chasqueado en el fruto de todo su trabajo, ansiaba buscar un pueblo mas distante, ó permanecer y lastimar su corazon, gastando toda su existencia en rendir la marea del vicio, que daba al pobre salvaje una escusa plausible para volver á identificarse con la supersticion de sus padres.

Era claro que en una contienda como esta, no podian aprovechar para la victoria aislados esfuerzos de celo. Era necesario un cuerpo de hombres, que no solo arrojase la semilla, sino que observasen su vejetacion; ó en otros términos, que reuniese los neófitos en congregaciones, é igualmente los defendiese de la tiranía de los españoles, y los guardase lejos del crímen de España. El clero secular y los frailes Franciscanos eran demasiado pocos en número para llevar á efecto una empresa como esta; y por último, Francisco Victor, el Dominico Obispo de San Miguel, hallándose casi sin sacerdotes ó religiosos á quienes pudiera enviar á la mision, se dirigió á la Sociedad de Jesus en su auxilio. No habian esperado sus individuos el llamamiento para visitar la América del Sur, puesto que habian sido enviados

á Lima algun tiempo antes por el celo ardiente de Borgia tercero, en seguimiento del Santo fundador de la Sociedad, el mas grande de sus generales. En esta ciudad habian edificado una iglesia y colegio; y mientras el Padre Portilla agitaba las masas del pueblo con su poderosa elocuencia, el Padre Luis Lopez se dedicó á la instruccion de los negros; los demás se esparcieron entre los indígenas para asistir los hospitales y hacer todo aquello que pudiera ganar los hombres para el reino de Jesucristo.

Alegremente aquellos hombres apostólicos aceptaron la invitacion del Obispo para ensanchar el teatro de sus afanes; el éxito de las misiones fué mas allá de la realizacion de sus esperanzas; el Obispo de Tucuman los buscó además para su diócesis; y en 1586 fueron recibidos con casi honores reales en la ciudad de Santiago. El mismo gobernador con todos sus dependientes y la principal nobleza de la ciudad salieron á su encuentro; fueron conducidos por las calles adornadas con arcos triunfales y sembradas de flores; un gentío inmenso se acercaba á saludarlos al pasar; y llorando de alegría el Obispo, los abrazó y los bendijo, y los condujo á la catedral, donde se entonó un *Te Deum* en accion de gracias por su llegada. Bien hacia aquel anciano en llorar de alegría; cinco clérigos seculares y pocos regulares eran á lo sumo los que habia tenido hasta entonces hábiles á quienes encomendar la instruccion de la vasta y negligente multitud que gobernaba; mientras que él mismo se hundia bajo el peso de la responsabilidad de su posicion, y sus ansiosas intenciones de llenarla

por su propia persona. Aunque los Jesuitas se sentian llamados mas especialmente á la conversion de los gentiles, vieron sin embargo que todos sus esfuerzos serian en vano, si los pobres naturales permanecian aun corrompidos por el ejemplo de aquellos que eran superiores en estado é inteligencia; por eso comenzaron sus trabajos con una mision entre los españoles. El éxito sobrepujó las esperanzas. puesto que estos por algun tiempo á lo menos pasaron á observar mas santas vidas; y los indios, viendo el buen efecto que habia producido la predicacion de los Padres en los régulos, espontáneamente se sometieron á su vez, y afluyeron en tropeles á escucharlos. Por este tiempo dos de los misioneros se habian hecho aptos para dirigirse á ellos en un lenguaje que entendian, y despues de haber predicado por algunos dias á los habitantes de la ciudad, fueron á hacer lo mismo con los que estaban esparcidos en el distrito; y pronto mas de setecientos neófitos fervientes y bien instruidos premiaron su celo. Despues de haber puesto á estos bajo el cuidado de un sacerdote secular, uno de los Jesuitas regresó á Santiago, mientras que los otros continuaron adelante por invitacion del Obispo de Córdoba, y el Padre Monroy y un Hermano lego predicaron con grande éxito á la nacion de los Omaguacas. Estos eran un pueblo fiero é indómito que habia destrozado dos veces la ciudad de Jujuy, y probaron en otras muchas ocasiones ser los mas dañosos é implacables enemigos de las jóvenes colonias de España. Pero cuando, despues de infinita molestia, el Padre Monroy pudo conseguir inducir-

los á entrar en un tratado de paz con aquellas, tuvo el pesar de ver que sus esfuerzos se habian hecho infructuosos por la locura de los españoles, que sedujeron á dos caciques á entrar en la ciudad, para ponerlos inmediatamente en prision. Fueron dejados en libertad por último, á las grandes instancias de Monroy, pero este no por eso pudo precaver la natural desconfianza que se apoderó de los indios; y sintiendo una verdad, que seria imposible contenerlos en la práctica de los preceptos del Cristianismo, cuando cristianos, ¡ah! estaban prontos á corromperlos con el ejemplo, ó irritarlos con crueldad, dirigió toda su tribu á un lugar cerca de Tucuman, donde la entregó al cuidado de un sacerdote secular, mientras que él volvia á su mision.

Los Jesuitas fueron recibidos en Asuncion, la principal ciudad de Paraguay, con tanta alegría y gratitud como los habian saludado en Santiago; y allí el Padre Salonio comenzó su mision, mientras que Fild y Ortega se embarcaron en Paraguay para el pais de los Guaranis. Este pueblo quizá no era absolutamente idólatra, toda vez que Charlevoix nos asegura que no reconocian mas que un solo Dios; sin embargo, sus nociones en esta parte eran en estremo vagas é inciertas, y ni ofrecian sacrificio ni poseian forma alguna establecida de adoracion. Habitaban en su mayor parte la provincia de Guayra, que es fértil aunque insalubre, y abunda en serpientes, víboras y otros formidables y repugnantes reptiles. Los Padres penetraron en sus mas recónditas profundidades y mas salvajes fortalezas, y entonces retrocedieron á Asuncion á

decir á su Superior que habian visto doscientos mil seres humanos que con poco cuidado y molestia podrian brevemente ser recogidos en el redil de Cristo. A su vuelta la peste hacia estragos en la capital; pero esta circunstancia solamente dió nuevo ímpetu al celo de los Jesuitas, que, no contentos con el trabajo que les daban los españoles, fueron intrépidos entre los indios, y tuvieron la dicha de llevar á cientos de moribundas criaturas al conocimiento del verdadero Dios en la misma hora de su entrada en la eternidad. Agradecidos de la caridad con que á todo riesgo de sí mismos los Jesuitas les habian prodigado asistencia en su necesidad estrema, los españoles ahora los llenaron de favores, además de edificar casa é iglesia para la Sociedad, tanto en Villa Rica como en Asuncion. Tan grande era el entusiasmo en este último lugar, que los habitantes de la colonia rivalizaron en tender su mano protectora; las mujeres de mas elevado rango contribuyeron con sus riquezas y sus joyas, el pobre prestaba su trabajo sin retribucion, y cuando los Padres les suplicaban que moderasen su celo, solo contestaban que como estaban trabajando por Jesucristo, no los arredraba trabajar mucho.

El hecho era que tenian una causa grande de gratitud hácia los Padres. No era solo la asistencia espiritual que estaban prontos á ofrecer á todos igualmente, lo mismo al pobre que al rico; sino que los españoles pronto descubrieron que los Jesuitas eran su mejor defensa contra el resentimiento de los naturales, cuando un trato cruel los precipitaba á la rebelion. De esta suerte en una oca-

sion en que la tropa de españoles marchaba contra una partida de indios revolucionados, fueron atraidos aquellos á un profundo desfiladero donde estaban completamente á merced de sus enemigos, que ocupaban posicion en las alturas; entonces el Padre Barcena, que viajaba en su escolta, se presentó desde luego á efectuar el rescate. Solo y sin ayuda buscó el campamento de los salvajes, subió con dificultad la peñascosa cuesta, en donde se preparaban para salir precipitadamente contra los españoles, y les habló con tanta fuerza y elocuencia, que los indujo á permitir pasar á las tropas sin otra molestia. Este suceso aparece haber dado nueva direccion al celo del Padre, porque separándose de sus compatriotas, permaneció por algun tiempo predicando á aquel pueblo que, fiero por naturaleza y doblemente fiero por sus hábitos de embriaguez, sin embargo, le oyó con respeto, y de este modo recibió los primeros gérmenes de la religion que con el tiempo se habian de desarrollar. De esta tribu pasó á la nacion de los Lulles, y de aquí al Rio Rojo, donde habiéndosele unido otros misioneros, fué llamado por consecuencia de su avanzada edad y achaques á Cuzco, en el Perú. El último de los Incas estaba muriendo en esta ciudad, quizá menos por enfermedad positiva que por verse despojado de su corona, su reino ocupado, arruinado su pueblo, y el pais esclavizado. Tal conversion debia considerarse la justa corona de una larga vida de trabajos apostólicos en la tierra; así el anciano Padre lo juzgó, y ardiendo en celo busca al destronado y moribundo monarca, le habla del Dios de los

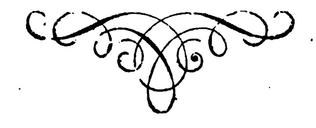
cristianos y de la esperanza cristiana del cielo, con todo el fervor y uncion de un santo en su noviciado; por último, le oyó abjurar la idolatría de sus padres, echó las aguas del bautismo en su frente, recibió su postrer aliento, y habiéndole de este modo procurado una corona eterna en lugar de la temporal de que su propia nacion le habia privado, partió tambien el Padre á su casa á morir.

Un poco antes de estos acontecimientos, el Padre Romero habia sido nombrado provincial; y despues de predicar por algun tiempo en la ciudad de la Asuncion y sus cercanías, y desde allí en Córdoba y Santa Fé, avanzó en compañía de un caballero español llamado Juan de Abra al pais de los Diaguitas, pueblo que adoraba el sol, ofreciendo en su honor plumas, que consagraban préviamente, acorde con su usanza, mojándolas en sangre. El Padre fué recibido con mucha cordialidad, hasta cierto dia en que se vió interrumpido en el sermon por una cuadrilla de salvajes hostiles, pintados y adornados, segun costumbre cuando entraban al juicio y tormento de un cautivo. Probablemente esperaban inspirar terror, pero se equivocaron. El Padre Romero solamente interrumpió su discurso por un momento para mandar á los recien venidos inclinarse en adoracion de Dios vivo, que como su Criador, tenia derecho á exigir tal homenaje de ellos. Su intrepidez probablemente fué lo que salvó su vida; y en lugar del ataque, que fuera evidentemente meditado, el gefe indio solamente declaró en tono de altivo desafío, que los hombres blancos podian si les placia degradarlos de aquella manera;

pero que ni él ni su pueblo se someterian á semejante deshonor y continuarian aun ádorando acorde con las tradiciones de sus padres.

Despues de esta protesta contra el credo cristiano, los salvajes se retiraron dejando á Romero y su colega en instantánea espectativa de un levantamiento en que infaliblemente habrian de ser víctimas; pero despues de una noche de oracion y preparativos, para su grande asombro, el enojado gefe hizo su aparicion con objeto de escusar su conducta en la tarde anterior, y prometer en su propio nombre y el de su nacion mayor docilidad en lo futuro. El hecho es, que aquel mismo dia mas de mil indios aceptaron el Cristianismo, y todo caminaba bien, cuando la avaricia de los colonizadores estuvo á punto de arruinar la mision de los Padres; porque habiendo oido que la tribu solicitara el bautismo, é imaginando que porque habian voluntariamente abrazado el Cristianismo, eran además gustosos en ser sus esclavos, intentaron distribuir algunos en encomiendas, y los indios indignados y sorprendidos se rebelaron desde luego, declarando que el Cristianismo era un lazo y un pretesto, y que los españoles solamente enviaban sus sacerdotes antes de ellos para reconocer, en razon de poder últimamente pisar la tierra para poseerla. «¡Pero esto nunca será!» esclamaban, «antes de someternos á la esclavitud y á la prision de los hombres blancos, caeremos sobre los de negro ropaje y los haremos pedazos como traidores y seductores.» Y así lo hubieran hecho á no haber sido por un anciano salvaje, que estaba interesado por los Padres,

y que pudo conseguir por último calmar el tumulto; y pasada la primera efervescencia del sentimiento popular, Romero no tuvo dificultad en hacerlos comprender el desinterés de sus intenciones hácia ellos, y de que era ageno á toda especie de colusion con los colonizadores. Concluyó por hacerles una solemne promesa de que la religion que predicaba nunca seria un pretesto para privarlos de la libertad; promesa insigne que habia de cumplir la Sociedad á que pertenecia, pero que esta historia manifestará suficientemente fué á costa de sus miembros y de su reputacion.



CAPITULO II.

BUSCA DE ALMAS.

Los Jesuitas se oponen á la esclavitud de los naturales.—Apelacion al rey.—Manifiesto de los Padres.—Rapacidad de los colonizadores.—Las primeras «reducciones» y los primeros mártires.—Se renueva la contienda.—Segunda apelacion al gobierno de España que sostienen los Padres.—Espulsion de los Padres de Asuncion.

El favor que los españoles habian hasta aquí dispensado á los Jesuitas, era principalmente debido á la maravillosa influencia que donde quiera ejercian estos hombres apostólicos sobre los salvajes que hasta entonces se habian resistido á la fuerza y á la persuasion. Era un favor egoista concedido por el beneficio que esperaban recayese en sí mismos, y en su cualidad de interesada tal proteccion, cesó en el momento que vieron que el beneficio que buscaban seria absoluta é incondicionalmente negado por los Padres.

Ya antes de la residencia de estos en Asuncion, los colonizadores habian confiado en su auxilio; primero para domar los naturales, y despues

para arrastrarlos á la esclavitud de la encomienda. Pero poco conocian á los hombres con quienes tenian que tratar, ó el espíritu que guiaba á los misioneros cristianos. Los colonizadores, en su mayor parte soldados de fortuna, no podian perdonar la intrepidez que ponia el pié entre ellos y su presa, y ciegos por la avaricia y embriagados con el éxito, poco podian conocer la sabiduría de una marcha, que seguida acorde con las sujestiones de los Jesuitas, habria de dar á España una nueva raza de súbditos, ó á sus colonias servidores en lugar de esclavos, amigos en lugar de enemigos, y enemigos mas terribles en su irregular lucha que todos los armamentos de enemigos civilizados. Porque aunque á la verdad el salvaje no podia jamás esperar el vencimiento contra la fuerza y poder de España, sin embargo, podia, como sucedió frecuentemente, destrozar cientos en sus imprevistos ataques, y sus golpes desgraciadamente caian tanto sobre las mujeres y niños indefensos, como sobre los agresores armados con cota de malla. Lamentable es que hayamos de reconocer que un puñado de hombres, en su mayor parte sin educacion y mal reputados, tanto en su antiguo pais como en el nuevo, cual eran los colonizadores en su mayor parte, hubieran sido capaces, por las peculiaridades de su posicion, á embarazar á lo menos, si no á frustrar, todos los designios de un gobierno clemente, y todos los esfuerzos del clero católico, que era el solo capaz y que se presentaba espontáneo á llevarlos á ejecucion. Aquí, sin embargo, como en cualquiera otra parte, el espíritu de la Iglesia que defendia la libertad de los indios, se halla-

ba en directo antagonismo con el espíritu del mundo, que abogaba por su esclavitud; y aquí, como en cualquiera otra parte, la Iglesia se avergonzaba de lo que el mundo habia hecho; y los Jesuitas, que obraban solo por inspiracion de ella, han sido acusados, en la formacion de las indianas congregaciones, del orgullo y avaricia de que el mundo representado en los españoles colonizadores, era realmente el culpable oponiéndose á su fundacion.

No podia, por consiguiente, esperarse que la paz, aun aparentemente, subsistiese mucho tiempo entre partes tan diametralmente opuestas una á otra; la una siempre determinada á oprimir, la otra opuesta á la opresion. El Padre Torres hizo la primera ofensa en Córdoba por haber rehusado tratar á los indios empleados en la edificacion de su iglesia como esclavos, y por haber insistido en pagarles con el mismo estipendio y de la misma manera que á los trabajadores europeos; y no mucho despues el Padre Lorenzana en la ciudad de Asuncion, fué culpable de otro mas grave y mas imperdonable delito á los ojos de los españoles. Los indios del pais vecino se habian insurreccionado, y el oficial enviado para reprimir la rebelion, en lugar de buscar los verdaderos agresores, cayó sobre una partida de indefensos indígenas que no habian tenido parte alguna en el levantamiento; y cargándolos de cadenas, los llevó como bestias salvajes á la capital, donde fueron vendidos públicamente como esclavos. No era para un hombre honrado y de buen corazon ser testigo de aquella escena sin conmoverse. Desde el mercado de esclavos donde habia visto

á las criaturas por quien Jesucristo ha derramado Su sangre puestos como ganado al mejor postor, el Padre Lorenzana se dirigió con indignacion á la iglesia, y subiendo al púlpito (ya habia esperimentado en vano el efecto de súplicas privadas), denunció la injusticia, y amenazó con la venganza del cielo á los ofensores. Estos le oyeron sin réplica; la intrepidez del acto acalló toda oposicion por un momento, y aun escitó los aplausos del pueblo; pero cuando el primer entusiasmo hubo pasado, empezaron á mirar el asunto con otros ojos, y á sentir que todo el tiempo que los Jesuitas estuvieran allí para oponérseles, nunca serian capaces de poner en ejecucion sus favoritas y miopes tretas para la adquisicion de la riqueza, esclavizando las naciones indias en el mas lleno y mas inequívoco sentido de la palabra.

Poco cuidado les daba á aquellos verdaderos hijos de Loyola por la persecucion que de esta suerte habian escitado. Ellos podian, y á la verdad debian sentir mas agudamente, las dificultades arrojadas con tanta indiferencia en el camino de la conversion de los naturales; pero por lo que á ellos mismos correspondia, habian cumplido su deber y podian con confianza dejar el resultado á la Providencia. Los ciudadanos de Córdoba se alzaron contra ellos en masa, y espulsados primero de esta ciudad y despues de Santiago, se retiraron á San Miguel sin otro sentimiento que el ocasionado necesariamente por la interrupcion de la mision. En San Miguel fueron recibidos con bondad, donde se les permitió fundar un colegio y predicar á los pueblos vecinos;

pero aun allí no podian reprimir enteramente la rapacidad de los españoles, y frecuentemente tuvieron el desconsuelo de ver sacar á los pobres indios, en el mismo acto de predicarles, para venderlos en el mercado de los esclavos. Tal estado de cosas no era para ser sufrido quietamente por hombres verdaderamente cristianos, y mucho menos por sacerdotes cristianos. Apelaron por consiguiente al gobierno de la madre pátria; el gobierno de España contestó con una carta que hacia igualmente honor á su entendimiento que á su corazon. En ella declaraba, «que el único yugo que intentaba imponer á los naturales era el yugo de Jesucristo, porque deseaba tener súbditos y no esclavos; rescatar á los indios de la esclavitud de sus propias pasiones, no sujetarlos á las de otros hombres; y por eso, solo en el caso de agresion de su parte, prohibia de la manera mas terminante á todos, salvo á los misioneros, intentar reducirlos, toda vez que estos sacerdotes podian hacerlo en nombre de Jesucristo y en el espíritu de la religion Cristiana.»

Al recibo de esta carta, tanto el gobernador como el Obispo de Paraguay, resolvieron poner toda futura tentativa en la conversion de las tribus indianas enteramente en manos de los Jesuitas, quienes habian probado en todas ocasiones ser los intrépidos y celosos abogados de la causa de la libertad. José Cataldino y Simon Maceta fueron los Padres nombrados para esta espedicion; pero fieles á los principios adoptados por su órden, no quisieron dejar la ciudad de Asuncion sin declarar públicamente su propósito de oponerse desde entonces en nombre del

rey, y á cualquiera riesgo de ellos mismos, á todo ataque de la libertad de sus convertidos. «Los haremos hombres y cristianos,» decian, «pero nunca esclavos. No son un pueblo conquistado, y por lo mismo no téneis la reclamacion del conquistador sobre ellos. No os es permitido privarlos de su libertad, ni á nosotros ser cómplices del hecho. La ley de Dios y la ley de las naciones igualmente lo prohiben, y por eso no lo haremos; pero lo que podemos y debemos hacer, es lo que prometemos. Nosotros les demostraremos la belleza de la paz y del órden; les enseñaremos que el abuso de la libertad es la peor de las esclavitudes; les haremos comprender las ventajas de vivir bajo un gobierno bien ordenado; y esperamos ver el dia en que estos pobres salvajes aprendan á bendecir la hora en que adoptaron la religion de Jesucristo, y en que han llegado á ser los súbditos de un monarca cristiano.»

Justos y nobles como eran estos sentimientos, no hallaron eco en los pechos de los hombres á quienes se dirigian, y entonces los Jesuitas fueron mas allá. Pusieron á su consideracion las tardías pero mucho mas ciertas ventajas que podrian sacarse del sistema que querian seguir. Preguntaban qué habia sido de tantos millares de indios como habian desaparecido desde el descubrimiento de Paraguay; y mientras que probaban que la terrible mortandad que los habia limpiado de la faz de la tierra, no se podia atribuir á otra cosa que al inhumano modo con que habian sido atareados y oprimidos, tocaron la improbabilidad de que los conquistadores fuesen capaces de poner la tierra en cultivo, si los conquis-

tados no existian en suficiente número para cultivarla.

Pero todo fué en vano. Hallaban á hombres endurecidos, no solo por la avaricia, sino tambien por el mismo sistema á que se habian dedicado, mezquino y miope á la verdad aun respecto de sus propios intereses; y considerando que todos los argumentos eran infructuosos, los Padres por último resolvieron proseguir sus misiones en cualquiera otra parte, y reunir los indios en aldeas distantes para guiarlos á la vida civilizada y á Dios, lejos de la intervencion y mal ejemplo de los españoles. Dejaron á Asuncion con tal propósito; pero la noticia de su empresa fué donde quiera antes que ellos, y en el tiempo que llegaron á Villa Rica la fermentacion estaba á su altura. Ningun hombre en toda la ciudad pudo encontrarse para guiarlos en el camino; y un cacique de la tribu que iban á visitar, que habia venido á la ciudad con tal propósito, fué puesto en prision, de la que no se vió libre hasta que se emplearon demostraciones y amenazas. Entonces y no hasta entonces los Padres continuaron su camino. Navegando el Paranapano (ó «rio de la desgracia,» como se llama en lenguaje indio), llegaron por último al sitio donde el Pirapa descarga en sus aguas sombreadas por los cedros, y allí encontraron doscientos cristianos Guaranís, fruto de la anterior mision de los Padres Ortega y Fild. Avanzando un poco mas por las orillas del rio, dieron sobre otros veinte lugares mas, algunos ya cristianizados, y otros bien dispuestos á recibir la fé. A estos se dirigieron los Padres para demostrarles las ventajas

de habitar en comunidad, tanto por ser el medio mas fácil de adquirir instruccion, como para protejer mejor su libertad contra colonizadores y gentiles nativos; y ya habian convenido reunirse á los ya mencionados Guaranís para formar un acomodamiento, cuando se descubrió que un español que siguiera á los Jesuitas con objeto de ayudarlos en sus labores, se habia escapado secretamente llevando consigo para el comercio de esclavos muchas mujeres y niños pertenecientes á la tribu. Es fácil imaginar la indignacion de los pobres indios; porque ellos naturalmente sacaron por consecuencia que los Padres Jesuitas eran cómplices en la negociacion, y estos tuvieron grande dificultad en vindicarse de tan injuriosa sospecha. Verdaderamente es muy admirable cómo adquirian siempre la confianza de los indios, identificados como estaban por la sangre y el lenguaje con hombres que no tenian otro Dios que el oro, ni otra ley que sus intereses, ni misericordia en la guerra, ni verdad ni justicia en la paz. Dios solo podia vengar á la Iglesia en medio de tantos actos de traicion, y que así lo hizo es muy cierto; porque los pobres indígenas aprendieron por último á distinguir entre los españoles y sus pastores, y, mientras que aborrecian y temian los unos, confiaban enteramente y amaban los otros. La tormenta que la maldad del fugitivo habia levantado se calmó gradualmente; y con admirable fé en el precioso trato de los Padres, los indios permitieron ser conducidos al sitio donde los otros Guaranís estaban ya reunidos. Era la primera de aquellas congregaciones que, bajo el nombre de «reducciones,»

dieron tantos hijos fieles á la Iglesia Católica y tantos leales vasallos á la corona de España; fué llamada «Loreto,» nombre á propósito para un establecimiento destinado á ser la cuna de la fé de Cristo en una tierra donde todavía no se doblara una rodilla para rendir homenaje á Su nombre.

La fama de esta jóven ciudad, y de la sabiduría y discrecion con que era gobernada, pronto se estendió entre otras tribus. Indios tras de indios afluian á ella buscando auxilio; hasta que llegó á ser tan pequeña para su poblacion, que los sacerdotes tuvieron que fundar consecutivamente tres adicionales establecimientos á disposicion de los indios sobrantes. Animados con este suceso, se dedicaron al trabajo con redoblada energía, desplegando toda su fuerza en recoger á los gentiles aun mas y mas íntimamente en sus nuevas fundaciones. Esploraron la tierra de Norte á Sur; por el dia desfalleciéndose bajo los ardores de un sol tropical, y por la noche atormentados furiosamente por los mosquitos, y otros inesplicables punzantes insectos que produce aquella atmósfera calorosa y húmeda. Unas veces viajaban solos, otras en parejas, por selvas y desiertos, donde estaban sujetos á ser presa de feroces caníbales ó bestias voraces. Pronto en medio de las selvas, abundantes de reptiles venenosos y donde la vejetacion es tan lozana, con hacha en mano, tuvieron que abrirse camino por las densas y enredadas masas que donde quiera obstruian sus pasos y velaban la misma luz del cielo sobre sus cabezas; en un pais tambien donde los terremotos son de ocurrencia diaria, y los huracanes tan ter-

ribles, que el mas poderoso monarca de la selva, cae postrado bajo su furor; donde los relámpagos ciegan con su brillo, y el trueno ruge con una continuidad de sonido, que nosotros, los hijos de un clima mas benigno, apenas podemos formar idea; y donde, en la estacion de lluvias, tales torrentes caen de los cielos, y los rios se inflaman tan rápidamente, que los viajeros en estos dias tienen que andar con el agua á la cintura, ó se ven compelidos á refugiarse en un árbol elevado, ó á dormir en el fango que la corriente deja vacío al retirarse.

Mas de una vez los Padres á duras penas escaparon con vida de estas terribles inundaciones. En una ocasion, se cuenta que el Padre Ortega despues de andar por algun tiempo con el agua hasta el medio del cuerpo, se vió obligado á refugiarse con sus compañeros en un árbol. Por tres dias con tres noches la corriente continuó elevándose, y tuvieron que sufrir el hambre con sus consiguientes de debilidad y agotamiento de fuerzas, entre tanto que el trueno y el relámpago, y el impetuoso viento que nunca cesaba, añadiá nuevo y espantoso terror al horror natural de su posicion. Tambien llegaron las fieras de la selva á agruparse alrededor de su lugar de refugio; serpientes de todas especies, culebras de cascabel y víboras flotaban en las aguas; y un enorme reptil vino á enrollarse en una rama cerca de la en que el Padre Ortega se habiá colgado. Por algun tiempo observó su terrible vecino esperando por momentos que le devorase; sin embargo, la rama rompió afortunadamente bajo el peso del reptil y le llevó la corriente en variada direccion. Pero no

era la ansiedad mayor del Padre Ortega el peligro de su persona; porque en la precipitacion de la primera alarma, los indios que le acompañaban habian desgraciadamente elegido un árbol muy pequeño para su seguridad; y sus desesperados quejidos, cuando de tiempo en tiempo se veian obligados á retirarse á las ramas mas elevadas, á causa de que el torrente crecia cada vez mas, llegaban á los oidos del Padre á través de las irritadas aguas, y penetraban su corazon con el dolor. Así permanecieron hasta la media noche del tercer dia: entonces un indio, nadando hasta los piés del árbol, llegó á suplicar al Padre fuese en auxilio de sus compatriotas, que en su mayor parte estaban espirando. El Padre se preparó á hacerlo, pero primero ató á su pobre catequista, que ya no tenia fuerzas para asirse por sí mismo, á la mas robusta rama que pudo descubrir; y entonces, arrojándose en las aguas se dirigió al árbol donde sus pobres compañeros espiraban. Estaban casi en su postrer suspiro cuando llegó y colgados á las ramas gastando el último y desesperado esfuerzo: dichosamente pudo escalar el árbol, y en esta estraña y peligrosa posicion, con un desenfrenado viento rugiendo sobre su cabeza y las aguas del torrente agitándose á sus piés, recibió su confesion de fé, y los bautizó uno por uno; y uno por uno con una sola escepcion cayeron en la corriente para no volver á verlos. Habiendo llenado su deber de esta suerte, como ninguno le puede llenar como no sea un sacerdote católico, volvió al lado de su catequista; poco despues se retiraron las aguas y pudieron continuar

su camino. Pero Ortega llevó consigo un trofeo de aquel glorioso dia en una herida, que no habiendo sanado nunca, fué para él el manantial del sufrimiento y del mérito hasta los últimos dias de su existencia.

Todos estos peligros y otros semejantes eran mucho menos terribles todavía, y se revelaban mucho menos contra la naturaleza humana, que los que esperaban á los Padres que emprendieron predicar, á los caníbales indianos. Por la paz y consuelo que reinaba en las cuatro reducciones ya fundadas, habian llegado á ser el objeto del deseo de todas las otras tribus, y una de ellas se presentó al gobernador en solicitud de pastores para constituirse en congregacion. Eran notoriamente caníbales, y aun el Obispo dudó enviar entre ellos algunos de los pocos misioneros de que podia disponer, y á quienes sentia de este modo ligar á una muerte casi cierta, sin un adecuado éxito para compensar su pérdida. En este conflicto el gobernador llamó al Padre Torres, y le dijo que no tenia mas esperanza que en el celo de sus religiosos. Recibió la contestacion al instante. Torres reunió todos los Padres en el colegio y les manifestó en pocas palabras los temores y presentimientos del Obispo; entonces fijando los ojos en Lorenzana, el rector, añadió: «Padre mio, como el Señor una vez dijo á Isaías, ¿á quién enviaré y quién querrá ir?» Arrojándose inmediatamente á los piés de su Provincial, el rector respondió en las mismas palabras de aquel profeta: «Aquí estoy; enviadme.» El Padre Torres levantó y abrazó al hombre cano, ya viejo

en los trabajos de la mision; todos en la ciudad admiraron su valor; y acompañado de un sacerdote jóven de la Sociedad, que se consideró muy dichoso en que se le permitiera unirse á él, salió el Padre Lorenzana á su peligrosa empresa.

Edificaron ellos mismos una choza y una capilla: las paredes eran de barro, el techo construido de hojas y ramas, y allí habitaron en medio de las «tolderías» ó cabañas de los caníbales á quienes iban á convertir. Poco á poco habia pasado un año; y salvo algunas tretas para asesinar á los misioneros, que felizmente se descubrieron á tiempo, nada ocurrió de consecuencia. Entonces la conversion de dos gefes creó alguna sensacion en el pueblo; una mujer con su hija se acercaron pidiendo el bautismo; pero su marido, contra cuya espresa prohibicion habian obrado, buscó una tribu pagana y la indujo á atacar uno de los pueblos cristianos, declarando que nada menos que la sangre del último cristiano indio servida en el cráneo del último sacerdote cristiano podia saciar su venganza. Dichosamente nunca saboreó su feroz deseo: los cristianos salieron victoriosos en la pelea que siguió despues; y habiéndose convertido muchos de aquella tribu, Lorenzana los removió para seguridad á un lugar mas alto del pais, donde se edificó una iglesia y se fundó una nueva reduccion bajo el nombre y patronato de San Ignacio.

Esta fundacion era la quinta en órden; y mientras Lorenzana estaba ocupado en su complemento, el Padre González, despues de haber hecho cosas admirables entre los indios residentes en las orillas

del Paraná, emprendió ascender el Uruguay desde su boca hasta su manantial. Este rio, de mil millas, nace como un pequeño riachuelo en la Sierra de mar, la montaña que costea los mares del reino del Brasil; y bajo el nombre de Pellotas corre por una considerable distancia hácia Poniente entre las orillas de macizas y puntiagudas rocas. Despues toma el nombre del Uruguay: así como avanza, innumerables pequeñas corrientes hinchan sus aguas, hasta que llega á hacerse un grande y poderoso rio, navegable por no pequeñas naves aun arriba del Salto-grande, ó gran caida, que yace á medio camino entre el Ibicui y el rio Negro, el mayor y mas importante de sus arroyos tributarios. En estas solitarias aguas se embarcó Gonzalez con unos pocos indios que le acompañaron como guias; y aunque no cumplió del todo cuanto se habia propuesto, sin embargo, lo mismo que habia sucedido con frecuencia á otros de sus hermanos, dejó descubierta una vasta estension de pais desconocido á las futuras investigaciones de los colonizadores. La provincia llamada Tapé, situada entre el Brasil y el Uruguay, fué la principal escena de sus labores. Los indios de este distrito, que constituian una rama de los Guaranís y hablaban su lenguaje, eran naturalmente de suaves y dulces disposiciones; pero habitando en un pais montañoso, poseian todo el amor á la libertad inherente á los montañeses. Esto al principio los hizo mal dispuestos á oir á Gonzalez; pero no tan pronto los convenció de que su libertad estaria á salvo en sus manos, cuando se desvaneció desde luego toda repugnancia y se congregaron en

tropeles á escucharle. De todos los pueblos de la América del Sur probaron ser los mas dóciles en la recepcion del Evangelio. y los mas fieles en su adhesion. Sus reducciones llegaron á ser tan numerosas en las orillas del Uruguay, que dieron su nombre á todos los demás establecimientos cristianos en aquella provincia: y de esta suerte el Padre Gonzalez sin pérdida (como sucedió) de otras vidas mas que la suya y las de otros dos compañeros, primero esploraron aquella vasta estension del pais, y despues la redugeron al dominio de la corona de España.

Llamado el Padre Gonzalez por sus superiores, se vió obligado por algun tiempo á dejar las nuevas reducciones al cuidado de sus dos compañeros, y cuando volvió en el siguiente año, fué solamente (en el estricto sentido de la palabra) para dar su vida por el rebaño que habia sido confiado á su cuidado. Las reducciones fueron atacadas por una partida de paganos; y como ni él ni los otros Jesuitas que con él estaban, consintieron abandonar á sus hijos espirituales, fueron muertos en el *mêlé* que siguió despues. Pronto fué enviado otro Padre para suplir su falta, y tambien fué apedreado por los indios hasta dejarle muerto; pero esta vez el asesinato fué vengado, porque los cristianos habitantes de las otras reducciones, habiéndose unido á unas tropas de caballería española, que atacaron y derrotaron los salvajes enemigos, recobraron los cuerpos de los Padres mártires, los llevaron en triunfo á la ciudad de Asuncion, y los enterraron allí con todas las señales de honor y respeto.

No es de sorprender que viendo la admirable facilidad con que las reducciones se habian formado hasta entonces, hubiera antes de estos acontecimientos ocurrido á los Padres Jesuitas la idea de una república cristiana, donde, lejos de las habitaciones y actos de los colonizadores, el espíritu de la primitiva Iglesia se reanimara entre las nuevas naciones del mundo nuevamente descubierto. Razon bastante tenian para desear remover la obra en que estaban empeñados, fuera del alcance de la intervencion europea, habiéndoles enseñado una larga esperiencia que era imposible absolutamente convertir á los naturales, mientras que estuviesen en inmediata proximidad de sus señores españoles; las ilegales y tiránicas reclamaciones de estos á los servicios de las mas independientes tribus, su crueldad con todas, sus crímenes por los que desmentian directamente la religion que profesaban; cualquiera de estas circunstancias sola y separada, hubiera sido razon suficiente para semejante proyecto; pero todas juntas hacian indispensable el suceso. Ya se habia recurrido en forma á Felipe III de España; y este monarca, siguiendo el ejemplo de sus predecesores, que cada cual habia echado el peso de su poder de parte de la libertad y religion, respondió á la instancia con un rescripto, por el que se autorizaba á los Jesuitas, no solo preservar los indios convertidos del yugo de la encomienda, sino tambien ponerlos enteramente en congregaciones de tal modo, que quedasen separados de una manera eficaz de todo contacto con los colonizadores. El solo rumor de este permiso fué completa-

mente bastante para levantar la indignacion de los españoles; pero seguros en sus buenas intenciones, los Jesuitas permanecieron firmes, y á las amenazas ó acusaciones solamente respondian que con los indios ya en posesion de los colonizadores no querian mezclarse, porque estaban lastimosamente convencidos que sus trabajos, á lo menos por entonces, hubieran sido perdidos en unos hombres á quienes el mal ejemplo habia corrompido y la crueldad habia desesperado; y que sus intentos serian mejor dirigidos á aquellos que nunca habian sufrido el yugo de los españoles, ó le habian desechado enteramente. Pero á pesar de lo razonable de la respuesta, no podia satisfacer los avaros colonizadores; y á tal punto llegó este descontento, que por último fué enviado Francisco Alfaro en concepto de visitador de España para arbitrar entre las partes contendientes.

Llegó este á la ciudad de Asuncion por agua; y así como la barca se deslizaba por las estraviadas vueltas del ancho y plateado Paraguay, se encontró con una cuadrilla de indios cristianos. Estos adornaron la nave que conducia á Alfaro con ramas y flores con la esperanza de ganar su simpatía y proteccion para su pueblo. El jóven indio que mandaba la partida hizo sus cumplimientos con grave posesion de sí mismo, y respetó é invitó al visitador, á quien acompañaba el gobernador de Paraguay y el provincial de los Jesuitas, á concluir el viaje en su bote. Así lo hicieron; y al llegar á la ribera, encontraron al padre del jóven gefe indio, que era uno de los caciques del pueblo y que lleva-

ba consigo á su hijo mas jóven, un niño de dos años, con objeto de que le bautizase el Padre Torres. El visitador español aceptó benignamente el oficio de padrino, oficio que sin duda era mas fácil de desempeñar que el que le habia llevado á la ciudad; porque la práctica de la encomienda habia producido tal sistema de absoluta servidumbre, que ni la autoridad del rey, ni las representaciones del Obispo, ni los esfuerzos del gobernador y magistrados, habian hasta entonces sido capaces de reprimirla. Sin embargo, Alfaro hizo su deber; y despues de largas y sufridas investigaciones del caso, publicó un decreto prohibiendo perentoriamente la esclavitud de los indios; pero la oposicion á este mandato, fué de tan violenta y tan amenazante naturaleza, que por algun tiempo á lo menos se vió obligado á modificarle, permitiendo el trabajo forzoso de los indios por espacio de un mes, bajo la condicion de que recibirian el salario propio y equitativo durante el resto del año. Aun esta concesion la hizo con repugnancia, pues tuvo cuidado de ligarse á los términos del rescripto real, esceptuando todos los indios guaranís y guaycuros ya convertidos ó que lo fuesen en lo sucesivo por los Jesuitas. Tambien manifestó deseos de asignar á los Padres el mismo sueldo que se acostumbraba dar á los sacerdotes seculares; pero el Padre Torres, considerándole escesivo para religiosos, rehusó aceptar mas que la cuarta parte de la suma. Este desinterés le ganó una corta popularidad entre sus conciudadanos; así es que dejó de existir con la misma rapidez que habia aparecido: Alfaro apenas habia regresado á la ciudad antes

que sus habitantes se sublevasen y espeliesen á los Jesuitas, como los autores, ó á lo menos la causa móvil del decreto que los habia herido á lo vivo.

No mucho despues, sin embargo, uno de los ciudadanos, tocado de remordimientos, se presentó ante el gobernador, y en presencia de todos sus esclavos, á quienes habia mandado acompañarle, prometió no solo adherirse fielmente á las condiciones prescritas en el decreto. sino tratar en lo futuro los indios mas bien como hijos que como esclavos ó criados. Tan noble retractacion del error, produjo naturalmente una reaccion en la opinion: los Jesuitas fueron llamados otra vez á Santiago y Córdoba, como tambien á Asuncion, y por algun tiempo á lo menos los pobres indígenas recibieron un trato mas cristiano de parte de sus señores. No fué á la verdad mas que un pasajero resplandor del sol en medio de densas nubes; pero, tal como esto era, los naturales estaban convencidos de que lo debian enteramente á la firmeza con que los Jesuitas abogaban por su causa; y poco es de admirar que los que eran ya cristianos se ligasen con mas grande amor y confianza que antes á sus santos protectores, ó que aquellos que aun vagaban indómitos sin convertirse, los invitasen con ansiedad para colocarse entre ellos.



CAPITULO III.

PRIMERAS FUNDACIONES.

Paraguay.—Carácter y hábitos de los naturales.—La obra de conversion y civilizacion.—Descripcion de una reduccion.—Su gobierno interior.—Ocupaciones de los misioneros.—Reglamentos acerca de la propiedad y el comercio.

El Paraguay, ó el «rio coronado,» que es la significacion de la palabra en algunos dialectos indianos, nace en los 13 ½° latitud Sur; al pasar por los ricos territorios brasileños del Grozzo norte y Cuyaba, recibe el Pilcomaya y el Vermejo en su camino, baña la provincia á que dá su nombre por una distancia de seiscientas millas, y entonces pierde su nombre y se identifica, cerca de la ciudad de las Corrientes, con las olas del Paraná.

Muy bella y fértil es la tierra que existe entre estos rios hermanos. Las grandes praderías, abrigadas por árboles y bañadas por innumcrables riachuelos, son de un verde esmeralda tan vivo como los pastos de Inglaterra; los collados y eminencias

de suave pendiente, que brillan con toda variedad de matices que los árboles del bosque y floridos arbustos les prestan, ahora se deslizan dulcemente en risueños valles, despues cercan profundos lagos que tan frecuentemente se presentan al viajero con bella sorpresa, y los ocultan de todo menos del azul del cielo que se refleja en su seno. La palmera con todos sus orientales asociados de grandeza y hermosura, alza su magestuosa cabeza sobre las calorosas llanuras; allí tambien el naranjo cede su doble don de fruto y de flor, y la higuera despliega sus hojas verde oscuro, y ofrece al sediento pasajero su deliciosa fruta sin precio ni molestia; entre tanto que los montes se hallan provistos de todos los mas nobles y provechosos árboles de que la América meridional puede jactarse. La algarroba, igual en apariencia y valor al roble británico, y el lapato, que se tiene por de mas duracion que los anteriores; el moral silvestre, el palo de víbora, que con su corteza y jugo produce una cura infalible para la mas mortífera mordedura de la serpiente; el cebípiro y el curipaiba, escelentes para curtir; el aromático cinamomo. Despues en el bajo monte, la blanca y florida acacia, el árbol del paraiso como un roble montés, con su flor de escesiva fragancia, y sus racimos de ricas bayas ambarinas; el árbol de incienso que dá su olor á la pastilla, el palo-santo con su goma perfumada. Estos y otros mil forman zarzales de flor y fragancia bajo los mas magestuosos árboles del bosque, donde la pasionaria enrosca sus trenzas de caña en caña, y otros muchos coloreados parásitos adornan las mas elevadas ramas con

flores y follaje, y la delicada planta del aire, colgando de la solitaria roca, flota entre la brisa y la llena del olor de sus pendientes flores. En aquellos suntuosos montes andan con paso magestuoso criaturas bellas ó dañosas, ó ambas cosas á la vez. Las ardillas y los monos saltan y cotorrean en las retorcidas ramas; el leon, la onza, ó tigre de la América del Sur, se esconden en sus solitarias jungias; y toda especie de reptiles viven allí en sus húmedos pantanos, desde la mortífera culebra de cascabel y bóa constrictor, hasta la culebra de bejuco, que es del color del árbol, de donde toma su nombre, y hasta tal punto semejante, que el incauto viajero, tomándola por una rama seca del árbol, la agarra antes que descubra su terrible error. Mas tal es el número de animales que viven en los bosques de la América Meridional, que se necesitarian muchas páginas solamente para nombrar los insectos, pájaros y reptiles que hácia la tarde llenan el aire con sus murmullos de ásperos sonidos, hasta que casi parece que cada hoja es una cosa viviente, que ha levantado su voz para aumentar la disonancia. Azaro describe no menos de cuatrocientas nuevas especies de las emplumadas tribus que habitan en Paraguay; el águila y el buitre frecuentan sus peñascos; los cisnes blancos y negros, y flamantes rojos, se bañan en sus cristalinas aguas; y toda variedad de papagayos, con los lampiros de resplandecientes alas, brillan como joyas en medio del oscuro follaje de los bosques.

Era en los aun no pisados é incultos lugares de esta preciosa tierra donde los Jesuitas situaron las

reducciones en su mayor parte; y en el año de 1629 habian ya conseguido fundar veinte y una; algunas en la provincia de Guayra, ó en las orillas del Paraná, y otras tambien en las del rio Uruguay, cuando la aparicion de un nuevo enemigo en Guayra amenazó deshacer lo que estaba hecho, y rechazar los indios convertidos á sus guaridas, con un aborrecimiento ardiendo en sus pechos hácia sus europeos opresores, todavía mas atroz que el que hasta entonces habian abrigado.

En lugar de continuar, sin embargo, desde luego en esta desastrosa era de su historia, tal vez sea interesante al lector una sucinta relacion de la manera con que los Jesuitas comenzaron estas fundaciones, y de las leyes y reglamentos con que despues las constituyeron en sociedades civilizadas. Ya se ha dicho, que desde el principio hasta el fin los obstáculos con que tuvieron que luchar fueron innumerables; y si el mas insuperable surgió de la mala conducta y rapacidad de los españoles, habia tambien mucho en los hábitos y carácter de los mismos indios para añadir dificultades á la empresa. No acostumbrados á otra autoridad que el flojo mando de un gefe elegido, cuyo poder era fácil eludir removiéndose de la tribu; acostumbrados á correr sin rémora los bosques y fortalezas de su poderosa tierra, y sus desiertos, á un tiempo su cuna, su lugar de habitacion y su tumba, era igualmente dificultoso convencerlos de las ventajas de un modo de vivir establecido, que acostumbrarlos á los hábitos de industria impuestos por su adopcion. Su religion era de muy vaga especie; porque la mayor parte creian en una

deidad suprema y en la existencia del alma despues de la muerte, hecho suficientemente probado por el cuidado que ponian en colocar en la tumba arcos, flechas y provisiones, con objeto de que sus ocupantes pudiesen atender á sus necesidades en el mundo para donde partian. Sus sacerdotes se llamaban «maponos,» y ordinariamente hacian tambien el oficio de médicos, pero por regla general no tenian forma esterna alguna de culto; y mientras algunos adoraban los diablos ó ídolos que ellos llamaban manacicas, y otros adoraban el sol y la luna, todos eran supersticiosos consultando los cantos de los pájaros y los gritos de ciertos animales como augurios para guiar su conducta. Se ha dicho algunas veces, que el salvaje americano tenia una tradicion confusa de la redencion, creyendo en la encarnacion de uno que llenaria el mundo con milagros, y despues ascenderia al cielo; pero es imposible afirmar cuánto tiempo hacia que tenian esta idea, si la tenian.

Se alimentaban principalmente de pescados, raices, miel y todos los animales que podian coger con lazo ó matar con el arco y la flecha. La caza era por tanto una de sus primeras ocupaciones; entre tanto que la guerra, necesaria consecuencia de estar divididos en innumerables pequeñas tribus, puede designarse como su diversion principal; y los prisioneros cogidos en estos entretenimientos, siendo la mayor parte muertos y comidos, unian á la natural negligencia del salvaje por la vida humana, la sed feroz de sangre humana que pertenece esclusivamente al caníbal. Por esta razon los europeos

que se acercaban á ellos estaban contínuamente en peligro de esta suerte, la mas indigna á los ojos del hombre; pero esta consideracion ni un momento retardó los pasos del misionero, ó encadenó la libertad de sus acciones para la conversion de las almas. Con su breviario por único tesoro, y un báculo, con una cruz por única arma, algunas veces con algunos indios convertidos como intérpretes y guias, otras con solo un Hermano lego ó un segundo Jesuita para hacerle compañía, salió para la mision. Su alimento eran raices y frutas, ó algo de maiz que llevaba consigo; su cama era la tierra, ó una estera delgada para protegerle de las mordeduras de los reptiles de que abundaban aquellos salvajes lugares; y tenia que escalar escarpadas y pedregosas montañas, y vadear pantanos y lavajos sin senda, pasar lo mejor que podia lagos y rápidos rios, ó hacerse camino por entre millas de bosques vírgenes antes que pudiese alcanzar los salvajes á quienes deseaba convertir y salvar. Cuando se hallaba cerca de sus guaridas, varios é ingeniosos, y tentadores á la vez del entendimiento y del cuerpo, eran los espedientes con que intentaba reunirlos alrededor suyo. Algunas veces valiéndose de la ventaja de su conocido amor á la música, iba cantando por los bosques; y cuando eran atraidos por los sonidos, el piadoso cántico se cambiaba en una exhortacion, que revelaba los motivos de ir entre ellos esplanando breve pero claramente los artículos del credo cristiano. Mas frecuentemente, sin embargo, los Jesuitas llevaban rebaños de ganado, corderos y cabras, algunas veces hasta la distancia de doscien-

tas ó trecientas leguas. Este plan reunia doble ventaja, porque no solo los habilitaba para atraer á los indios con la perspectiva de la abundancia, sino tambien proveer el establecimiento y sostenerlos en él hasta persuadirlos á trabajar por sí mismos. «Dadnos de comer,» decian con frecuencia, «y estaremos con vosotros todo el tiempo que querais.» Y para colocarse en la posibilidad de verificarlo así, y de este modo convencerlos de la ventaja de vivir en comun, los Jesuitas se vieron en la necesidad de proveerlos de alimento en primer lugar, y despues á costa de duros y penosos trabajos personales, atender á sus necesidades durante el año inmediato.

Muchos de estos hombres religiosos habian nacido para disfrutar de riquezas y posicion en las lujosas ciudades de su pais natal, ó habian sido educados en las guaridas de la ciencia, ganando aplausos en las cátedras de las universidades; pero ahora, poniendo á un lado todo amor al saber y todo pensamiento de comodidades, no dudaron aparecer pobres é indoctos por causa de Jesucristo y su amor de las almas; y de este modo pusieron manos á la obra con ardor, limpiando los bosques, arando la tierra, sembrando cebada, maiz, habas; echando abajo poderosos árboles y llevándolos con el propósito de hacer edificios para los establecimientos; en una palabra, se hicieron pastores, albañiles, carpinteros, labradores, cortadores de leña y aguadores, entre tanto que los indios con las manos colgadas miraban gravemente, y los españoles se mofaban á las claras de la locura de una empresa que, como ellos no podian noblemente participar de ella, estúpidamente

la califícaron de imposible. Pero el tiempo pasó y probó de quién era la razon. El ejemplo fué poderoso donde el precepto solo hubiera sido ineficaz; y cuando en el tiempo de la cosecha el salvaje probó los frutos de la faena de que fuera testigo, pero á la cual sábiamente no habia sido compelido, comenzó á comprender algo de las ventajas que podia reportarle un establecido modo de vivir y trabajar. Desde aquel instante comenzó la obra de la civilizacion; y ganados primero para el órden y despues para Dios, los indios pronto ocuparon sus puestos naturales en la colonia como obreros y artesanos, entre tanto que sus venerables maestros pudieron ya volver otra vez á su vocacion; la salvacion de las almas. El primer cuidado, tanto del Pastor como del pueblo, era la iglesia, que en el principio se edificaba de madera, pero en mejores tiempos de piedra; y aunque al principio se contentaban con hacerla solamente decente, en un período posterior ya fueron capaces por los talentos de sus neófitos á hacerla magnífica, á lo menos á los ojos de aquellos para quienes se destinaba. Despues de tiempo, los naturales llegaron á la verdad á hacerse los mejores artífices, y entre las estátuas y pinturas, frecuentemente dones reales que se enviaban de Europa, las obras de los pobres indios no ocupaban por eso un deshonroso lugar en la iglesia de sus reducciones.

La forma de la aldea, que con el tiempo crecia alrededor de este sagrado edificio, fué siempre la misma, formando la iglesia y colegio de los Jesuitas un lado de un gran cuadrado, y los otros tres compuestos de las chozas de los indios con corredores,

edificadas con fachadas de piedra para protejerlas del viento y de la lluvia. De cada ángulo de este cuadrado divergian en ángulos rectos, calles derechas y uniformes; y así como la necesidad lo hacia sentir, se añadian talleres, almacenes y graneros. El cementerio, cercado de pared y plantado de palmas, cipreses, y otras varias especies de floridos arbustos, se situaba siempre cerca de la iglesia; y un ancho paseo rodeado de naranjos y cidras con una gran cruz en cada estremo y otra en el centro, en la cual el entierro hacia alto para cantar los salmos, conducia á una capilla, donde se celebraba Misa todos los lunes por el descanso de los muertos. Constituido de este modo, el lugar estaba rodeado de las chacaras ó plantíos de los indios, entre tanto que dentro de estas y donde quiera alrededor del establecimiento, estaban deseminadas pequeñas capillas, con objeto de las procesiones, en conexion con la iglesia y entre sí por anchas calles de pinos, palmeras y naranjos.

Una vez fundada la mision y puesta en marcha, se nombraban dos Jesuitas para atender á sus necesidades; el uno siempre con la capacidad de un cura párroco, y el otro solamente en el concepto de su ayudante. Ambos eran elegidos en primer lugar por su superior inmediato, quien presentaba una terna al gobernador; este podia elegir entre los tres, pero sujeto sin embargo el nombramiento á la aceptacion del Obispo; mas generalmente hablando, estos dos funcionarios cedian sus justos derechos en favor del provincial, á quien se debia suponer mejor enterado de las cualidades de sus súbditos para las mi-

siones particulares á que habian de ser enviados. Ni tampoco el sacerdote era nombrado en el concepto de que iba á ejercer un mando absoluto; porque estaba sujeto al superior de las misiones, cuyo deber era visitarlas continuamente, y que á su vez estaba tambien colocado bajo la autoridad del provincial.

Ambos Padres Jesuitas y tambien sus neófitos reconocian, con el resto de los fieles, la jurisdiccion del Obispo en cuya diócesis estaba situada la reduccion. Este prelado los visitaba en ocasiones con el objeto de administrar la Confirmacion, y con mas frecuencia lo habrian hecho á no ser, por las espensas y dificultades consiguientes á tales viajes; teniendo frecuentemente que viajar al efecto mas de seiscientas millas por un desierto, donde no se veia ni una aldea ni una casa de habitacion, y que eludir los ataques de los caníbales y las fieras. A la verdad los neófitos hacian cuanto podian por facilitar las dificultades de la visita, enviando á las veces una escolta á encontrarle y guiarle por los pasos menos frecuentados; y además de surtirle de provisiones, aun se ocupaban de facilitar el camino para su mas cómodo acceso. Todo el tiempo de su estancia entre ellos era de grande festividad; no eran los Jesuitas los menos alegres en la ocasion, habiendo frecuentemente sucedido suplicar y casi insistir en su presencia, como el único medio de justificarse de las inicuas sospechas que, así como los años pasaban, se esparcian tan lejos, y tan profundamente se arraigaban, que con frecuencia iban á parar hasta en las mas elevadas esferas del gobierno, tanto ecle-

siástico como laical. Cualquiera que fuesen los sentimientos con que el Obispo algunas veces haya entrado en las reducciones, nunca las dejaba sin los de la mas grande admiracion, y aun lágrimas de alegría y gratitud al Dios Todopoderoso que habia hecho uso de los Padres de la Sociedad de Jesus para cambiar los pobres vagamundos de los bosques y devoradores de su propia especie, en cristianos prácticos, y buenos y provechosos súbditos del Estado. Nada, en efecto, mas moderado y juicioso podia haberse puesto en práctica que el sistema por el que se habian adquirido aquellos resultados; nada mas calculado para promover los verdaderos intereses de la madre pátria por el pacífico y permanente cultivo de la nueva, y nada á la verdad mas á propósito para asegurar la verdadera libertad y conversion de los mismos indios, pues que abandonados á su suerte, hubieran sido incapaces de recoger los grandes beneficios de la civilizacion á que habian sido introducidos por la lenta pero segura guia de la mano de un Padre.

Frecuentemente se ha afirmado, y á la verdad se presupone casi siempre por autores enemigos á la Sociedad, que los Jesuitas mandaban á sus neófitos sin relacion alguna al imperial poder de España; sin embargo, estaba muy lejos de suceder así, porque los indios reconocian al monarca español como su soberano en la tierra, y pagaban un tributo fijo como cualesquiera otros súbditos. La suma era en efecto pequeña, y pagadera solamente por aquellos que habian llegado á su vigésimo y no habian tocado en el quincuagésimo año; pero la ténue natura-

leza del tributo no se debe atribuir á falta alguna de lealtad de parte de aquellos que le pagaban, sino mas bien á la clemencia de los reyes de España, que en este y en todos los demás pactos con las reducciones, invariablemente demostraron su generoso y verdadero real deseo de facilitar la conversion de los indígenas, aliviándolos en lo posible de la carga de dependencia. Además fué por esta intencion y á solicitud especial de los Padres Jesuitas, como el monarca constituyó á los indios encargados á su cuidado, sus propios é inmediatos vasallos; por cuyos medios los libró de la cruel y ruinosa esclavitud de la encomienda, no concediendo á ningun español derecho á exigir directamente servicio personal á cualquiera poseedor de la tierra, bajo la autoridad de la corona. Gustosamente tambien, cuando el sistema de encomienda resultó ser un error, hubiera estendido la misma inmunidad á los otros indios del pais; pero el mal se habia esparcido tan estensamente y arraigado con demasiada profundidad para admitir un remedio tan sencillo. Habia sido esperimentado ya y descubierto su inutilidad en las manos de mas de un visitador despachado por la córte de España, y la esperiencia demostraba que los Jesuitas tenian razon desde el mismo principio; igualmente cuando decian que solamente donde los indios convertidos se pudiesen guardar de una manera eficaz de todo contacto con los colonizadores, era como podian tener una ligera probabilidad de escapar del yugo de la servidumbre.

Si, no obstante esto, el rey recogia poca riqueza material del tributo entonces pagado por los indios,

alcanzó un aumento en otros términos, y por menos opresivos medios. Siempre estuvieron prontos á prestarle servicio; y ya para trabajos públicos, ya para la guerra, el gobernador pudo en algun tiempo levantar entre ellos cuerpos de cinco ó seis mil hombres, que durante todo el período de su empeño eran vestidos y alimentados por sus reducciones sin costar al gobierno una sola peseta.

El gobierno civil de las reducciones se sostenia por funcionarios nativos; el cacique, corregidor y alcaldes, eran siempre de eleccion de los indios, quienes se sometian con mas facilidad á un poder que tenia de este modo la apariencia á lo menos de ser originado de ellos, aunque, por consiguiente, sus actos y decisiones se guiaban y gobernaban, en especialidad en el principio, por los Padres de la mision. De estos uno permanecia siempre en el lugar para el cuidado é instruccion de los neófitos residentes; entre tanto que el otro hacia escursiones en el pais para vigilar los indios ocupados en el trabajo de los plantíos, é instruir aquellos que por tal ocupacion no habian podido estar presentes á la pública instruccion que se daba á los catecúmenos. La asistencia de los enfermos era tambien uno de los mas incesantes y árduos deberes de ambos sacerdotes; porque nuevamente convertidos como los indios eran, y no acostumbrados á los hábitos de la vida civilizada, no solo estaban muy frecuentemente predispuestos á contraer enfermedades, sino que toda enfermedad hacia con certeza su efecto ordinariamente en sus debilitadas constituciones. Una vez que el mal se habia apoderado de un individuo, no

tenia fuerza este para resistirle. Aun en salud, ó mejor dicho, en tiempos comparativamente saludables, habia siempre de doscientos á trescientos enfermos en una reduccion que contenia ocho mil almas; pero si la fiebre ó las viruelas (el fatal don de Europa), se situaba una vez entre ellos, aparecian las casas llenas de enfermos y moribundos. Cientos desaparecian en el curso de algunas horas, y hubo no pocos ejemplos de la total despoblacion del distrito En tales ocasiones todo el trabajo de espiritual y corporal piedad, como cosa corriente, caia en las manos del sacerdote. Dia por dia, y uno por uno visitaba este sus pacientes, y cada cual era atendido con tanta diligencia y ternura, como si no hubiera cientos de desgraciados á su alrededor que habian de recibir la misma especial y voluntaria bondad. Era además un deber necesario en el sacerdote procurar que las habitaciones de los enfermos fuesen conservadas en un estado conveniente de limpieza; su alimento y medicinas las preparaba en su propia casa, y aun con frecuencia eran administradas por sus manos; en resúmen, tenia que mirar por el enfermo, preparar el moribundo para su cercano fin, y no con poca frecuencia cavar su sepultura. La compasion hácia el enfermo no era una espontánea virtud entre los indios; tenian demasiado horror á las enfermedades para demostrar mucha ternura al paciente; y donde quiera que habia alguna apariencia de contagio, especialmente cuando quiera que habia la menor sospecha de viruelas, casi siempre abandonaban el sitio, huyendo las madres de sus mismos hijos antes que correr el riesgo de este asqueroso mal. Por eso

tanto en los indios civilizados como en sus mas bárbaros hermanos de los montes, el intrépido sacrificio de sí mismo de los Jesuitas trabajaba con admirable efecto; y á pesar de su terror, los salvajes no convertidos se acercan al pueblo invadido por la peste, para observar aquellos hechos de caridad que nunca habian visto antes en su tierra; y frecuentemente los ganaban para la fé, cuando los ruegos, la instruccion y las exhortaciones no habian tenido efecto. Las demás ocupaciones de los misioneros consistian principalmente en ejecutar los servicios públicos de las congregaciones, diciendo Misa, catequizando, dirigiendo el rosario y oraciones nocturnas, dando instruccion en varias escuelas de niños y niñas, vigilando los adultos en los talleres y plantíos; todo lo cual, con la asídua y frecuente asistencia al confesonario, no solo los ocupaba todas las horas del dia, sino tambien mucha parte de las de la noche.

Se habia establecido la comunidad de bienes como el primer gran principio en el plan de las reducciones, no solo para llevar estas cristianas sociedades en mas cercana conformidad con la Iglesia primitiva, sino tambien para que obrase como una rémora saludable en la natural indolencia de los indios que, abandonados á sus propios recursos, pronto hubieran sido reducidos á la pobreza; cuando haciéndolos responsables á la comunidad del resultado de sus trabajos, este cuerpo tenia cuidado, mirando por su propia conservacion, de que el indio contribuyese con su cuota al almacen general.

Sin embargo, los Padres no permitian que esta

regla se llevase tan allá, que privase á los neófitos de aquel estímulo á la industria, que sin duda existe solamente en la posesion de propiedad privada. Por eso á cada indio se asignaba una porcion de tierra para su especial cultivo; y como él la tenia libre de renta y con la sola condicion de pagar el ánuo tributo al rey, era rico en proporcion de la diligencia con que la cultivaba. Al principio de la estacion de la sementera recibia cierta cantidad de semilla con la obligacion de volverla exactamente despues del tiempo de la cosecha; un par de bueyes se le daban tambien con la misma obligacion de devolverlos; haciéndose necesaria absolutamente esta precaucion por el hecho de que si los naturales los considerasen suyos, los matarian y comerian en cualquier accidental escasez que pudiera ocurrir. Era tan grande á la verdad su natural disgusto hácia el trabajo, y su propension á satisfacer sus necesidades con lo primero que hubiesen á la mano, que al principio fué necesário nombrar sobrestantes elegidos entre los mas dignos de confianza y mas conocedores de los indios, no solo para inspeccionar su trabajo, sino tambien para mirar que el ganado no fuese maltratado con escesivo trabajo y falta de cuidado, ni muerto, como se ha dicho, para satisfacer exigencias del momento. Como una precaucion contra la pobreza y la ruina, se dejaba á un lado una grande porcion de la mejor y mas fructífera tierra que pudiese hallarse en la reduccion, que habian de trabajar los niños del pueblo, para que con tan fértil y productivo suelo fuese fácil atender á los que no tenian fuerzas suficientes para el trabajo.

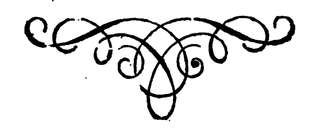
A este plantío le llamaban los indios *tupambaé*, ó «la posesion de Dios,» porque su producto se almacenaba siempre en los graneros públicos, de donde se distribuia despues por los Jesuitas entre los enfermos, los huérfanos, los recien venidos, y todos aquellos que por una ú otra causa no tenian cosecha propia, ó que por la naturaleza de su tráfico estaban incapacitados de atender á la labranza. Se pagaban tambien de este fondo las espensas de los que estaban necesariamente ausentes, tanto por los negocios de la colonia como por requisicion del rey; porque además de los grandes cuerpos de hombres frecuentemente levantados en servicio de este, cientos de indios tenian que residir varios meses en las ciudades españolas para cambiar las producciones nativas con las mercancías de España. Sin tal cambio dificilmente se podia pagar el tributo real, ni el cultivo de la tierra podia conducirse en una escala satisfactoria, porque Paraguay no tenia minas; y el hierro, el mas esencial de todos los minerales, siendo importado enteramente de España, despues de hacer todos los esfuerzos para suplir la falta, era tan escaso y tan querido como considerado la causa del atraso del cultivo, y el impedimento de la introduccion de muchas manufacturas en que los indios hubieran de otro modo probablemente sobresalido. En cambio de estos artículos y otros casi tan apetecibles y provechosos, los naturales llevaban la yerba de Paraguay, hoja empleada con el mismo propósito que el té, y que en el dia bajo el nombre de maté es un artículo de incesante consumo en la América meridional; tabaco, miel, frutas, cueros, pieles, algo-

don, zarzaparrilla, corteza y ruibarbo, cuyas cualidades medicinales de estas dos últimas especies, que son indígenas de Paraguay, fueron pronto descubiertas y conocidas por los Jesuitas. Estas y otras producciones de su provincia eran conducidas por balsas construidas en sus poderosos rios, á Buenos Aires, Santa Fé y otras ciudades españolas, donde se habian establecido factorías por diferentes reducciones. Los indios dedicados á este servicio estaban ausentes por varios meses, y de las sumas obtenidas de este modo. compraban todas las cosas necesarias á la reduccion, teniendo primero sin embargo, como cosa consiguiente, que pagar el tributo anual, que siempre fué llevado á la capital de la provincia y puesto en las manos de un funcionario nombrado á este propósito. No obstante, este tributo no podia decirse en realidad que recibia el rey mas que una parte, toda vez que de ella no solo pagaba los misioneros que enviaba á América, sino que tambien tenia que dedicar algo á la compra de drogas para las reducciones, para el vino y aceite (ambas cosas llevadas de Europa, y dispendiosas), que se necesitaban en la iglesia; como tambien para una campana y todos los vasos sagrados del altar, que siempre regalaba á cada nueva reduccion.

Todas las disposiciones mercantiles de los establecimientos estaban por necesidad en manos de los indios; por eso además de enseñar á los niños á leer, escribir y las artes mecánicas, se les imponia en contabilidad y en el valor de la moneda; tambien recibian una noticia de la naturaleza y aumento de la renta pública.

En el principio de las misiones los Jesuitas hallaron los dialectos de la América del Sur tan numerosos como sus tribus; pero sábiamente resolvieron se emplease un solo lenguaje como medio de comunicacion entre las reducciones, y habiendo fijado el Guaraní al efecto, se enseñaba á todos en las escuelas; de esta suerte ha llegado á ser la lengua del pais, donde se habla universalmente en el dia. En adicion á esto se enseñaba á los niños á leer y entender el español, aunque no á hablarle, temiendo los misioneros promoviese aquella facilidad de comunicacion entre la raza antigua y la nueva que habian hallado por una larga esperiencia ser tan fatal á la segunda. Por la misma razon tambien habian elegido siempre yermos y no frecuentados lugares para su mision; y con el propósito de aumentar todavía mas el alejamiento de los pueblos, obtuvieron un rescripto del monarca español, por el que se prohibia á los europeos visitar las reducciones sin órden del gobernador ó del Obispo, ó permanecer mas de tres dias. De consiguiente estos dos funcionarios estaban exentos de los efectos de la regla, lo que demuestra (aunque se haya pretendido otra cosa), que no habia tendencias á dejar á los Jesuitas con absoluta autoridad en las reducciones. El rescripto simplemente dió el resultado que se apetecia, cual era impedir la comunicacion de los colonizadores por regla general con los convertidos; pero con todo este cuidado y precaucion no siempre los Jesuitas pudieron prevenir que estos fuesen estraviados ó maltratados por aquellos; ni impedir enteramente el escándalo, ó lo que es peor, la con-

fusion entre el vicio y la virtud, que la residencia en las ciudades españolas frecuentemente ocasionaba en el entendimiento de los pobres indios. «¿Cómo nos podeis decir,» esclamaban algunos en una ocasion en que volvian de Buenos Aires, dirigiéndose á su misionero, «que la modestia y la caridad se ofenden por tal ó cual acto, cuando hemos visto que hombres blancos las ejecutan incesantemente sin compuncion?» El pobre Padre solo pudo responder: «¡Ah, hijos mios! no puedo deciros otra cosa que nosotros predicamos á los hombres blancos la misma doctrina que os predicamos. Esta viene de Dios, y es por tanto tan inalterable como El mismo; y si los españoles no la observan, ellos darán cuenta en el tribunal del Juez Soberano, que castigará severamente su negligencia. Sed vosotros, sin embargo, fieles á ella, y sereis mas sábios que los españoles, al mismo tiempo que asegurareis el premio prometido á los que, conociendo la santa ley de Dios, tienen la gracia y la dicha de guardarla.»



CAPITULO IV.

UN DIA EN LAS REDUCCIONES.

Iglesia, escuelas, talleres, etc.—Fiesta del Corpus Christi.—Diversiones.—Hábitos religiosos y morales del pueblo.—Su celo por la conversion de sus hermanos.—Llegada de nuevos misioneros.—Estragos de las viruelas.

Cuando un estranjero, con cartas autorizando su visita, hacia su aparicion en alguna de las reducciones, se le recibia en la iglesia por el superior de la mision; habia un repique de campanas, y los niños y todos aquellos que se hallaban á una distancia practicable se reunian para entonar un *Te Deum* en accion de gracias por su llegada, ceremonia que no estaba exenta de significado, donde los viajes habian sido necesariamente ejecutados en medio de todos los peligros que presentan los bosques y las selvas. Hecho esto, el viajero era conducido á su alojamiento, y si le era señalado en la casa del superior, allí le visitaba con atencion y modestia la

juventud educada por el sacerdocio, y allí tambien hallaria en todas las cosas de esta gravè estancia la regularidad y recogimiento de la vida monástica.

En la mañana siguiente la campana le citaba á la iglesia; y si permanecia por un momento á la puerta del sagrado edificio, observando el pueblo que se reunia en su gran plaza, veria á los hombres ordenarse en un lado, con sus ponchos y sus chupas, blancas en dias de trabajo, pero de variados colores en dias de festividad, y las mujeres al otro, ataviadas con el ancho ropaje flotante llamado tipoi, atado por un cinturon alrededor de la cintura, hecho de algodon ó lana, segun la estacion, pero siempre de color blanco como la nieve; mientras que apoyados blandamente en los brazos de las madres, percibiria muchos pequeños infantes con sus bandas ligadas alrededor de la frente; y en toda esta multitud de hombres y mujeres por mucho que fijase su observacion, no descubriria nada, en palabras, gestos y miradas contradictorio con lo sagrado del oficio divino á que asistian. Cuando la Misa habia terminado, tal vez uno de los Padres Jesuitas conduciria al viajero á las characas ó plantíos donde los hombres se ocupaban de sus labores, y desde aquí pasaria á las escuelas en que á las niñas se las enseñaba á hilar y coser, y á los niños se les iniciaba en varios oficios, y á todos se les enseñaba á leer, escribir y aritmética; y cuando habria visto y admirado á estos jóvenes salvajes tan pacientemente sometidos á la insólita disciplina de la escuela, é intentar dominar la tarea que les habia sido impuesta, posiblemente entonces iria al interior del

colegio para hacerse familiar con todos sus misterios. Usualmente era un estenso pero bajo edificio dominando un jardin en la retaguardia, conteniendo no solo los almacenes y graneros pertenecientes á la reduccion, sino tambien los talleres donde los mecánicos estaban dedicados á sus diferentes oficios. Allí hallaria, conforme pasaba de cuarto en cuarto, sastres, tejedores, ensambladores, zapateros y carpinteros, todos alegremente ocupados en sus variadas tareas; y si la visita se hacia en un lunes, seria testigo de la distribucion de algodon entre las mujeres y niñas para hilarle; mientras que si por el contrario daba la casualidad de ser sábado, veria devolver el mismo algodon ya hilado y listo para el telar del tejedor. Tambien hallaria libros en abundancia, y no solo los que los Padres tenian para su uso, sino tambien aquellos que eran acomodados á la capacidad de sus neófitos, de los cuales estaban ámpliamente provistos por medio de una librería establecida en una de las reducciones mas centrales, de donde se mandaban los volúmenes á las demás; las medicinas se distribuian en igual forma por medio de una botica en la misma reduccion.

Fácil es suponer que nuestro estranjero se veria tentado á visitar los indios en sus habitaciones, y en estas chozas edificadas de barro, con el techo de cañas y ramas, no encontraria una tarea difícil tomar conocimiento de todo el sencillo arreglo de su vida diaria; la hamaca cuidadosamente doblada y apartada por el dia, contentándose su señor con sentarse en el pavimento con las piernas cruzadas; la piedra cóncava para moler maiz ó cazabe, y

todos los aun menos artísticos menesteres de propósito culinario.

Durante estas y otras semejantes investigaciones se disiparia el dia de una manera imperceptible, y al ponerse el sol oiria el sonido de la campana, y otra vez observaria los niños concurrir á la iglesia para un segundo catequismo, habiendo tenido lugar por la mañana el primero. Los adultos llegarian despues para rezar el rosario y las oraciones de la noche; y los niños empleados en el tupambaé se reunirian en la gran plaza para recibir cierta porcion de provisiones, tal vez un suplemento, que llevaban para sus familias. Si un sábado ó un domingo formaba parte de la visita del estranjero, se asombraria, y quizá se edificaria al ver aquellos pobres salvajes, que poco antes no conocian nada de la ley de la conciencia, y que tanto sus dichos como sus actos se habian guiado por solo las propensiones animales, ahora coronar el confesonario con todas las señales de fervor y contricion; pero cuando en el dia siguiente los observara acercarse al sagrado banquete de la Eucaristía, para el cual muchos se habian preparado por diferentes dias de profundo recogimiento, y frecuentemente por actos de voluntaria y heróica mortificacion, cuyo efecto se haria visible en la misma espresion de sus semblantes, se veria tentado á esclamar con gratitud y deleite: «Te reconozco, oh Padre, Señor de cielos y tierra, porque Tú has separado estos seres de todos los sábios y los prudentes, y los has destinado á ser pequeños. Sí, Padre, porque de este modo han parecido buenos á Tu vista.»


A. Vera. R. Alabern

Los moñitos se acercan á la Iglesia al toque de oracion

Si la visita del estranjero sucedia tener lugar en la víspera de una gran festividad, observaria como por una juiciosa mezcla de diversion y la rutina de su vida diaria, los Padres ideaban reconciliar á sus neófitos con un plan de trabajo, que de otro modo seria insufrible á la indolencia de su naturaleza. Si acontecia ser la del santo titular de la reduccion, los habitantes de los dos ó tres mas cercanos establecimientos llegarian con su Pastor, corregidores y caciques á la cabeza, á celebrarla con sus amigos; tambien los sacerdotes de estas reducciones participaban de los trabajos del confesonario con los pastores particulares de la mision, para que cualquiera que tuviese alguna dificultad en confesar con sus superiores tuviese ocasion oportuna de hacerlo; una regla sábia, que los Jesuitas tenian cuidado de poner en práctica en toda su estension, enviando clérigos supernumerarios á todas las reducciones en ocasiones de un jubileo ó indulgencia plenaria.

Si por otra parte la festividad era la del Corpus Christi, cada reduccion la celebraba en su casa, y se anunciaba al medio dia del dia anterior con tambores y clarines; fuegos artificiales y cohetes, á los que eran muy aficionados los indios, iluminaban el pueblo por la tarde, y grandes grupos de niños danzaban alegremente al son de instrumentos de música fabricados por los mismos neófitos, y que muchos de ellos tocaban con gran gusto y sentimiento. En medio de estos anticipados regocijos, continuaban apresuradamente los preparativos para el dia siguiente, ocupándose de ellos semanas enteras muchos indios. Algunos de estos mataban con

sus arcos y flechas tigres y otros hermosos y formidables animales, cuyas ricas pieles eran necesarias para poner como alfombras y tapices ante los altares; otros con el lazo aseguraban viva su presa, y con ella cuidadosamente guardada y encadenada, era la delicia de los indios adornar sus procesiones, tal vez con el mismo espíritu con que los conquistadores de la antigüedad mandaban á sus cautivos hechos en la guerra seguir su carro triunfal. Se construian altares donde habia de reposar el Santísimo Sacramento, y arcos triunfáles bajo los cuales debia pasar se erigian á intérvalos por lo largo de las anchas avenidas de la reduccion, adornados igualmente que los altares, con todo lo que la naturaleza prodiga de bello y suave en aquellos climas meridionales. En ellos se veian guirnaldas de graciosas pasionarias, y ramos de plateada acácia, trenzas de violeta y magníficas lilas blancas, mezclándose con el dorado fruto del naranjo y la lima. Piñas de América esparciendo por todas partes su olor delicioso, y manojos de tamarindos y racimos de maduros plátanos, desplegaban sus mas subidos matices entre la purpúrea fruta de la vid, al mismo tiempo que esta encadenaba con su gracioso follaje el enrejado trabajo de los arcos. Quizá la gacela de ojo vivo y dulce, podria descubrirse alimentándose en medio de aquel tesoro de belleza; ó el jóven tigre pulido asustaria al visitador con sus fieras miradas; ó de una percha donde estuviese atada una larga cuerda describirian airosos círculos sobre su cabeza algunas de las mas raras y mas hermosas de las tribus emplumadas. El águila con su ojo de luz y su rival color

café claro, el rey de los buitres, estaria allí sin duda; y el pavo real con su rico y variado plumaje, y manadas de guainambis y papagayos rechazando los rayos del sol de sus agitadas alas en tintas mas brillantes que las mas preciosas joyas de que el mineral puede jactarse; y cuando la noche azul del Sur se hubiera cerrado sobre todo esto, manadas de luminosos insectos, lampiros como bagámundas estrellas ó chispas de alado fuego, cruzarian velozmente el aire de verano, situándose de cuando en cuando en la flor, en el fruto y en el espeso y entrelazado follaje, haciéndolos brillar como si estuviesen salpicados de polvos de diamante.

Las calles por donde habia de pasar la procesion tambien se alfombraban con flores y yerbas del olor mas suave. Las casas de ambos lados, á la manera de los arcos y los altares, tambien se adornaban con guirnaldas, ó se colgaban con tapices trabajados en aquel trabajo de pluma tan bello, que se juzgaba entonces un regalo no despreciable aun para el rey de España; tan ricos y variados eran los colores y tan estraña y admirable era la habilidad con que estos se casaban; y cada neófito tendria cuidado de poner ante su puerta cestas con maiz, raices, yerbas, granos y todo lo demás, en fin, que habia de sembrar ó plantar en el curso del año siguiente, para que el Señor lo bendijese al tiempo de pasar. Dentro de la iglesia se quemaban perfumes, y se rociaba con dulces aguas, esparciéndose tambien por el pavimento flores, é iluminándose el altar con innumerables luces. Al terminar la Misa mayor, una descarga de mosquete anunciaba la salida de la procesion, y

se llevaba el Santísimo Sacramento bajo un dosel sostenido por los principales indios del establecimiento, mientras que otros seguian en regular órden gremio tras de gremio; y todos, hombres, mujeres y niños elevando sus voces (suaves como es siempre el canto de los indios), en himnos de placer y bienvenida á Jesus vivo.

Cuando con Vísperas habian terminado los oficios religiosos del dia, se reunian los indios en la gran plaza, donde los juegos de varias espécies pronto embargaban toda su atencion. Tirar al blanco y otras pruebas de habilidad con la onda y el lazo, casi siempre eran del número; pero la sortija era el entretenimiento favorito en el concepto de que demostraba no poco la destreza y valor en aquellos que conseguian su objeto. Los preparativos para este juego eran muy sencillos: consistian tan solo en una especie de puerta por donde pudiera pasar escasamente un hombre á caballo, con una sortija suspendida por medio de una larga cuerda en la porcion superior del marco. El caballero corria á todo escape por la puerta, y se adjudicaba el premio al que llevaba la sortija en la punta de su lanza. Parece que la memoria de las antiguas festividades en las reducciones aun dura entre el pueblo; porque en el dia los indios de Paraguay se deleitan en representar los misterios que fueron populares entre nuestros compatriotas y continúan en efecto formando uno de los principales entretenimientos religiosos de los labriegos alemanes. Se erigió un teatro al aire libre; árboles, ó ramas de árboles constituyen el escenario, y allí los indios de ambos sexos ejecu-

tan varios pasajes de la vida de Cristo, y con tal sencilla propiedad (como sabemos por un testigo ocular), que apenas podria esperarse de actores tan inespertos. Segun todas las probabilidades, estas diversiones fueron introducidas por los Jesuitas para familiarizar á sus neófitos con la Historia Sagrada; pero sea de esto lo que quiera, es á lo menos cierto que al fin de una festividad tal cual la hemos descrito, el estranjero se retiraria sin descubrir una persona embriagada, ú oir una palabra colérica; antes bien observaria, despues de un dia de escitacion tal que habria puesto la sangre caliente de los indios hirviendo en sus venas, aquellos pobres neófitos retirarse en paz y oracion á sus casas, sin haber dejado escándalo de palabra ni de hecho que destruyese los inocentes recuerdos del dia.

No es esta una pintura de mera fantasía, ó una descripcion aislada de algun periodo particular de la historia de las reducciones. Obispo tras de Obispo, visitador tras de visitador, fueron enviados de Asuncion ó de España; y no hubo un solo ejemplo de que estos dejasen la escena de sus investigaciones sin llevar un testimonio ámplio de la sabiduría y desinterés de los gobernantes, y de la piedad é inocencia de los que estaban sujetos á su gobierno. Grande cuidado y diligencia se necesitaba por consiguiente[1], y en especialidad al principio, para prevenir cualquiera recaida en los hábitos en que aquellos pobres salvajes sin remordimiento ni rémora habian disfrutado la mayor porcion de su vida, y era además necesario que tal vigilancia se ejerciese de una manera suficientemente juiciosa, para

prevenir que pareciese cansada ó irritante á los que eran su objeto. Innumerables, por consiguiente, pero aun mas sábias que innumerables, fueron las precauciones adoptadas por los Jesuitas. Generalmente, los indios se casaban en una edad temprana; arreglo por el que algunas veces se censuró á los Padres, por los que no consideraron el peso de las razones que los indujeron á adoptar esta costumbre. Bajo un techo solo era permitido vivir á una sola familia; los sexos se ponian separados en la iglesia, habiendo personas nombradas á propósito, llamados celadores, para observar allí su conducta; y por la noche vigilaban patrullas en el pueblo, no solo con el objeto de avisar en caso de aproximacion de enemigos ó fieras, sino que, su deber mas importante era despertar al Pastor si ocurriese algun escándalo ó desórden durante su vigilia. El regidor era siempre considerado el guardian principal de la moralidad de la reduccion; y si alguna ofensa durante la semana causaba escándalo público, era de su oficio declararla en la iglesia en el próximo domingo, é infligir el condigno castigo al ofensor.

Pero de todos modos, estos eran solamente esternos refrenamientos, y hubieran sido totalmente insuficientes al fin propuesto, como bien lo sabian los Jesuitas, si fueran dejados sin el apoyo de un principio religioso. Era preciso que amasen la virtud y aborreciesen el vicio por causa de Dios, y porque El ha mandado la una y prohibido el otro. Para llevar á efecto este grande objeto, acostumbraban á sus neófitos en la práctica de confesion frecuente, y consiguieron inspirarles tal reverencia

por el Santísimo Sacramento, y una idea tan elevada de la pureza requerida para la comunion, que la manera de prepararse aquellos indios era frecuentemente casi tan heróica como cualquiera que se lea en las vidas de los santos. Sus Padres espirituales, además les enseñaban á santificar su trabajo entonando cánticos piadosos; y por este y otros medios semejantes los impresionaban con un sentimiento tan profundo de la contínua presencia de Dios, y con una conciencia tan viva de Su amor hácia ellos, que tanta repugnancia mostraban á ofenderle en el abandonado desierto, como en medio de la ciudad rodeados de la gente. Por eso cuando los negocios los sacaban de sus casas, ni el ejemplo ni la persuasion podian conducirlos á jurar ó beber, ó hacer cualquiera otra cosa que conociesen era desagradable á Dios; y hay ejemplos en la historia de haber censurado á los españoles por sus violaciones de la ley divina, diciendo que, «nada bueno venia de España mas que el vino, y aun en este por su maldad se trocaba en veneno.» La crueldad y la venganza, los normales vicios del salvaje, eran los mas difíciles de desarraigar; pero aun en esto era tan maravilloso el éxito de los Jesuitas, que generalmente hablando (porque á la verdad habia escepciones), cesaron las desuniones y enemistades hereditarias. Los indios cristianos habian aprendido á mirar á todos los neófitos como sus hermanos, cualquiera que fuese la tribu á que perteneciesen, y como tales estaban siempre prontos á socorrerlos; de tal suerte, que si la cosecha faltaba en una de las reducciones, las res-

tantes rivalizaban unas con otras para llenar la falta.

Grande como era esta caridad, era sin embargo sobrepujada por la que manifestaban á sus hermanos gentiles. Se sometian de buen grado á una crecida suma de molestias ó malos tratamientos con tal de convertir uno solo. Si algun indio salvaje era inducido á visitar la reduccion, le recibian con todas las demostraciones de alegría. Cuanto mas salvaje era, cuanto mas preocupado estuviese contra ellos, mas cordialmente le daban la bienvenida, mas tiernamente le trataban, porque les parecia que cuanto mas grande era la dureza de su corazon, mas grandes manifestaciones de amor eran necesarias para ganarle. Le alojaban, le vestian, le alimentaban, le daban lo mejor que tenian, gastaban horas enteras en enseñarle é instruirle; y el dia de su conversion, si se convertia, era siempre un sincero regocijo para toda la reduccion. Los indios caníbales tenian por hábito frecuente vender los hijos de sus enemigos conquistados cuando no los devoraban, los cuales se compraban ansiosamente por los cristianos, ofreciendo liberalmente en cambio maiz, semillas, cazabe y telas. Si eran niños los infelices rescatados, se confiaban al cuidado del cacique, ó gefe de la reduccion, para ser educados como cristianos; si eran niñas, se entregaban á las mujeres mas ejemplares y mas instruidas con el mismo propósito; y cuando llegaban á una edad suficiente para mirar por sí mismos, recibian una casa y se les daba tambien una porcion de terreno, admitiéndolos en todos los demás privilegios de que gozaban los habitantes

originarios del establecimiento. Otro de los favoritos deberes de los neófitos era acompañar al Pastor en la busca de almas: en esto eran frecuentemente de gran provecho, porque los indios salvajes se manifestaban mucho menos suspicaces del misionero visitador, cuando iba en compañía de algunos de su nacion.

Pero si, como sucedia con frecuencia, no podia desocuparse un Jesuita para acompañarlos, tomaban este oficio por sí mismos; y tan pronto como cesaban las grandes lluvias se preparaban una porcion de neófitos, con su cacique á la cabeza, á dejar la reduccion, para ir á anunciar el Evangelio á sus hermanos gentiles. Primero, no obstante, confesaban y comulgaban; y despues de obtener el consejo y última bendicion de su Pastor, salian con su piadoso mensaje, llevando consigo suficiente copia de provisiones para precaver hacerse una carga á los objetos de su interés caritativo.

Iban con el espíritu y deseo del martirio, suerte que á la verdad encontraban con frecuencia, bien en las penalidades del viaje, ó en las manos de sus compatriotas. Con una ansiedad afectuosa esplanaban una y otra vez el objeto de la venida de los Jesuitas entre ellos, asegurando cada uno de por sí y todos en general (para que no mediase un falso concepto en el asunto), que no era para esclavizar al indio, sino para hacerle dichoso en esta vida y eternamente en la otra; y entonces hablaban de Dios con tan enérgica elocuencia y tal fervor, que frecuentemente volvian á la reduccion seguidos por cientos de pobres gentiles, que gracias á la caridad

con que de este modo habian sido buscados en el desierto, pronto llegaban á ser tan devotos y bien instruidos cristianos como los que los habian llevado al establecimiento. Sucedia que el número recogido de este modo era demasiado grande para ser admitidos permanentemente como habitantes de la reduccion; y en este caso sus maestros los surtian de todo lo necesario para fundar una nueva, no solamente dándoles grano, ganado y vestido de sus propias provisiones, sino prestándoles lo que para un indio era mas difícil, cual era su personal y activa cooperacion en el trabajo.

Los neófitos que por disposicion ú otras circunstancias, no eran á propósito para tan peligroso apostolado, se hacian útiles gustosamente de un modo distinto; por ejemplo, enseñando su idioma á los misioneros nuevamente llegados, venciendo resueltamente la natural indolencia y disgusto por los cuidados para cumplir con mayor presteza y eficacia su tarea; y se recuerda un ejemplo de un cacique que gastó su vida, en el sentido genuino de la palabra, traduciendo ciertos libros que juzgaba habilitarian á los Jesuitas á entrar mas pronto y de un modo mas próspero en la carrera de la conquista cristiana.

Ardiendo en un celo semejante por la conversion de su pueblo, era natural que saludasen cualquier aumento de los misioneros con gratitud y deleite. Generalmente se enviaban algunos neófitos para conducir á los recien llegados á su destino; en tales ocasiones siempre se entonaba el *Te Deum* por su bienvenida, y con tan sincera espresion de real sen-

timiento, que el Padre Cayetano Cattaneo, á pesar de haber dejado recientemente una casa religiosa, nos dice que no pudo verlos hundirse sobre sus rodillas al verso *Te ergo quæsumus* sin llegarle al corazon. Esto ocurrió en un átrio del colegio de los Jesuitas en Buenos Aires, donde habian sido enviados los neófitos á encontrarle, y si severamente demostraron su devocion, triunfantemente la probaron en el curso del camino hasta casa. Su ruta era por el rio, y al principio todo fué fácil; con seguridad pero pausadamente á causa de los innumerables bancos de arena y rocas que espiaban bajo aquellas aguas, costearon á lo largo la Plata y el Uruguay, navegando solamente por el dia, y por la noche amarrando las balsas (1) á un árbol mientras desembarcaban para cocer su sopa; no dejando nunca de ordenar primero un oratorio de ramas verdes, donde cantaban la letanía de Nuestra Señora y el *Ave María Stella*, y donde rezaban el rosario y oraciones de la noche. En la misma capilla rústica se decian las oraciones en la mañana siguiente antes de partir. Así continuaron dia tras de dia, hasta que al acercarse á la reduccion de San Miguel, se desarrolló súbitamente entre ellos la epidemia de las viruelas. Murió uno; y un español caritativo tomó á su cuidado otros dos, llevándolos á su colonia, á pequeña distancia; pero como la peste por ningun sentido se aplacase, fué preciso despachar un mensajero á la reduccion inmediata con la peticion de que los

(1) Naves formadas por dos botes atados juntamente.

surtiese de nuevas provisiones para el caso de que se vieran obligados, como lo temian, á acampar en el desierto. Despues continuaron con la presteza posible, viajando todo el dia y algunas veces mas de media noche; pero la enfermedad se habia apoderado fuertemente, y era en vano intentar dejarla atrás. Cuatro indígenas fueron atacados á un tiempo, é inmediatamente los separaron de los otros y los pusieron en una canoa á parte, y aquellos que se mezclaron en la operacion se les hizo seguir á retaguardia; pero la precaucion fué de ningun provecho. Otros catorce fueron atacados; con semejante número de enfermos era imposible continuar. Sin embargo, la alternativa era terrible. Cien leguas mediaban aun entre ellos y la próxima reduccion, y no habia esperanza de provisiones mas cerca, porque los indios salvajes huian espantados en el momento que conocian el peligro. Además solo uno de los sacerdotes entendia el lenguaje indio; los otros religiosos eran misioneros jóvenes de España. Hacíase por consiguiente una cuestion de grave importancia si aquel misionero debia seguir con los que todavía estaban en disposicion de viajar, ó si debia permanecer con los que quedaban atrás. Si continuaba, los pobres pacientes morirían sin auxilio; si por el contrario permanecia, los otros, de los cuales algunos indudablemente llevaban el gérmen de la enfermedad consigo, se verian en el caso de encontrarse sin religiosa asistencia. En tal dilema, diez indios se ofrecieron voluntariamente á cuidar de sus hermanos moribundos. La oferta fué aceptada gustosamente; el Padre Jimenez permaneció el

tiempo necesario para administrar los sacramentos, tanto á los enfermos como á sus asistentes, preparando á los primeros á su cercano fin, animando, instruyendo y consolando toda la partida, y en seguida salió á reunirse con la porcion que continuaba el viaje. Afortunadamente los bravos indios á quienes habia dejado atrás, acometiendo cara á cara la muerte por causa de la caridad, lograron salvar la mitad del número confiados á su cuidado. Estos, una vez convalecientes, fueron puestos á bordo de dos canoas; y habiendo dado sepultura á los muertos, navegaron pausadamente por el rio con objeto de alcanzar al gran cuerpo de los viajeros. Al fin lo consiguieron, aunque no tan pronto fué cumplido este grande deber y el encargo satisfecho, como se sintieron todos enfermos, y todos escepto uno perecieron de la misma enfermedad de que habian rescatado á sus hermanos; como si Dios, en la afectuosa aprobacion de su conducta, no pudiese esperar mas, y hubiese necesidad de llamarlos para Sí, con objeto de premiarles una caridad que hasta entonces no tenia ejemplo entre el pueblo.

Ni un dia solo en todo este tiempo habian cesado de causar estragos las viruelas; y de esta suerte, enterrando al pasar los muertos, los sanos y los enfermos siguieron juntos hasta que llegaron á un paso del Uruguay llamado el «Itu.» Aquí abandonaron su vana huida de la muerte. Ciento sesenta fueron atacados con la epidemia á un tiempo; y ningun recurso quedaba mas que desembarcar formalmente, separar el enfermo del sano, edificar chozas de paja para abrigo de los pacientes, y des-

CAPITULO V.

LOS MAMELUCOS DE SAN PABLO.

San Pablo.—Ilegalidades de sus habitantes.—Su traicion y crueldad para con los indios.—Ataque á las reducciones.—Primeras emigraciones.—Valor y determinacion de los misioneros.—Crímenes de los «mamelucos.» —Los Padres resuelven evacuar las reducciones.

En una de las provincias del Brasil, y doce leguas del puerto de mar y ciudad de San Vicente, estuvo algun dia la ciudad de Piratininga, ó San Pablo, la capital del distrito á que dió su nombre. Edificada en una roca casi inaccesible, cercada á un lado por montañas casi tan pendientes como la altura desde donde miraba sombriamente los llanos de abajo, y al otro por los profundos é impenetrables bosques de Pernabacaba, sus habitantes podian salir á cada momento para recoger provisiones de las comarcas vecinas, ó sostenerse en la bahía tras de los inexpugnables muros de sus peñascosas fortalezas. Con tal facilidad para la agresion como para la defensa,

era una desgracia doble que fuesen los peores entre los peores colonizadores que hasta entonces habian pisado el nuevo mundo. Al principio entre hombres libres y esclavos escasamente reunieron cuatrocientos habitantes: pero la licencia sin freno en que vivian pronto atrajo un número crecido dentro de sus murallas, las cuales llegaron á ser el asilo y refugio de todas las naciones, portugueses, españoles, ingleses y holandeses, preponderando estos siempre; y todos en fin los que habian dejado á Europa por escapar del castigo merecido de sus crímenes, se agrupaban en San Pablo: y cuando el número se aumentó de cientos á miles, los ciudadanos desecharon el yugo, y aun la semejanza del yugo de legal autoridad, y se declararon independientes de la corona de Portugal. No tenia este reino suficiente poder para disputar aquella reclamacion; porque con las rocas inaccesibles, abundantes provisiones de armas y municiones, como tambien el poder que poseian de manufacturar estas cuando quiera que fuesen necesarias, podian fácilmente desafiar fuerza mas respetable que la que el nominal monarca de su medio salvaje territorio podia levantar para llevarla contra ellos.

De aquí pronto pasaron á vivir como si por mas tiempo no fuesen ya responsables á Dios y al hombre. Despreciaban las artes pacíficas como fueron antiguamente despreciadas por los guerreros espartanos. Aquellas tierras que poseian las cultivaban esclavos, y por el resto confiaban en la guerra y el pillaje; el comercio de esclavos en toda su desnuda y espantosa realidad, era su principal recurso. El

mercado de esclavos del Janeiro estaba lleno de estos merodeadores. Desde su ciudad de refugio, donde habitaban en alto con las águilas, salian precipitadamente sobre los llanos, rodeaban las tolderías ó multitud de cabañas que constituian los pueblos de los indios, llevaban los hombres robustos como esclavos, dividian entre sí las mujeres y niñas, y degollaban los demás sin piedad. Aun las otras colonias de América no estaban libres de estos ataques; cuando quiera y donde quiera que podian asaltarlas, impunemente las trataban con tan poca misericordia como á los indios. La fama de los Pablistas de crueles y malvados pronto se esparció en todas direcciones, hasta que en lugar del nombre que habian tomado de su adoptiva ciudad, vinieron á ser designados con el de *Mamelucos*, títule que significa para los españoles y portugueses todos los horrores del sacrilegio, robo y asesinato, que en todas partes marcaba la senda de aquellos terribles filibusteros.

Los Pablistas llegaron á ser el azote de la tierra; y todos, españoles, portugueses é indios habian aprendido á temblar á su nombre, cuando aparecieron los Jesuitas en la provincia vecina, y comenzando su mision en la América española y en la del Brasil, privaron á aquellos del gran manantial de sus riquezas, cual era el poder sin restricciones de abastecer el mercado de esclavos. Porque donde quiera que llegaba el Jesuita, llevaba consigo los gérmenes de la civilizacion y del órden. Si los indios se agrupaban en torno suyo, estaban salvos, en tanto que imperase la ley de las naciones; ellos eran

hombres, y tenian los derechos de hombres, y no podian ser comprados ni vendidos á voluntad de los europeos. Esto declaraba el rescripto del monarca español, y esto los Jesuitas esforzaron donde quiera de un modo que pocos en su posicion se hubieran atrevido adoptar. Si los neófitos eran arrebatados de su lado, los seguian hasta el mismo campo del merodeador con objeto de pedir ó comprar su rescate de la cruel esclavitud; ó apelaban de tribunal á tribunal, de América á Europa, del virey del Perú al monarca de Madrid, y del monarca de Madrid al juicio del mundo. No dejaban en paz al agresor, porque donde quiera publicaban la injuria del hombre colorado y la injusticia del blanco; y si la mano de todos los hombres se alzaba por último para herirlos, si la voz de todos los hombres profería vituperios contra ellos, si eran finalmente echados de las reducciones con cargos que todo el mundo proclamaba, pero de los cuales ninguno presentaba pruebas, es imposible todavía estudiar desapasionadamente los tiempos en que vivieron, y de los hombres entre quienes habitaron, y no sentir que, desde el principio al fin, el resentimiento positivo de los colonizadores americanos hácia los Padres; era debido á la oposicion de estos contra la ilegal esclavitud de los naturales.

Los habitantes de San Pablo no eran hombres que sufrian el reproche y la oposicion humildemente. Al fin espelieron los Jesuitas de su ciudad, pero al principio mas bien parecia que acudian á la estratajema que apelaban al fuerte argumento de la guerra. Probablemente con toda su negligencia du-

daron al principio en llevar la matanza y el estrago á los establecimientos protegidos á un tiempo por las banderas de España y Portugal, y por la sancion de la Iglesia á que, á lo menos en el nombre, muchos de ellos pertenecian. La treta que adoptaron era tan ingeniosa como cruel; porque los habilitaba no solo para cebar á los indios á entrar en sus redes, sino para persuadirlos de que debian su prision á las maquinaciones de los Padres Jesuitas, cuando eran los únicos positivos protectores de su libertad. Algunas veces salian á vagar en pequeños grupos por el pais, plantando cruces, haciendo regalos á los salvajes, conversando con ellos en lenguaje Guaraní, que era el mas generalmente entendido por ambas partes; y cuando conseguian persuadirlos á acercarse á algun lugar pacífico, guiaban á sus víctimas á la vecindad de San Pablo, donde las cadenas y armas de fuego hacian lo demás; otras veces el capitan de los mamelucos dejaba á sus hombres agachados entre los cardos silvestres y monte bajo del llano, y él salia solo, vestido con el traje de los Jesuitas, «las ropas negras,» como los indios los llamaban, y atrayéndolos hácia sí con la encantadora palabra del nombre de Cristo, les hablaba dulce y bondadosamente, hasta que habiendo recogido un número que satisfacia su codicia, daba la señal convenida, y sus hombres salian entonces precipitadamente sobre los pobres indios, llevándolos cargados de cadenas al mercado antes de darles el menor respiro para ponerse en defensa. Algunas de las víctimas así entrampadas lograban escaparse, ó quizá se les permitia la huida; y estos,

volviendo á la reduccion con sus hermanos, decian cómo el falso ropa negra les habia hablado paz con los lábios cuando habia guerra en su corazon, y cómo habia llenado sus oidos con cariñosas palabras de amor y bondad, solamente para atraerlos con mayor certeza á su suerte; y con oscuro semblante y rabioso espíritu su auditorio salvaje escuchaba para alzarse luego en su frenesí y asesinar á sus Padres espirituales; ó de otro modo, y esto es casi mas triste, los indios huian á los bosques y á las selvas en el mayor terror y afliccion, á buscar en una contínua vagancia aquella seguridad para sí y sus hijos que creian no podian hallar jamás entre hombres cristianos, desde que los traidores ropas negras, en su traje de paz, eran tan crueles como el soldado en su cota de malla.

Las sospechas creadas de este modo era la mayor dificultad que los Padres tenian que vencer; pero disputaban con constancia y con éxito. A costa de cualquier peligro ó riesgo de sí mismos, no dejaban medios que emplear en disuadir á los pobres indios de sus falsas impresiones. Si estos los buscaban para matarlos, se inclinaban alegremente para recibir el golpe; por otra parte si los indios caian en cautividad, los Jesuitas movian el cielo y la tierra para procurar su rescate; si huian con aborrecimiento y horror, los seguian con un interés los Jesuitas, que por fin estaban seguros de vencer todo su espanto, y restablecer la confianza y veneracion á su rebaño. ¡Ah! sucedia tambien frecuentemente que cuando un Jesuita, con infinita pena y trabajo persuadia á sus estraviados hijos á volver, trémulos

pero alentados, á la vida industrial que habian interrumpido, los mamelucos, envalentonados con la impunidad, venian sobre ellos en guerra abierta y sin disfraz, robando, quemando, asesinando y haciéndolos cautivos; enviándolos otra vez á gemir en los bosques, echando por tierra todas las esperanzas del misionero en el momento mismo en que estaba cierto de verlas realizadas. Aquellos negociantes de carne y sangre no estuvieron mucho tiempo contentos con la escasa provision de esclavos que sus estratajemas les procuraban, y pronto llevaron el fuego y la espada como auxiliares de su tráfico; entre tanto que los españoles, contentos á cualquier precio de haber echado de sí la tormenta, vergonzosamente permanecieron lejos, esperando el resultado de tan desigual contienda. Estaban, á la verdad, tan ciegos con sus prejuicios, tan íntimamente habian aprendido en los primeros tiempos á mirar á los Jesuitas con sospecha, y á considerar las misiones un freno para su avaricia, que no podian, ó á lo menos no querian ver el valor real de aquellos establecimientos, que, interponiéndose directamente entre ellos y su enemigo, si eran oportunamente apoyados, habrian de poner una insuperable barrera á sus adelantos. Por consiguiente, los indios quedaban abandonados á la defensa de sí mismos, y sin las armas ordinarias que la necesidad demandaba; porque el gobierno colonial, con sus estúpidos y acostumbrados recelos, habia prohibido el uso de las armas de fuego en las reducciones; y no fué hasta despues de muchos años de quejas y de haber perecido millares por tan inútil dila-

cion, cuando se rescindió finalmente aquel cruel edicto.

Bajo tales circunstancias, las jóvenes colonias del Brasil se destruyeron con facilidad, y las reducciones de Guayra fueron en órden las inmediatas á ser atacadas. En la universal consternacion que dominaba, al principio no se intentó defensa alguna ni aun se pensó en ella, y reduccion tras de reduccion cayeron ante el invasor. Por último, cargados de cautivos, los mamelucos aparecieron al frente de Encarnacion; mas á la primera señal de alarma, Montoyo, que era entonces provincial, corrió al lugar del peligro, detuvo á los fugitivos indios, los exhortó á retroceder y rescatar á sus hermanos cautivos, y mientras se daba prisa á armarlos para la pelea, despachó á Mendoza, el Padre Jesuita de la reduccion, á negociar con el enemigo. Una nube de flechas y un tiro de fusil saludaron su aproximacion al campo hostil. El Padre salió herido, y muerto un neófito á su lado; mas buscó todavía intrépido por todas partes al caudillo de ladrones; al encontrarle le echó en cara que estaba fuera de la ley de Dios y de los hombres, y reuniendo entonces los indios cautivos, cortó sus ligaduras, y los llevó consigo en seguida á la faz de todo el ejército. La misma intrepidez del acto, y quizá algun respeto que quedaba aun hácia el sacerdocio, impidieron que las tropas intentasen oponerse. A este acontecimiento siguió una entrevista entre el provincial y el capitan mameluco, quien por último combino en retirar sus tropas; pero solo fué temporalmente. En el curso de aquel mismo año el gobernador de Paraguay pasó

por las reducciones en el momento en que se tuvo noticia de que novecientos mamelucos y dos mil indios salvajes, aliados suyos, se reunian en San Pablo esperando solamente la partida de aquel funcionario para salir contra las misiones. Sin embargo, el provincial, que ya se habia atrevido á tanto, en vano imploró del gobernador enviase tropas en su auxilio. Con palabras corteses é insignificativos encomios de la suma de bondades que le habia dispensado, pasó de la provincia amenazada á la ciudad de Asuncion, y los Jesuitas quedaron para defender á sus neófitos, si podian, ó perecer con ellos si salian derrotados.

Apresuró el dia de la contienda un accidente. Se habia fugado un preso de San Pablo, y habiendo buscado proteccion en San Antonio, el Padre Mola, pastor de esta mision, rehusó entregarle. En venganza los mamelucos cayeron sobre la congregacion, mataron un número crecido á los piés del altar, adonde habian huido buscando refugio, y llevaron cautivos á cientos. Unos pocos de los infelices habitantes consiguieron escaparse á Encarnacion; otros, taciturnos y desesperados, se internaron en los bosques; y allí, asaltados por la antigua sospecha loca de la traicion de los Jesuitas, salieron en busca del Padre Mola con intencion de darle la muerte. Le hallaron sentado entre las ruinas de la reduccion, y hundido en la afliccion mas profunda; tuvo que argüir largo tiempo con aquellas desgraciadas criaturas antes de poder convencerlos de la injusticia de sus sospechas. Una vez conseguido este objeto, ya fueron mas accesibles á la razon; y habiendo salido

bien en el intento de persuadirlos á abandonar su despoblado asilo, los condujo primero á San Miguel, y despues aun mas allá, á la colonia de la Encarnacion. El Padre Mansilla, de la reduccion de San Miguel, le siguió luego con aquellos de sus neófitos, á quienes consiguió persuadir á que se moviesen. Muchos fueron, sin embargo, los que rehusaron acompañarle, y por esta razon verificó su regreso tan pronto como dejó los fugitivos en seguridad; pero como se acercaban á la sazon los mamelucos, los indujo por último á retirarse y buscar refugio en los bosques. Escasamente habian puesto por obra su huida, cuando el pueblo fué saqueado y quemado por el enemigo; sin embargo, penoso es referirlo, la indignacion de las descaminadas criaturas, cayó sobre el mismo hombre á quien debian su salvacion, y el Padre Mansilla, en poco estuvo de perder la vida bajo el peso de su venganza. La acusacion que se habia dirigido contra el Padre Mola se renovó ahora en este buen religioso. Los mamelucos, para llevar mas adelante sus execrables designios, tuvieron cuidado de propagar este acontecimiento en todas direcciones; y como todas eran colonias jóvenes, no arraigadas suficientemente en la fé, ni bastante convencidas de los reales motivos de los Padres, para hacerlas invulnerables á la sospecha, produjo todo su efecto en los habitantes de San Miguel. Con alguna dificultad Mansilla pudo conseguir remover sus recelos, y los mamelucos se trasladaron despues del esterminio de su reduccion á la de Jesus-María. De esta llevaron una multitud de cautivos. Los Padres resolvieron rescatarlos; pero sien-

do muy numeroso el enemigo para ser atacado por un cuerpo de indios allegados en el momento, determinaron en lugar de batirse, seguir á los mamelucos al Brasil y representar al Capitan General de aquella provincia respecto de su conducta.

Pronto alcanzaron los fugitivos; pero á la vista de sus pobres neófitos decaidos con la afliccion y la fatiga, no pudo uno de los Padres contenerse por mas tiempo, y arrojándose en medio de los cautivos, á pesar de los fusiles que le apuntaban y de las injurias y golpes que llovian sobre él, los abrazó uno por uno, demandando alto y en patéticos acentos ó que los restituyesen á la libertad, ó que se le permitiese participar de sus cadenas. Algunos mamelucos le ultrajaban, otros le dirigian amenazas, otros se burlaban de él como de un loco; y uno solo en todo el número se movió á piedad para entregarle los cautivos que le habian cabido en su porcion, con la promesa, por consiguiente, de un futuro rescate. Este suceso animó al Padre para mayores esfuerzos; y viendo al cacique de Guiayvara entre los prisioneros, puso la cadena que le ligaba alrededor de su propio cuello, declarando que no la quitaria hasta haberle conseguido la libertad. Creció entonces el enojo de los mamelucos, y en la discusion que siguió despues, mas de una vez estuvo á punto de que le levantasen la tapa de los sesos; pero su determinacion y su esterior indiferencia al peligro le ganaron la jornada, y el cacique y unos cuantos de los otros indios fueron por último devueltos á la libertad. Guiayvara estaba maravillado hasta mas no poder de lo que pasaba á su vista; habia fluctuado

necesitaba toda la elocuencia de sus pasados trabajos, y todas las indignadas demostraciones de Guiayvara para restablecer en su favor la confianza de sus rebaños.

Seria una triste y cansada repeticion hablar de todas las reducciones que una tras otra cayeron presa de los mamelucos invasores. Los infelices habitantes eran llevados de lugar en lugar, y escepto para negociar su libertad, ó para rescatarlos á viva fuerza del enemigo, nunca los dejaban sus pastores; siguiendo siempre para curar el corazon herido, para ligar la caña rota, y para conservar viva la luz de la fé que en medio de crueldades como estas, debia suponerse que ardiese en sus pechos muy opaca. En otra ocasion las pobres víctimas se alzaron contra su Padre espiritual; pero este consiguió escaparse á los bosques, donde algunos de sus hermanos se habian refugiado con el remanente de los neófitos. Halló, tanto á los Padres como al pueblo, abrumados con afliccion, y en toda aquella multitud no habia uno solo que no tuviera que llorar la pérdida de la esposa ó marido, hermana, hijo ó hija, llevados en cadenas ó asesinados á sangre fria ante sus ojos. Sin embargo, edificaban chozas y sembraban el grano que podian adquirir, porque juzgaban que á lo menos en aquella vasta soledad residirian tranquilamente; pero apenas la semilla habia brotado, cuando los mamelucos dieron otra vez sobre su guarida, y otra vez se vieron obligados á huir. Estos desastres y otros muchos tan malos ó peores, convencieron por fin á los Padres que el trabajo de la civilizacion que habian emprendido era impracti-

cable todo el tiempo que permaneciesen en las cercanías de San Pablo. Los neófitos podian á la verdad, y frecuentemente lo hicieron, defenderse por algun tiempo; pero no era posible que una poblacion que profesaba el trabajo del campo, saliese por último victoriosa contra hombres que estaban siempre á caballo, cuya única ocupacion era pelear, y que ganaban la subsistencia con los despojos de la guerra. Unas veces marchaban los mamelucos sobre las reducciones en guisa de abierta lucha; otras salian de improviso de una emboscada, ó conseguian ser admitidos bajo falsos colores ó fingidos pretestos. Ni un dia ni una hora en que no pudiesen estar ocultos se quedaban á poca distancia de la mision. Llegaban como un torbellino sobre los labradores en tiempo de la siembra ó de la cosecha, ó los sorprendian en la reunion de alguna festividad, ó se arrojaban sobre ellos en la hora de la oracion. Ningun indio estaba cierto de recoger lo que habia sembrado, ó habitar la casa que habia edificado; ni podia contar para sí ó su esposa ó fãmilia con una hora de libertad mas allá de la que en la actualidad gozaba. Para que la pintura que acaba de hacerse no se considere una exageracion, será conveniente añadir, que en la relacion oficial del estado de la provincia, llamado especialmente *De las Misiones*, se declara espresamente por el Comisionado Albear, que en un año (1630) no bajó de sesenta mil indios, y estos sacados en su mayor parte de las reducciones, los que se vendieron públicamente en el mercado de esclavos de Janeiro.

Era claro que con tal enemigo en las cercanías y

perpétuamente alerta, no podrian los indios estar nunca en paz; y despues de maduras consideraciones, resolvieron finalmente los Jesuitas trasladar á su pueblo á larga distancia. Fueron removidas primero una ó dos de las reducciones mas jóvenes; los habitantes eran recien convertidos, y tan opuestos á la medida, que aun algunos rehusaron absolutamente moverse; pero pagaron cara su obstinacion, puesto que inmediatamente cayeron en manos de los mamelucos. En efecto, llegó á ser cada dia mas necesario que toda la línea de misiones radicalmente situadas, se abandonasen de una manera irrevocable. Estrechaba un ejército de mamelucos á Villa Rica; otro enjambre de estos bandidos se habia aparecido en la costa oriental del Brasil, amenazando con la ruina á los establecimientos españoles de aquel paraje, tan pronto como traspasasen la barrera de las misiones; y despues de un futil esfuerzo para obtener auxilio del comandante de Villa Rica, que á la verdad por aquel tiempo tenia bastante que hacer de su propia cuenta para refrenar al enemigo, resolvió finalmente el Provincial evacuar las reducciones de Nuestra Señora de Loreto y San Ignacio, que, no habiendo sido hasta entonces molestadas, fueran el refugio principal de los indios pertenecientes á las misiones arruinadas.

Ambas colonias estaban situadas en el Pirapa; y así como fueron las últimas en ser abandonadas, así habian sido las primeras en establecerse en la provincia de Guayra. Por eso las dos por aquel tiempo rivalizaban con las ciudades españolas en tamaño y belleza de sus edificios públicos, y el órden

y cultivo de las characas que las rodeaban, mientras que en las dos los habitantes habian llegado á cristianizarse completamente, pues que habiendo la mayor parte de ellos nacido en el seno de la Iglesia, estaban todos arraigados en la fé y sus prácticas. De su fidelidad á la religion daban ahora una prueba señalada; porque á la verdad no era un ligero sacrificio al que habian sido llamados. Dejar los establecimientos cuando solamente habian comenzado á gozar los frutos de su industria; empezar otra vez aquella vida de faenas y privaciones que ya les habia costado tan cara; ir otra vez á las selvas y cultivar de nuevo sus áridos desiertos, y esto con solo escasas probabilidades de alcanzar vivos su destino, y con perspectiva cierta del peligro y miseria que tenian al acometer la empresa, todo esto hubiera sido una prueba de la fé de cualquier pueblo; pero en los indios, tan indolentes por naturaleza, y tan propensos á no mirar mas allá de las exigencias de la hora, el esfuerzo debia ser terrible verdaderamente. Sin embargo, cuando el Padre Cataldino los juntó en la gran plaza y les anunció la resolucion tomada por los superiores, en vez de murmurar y resistirse como lo habian hecho los establecimientos mas jóvenes, de comun acuerdo consintieron la medida como el único medio que quedaba para conservar su fé y su libertad. «A vos, nuestros Padres, ropa negra,» así ellos replicaban por medio de su mas antiguo capitan, «á vosotros debemos nuestro reconocimiento de la adoracion del Padre Todopoderoso, y todos los beneficios que nos ha reportado este conocimiento. Nos habeis

rojada y poco advertida. Era, sin embargo, inevitable; y además fué trazada con una prevision y conducida con una energía, un valor y una perseverancia, que, á haber sido sus proyectistas guerreros ú hombres repúblicos en lugar de ministros del Evangelio, hubieran ganado mencion honorífica en la historia del mundo.

Bello desde su manantial hasta su conclusion; bello, pero lleno de peligros, es el rio á quien iban á confiar sus fortunas. Bosques, los magníficos bosques de América, guarnecen una grande porcion de sus riberas, deslumbrando la vista con toda variedad de tintes y colores, desde el grave verde del primitivo bosque hasta el brillante azul y escarlata, blanco de nieve, é imperial púrpura de los lucientes parásitos que escalan los árboles y los esceden en altura; el caiman espiando por las riberas de juncos, y tigres tambien se hallan en medio de las infinitas flores silvestres y lucientes siemprevivas de las mil apiñadas islas que esparcen su gracia y belleza sobre las desiertas aguas. Frecuentemente, despues de estacion lluviosa, cuando el rio crece hasta ser tan turbulento como un occéano peñascoso y propenso á tempestades, se separan del suelo fragmentos de aquellas isletas, y consistentes en una masa sólida por el espeso entrelazado de los arbustos arraigados, van descaminados por la corriente abajo como cestas jigantes de flores y follaje cometidas á su guarda; aun mas, ha sucedido algunas veces que un tigre se hizo viajero involuntario en el *camelote,* como se llamaron estos jardines flotantes; y la tradicion aun recuerda que uno de es-

A. Vera — R. Alabern

Retirada al Paraná.

J. Sanchez Rubio, Editor, Madrid.

tos fieros moradores de los bosques, despues de un viaje de innumerables leguas, llegó en salvo á Montevideo, donde gravemente pisó la ribera para el inesplicable asombro de los aterrados observadores. En las riberas de este hermoso rio, pero mucho mas cerca de su manantial que de su union con el Paraguay, acamparon los Jesuitas con sus neófitos, y allí permanecieron algunas semanas empleados incesantemente en construir balsas por medio de fuertes bambús. Por último, concluyeron de hacer siete mil, no siendo suficiente un número menor para su trasporte, y en ellas embarcaron sus neófitos, hombres, mujeres y niños, con el tiempo puramente preciso para escapar de la venganza de los mamelucos que ya les seguian la pista. Los favoreció en la empresa el cielo claro y viento favorable hasta que llegaron al Salto-grande, ó gran cascada del Paraná, donde el rio gira impetuosamente sobre diez y ocho leguas de peñascosa barrera, rugiendo todo el tiempo como un trueno, arrojando su espuma á las nubes, llevándolo todo por delante arriba, como salta furiosamente en los oscuros é hirvientes abismos debajo. Allí se vieron obligados á desembarcar, habiendo botado trescientas balsas vacías en las corrientes, en la esperanza de que algunas de ellas saliesen sin avería, y de esta suerte poder continuar sin más dilacion su viaje. Siguió á esto un momento de desalentada suspension, entre tanto que los ligeros esquifes parecian jugar y tumbar en las bulliciosas aguas; despues se elevaron de improviso; y cuando los espectadores miraron otra vez, las vieron rotas en mil piezas, y flotando en

fragmentos la corriente abajo. Muerta toda esperanza de continuar el viaje, se abandonaron por precision los botes restantes; los hombres tomaron un báculo y su hato, las mujeres sus pequeños hijos; y así, con animosos pero entristecidos corazones, salieron á orillas de la cascada, en cuyo término su faena é inquietud comenzaba otra vez.

De esta suerte vagaron por ocho dias contínuos, alimentándose de raices y bayas, y la caza que podian obtener con sus flechas, bebiendo de la corriente que la casualidad ponia en su camino, ó del espeso rocío recogido en las frias hojas que en forma de copa nacen bajo la sombra de los bosques. No habia senda accesible paralela al rio; nada quedaba por tanto para ellos mas que introducirse atrevidamente en el interior, siguiendo su ruta unas veces por arena calcinada bajo los rayos de un sol de oriente, otras á lo largo de precipicios, donde un paso falso los conducia á una suerte cruel; pero con mas frecuencia aun por densas y enmarañadas selvas, donde los árboles, de una vejetacion de miles de años, estaban enlazados y entrelazados por reptiles, que gruesos y fuertes como los cables de un navío de guerra, no cedian el paso mas que al hacha; y cuando por último y despues de la pérdida del crecido número de muertos por el hambre y la fatiga, los pobres vagamundos llegaron á su destino, fué solo, como se ha dicho, para comenzar otra vez el trabajo de preparativos en que tanto tiempo y faena habian ya disipado. Con fuerzas debilitadas y disminuidas esperanzas, tuvieron que acampar de nuevo algunas semanas,

entre tanto que cortaban árboles y los adoptaban á su propósito, enterrando á cientos todo el tiempo, á quienes el hambre y la fatiga habia empujado hasta la tumba. Sin embargo, en desafio de las dificultades y desastres, se concluyó el número suficiente de balsas; y entonces los Padres ordenaron la marcha, dividiendo los indios en tres grandes cuerpos, de los cuales el primero habia de penetrar aun mas en el interior, el segundo costear por lo largo del rio, y el tercero navegar despacio por sus aguas. Parecia que á estos les habia tocado la mejor suerte; sin embargo, no fué así cuando se vió que el pasaje del rio envolvia muchos peligros de los que estaban exentos los otros. Habia pasado ya en efecto el Salto-grande; pero además de las rocas oblícuas y cruzadas corrientes ocasionadas por las islas, habia frecuentes rápidos, mas pequeños que el primero, pero peligrosos tambien; y muchos botes se hundian, costando á muchos hombres la vida antes de llegar á su destino. Paciencia y perseverancia, sin embargo, era su premio; y los Jesuitas tuvieron por último la satisfaccion de ver á sus diseminados neófitos reunidos en las riberas del Jubaburrus, pequeño arroyo que corre en direccion occidental á desaguar en el Paraná.

Pero habian sido observados con celosos ojos, se habia conspirado contra ellos, y se les habian opuesto todos los obstáculos al alcance de sus enemigos, todos, sin duda, menos ser atacados en medio del camino; y si algun orgullo honorífico se mezclaba con el anticipado conocimiento del éxito en el pecho de Montoya, el proyectista y gefe direc-

tor de la espedicion, fué pronto dominado por un sentimiento de tristeza cuando pasó revista á los sobrevivientes, al ver que de la vasta multitud que habia poblado las antiguas misiones del Guayra, solo quedaran pocos miles para responder al llamamiento. Felizmente habian sido guiados por la Providencia á un fértil y hermoso territorio, aunque á pesar de todos sus esfuerzos, tenian que pasar por muchas privaciones hasta el tiempo de la cosecha; entre tanto los Jesuítas, haciendo cuanto podian para subvenir á las necesidades de sus neófitos, aplicaban los salarios que recibian como misioneros de Guayra á la compra de granos y ganado. Y ahora era el tiempo en que los españoles por último debieron tener por sabido, si fuesen capaces de recibir la leccion, el valor real de aquellas reducciones á quienes tan mezquinamente habian rehusado su defensa; porque no tan pronto fué removida esta barrera, cuando sus inmediatas posesiones fueron invadidas por los mamelucos, en union de multitud de indios paganos, quienes se contemplaban dichosos solamente con vengar sus injurias ayudando á los cristianos á destruirse unos á otros. Quedaron desoladas provincia tras de provincia; ciudad tras de ciudad llegaron á ser la escena de sus depredaciones, y tanto Cividad como Villa Rica fueron saqueadas y destruidas, á pesar de los heróicos esfuerzos del Obispo de Asuncion, que fué personalmente á interceder en su favor; y sin embargo, los españoles nada habian aprendido de la esperiencia, y aun continuaban, por increible que parezca, devastando las reducciones que quedaban, poniendo

reclamaciones, bajo toda suerte de injustos pretestos, al servicio personal de los habitantes. Una y dos veces repitieron sus instancias; á la tercera echaron á los Jesuitas de sus misiones, reemplazándolos con sacerdotes seculares que, aunque obraban con la misma buena voluntad hácia sus convertidos, su proteccion no poseia igual poder que la de los Padres cuya autoridad era derivada directamente del mismo trono.

El esperimento estuvo bien cerca de ser fatal á las reducciones. Aterrados con la perspectiva de la esclavitud que creian, como cosa segura, se les preparaba, los habitantes donde quiera huyeron al desierto; y cuando en un período algo mas tarde la real audiencia de La Plata, mandó el restablecimiento de los Jesuitas, costó á los Padres mucho mas tiempo y molestia atraer á los indignados y recelosos salvajes á sus casas, que les habia costado reunirlos en el principio. Préviamente á esta decision, además, los Jesuitas habian apelado tanto á Roma como á Madrid contra los asaltos de los mamelucos y las iniquidades del comercio de esclavos, habiendo sido enviado el Padre Tano á la primera córte y Montoyo á la otra. Ambos volvieron con respuestas favorables, conteniendo el rescripto de España una cláusula especial por la que todos los indios convertidos por los Jesuitas, fuesen de la provincia de Tapé ó del Paraná y Uruguay, se declaraban inmediatos vasallos de la corona, y tan investidos de la misma inmunidad de servicio personal como ya gozaban los indios Guaranís. Al mismo tiempo se reguló el tributo que

debian pagar las reducciones; aunque en consecuencia de la pobreza que resultaba de recientes desastres, no fué de hecho exigido hasta el año de 1649, nueve años despues de haber sido regulado por la ley. La publicacion de este edicto causó una conmocion inmensa, siendo la causa principal, que además de los privilegios especiales conferidos á los indios convertidos por los Jesuitas, se prohibió y declaró ilegal toda compra y venta de los naturales en lo futuro. Los comerciantes se encolerizaban contra los Jesuitas como los autores del golpe dado al comercio de esclavos; entre tanto que por su parte los Padres declaraban donde quiera que harian su deber, y robustecerian la ley resueltamente por todos los medios á su alcance. Tan furiosa fué la escitacion, que su colegio de Janeiro estuvo á punto de ser saqueado. Fueron espulsados violentamente del de San Pablo; Montoya juzgó necesario retirarse por algun tiempo á Buenos Aires, y el vice-general estuvo muy cerca de perder la vida en el tumulto que siguió á la promulgacion de la ley.

En medio de todas estas conmociones, los mamelucos no estaban holgando; y envalentonados con el buen éxito que consiguieran en la destruccion de las ciudades españolas, atacaron aquellas reducciones que hasta entonces habian escapado de su furor. En la de Santa Teresa, despues de haber despachado sus prisioneros al Brasil, y hecho todas las maldades que estaban á su alcance, tuvieron la audacia de pedir al Padre Jesuita de la mision arruinada que les dijese misa en la iglesia. No era una oportunidad digna de desprecio; consintió en ello el

Padre, y en el instante que concluyó el divino sacrificio, ascendió al púlpito, y allí vituperó en los mas fuertes términos la conducta anti-cristiana de sus oyentes. Los bárbaros le escucharon sin conmoverse; habian ido muy allá en la maldad para ser escitados á la ira ó ablandados al arrepentimiento por oir el resúmen de sus crímenes; y el único síntoma que dieron de mejores sentimientos, fué hacer un presente al Padre que les habia hablado con tanta energía, con los indios acólitos que le habian servido en el altar. Las reducciones del Uruguay fueron las primeras á padecer, aunque, siendo numerosas y establecidas hacia mucho tiempo, hicieron una defensa vigorosa. Pero la lucha era demasiado desigual. Los neófitos no querian hacer uso de flechas envenenadas, ni podian disminuir el número del enemigo matando los cautivos, cuya fuga no podian precaver; práctica constantemente y sin escrúpulo observada por los mamelucos. Además no se permitia el uso de armas de fuego á los indios; y de esta suerte estaban incapacitados de hacer la guerra como los cristianos, y les faltaba la voluntad de hacerla á la manera del salvaje; y por consiguiente se veian colocados por necesidad en una desventaja considerable. La retirada parecia la única alternativa; y esta vez los Jesuitas consiguieron la seguridad de sus colonias estableciéndolas en aquella parte de la provincia Entre Rios que, estando rodeada por el Paraná á un lado y al otro por el Uruguay, posee una barrera natural contra toda invasion. Por el mismo tiempo tambien el Padre Montoya, despues de innumerables negociaciones, pudo conseguir un

edicto de Felipe IV permitiendo el uso de armas de fuego en las reducciones; y desde este tiempo parece haberse alimentado un sentimiento de confianza en los indios y su gobierno, que les daba nuevo vigor en su propia defensa; por consiguiente oiremos cada vez menos de los mamelucos en la continuacion de nuestra historia. Los neófitos peleaban como bravos, y repetidas veces los rechazaron, y en una de las últimas grandes batallas en que midieron sus fuerzas con aquellos inveterados enemigos de su raza, consiguieron derrotarlos completamente, de modo que la muerte del Padre Alfaro, que habia sido muerto á sangre fria antes de la accion por un soldado mameluco, fué vengada de una manera terrible.

Habiendo dado buenas pruebas de su valor, y demostrado una disciplina y constancia en la guerra, de que frecuentemente carecian los mercenarios españoles, los indios fueron continuamente llamados á servir al rey en el ejército; y en mas de una rebelion de la provincia, el gobernador debió el restablecimiento del órden á su fuerza y á su número. Sin embargo, todo esto era obra del tiempo; y mientras la consolidacion y defensa de las reducciones ya establecidas daba suficiente ocupacion á no pocos Padres Jesuitas, otros se empleaban en la formacion de nuevos establecimientos. El Padre Antonio Palermo, en compañía de una porcion de neófitos fervientes, habia ya costeado el Paraná, y volvia con una multitud de indios convertidos, á quienes prontamente colocó en una nueva reduccion; otros buscaban los pobres indios que habian

huido á los bosques y desiertos para librarse del furor de los mamelucos, y que estaban en peligro de recaer en su primitiva barbárie; tambien otros, á grandes instancias del Obispo de Tucuman, intentaron llevar el Evangelio á los yermos de Chaco. La naturaleza de este pais hacia muy difícil el acceso á causa de sus dilatados llanos sin senda, que en el verano eran un árido desierto y en el invierno presentaban una inundacion como un mar. Los salvajes eran caníbales, y por consiguiente la primera partida de Jesuitas que se atrevió á penetrar entre ellos pereció, habiendo sido devorado antes uno á la vista de sus compañeros; pero otros dos que siguieron la empresa, tuvieron mejor éxito. Fueron los Padres Pastor y Cerqueira, y resolvieron primero buscar los Abipones, que habitan en la estremidad oriental del desierto; pero encontrando por el camino una tribu de los Mataranes, ganaron su confianza á fuerza de bondad y dulce perseverancia. No fueron menos accesibles los Abipones á la bondad, aunque se contaban en el número de los mas fieros y mas intratables salvajes de la América, hallándose en un estado absoluto de primitiva barbárie, cuando el Padre Pastor pudo penetrar en sus guaridas. No bien le percibieron venir desde lejos, cuando se dieron prisa á salirle al encuentro; y con el cútis manchado y pintado, acorde con las nociones que tenian de un guerrero, ojos arrojando salvajes y feroces miradas, pelo largo, estendido y descabellado, y palos y javalinas que ellos giraban con salvajes gritos alrededor de su cabeza, se abalanzaron al Padre y sus compañeros rodeándolos

por todas partes. Si hubiera mostrado alguna señal de alarma, probablemente hubiera muerto en el instante; pero como se presentó valerosamente, pudo manifestarles su mensaje, declarando al mismo tiempo su confianza en Dios y en su buena fé con tanta sencillez y quietud, como si fuesen un bando de niños á quienes hubiera interrumpido en su juego. El efecto fué mágico. El miedo hubiera provocado á la violencia, el desafío la hubiera asegurado; pero tanta calma é intrépido valor los asombró y les impuso respeto, como una cosa que nunca habian presenciado antes, y que sobrepujaba su comprension; y deponiendo las armas, dieron la bienvenida al visitador con una esclamacion de alegría. Desde aquel momento fué su guia, su consejero y su amigo predilecto. Los instruyó en los rudimentos de la civilizacion; los enseñó á aborrecer su salvaje banquete de carne humana; estudió la inclinacion de sus entendimientos y disposiciones, y consiguió, por último, á lo menos parcialmente, reconciliarlos con la vida fija de los indios convertidos.

De este modo las cosas habian caminado de una manera próspera, cuando desgraciadamente el número de Jesuitas, que en todos tiempos habia sido muy escaso para el trabajo en que estaban empeñados, fué todavía disminuido por una órden del Consejo de las Indias, prohibiendo á todo el que no fuese súbdito de España predicar en las colonias españolas. Esta restriccion fué causada enteramente por las intrigas de los que buscaban por todos los caminos y medios impedir la formacion de nuevas reducciones, al considerar que habian llegado á ser

invariablemente otros tantos asilos de refugio de las iniquidades del comercio de esclavos. Poco tiempo tardó en rescindirse aquella órden; pero entre tanto obró con fatal efecto, tanto en los colonizadores, á cuya instancia se habia prescrito, como en los indios, que eran los inmediatos pacientes; porque el resultado de reducir el número de los Jesuitas fué tan grande, que para subvenir á las necesidades de las antiguas reducciones, fué preciso separar al Padre Pastor de aquellas que comenzaba á civilizar, despues de haber pasado por tánto riesgo y tanta molestia. Los indios se separaron de él con lágrimas en los ojos, y por dias y meses enteros miraron ansiosamente por su regreso; pero indignados por último de tanta dilacion, se hicieron los mas malos enemigos de los colonizadores españoles que hasta entonces habian encontrado, y les enseñaron por triste esperiencia todas las inestimables ventajas que hubieran resultado del establecimiento de reducciones permanentes en sus desiertos. Aun no habian dado, sin embargo, esta terrible leccion á los españoles, cuando los enemigos de los Jesuitas recibieron una adicion importante en sus filas en la persona de Bernardino de Cárdenas, el nuevo Obispo de Asuncion, que echó todo el peso é influencia de su posicion en la balanza en favor del comercio de esclavos. Era hombre de brillante talento, p ro de ambicion ilimitada; poseia todas las cualidades necesarias para adquirir popularidad entre la multitud, y nunca escrupulizaba prostituir sus mas elevadas dotes con tal de que le adulasen. Una informalidad habida en su consagracion, la hacia nula y ninguna

en la opinion de muchos; y habiendo referido el caso él mismo en uno de los colegios de los Jesuitas, estos, siguiendo los impulsos de su conciencia, se vieron compelidos á manifestar su oposicion. Desde aquel momento nunca cesó de intentar con violencia abierta ó secreta intriga echarlos de la ciudad. El gobernador, hombre débil, pero concienzudo, en vano intentó oponerse. La naturaleza habia dotado especialmente á Cárdenas para el oficio de demagogo, y llegó á ser el ídolo de los colonizadores. Se ligó desde luego al favorito interés de sus avaros corazones, y resucitó otra vez la antigua levadura de los celos que yacía fermentando en sus pechos, con denunciar á los Jesuitas como los apóstoles quijotes de la libertad indiana. Este era precisamente el mejor título para el amor y admiracion de todos los hombres buenos; pero tambien fué, y don Bernardino lo conoció, lo que les escitó el temor y aborrecimiento de todos los poseedores de esclavos en la tierra. Una sola indicacion era suficiente para semejante auditorio; y cuando conseguia escitar completamente las pasiones de la multitud. de improviso tomaba un aire de inspirada autoridad, declaraba alto sus hipócritas sentimientos por el paso que se veia precisado á dar, escomulgando en seguida á todo el cuerpo de los Jesuitas, y prohibiendo á los fieles tener comunicacion con ellos. El gobernador intentó interponerse, pero los ciudadanos se pusieron todos de parte del Obispo. Les habia prometido el servicio de los indios en concepto de esclavos, tan pronto como los Jesuitas fuesen echados de las reducciones; habia insinuado además

las minas de oro, que segun él, yacian ocultas en sus reducciones; y la idea era demasiado tentadora para aquellos adoradores de la riqueza para que la abandonasen con facilidad. Ellos se alzaron unánimemente en defensa del hombre que habia llamado aquellas doradas visiones ante sus ojos; y solo por la fuerza pudo don Gregorio al fin espelerle de la ciudad que habia desmoralizado con su ambicion y escandalizado con sus crímenes.

Pero la serpiente habia dejado detrás de sí el aguijon. El habia hecho indicaciones de minas de oro; y minas de oro por consiguiente fué el contínuo clamoreo de los colonizadores, como existentes en las montañas donde los Jesuitas habian fijado sus moradas. Desde entonces ninguna historia fué demasiado ridícula para su publicacion, ó demasiado estravagante para ser creida; y ningun testigo, por despreciable que fuese su carácter, dejaba de ser mirado como digno de confianza, todo el tiempo que diese testimonio en favor de aquel imaginario El Dorado. Depuso un hombre bajo juramento que habia encontrado un indio llevando sobre sus espaldas tres grandes sacos de oro, regalo que hacia el Provincial de la Sociedad á los colegios de Córdoba y Asuncion. El gobernador trató aquel indigno perjuro con el desprecio que merecia, despidiéndole con una satírica respuesta, en que le aseguraba que él estaba grandemente edificado con el desinterés del Provincial, que de tan grande tesoro nada habia reservado para sí; insinuándole al mismo tiempo su sospecha de que si el informante se hubiera visto en iguales circunstancias, difícilmente habria prac-

ticado semejante abnegacion de sí mismo. A pesar de esta sumaria despedida del gobernador, la noticía se habia divulgado demasiado y en gran manera se arraigara para que fuese borrada con facilidad. Habia llegado á los oidos del Consejo de las Indias, y habia hallado eco tambien en los corazones de los principales ministros de España. Hacíase por consiguiente necesario, aunque no fuese mas que á beneficio de la parte acusada, que se sondease el negocio hasta el fondo. Así lo sentia y pensaba la Sociedad; y por tanto, ofrecieron evacuar las reducciones con todos sus indios, en razon de dejar mas espedito el campo á las investigaciones. Esta proposicion no fué aceptada á la letra, pero fué nombrado un funcionario para que visitase las reducciones donde se suponia se ocultaban las minas de oro; y aunque el hombre que pretendia haberlas visto, y que fué llevado al sitio como testigo, se fugó en el camino, prosiguió, sin embargo, el visitador y nunca dejó la escena de su escrutinio, hasta que él y sus asistentes registraron tanto la montaña como el valle en busca del oro. Se nombró una comision segunda y aun la tercera para ir al mismo lugar y otros, y donde quiera, en diferentes ocasiones, y de individuos indicados por los sostenedores de la teoría del oro, pero siempre con el mismo resultado; y despues de varios años gastados de este modo en inútiles investigaciones y devastadoras sospechas, algunos de los mas vehementes acusadores de los Jesuitas, no queriendo morir como habian vivido, en la propagacion de una mentira, declararon en su lecho de muerte la completa false-

dad de la acusacion y los sórdidos motivos porque habia sido inventada. La inocencia de los Jesuitas fué de este modo establecida de la manera mas clara, pero las consecuencias de la acusacion no eran tan fáciles de deshacer. Una mancha se habia arrojado en sus trabajos ejecutados en favor de los pobres indios; una mancha muy perseverantemente sostenida por los que estaban mejor informados de su falsedad; el amor de las riquezas y el amor del poder se habian puesto al frente como motivos de acciones, que el amor de Dios solamente pudo haber sugerido, y Su poder solo haber hecho dichosas; y desde aquel momento fueron observados por el Consejo de Indias, y por un partido siempre creciente en la córte de España, con un celo que nunca cesó hasta que fueron espulsados de las reducciones.

El resultado inmediato, sin embargo, de las averiguaciones, fué el restablecimiento de los Jesuitas á la buena opinion del gobierno central y de las autoridades locales, y de la paz entre ellos y los calumniadores; pero esto fué solo por un momento. Por una inoportuna bondad, se permitió á don Bernardino volver de su destierro; y habiendo muerto repentinamente el gobernador, el Obispo, con su habitual prontitud, espulsó á los Jesuitas de la ciudad. Protestaron contra esta violencia, nombrándose al Padre Nolasco Superior de la órden de la Merced, como su juez conservador, para examinar los cargos propuestos contra ellos; dictó sentencia favorable, que fué confirmada por la de la real audiencia de Charcas, y por la decision además del comisario general, á quien el rey de España habia diputado

como juez entre ellos. Fueron restablecidos por mandato real á su colegio, y don Bernardino depuesto de su obispado por el Papa, quien en 1666 le confirió en don Gabriel Guillestoqui. Aun seis años antes de esta restauracion de sus derechos, los Padres de la Sociedad habian tenido una ocasion oportuna y no la habian rehusado, de hacer un señalado servicio á sus enemigos. Los indios de la ciudad de Asuncion y sus alrededores se habian sublevado formando un solo cuerpo contra los españoles sus dueños, y despues de asesinar á los principales habitantes á sangre fria, habian tomado posesion de la ciudad. No hubo tiempo, por mas que hubiera medios, para levantar tropas, y el gobernador se vió obligado á huir; pero no tan pronto fué sabida su situacion en las reducciones, cuando se envió un cuerpo de neófitos en su auxilio; con su asistencia la insurreccion fué subyugada, libertados los españoles de su peligro y el gobernador habilitado para volver en paz á su ciudad arruinada. La conducta de los indios en esta ocasion fué, ó de cualquier modo debió haber sido, un argumento incontestable en favor del sistema que con tanta energía habian sostenido los Jesuitas. Los indios de las encomiendas estaban en abierta y próspera insurreccion cuando los indios de las reducciones pelearon en favor de la paz y órden al lado de los hombres que, lejanos de ellos como los polos en pais, hábitos y educacion, poseian sin embargo, una reclamacion arrebatadora á su simpatía y cooperacion en el credo cristiano que profesaban en comun.

Pero aunque los indios esclavizados habian sido

subyugados, aquellos que permanecian incorregibles en el paganismo continuaban devastando á los españoles en todas direcciones. La fuerza de las armas y los tratados de paz eran igualmente ineficaces. Si eran derrotados en la víspera, era solo para dar la batalla otra vez en la mañana; y si hacian la paz cuando compelidos por motivos reservados á fingirse amigos, era para romperla en el momento que los azares de la guerra estaban en su favor. La falsa política de los colonizadores ahora se volvia fatalmente contra ellos; porque así como los indios no habian hallado fé ni conducta honrada en ellos, así ellos no les guardaban fé ni guardaban una conducta honrada en retorno. En tal dilema, el gobernador volvió por el auxilio de los Jesuitas: dos de ellos inmediatamente emprendieron una mision de paz, y se arrojaron en medio de los salvajes empeñando su palabra por la sinceridad de sus compatriotas en aquella ocasion. Esto fué bastante: los Jesuitas á lo menos habian dicho siempre la verdad en sus declaraciones, y no podian los indios rehusarles la creencia ahora. Fué ofrecida y aceptada una tregua de seis años, y esta vez los salvajes guardaron su palabra, porque la habian empeñado á hombres que nunca los engañaban. Los españoles se aprovecharon de este largo intérvalo de reposo para reparar sus últimos desastres; y los Jesuitas tambien hicieron uso de él de otra manera, penetrando mas interiormente en los bosques y en los yermos de Paraguay, como habian hecho antes, y de esta suerte dieron ancha estension á sus proyectos de la conversion y civilizacion de los naturales.

CAPITULO VII.

EL GOLPE FINAL.

Martirios de los Padres Ortiz y Solinas.—Suceso del Padre de Arcé.—Martirios de los Padres Caballero, de Arcé, Blende, Silva, Maco y treinta neófitos.—Antequera usurpa el gobierno; persigue á los Jesuitas.—Su arrepentimiento y su muerte.—Los rebeldes segunda vez derrotados por los indios cristianos.—Renuévanse los cargos contra los misioneros.—Martirio del Padre Lizardi.—Tratado de cambio entre España y Portugal; forzosa emigracion de los indigenas.—Persecucion y deportacion de los Jesuitas.—Estado presente de Paraguay.—Revista de los trabajos de la Sociedad en este pais.

Debe recordarse que despues de la primera y feliz tentativa del Padre Pastor con los fieros salvajes de Chaco, habia sido compelido á causa de una desgraciada disminucion del número de los misioneros, á separarse de sus nuevas reducciones, y que los indios así desamparados, habian llegado á ser los mas mortíferos enemigos con quienes los españoles habian sido llamados hasta entonces á pelear. Por treinta años la provincia de Tucuman fué continuamente devastada por sus incursiones; y aunque

los Jesuitas lo habian intentado diferentes veces, nunca habian conseguido, durante todo este período, recobrar la confianza perdida tan desgraciadamente. Sin embargo, en el año de 1683, con que abre el presente capítulo, dos Padres, Ruiz y Solinas, con un celoso eclesiástico llamado Ortiz y Zarate, salieron para Jujuy con el propósito de reanudar la mision interrumpida. En diez y seis dias llegaron á Santa, llamada por escelencia «la Montaña de Chaco,» que en dias claros impone una vista no interrumpida del pais á donde dirigian sus pasos; sin embargo, cuándo ganaron la cumbre, aunque el sol estaba brillante sobre sus cabezas, cerraban el pais enteramente vastas y densas nubes de niebla á sus piés. Era un agüero ajustado al principio de una mision que iba á abrir el cielo á los que la emprendian, pero que dejaria al pueblo por cuya causa se ponian en práctica envuelto en las nubes de la idolatría y del error. Pudieron conseguir los Jesuitas edificar una capilla, é inducir á algunos indios á fijarse en torno suyo; pero una mañana al alba del dia, cuando estaban para ofrecer el divino sacrificio, salió de los bosques un cuerpo de salvajes dando terribles gritos y alaridos de triunfo, asesinaron á los Padres Ortiz y Solinas con golpes repetidos de las manacas ó palos, y entonces cortando sus cabezas las llevaron para hacer vasos de los cráneos. Afortunadamente sucedió que estaba ausente el Padre Ruiz, que habia ido á Tucuman en busca de provisiones; pero habiéndose sabido que regresaba, salió una partida de indios á interceptarle. Por una proteccion especial de la Providencia, no acertaron con el ca-

mino que emprendiera el Padre: y cuando llegó este á la reduccion, ignorante de todo lo que habia ocurrido durante su ausencia, la halló abandonada y desierta, los habitantes llevados por el terror á los bosques, y los cuerpos mutilados de los mártires tendidos frios y sangrientos en las gradas del altar.

Las nuevas de esta catástrofe no hicieron mas que encender á los Jesuitas con nuevo entusiasmo: se erigió bien pronto un colegio en Tarija á las orillas de la provincia de Charcas, para servir de depósito de misioneros destinados al desierto. El Padre Arcé fué el señalado para guiarlos: dos veces se puso á la prueba y dos veces hubo de retroceder, despues de haber sido halagado en el principio por una perspectiva engañosa de buen éxito. Entonces abandonó la empresa por algun tiempo, y volvió sus pasos hácia las naciones de los Chiquitos, ó pequeños indios; nombre derivado, no de la cortedad de su estatura, sino de la diminuta apariencia de sus moradas. Dividido en innumerables pequeñas tribus, este pueblo habitaba una estension vasta del pais que, bañado por los rios Guapay y Pirapiti, está cortado por montañas y le dan sombra sus bosques. Eran bravos, activos y enérgicos; y habiendo estado antes del periodo en que tuvo lugar la visita del Padre Arcé en perpétua hostilidad con los españoles, habian constituido el objeto de un tráfico lucrativo para los habitantes de Santa Cruz, donde se habia organizado una compañía para comprar todos los prisioneros hechos en la guerra, con el propósito del comercio de esclavos. La llegada de los Jesuitas con su rescripto en

favor de los indios convertidos, ponia un dique á este ilegal tráfico; y los habitantes de Santa Cruz por consiguiente hicieron cuanto pudieron para impedir la mision. Por modestia no se aventuraron á confesar el motivo verdadero de sus operaciones; pero festejaban al Padre y le abrumaban con obsequios, manifestándole contínuamente los peligros que iba acometer, el ciego aborrecimiento de los indios, la terrible insalubridad del clima, y las contagiosas enfermedades que aun en aquellos momentos causaban estragos entre ellos. Todo esto y mucho mas lo oia el Padre con grave cortesía; pero cuando le llegaba la vez de responder, el único reparo que hizo á sus alarmantes representaciones fué exhortarlos enérgicamente á que disminuyesen los males de que hablaban, ayudándole en la mision, y cuando rehusaron, los dejó para emprender su viaje. Ciertamente que no habian exagerado el peligro, porque la peste hacia estragos en el primer pueblo en que entró, pero al fin vino á ser una circunstancia dichosa; porque mientras que esto no podia contener su celo, le habilitaba para hacer servicios á todos sin escepcion, y ganar por este medio la confianza de los sobrevivientes. Edificó una iglesia y fundó una reduccion; y habiendo manifestado otra tribu deseos de verle, les envió recado de que viniesen desde luego para recibirlos y bendecirlos como sus hijos. La invitacion fué aceptada inmediatamente; y habiéndose trasladado la reduccion ya formada á situacion mas saludable á orillas del rio de San Miguel, se estableció otra sin demora en las del Jacovo.

Durante la ausencia del Padre de Arcé en este último punto, los mamelucos atacaron la de San Miguel, imaginando que por ser fundada tan recientemente no habria dificultad en la adquisicion. Pero los Chiquitos eran por naturaleza un pueblo mas guerrero que sus antiguas víctimas de la nacion Guaraní. Sin embargo, estando ausente del establecimiento el Padre de Arcé, no quisieron empezar el combate sin la seguridad de su bendicion. Volvió de Arcé en tiempo justo para oir la confesion de todos los guerreros, les dió la comunion en el campo de batalla, y antes que el sol luciese con todo su esplendor habian atacado ya y derrotado al enemigo. Este suceso dió un absoluto é inesperado desarrollo á la jóven mision de los Chiquitos. Se fundaron nuevos establecimientos rápida y sólidamente, y creada de este modo la república, pronto compitió con la de los indios Guaranís. Los Jesuitas empujaron estas ventajas mas allá de la nacion con que habian comenzado sus trabajos, y tribus que los españoles nunca habian conocido ó habian conocido solamente por las devastaciones que cometian, entre ellas, los Lullos, tribu de las mas fieras y hasta entonces mas intratables de todas, fueron en muy poco tiempo convertidos y civilizados.

El Padre Caballero, cuya vida era tan solo un ejemplo de las que cientos de misioneros hacian al mismo tiempo, gastó sus dias pasando de nacion á nacion, anunciando donde quiera el Evangelio, donde quiera, como consecuencia necesaria, acometiendo la muerte, que por último le alcanzó; pero donde quiera subyugando los salvajes, á quienes

comunicaba su suerte por el poder de su doctrina y la dulzura de sus palabras. Algunas veces era amenazado con la venganza; otras escapaba á duras penas de los lazos tendidos astutamente á su vida; pero aun, olvidado de la fatiga y del peligro, continuó atrevida y perseverantemente en su camino. Reducciones innumerables marcaban los sitios donde pisaron sus piés, y sus viajes fueron un largo y continuado triunfo de la Cruz, hasta que llegó al pais de los Puizotas, que estaba destinado á su tumba. Le taladró la espalda una flecha de un salvaje hostil; y aun tuvo fuerza para plantar en tierra la cruz que llevaba, arrodillándose ante ella en oracion, hasta que al fin espiró bajo los repetidos golpes de las macanas. Era el 10 de Setiembre de 1711. Su martirio fué la señal de otros muchos. Los Padres de Arcé, Blende, Maco y otros treinta de sus neófitos, perecieron bajo los palos de los Payaguas en una tentativa infructuosa para navegar el Paraguay; mientras que el hermano Romero con otros doce indios fueron asesinados por los Zamucos en un arrebato de rábia. Apenas habian concluido de cometer el delito, cuando huyeron á esconderse en las montañas, y allí, creyéndose en salvo de la venganza del cielo y de los reproches de los Jesuitas, estaban aun jactándose de su recobrada libertad, cuando los Padres de Aguilar y Castañares, que los habian seguido para calmar su enojo, entraron en sus tolderías. Tan infatigable caridad no podia resistirse, y los salvajes retrocedieron con ellos pacíficamente á su antigua reduccion de San Rafael, donde comenzaron otra vez la vida de trabajo é

instruccion que este arrebato de asesinatos habia interrumpido tan lamentablemente.

Ni estos, ni cualesquiera otros homicidios alevosos que de cuando en cuando ocurrian, tuvieron poder para interrumpir, y con dificultad retardar el plan de operaciones que los Padres Jesuitas se habian trazado. Donde caia un hombre, al instante se ponia otro en su lugar; y mientras que se formaban contínuamente nuevas reducciones, las antiguas caminaban con constancia hácia la moral é intelectual prosperidad á que aspiraban sus fundadores, prosperidad que no fué afectada materialmente por aquella rebelion de Antequera, que en una ocasion casi amenazó á desmembrar á Paraguay de los dominios de España. En rigor, Antequera no era el gobernador de la provincia, puesto que habia sido enviado por la real audiencia de Charcas solamente para arreglar algunas desavenencias que mediaban entre el gobernador efectivo y sus súbditos; pero el encargo era demasiado tentador para su ambicion, y en vez de mediar entre las partes contendientes, se apoderó del gobierno y le mantuvo por la fuerza de las armas. Estando ya la provincia en un estado faccioso, fué con facilidad inducida á declararse en su favor; y como los indios de las reducciones fueron los únicos de la poblacion que no tomaron parte en la revuelta, los Jesuitas por quienes eran dirigidos llegaron á ser los objetos de sus sospechas. En consecuencia de esto fueron espulsados de su colegio de Asuncion, á pesar de las enérgicas demostraciones de don José Paloz, el Obispo coadjutor de la ciudad nue-

vamente nombrado, quien manifestó ser un ángel de paz y misericordia en todos los tormentosos acontecimientos que oscurecieron su episcopado. Por su parte Antequera intentaba justificar su ilegal violencia hácia los Jesuitas, removiendo primero todas las antiguas acusaciones esplotadas contra ellos, é inventando despues otras nuevas. La fábula de las minas de oro fué por consiguiente resucitada, haciéndola valer como bien calculada para hallar favor en la multitud, cuyas pasiones aun fueron mas escitadas con una promesa del saqueo de las reducciones donde quiera que fuesen subyugadas, y una asignacion de sus habitantes á los colonizadores como esclavos. Pero el usurpador se habia obligado á mas que podia ejecutar. Antes que fuesen cumplidos la mitad de sus planes, el Consejo de Indias empleó toda su fuerza por medio de un edicto, y fueron restablecidos los Jesuitas en Asuncion; entre tanto que Antequera fué conducido preso á Lima con la sentencia de muerte por su rebeldía. En esta terrible hora, con el temor de la muerte ante sí, el velo cayó de sus ojos. Confesó la injusticia de la cual habia sido culpable, y dió señalados testimonios de sinceridad solicitando ser acompañado en la prision de algunos de los mismos hombres á quienes habia perseguido tan cruelmente. Respondiendo desde luego al llamamiento, algunos Padres se apresuraron á participar de su encierro; y Antequera, eligiendo uno para prepararle á la ejecucion de su sentencia, le suplicó que no le abandonase por un momento. Además declaró á todos los que le vieron la entera falsedad de las acusacio-

nes que habia fulminado contra ellos, preparando un escrito al mismo efecto que debia ser leido antes de la ejecucion de la sentencia. Sin embargo, todo esto no bastó á restituirlos á la buena opinion de los habitantes de Paraguay, pues mucho mas fácil es sembrar la falsedad que despues desarraigarla, y hasta el haberle acompañado en la prision y despues en el cadalso, aunque en ambos casos fuera en cumplimiento de una encarecida súplica, fué traducido como un triunfo insolente sobre un enemigo caido. Antequera habia sido un predilecto del pueblo; y su muerte, lejos de tranquilizar, animó las humeantes cenizas del descontento. La ciudad de Asuncion se sublevó inmediatamente; se nombró una junta para su gobierno; siguieron tumultos y escesos de todo género, durante los cuales se espulsaron otra vez los Jesuitas; y sin esperanza de efectuar ningun bien entre el pueblo asi abandonado á sus pasiones, el Obispo rehusó dar á semejante proceder la sancion de su presencia, y dejó la ciudad. Zavalo, caballero de elevado carácter y reputacion, fué enviado para calmar á los insurrectos; pero hallando á los ciudadanos en favor de la junta, retrocedió á las reducciones, donde siete mil indios se juntaron á su llamamiento; y con tal auxilio, marchó contra la ciudad. La guerra con todas sus calamidades fué lo que siguió; pero despues de meses de varia fortuna de ambos lados, fueron derrotados finalmente los rebeldes. Los indios gentiles que á la primera señal de guerra se habian armado contra sus señores españoles, fueron subyugados; y habiéndose de esta suerte restituido la paz á la

provincia, los indios cristianos se retiraron á sus reducciones, para hacer frente allí á un enemigo mas terrible que cuantos habian dejado á su espalda, en el hambre que la ausencia de tantos trabajadores durante la estacion de la sementera habia necesariamente ocasionado.

El hecho mismo de haber reprimido los indios de las reducciones esta rebelion, habló con fatal efecto en la popularidad de los Jesuitas. Los hombres que en su frenético aborrecimiento los habian ya arrojado de sus casas alzando un clamor insensato, no era probable que los amasen mejor ahora que por medio de aquellos despreciables indígenas, cuya libertad habian preservado y cuyos caractéres habian formado, sus conjuraciones y sus codiciosos designios habian sido vergonzosamente derrotados. Pero desarmados é impotentes, confundidos y chasqueados como estaban, los colonizadores de aquellos dias no eran los hombres que dejasen una víctima intacta solamente porque se les habia escapado una vez. No habia servido la violencia; les quedaba la intriga y la calumnia, y á ella acudieron sin piedad ni remordimiento. Con la audacia de su carácter cambiaron desde luego de rebeldes en súbditos leales; y afectando un afecto intenso por los intereres de aquella corona contra quien habian hecho armas hacia poco, dirigieron esposicion tras de esposicion, primero al Consejo de Indias, y despues mas directamente al gobierno de España, denunciando la autoridad ejercida por los Jesuitas en las reducciones, como derogatoria de la del monarca de España; acusándolos además de disipar enormes sumas perte-

necientes al gobierno de los indios convertidos. Los Padres hicieron frente á estas acusaciones de la única manera posible, es decir, solicitando enérgicamente un juicio legal; y en el año de 1732 salió en su consecuencia una comision, autorizando á Juan Vazquez de Agüero para ir á América, con el propósito de investigar la última y mas tangible porcion de los cargos. El resultado de esta inquisicion concluyó cuatro años despues de haberse empezado, y probó que, á causa de las varias enfermedades epidémicas que contínuamente desolaban las reducciones, habia una inevitable variante de un año á otro en el número de la poblacion; pero que el tributo habia sido pagado siempre con exactitud conforme á las listas numéricas enviadas por los Jesuitas, y que, puestas á exámen estas listas, se halló que mas bien escedian que aminoraban la actual proporcion de habitantes de cada establecimiento, resultando de aquí agena la Sociedad de todo designio de defraudar la renta. Añadió Vazquez, que lejos de poseer las reducciones la enorme riqueza cuya existencia se suponia en ellas, si se aumentaba el tributo acorde con el clamor de los colonizadores, llegaria á ser una carga insoportable para los indios, que concluiria tal vez por arruinarlos completamente. Esta decision, el resultado de un testimonio tomado en el sitio y despues de repetidas conferencias con el gobernador, el Obispo y otros funcionarios de la provincia, hubieran satisfecho al rey, aun cuando antes abrigase algunas dudas, que á la verdad no las tenia. El monarca siguió el consejo de Vazquez con relacion al tributo,

que con anterioridad al período de la espulsion de los Jesuitas, permanecia precisamente en la misma proporcion que se habia fijado en el principio.

Entre tanto ni las vejetaciones consiguientes á esta contienda, ni las mas francas persecuciones anteriores, habian obligado á los Padres á aflojar en sus esfuerzos por la conversion de los gentiles. El desierto de Chaco fué atacado otra vez, y en esta ocasion á las instancias especiales del virey, que vió imposible absolutamente reducir á los habitantes sin su ayuda. Lizardi, Chomé y Pons obedecieron el llamamiento; pero cuando vieron que marchaba con ellos un ejército al pais, rehusaron completamente acompañarle. No era por medio de la espada como hasta entonces habian llevado los indios á la obediencia, y ni por la espada ni en compañía de la espada quisieron ahora acometer la empresa. Por eso solos, y sin otras armas que la Cruz y el Breviario, salieron para una mision que ya habia conducido á la muerte á muchos Padres. Se formó inmediatamente una reduccion por sus unidos esfuerzos á las siete leguas de Tarija, que prometia llegar á ser uno de los establecimientos mas florecientes. Pero habian alcanzado ya la mas distante porcion del desierto algunos rumores del intentado ejército; porque los Chiriguanes de las Cordilleras, la tribu que constituia su busca especial, donde quiera huyeron ante ellos. En vano esploraron montañas, vadearon rios, buscaron en las espesuras de casi impenetrables bosques, no podian ni ver ni oir ningun salvaje. Habian hecho alto en medio de una indecision considerable, cuan-

de llegó hasta ellos la voz de que la tribu que buscaban se habia reunido en grande número y en guisa hostil cerca de la reduccion de la Concepcion. A esté establecimiento voló inmediatamente Lizardi para proteger á sus neófitos; pero hallando las cosas aparentemente en calma y tranquilidad á su llegada, supuso que habia sido mal informado, y se preparó á ofrecer el Adorable Sacrificio. Apenas, sin embargo, habia llegado al altar, cuando de los bosques y fortalezas montañosas donde estaban escondidos, salieron los Chiriguanes sobre el pueblo, pusieron los aterrados neófitos en huida, y llevaron al misionero en triunfo. Le arrastraron en medio de golpes é injurias, hasta que casi muerto ya con el tratamiento que recibiera, le colocaron en una roca como blanco de sus flechas. Cuando despues de uno ó dos dias los neófitos se atrevieron á volver á su pueblo desierto, hallaron al Padre en el sitio que sus enemigos le habian dejado, con su cuerpo taladrado de flechas, su Crucifijo á un lado, y su Breviario abierto en el oficio de difuntos, como si él hubiera querido recitarle sobre sí durante la larga y prolongada agonía que debió haber precedido á su muerte. Pons, que le habia acompañado en su espedicion al desierto, regresó para tomar á su cargo la reduccion despojada, mientras que Chomé continuó mas adelante en la busca de almas. Formáronse en una reduccion por los Padres de Aguilar y Castañares, para compensar tantos desastres, las tribus feroces de los Zamucos: Castañares predicó á los Borillos, y despues de estos á la tribu de los Mataguayos, entre quienes fué traido-

ramente asesinado en 15 de Setiembre de 1744.

En otras partes aun mas orientales de la América, otros Padres de la Sociedad habian tenido un éxito admirable, tanto con las errantes tribus de los Pampas, como con los habitantes de las cordilleras que separan á Chile de la provincia de Patagonia, entre los cuales habian empezado á formar florecientes reducciones, cuando sus labores fueron otra vez acometidas con sospechas injuriosas, habiéndose renovado tambien la fábula de las minas de oro.

En esta ocasion vinieron los rumores de Portugal; y llegando á los oidos del virey del Brasil, en un arrebato de inconcebible credulidad, persuadió á su gobierno á cambiar una colonia que poseia al Este de la Plata por las siete reducciones fundadas en las riberas del Uruguay. Tan convencido, á la verdad, estaba de la certidumbre de la fábula, que tambien estipuló que los pobres indios fuesen trasladados á otra parte de la provincia, con objeto de hacer su busca con menos motivos de interrupcion. Aceptada la propuesta por el gobierno de España, se confió á los Padres de la Sociedad el cuidado de llevar el tratado á su término. Bernardo Neydorffert era al que mas especialmente se confiaba, hombre inesplicablemente querido de los neófitos, entre quienes habia gastado los mejores treinta y cinco años de su vida de misionero; sin embargo, cuando juntó los caciques de las diferentes reducciones, y les espuso las condiciones del tratado, se resistieron unánimemente, declarando que la muerte era preferible á semejante destierro, y que la fuerza sola-

mente podria arrojarlos de las amadas casas y guaridas de su infancia. En esta conformidad se recurrió á la fuerza; y los Jesuitas, que trataban de calmar los ánimos de los indígenas, eran censurados por ambas partes. El gobierno, atribuyendo á su voluntad la ineficacia del tratado, mientras que los indios por su parte, completamente incapaces de comprender la posicion en que estaban colocados los Padres, y los motivos por que obraban, no ponian reparo en declarar paladinamente que por la primera vez creian que les eran traidores los Jesuitas. Fué necesario un ejército para dar fuerza al tratado, y los desgraciados habitantes fueron espulsados de sus reducciones con la punta de la bayoneta; pero cuando los portugueses llegaron á esplorar las montañas que habian arrebatado del aburrido salvaje, descubrieron demasiado tarde la falacia de sus esperanzas; no pudieron hallar ni plata ni oro, y en tal situacion manifestaron el deseo de que los Jesuitas reuniesen y calmasen otra vez á los naturales, pues que sin el auxilio de estos, su reciente adquisicion estaba destinada á ser un desierto. Los Padres se contemplaban demasiado dichosos en acometer otra vez la empresa; pero los salvajes, despues de lo que habia ocurrido, estaban naturalmente suspicaces y susceptibles, y la tentativa de retirar á los naturales á sus antiguas casas, por ningun sentido fuera aun coronado con entero éxito, cuando Cárlos III ascendió al trono de España, y rompiendo el fatal tratado de cambio, al que siempre se habia opuesto, reasumió las reducciones del Uruguay como una porcion de sus dominios en

el año de 1759, nueve años despues de la separacion.

Pero se acercaba rápidamente el tiempo en que las reducciones de la América Meridional estaban para dejar de existir, escepto en la historia del pais que habia sido su cuna y de la Sociedad que les habia dado nacimiento, y cuyo nombre será en todos tiempos identificado con el suyo. Estaban á la verdad los Jesuitas próximos á ser separados desde entonces y de una manera definitiva de aquellas misiones que habian fundado con tantas faenas y penalidades, y habian cimentado con su sangre; y que privadas de su cuidadosa y vigilante tutela, habian de perder demasiado presto su carácter distintivo de la morada de los indios civilizados, y decaer bajo la ignorancia y opresion de aquellos que usurparan el encargo, en meras agregaciones dé medio cristianos y medio gentiles, parcialmente convertidos, pero totalmente abandonados y rudos bárbaros. Cierto es que los Padres habian sido declarados inocentes por jueces nombrados por el rey; que habian aparecido tales tambien por la inútil busca de oro en las reducciones hecha por los portugueses; que igualmente habian dado pruebas de su inocencia en la calmada sumision al gobierno en un momento en que, con favorecer la rebelion de sus neófitos, hubieran opuesto la violencia á la injusticia, y hubieran cambiado en realidad material el reino, que segun la acusacion codiciaban en el nuevo mundo; inocentes entonces eran, si la inocencia se puede establecer por alguna suma de pruebas; inocentes de todo designio contra el Estado, y

de cualquiera deseo de riquezas ó de poder en la formacion y manejo de las reducciones. Pero el principio con que habian inaugurado su trabajo, fué lo que causó su caida al fin; porque abogando por la libertad personal del indígena, como la base del sistema para su regeneracion, demandaban una sola gracia que los colonizadores habian determinado negar. Era un *principio*, sin embargo, y por tanto no se podia abandonar, cualquiera que fuese el costo para sus sostenedores; pero precisamente porque era un principio, y no una mera opinion, habia sido siempre estimulado por la Sociedad, ansiosa y firmemente por cierto, y con incansable energía y perseverancia, pero sin ningun mal parecido arrebato de pasion ó mala voluntad hácia sus antagonistas; y contentos los Jesuitas con oponer los hechos á la falsedad, nosotros siempre los hallaremos, en la historia turbulenta de aquellos primeros gobiernos coloniales, y en todas las tentaciones de mal regulada ambicion, de parte de la justicia, del órden y de la religion. De esta suerte, mientras que los Jesuitas se atrevian intrépidamente á reprobar y resistir á los españoles en su abuso del indígena, nunca dudaron en arriesgar su vida por apartar de ellos la merecida venganza del irritado salvaje; y mientras que la calumnia, la persecucion y la intriga los denigraban, seguian su carrera de misioneros en silencio y de una manera grandiosa y heróica, y con la sangre del mártir y la palma del martirio replicaban á los insensatos gritos de sus acusadores. Pero ni el pasivo sufrimiento ni las activas hazañas de bondad y caridad,

mas positiva protesta contra aquella voz de Europa declarando que «el engrandecimiento de la Sociedad era el único objeto de sus miembros.»

Los Padres desterrados se embarcaron pará Italia, donde subsistieron de una pitanza repartida por el gobierno de España; sujetos además á la condicion de que no escribirian ni hablarian en defensa de su Sociedad; y á esta tiránica exigencia, se añadió otra aun mas insultante, á saber: que la transgresion de un solo miembro en este particular, se imputaria á todo el cuerpo y se castigaria en tal conformidad.

En la mayor parte de sus desiertas misiones fueron reemplazados por un gobierno misto, que consistia en la mitad de eclesiásticos y la otra mitad de legos; pero llamados como eran á una tarea sin tacto, esperiencia ó conocimiento de las peculiaridades del pueblo con quien tenian que tratar, el designio fué á todas luces reconocido una quimera. Difícilmente á la verdad podia ser de otro modo; porque aunque los indios habian recibido profundas impresiones religiosas, y habian hecho rápidos progresos hácia el órden é industria de la vida civilizada, sin embargo, aun miraban con afecto ciertos hábitos desarreglados de muchos siglos, y no podian ser reunidos como un cuerpo social sin un delicado y juicioso ajuste de las influencias destinadas á pesar sobre ellos. En este ajuste el gobierno de los Jesuitas habia sido de tan eminente éxito, como el de sus sucesores fué reconocido ser todo lo contrario: el primero poseia en sus reglas una unidad de propósito que imponia respeto á los indios, mien-

tras que el segundo, siendo constantemente dividido entre sí mismo, dejaba á los infelices objetos de su jurisdiccion, ó perplejos en cuanto á la autoridad que debian obedecer, ó no menos dudosos de la necesidad de obediencia. El gobernador lego era frecuentemente un tirano, y mientras que los Jesuitas lo habian reducido todo á un sistema, desde entonces fué por el contrario todo desarreglado é incierto; habiendo el capricho individual sustituido á un código de reglas que habian dado consistencia al castigo y dignidad á la justicia, y el temor empleado donde quiera para compeler á la sumision, cuando antes la bondad fuera el único argumento dominante. Tal gobierno, y de tal modo dirigido, pronto produjo fatal efecto en las reducciones, y aunque ha transcurrido menos de un siglo desde que fueron sujetos á su influencia, casi han conseguido borrar todo el cultivo mental y esterna belleza que los Jesuitas habian efectuado en sus misiones. Poco menos que desolacion se vé ahora donde algun tiempo estuvo la casa del Jesuita y la choza del indio una al lado de otra. Los edificios públicos han desaparecido; las iglesias están todas arruinadas; las chozas han dejenerado en cabañas nativas; zarzas y malas yerbas donde quiera completan la pintura de la decadencia; la poblacion ha disminuido de miles á cientos, y la que permanece casi ha vuelto á tomar la indolencia del salvaje, indiferente, desolado y triste á las puertas de su miserable morada, mientras que en las reducciones que algun tiempo pudieron pagar sin privaciones personales, aunque no sin saludable trabajo, un

tributo anual al rey, el superior de las misiones con dificultad puede hallar con qué alejar el hambre de su pueblo.

Que la condicion de los indios de la América Meridional en el dia presente hubiera sido muy distinta de lo que es, á haber permitido á los Jesuitas concluir el trabajo que habian comenzado con tan buenos auspicios, es bien dificil dudarlo, si juzgamos por lo que hicieron, lo que hubieran hecho; y este parece ser en resúmen el único medio perfecto y equitativo de resolver la cuestion. Por espacio de ochenta años poseyeron la tierra, y en estos ochenta años, fuera de algunos cientos de errantes tribus, separadas de las demás por hábitos, lenguaje, religion, y la natural animosidad que arma al salvaje contra el salvaje, consiguieron formar una nacion una en hábitos, lenguaje y gobierno, y sobre todo una en la cristiana y fraternal unidad; imprimiendo en todo tan profunda y ancha señal de civilizacion, que las huellas aun son visibles en el dia. Los indios Guaranís, á quienes á costa de tanto trabajo atrajeron á los hábitos de industria y órden, aun se mantienen reunidos como un pueblo cristiano, y aun constituyen la masa de la poblacion laboriosa; de tal modo, que cualquiera cosa de conocimiento práctico de la agricultura que produce la tierra, es el resultado enteramente de las antiguas reducciones. El idioma Guaraní tambien retiene la preeminencia que le dieron los Jesuitas, y es aun el único órgano de comunicacion entre los habitantes de Paraguay. Ni el misionero mismo está olvidado, aunque hayan pasado dos generaciones desde que

no se ha visto en la tierra. Su nombre aun es bendito por aquellos que le oyeron, y su vuelta aun se aguarda como una era de buena fortuna en el porvenir del indio indígena. Todavía permanecen muchas de las menores costumbres religiosas que enseñó á sus neófitos entre los descendientes de estos. «En el dia,» dice un viajero reciente, «los niños en Paraguay nunca se retiran á descansar sin arrodillarse y pedir la bendicion de sus padres; y los padres, contestando á la pregunta del estranjero, le dirán que los buenos Padres Jesuitas los enseñaron á obrar así.»

Cuando consideramos los hombres por que estos Padres fueron reemplazados, y la suerte de gobierno que fué sustituido á su paternal mando, mas nos admiraremos de que se haya retenido tanto, que de lo mucho que ha desaparecido. En ochenta años no se imprime de un modo indeleble en el carácter de una nacion el sistema de cultivo mas sábiamente concebido y mas eficazmente aplicado. Una civilizacion perfecta es el producto de siglos, y aun cuando la que ha sido desarrollada mas pronto parezca florecer por algun tiempo bajo el estímulo de la autoridad, es casi cierto que muere definitivamente. Es fatal al mismo cuerpo del salvaje, que perece bajo sus desusadas dulzuras, como una flor silvestre se marchita espuesta inadvertidamente á la atmósfera de una casa abrigada. Aminora las mismas fuerzas del entendimiento que se intentan ensanchar, por venir súbitamente sobre él antes de estar preparado debidamente para su recepcion, y muere enteramente en el momento que la influencia que robus-

teos se separa, ó meramente hiela la superficie de la sociedad en una lisura facticia, mientras que todos los vicios normales corren de una manera sombría en la corriente que se halla debajo. Las naciones salvajes son, en efecto, tan poco á propósito para recibir de una vez la llena medida de la civilizacion, oprimiendo debajo y corriendo encima, como un niño para tomar sobre sí los deberes de un hombre; y si el niño requiere ser enseñado dia por dia en los misterios de la existencia, de la misma manera un pueblo rudo é inculto necesita ser dirigido generacion tras de generacion hácia la llena luz del conocimiento social, que para nosotros es ciertamente una segunda naturaleza, porque es la herencia de nuestros antepasados; pero que, no debemos olvidar que estos antepasados ganaron paso á paso y tardaron siglos en adquirirla. Tanto la naturaleza como la esperiencia señalan el principio de gradual iniciacion como el único seguro en la instruccion del salvaje; por eso el mismo Raynal, el divulgador de tantas blasfemias contra la religion Católica, no ha dudado sin embargo en declarar, en su *Historia Política y Filosófica de las Indias*, que «cuando los Jesuitas fueron espulsados de las reducciones, sus indios habian llegado al mas elevado punto de civilizacion á que es posible conducir á naciones nuevas, y á uno por cierto mucho mas alto á que haya llegado hasta aquí ningun otro pueblo del nuevo mundo. En ellos las leyes eran donde quiera aplicadas de una manera regularizada; las costumbres eran puras; un espíritu de fraternidad unia todos los corazones; las artes prove-

chosas eran conducidas á la perfeccion, mientras que aquellas meramente ornamentales se cultivaban con algun éxito.»

«Muy injustamente, pues, continúa, han sido censurados los Jesuitas de haber tenido de intento á los indios en la tutela de un niño, cuando de hecho los acomodaron solamente en la mas eficaz manera para el pléno goce y beneficio de aquella libertad que, por sus espontáneos y desinteresados esfuerzos, conquistaron para ellos de sus enemigos. En el principio todos los negocios de las reducciones pasaban por necesidad por las manos de los Jesuitas; pero fueron transfiriendo el trabajo gradualmente á los hijos de sus primeros convertidos que, nacidos en el seno del Cristianismo y de la civilizacion, fueron con facilidad instruidos en muchas cosas que sus padres, los pintados guerreros y cazadores recientemente sacados de los bosques, nunca pudieron comprender. En los últimos tiempos de las reducciones, todas las transacciones mercantiles de la mision, el cambio de las mercancías, el arreglo del tributo, como igualmente proveer á las variadas necesidades de los habitantes (tarea no ligera para cualquiera entendimiento), fué confiada á hombres cuyos abuelos, solamente dos generaciones antes, habian vivido tan ignorantes de los números, que la mas elevada cifra que podian contar sin el auxilio de los dedos era el cuatro. Y es de recordar, que todo esto fué efectuado en medio de dificultades mas numerosas y mas intrincadas que tal vez haya presentado otra empresa semejante; porque no solo los misioneros tuvieron que conten-

der con los prejuicios de las naciones á quienes iban á predicar, sino tambien oponerse á la incesante hostilidad del pueblo en cuya compañía habian ido; y en medio de toda la oposicion que les sustentantes del comercio de esclavos podian presentar contra ellos, fué como introdujeron á los indios en el redil de Cristo, y al goce de todas las gracias y virtudes de la sociedad civilizada y vida doméstica. Mucho tiempo hacia que habian prometido á los españoles hacer hombres y cristianos de los salvajes y caníbales en cuya busca fueron: brava promesa era á la verdad, pero no inconsiderada; porque ¡quién dirá que no se cumplió á la letra en las reducciones de Paraguay, lo que el mismo Voltaire declaró ser el «triunfo de la humanidad!»

FIN.

ÍNDICE.

JAPON.

CAPITULO III.

CAPITULO IV.

CAPITULO V.

CAPITULO VI.

Pág.

CAPITULO VII.

CAPÍTULO VIII.

CAPITULO IX.

PARAGUAY.

CAPILULO PRIMERO.

ESPAÑOLES É INDIOS.

Pág.

CAPITULO II.

BUSCA DE ALMAS.

CAPITULO III.

PRIMERAS FUNDACIONES.

CAPITULO IV.

UN DIA EN LAS REDUCCIONES.

CAPITULO V.

LOS MAMELUCOS DE SAN PABLO.

CAPITULO VI.

LA RETIRADA AL PARANÁ.

CAPITULO VII.

EL GOLPE FINAL.

PAUTA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

Páginas.

OBRAS DE SURTIDO.

Aforismos y *pronósticos* de Hipócrates, en latin y castellano: un tomo en octavo, 5 rs.

Album pintoresco universal, con grabados: tres tomos en fólio, pasta, 180 rs.

Alfabeto de la lengua primitiva de España, por Erro, con láminas: un tomo en cuarto, rústica, 24 rs.

Barba: el minero perfecto ó sea arte de conocer todos los metales: un tomo en octavo mayor, 16 rs.

Derecho moderno y Revista de legislacion, jurisprudencia y tribunales, por Cárdenas: catorce tomos en cuarto, 280 reales, y encuadernados en pasta ú holandesa 540.

Diccionario de la legislacion mercantil de España, por D. P. Avecilla: un tomo en cuarto, rústica, 20 rs.

Diccionario de ciencias médicas: treinta y nueve tomos en cuarto, 780 rs.

Diccionario latino-español y español-latino, por Valbuena, y aumentado por Martinez Lopez: última edicion; un tomo en cuarto mayor, pasta, 60 rs.

Diccionario geográfico universal: diez tomos en cuarto mayor, 844 rs.

Guerra de la Independencia, por D. Miguel Agustin Príncipe, con láminas: tres tomos en cuarto mayor, rústica, 100 rs.

Historia de Inglaterra, por Golsmint: cuatro tomos con láminas, en rústica, 60 rs.

Iliada de Homero, en latin, edicion de Méjico en 1788; un tomo en cuarto, 32 rs.

Leyenda de Oro, con grabados en acero: cuatro tomos en cuarto mayor, rústica, 275 reales.

Liebig, química orgánica: cuatro tomos en cuarto, 60 rs.

Madoz. Diccionario geográfico universal: diez y seis tomos en cuarto mayor, pasta, 400 rs.

Obras de Marco Tulio Ciceron, en latin: nueve tomos en fólio, 300 rs.

Orfila, su grande obra de medicina legal: cuatro tomos en cuarto, 90 rs.

Ortolan, instituciones de Justiniano: cuatro tomos en cuarto, 50 rs.

Química agrícola, por el Doctor Sac, y traducido por D. Balbino Cortés: un tomo en cuarto, rústica, 18 rs.

Thiers, revolucion francesa, traduccion de Miñano, con láminas en acero: doce tomos en cuarto, rústica, 240 reales.

Zamora, legislacion ultramarina: seis tomos en cuarto mayor y suplemento, 540 rs.

BIBLIOTECA INSTRUCTIVA

DE

RECREO, CIENCIAS, MORAL Y RELIGION.

D. SALVADOR SANCHEZ RUBIO, EDITOR.

Calle de Carretas, núm. 31 (*frente á la imprenta Nacional*).

OBRAS PUBLICADAS.

Los Incendiarios, interesantísima novela con seis bonitas láminas litografiadas: 16 rs.

Compendio de las reflexiones sobre la naturaleza, por Sturm, con cuatro magníficas láminas en acero, que representan las cuatro estaciones del año. Obra escrita para los padres de familia y encargados en la educacion de la juventud: 10 rs.

Fabiola ó la Iglesia de las Catacumbas, por el Cardenal Wiseman; esta obra, que tanta aceptacion ha merecido y está ocupando todas las inteligencias de Europa, donde ha sido traducida, tiene ocho interesantísimas láminas grabadas en acero, que representan:—*Fabiola y sus esclavas.—Sebastian en casa de Nicostrato.—Sebastian y Fulvio.—Maximiano y los altos funcionarios del imperio —El Soldado cristiano.—Martirio de San Sebastian.—Suplicio de Santa Inés.—Bautizo de Fabiola:* 20 rs.

La Hechicera del Monte Melton: novela correspondiente á la Biblioteca Católica dirigida en Lóndres por su Eminencia el Cardenal Wiseman, con cuatro preciosas láminas grabadas en acero: 12 rs.

Historia de las misiones en el Japon y Paraguay, dedicada y con aprobacion del Excmo. é Illmo. Sr. Arzobispo de Cuba, D. Antonio María Claret: 16 rs.

En provincias recibirán francas de porte estas obras los que manden su importe adelantado, en sellos ó libranzas; y los que tomen toda la coleccion de las obras publicadas se les hará la rebaja de un 10 por 100.

EN PRENSA.

Hipatia, produccion del género de Fabiola.
El Monte de San Lorenzo, id.: constará de 2 tomos.
Calista, por el Excmo. Cardenal Wiseman; es del género de la *Fabiola*.
Las demás de la coleccion se anunciarán con la debida anticipacion.

Gran surtido de Devocionarios y Semanas Santas de gran lujo.
Tintas de todos colores, las más acreditadas en España.



